

Fig 57

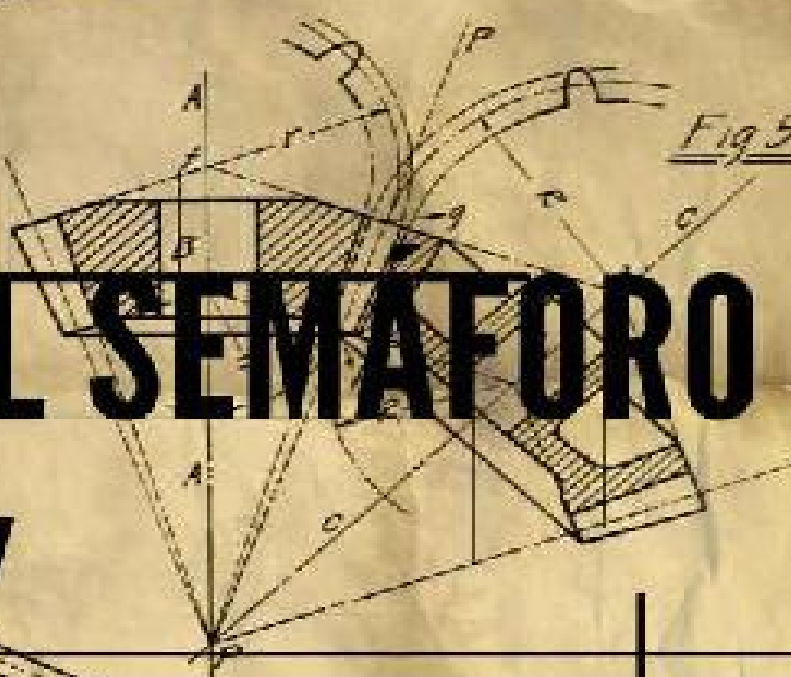
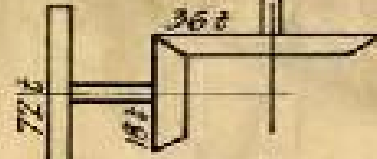
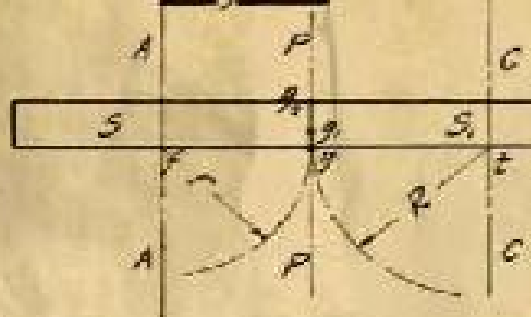
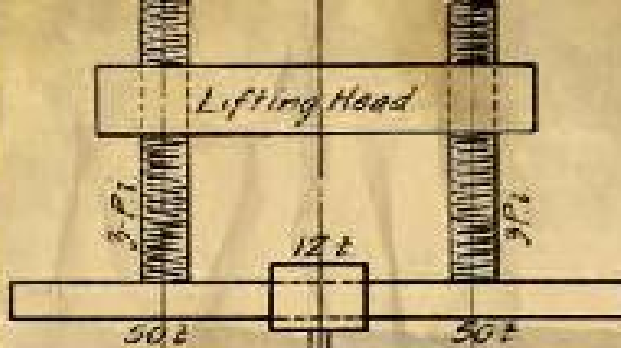
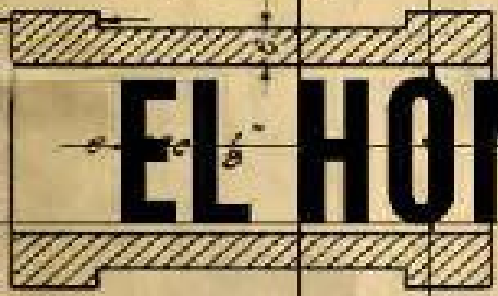


Fig 58

LA CHICA DEL SEMAFORO

Y

Fig 60



EL HOMBRE DEL COCHE

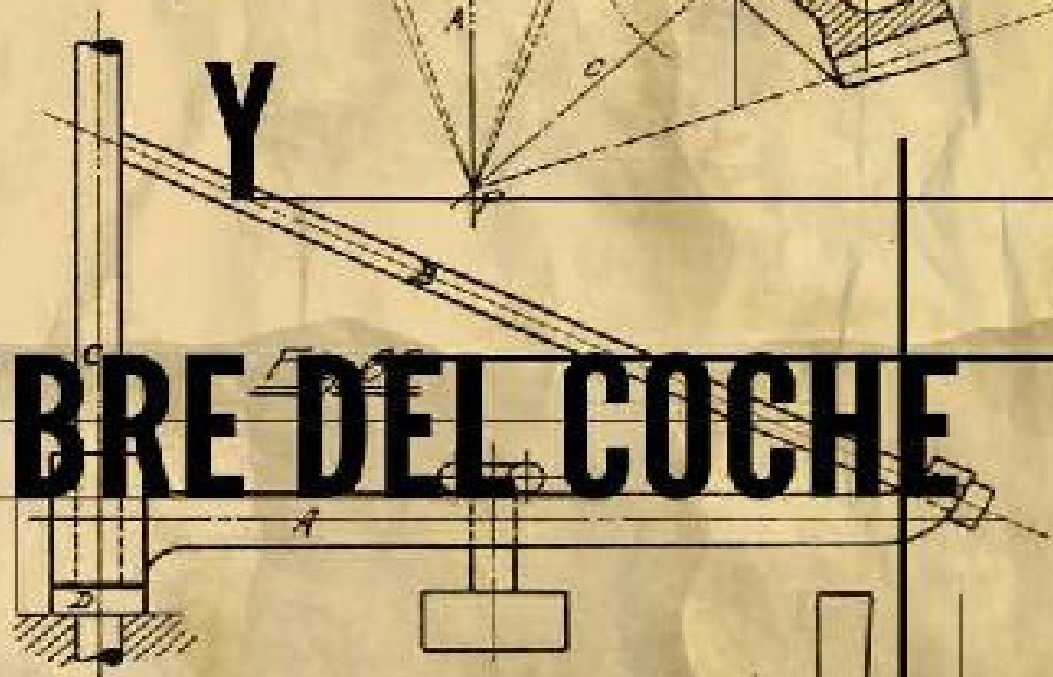
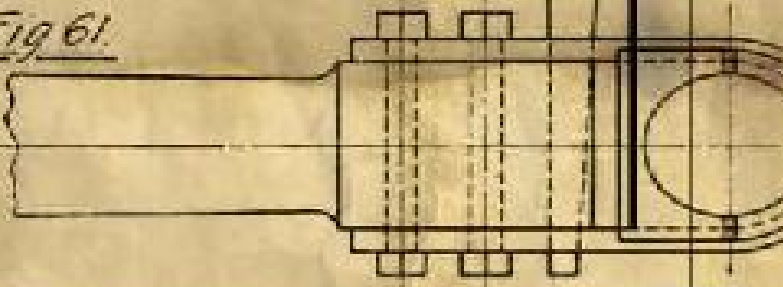
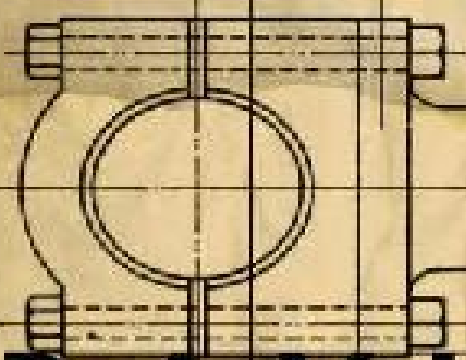
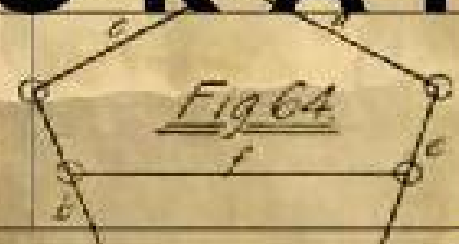


Fig 61



DAVID ORANGE



LA CHICA DEL SEMÁFORO
Y
EL HOMBRE DEL COCHE

DAVID ORANGE

Título original: La chica del semáforo y el hombre del coche.

© David Orange, 2018

Diseño de portada: David Orange

Primera edición: Enero, 2018

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A todos aquellos que le disteis una oportunidad a mi primera novela,
Sin todos vosotros nada de esto sería posible.

Y a ti. Porque Tú eres quien llena de vida cada uno de mis días.

*“Los corazones pueden romperse. Sí, los corazones pueden romperse.
A veces pienso que sería mejor que muriésemos cuando lo hacen, pero no lo hacemos.”*

Corazones en la Atlántida. Stephen King

“En mi opinión, todas las cosas en la naturaleza ocurren matemáticamente.”

René Descartes.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[EPÍLOGO](#)

PARTE 1

BUFFALO

CAPÍTULO 1

LA CHICA DEL SEMÁFORO

Esa mañana no era como las demás, Jack lo sabía perfectamente. Esa mañana sería especial por diferentes motivos. Hacía mucho tiempo que la vida no le sorprendía, tanto que le era casi imposible recordarlo. Desde hacía muchos años, él era quien controlaba el tempo de los acontecimientos. Él quien mantenía el orden de casi todo lo que sucedía a su alrededor. Pero esa mañana, para la que se había estado preparando desde hacía más de dos semanas, se arriesgaría. Alteraría el milimétrico equilibrio de cuanto sucedía a su alrededor para introducir una nueva variable en la ecuación de su vida, una que tal vez fuese el principio de algo nuevo. Algo muy grande. El único problema era que para introducir esa nueva variable tenía que eliminar otra.

Se abotonó las mangas de la camisa Oxford blanca cien por cien algodón que estrenaba para la ocasión. Se ajustó el nudo de la cortaba, gris plata, y comprobó que el cuello no le apretara.

Como era un día tan especial, había utilizado la Böker para afeitarse. Navaja hecha totalmente a mano en Solingen, Alemania. Empuñadura de carey australiano y hoja de acero al carbón con una aleación de plata al cinco por cien. Ocho pulgadas de empuñadura por seis de hoja. Trazos muy cortos en ángulos de treinta grados. Afeitado limpio y en seco.

Cuando salió de casa eran exactamente las siete y treinta. Jack sabía por experiencia que la mejor disciplina pasaba por ser inflexible con el tiempo, cada cosa a su momento y siempre en su justa medida. Introdujo la llave en la cerradura y contó hasta tres antes de darle un par de vueltas a la llave. En los casi cinco años que vivía en el viejo edificio 207 de St. James Street nunca se habían denunciado ni robos ni allanamientos de morada, pero...

No podía arriesgarse a que alguien entrase y descubriese lo que guardaba en algún lugar de su piso.

Pulsó el botón del ascensor y esperó dos segundos antes de que el motor y las poleas de la sala de máquinas pusieran en funcionamiento la vieja cabina con capacidad para cuatro personas de peso medio y revestida con madera noble de abeto.

Antes de llegar a la planta menos uno, donde estaba el parking del edificio, el ascensor se detuvo en la planta dos. Las puertas se abrieron y frente a él apareció la figura de Kevin, el portero y también encargado del mantenimiento básico del edificio.

—Buenos días, Jack —dijo Kevin inclinando un poco la cabeza hacia delante.

—Buenos días, Kevin.

¿No se supone que a estas horas tú deberías estar en la portería? Pensó Jack al ver cómo el chico para todo del edificio 207 se calaba hasta las orejas esa gorra de los Giants que nunca se quitaba.

—¿Bajas? —preguntó Kevin con educación.

—Sí.

—Perfecto —Kevin entró en la cabina del ascensor obligando a Jack a desplazarse a un lado.

Jack bajó la mirada y se fijó en que Kevin sujetaba en su mano izquierda una vieja caja de herramientas tipo cofre de doble puerta. Pintura roja y fabricada en metal, probablemente acero calmado con una aleación de manganeso y tungsteno. En su mano derecha sujetaba un ejemplar doblado por la mitad del Buffalo News. Jack no pudo evitar torcer un poco el cuello para ver bien el gran titular que ocupaba gran parte de la portada.

—El hombre del coche —dijo Kevin con sobriedad.

—¿Qué? —Jack frunció ligeramente el entrecejo al levantar la vista hacia

Kevin.

—El hombre del coche, ya sabes, anoche volvió a salir de caza —Kevin apretó los labios y arqueó un poco las cejas—. Unos treinta y dos años, rubia, casada y en plena forma. Tú ya me entiendes. Un auténtico bombón en la flor de la vida. En fin, una pena.

Jack escuchaba hablar a Kevin de fondo, pero sus ojos continuaban fijos puestos en esa primera página del Buffalo News.

—Esta es la cuarta víctima sabes, que se sepa claro. Si la policía no se da aire nadie sabe lo que ese loco es capaz de llegar a hacer porque al parecer con cada víctima se ensaña un poco más. Yo, desde luego, si fuese mujer me andaría con mucho ojo al salir sola de noche —Kevin continuaba con su argumentación mientras Jack trataba de leer qué era exactamente lo que ponía bajo la enorme fotografía del sedán negro que ocupaba casi un tercio de la portada del Buffalo News.

—¿Ese es el coche? —dijo Jack sin apenas levantar la mirada.

—¿Este de aquí? —dijo Kevin alzando el periódico y señalando la imagen central—. No, no lo creo, es solo una fotografía de archivo. ¿Cree usted que si la policía tuviese en su poder una foto del coche del homicida la publicaría en primera página? Ya conoces a los del Buffalo News, con tal de vender ejemplares son capaces de inventar cualquier cosa.

El ascensor llegó a la planta menos uno. Jack esperó a que la doble puerta de seguridad se abriera y salió en dirección hacia su Volvo S90 negro.

—Hasta luego, Jack, que pases un buen día —dijo Kevin cuando Jack salió de la cabina del ascensor—. *Tú como siempre tan simpático y amable, eh.* Se dijo Kevin mirando la espalda tímidamente encorvada de Jack.

—Igualmente, Kevin.

Se sentó al volante, cerró los ojos y respiró profundamente durante unos

segundos. Necesitaba calmar su mente. Comprobó que el cierre centralizado de las cuatro puertas estaba activado. Tiró tres veces del cinturón de seguridad para comprobar la fuerza retráctil y el correcto funcionamiento de los tensores y arrancó antes de que la señora Delawney, que había visto cómo a lo lejos encendía las luces de su viejo BMW 2500 rojo sangre, se colocase primera en la rampa de salida. Esa mujer siempre le hacía perder uno o dos valiosísimos minutos con su rigidez cervical y su falta de reflejos. A pesar de todo no pudo evitar al señor Mallory, que metió el morro de su Jeep Renegade justo en el momento en el que su Volvo rugía por los ocho cilindros tratando de pasar primero.

No pudo ser el primero, pero ya estaba en la carretera con todavía tiempo de margen suficiente para pequeños imprevistos como el encontronazo con Kevin o el adelantamiento sorpresa del señor Mallory.

Cinco mil setecientos metros de asfalto artificial; miles de toneladas de roca partida de alta densidad destilada con hidrocarburos no volátiles y alquitrán. Treinta y siete semáforos. Cuatro giros a la derecha y diez a la izquierda. Nueve paradas de autobús y dos cruces con el tranvía. Ese era el espacio, la trayectoria y los obstáculos que lo separaban diariamente de su trabajo en la sucursal de Buffalo del banco francés Crédit Lyonnais. Pero esa mañana no sería como las demás, porque esa mañana vería a la mujer que durante tantos y tantos años había estado buscando. Esa mañana daría «el paso» definitivo hacia esa mujer que respondería a todas sus expectativas y que culminaría toda una vida dedicada al trabajo y al cálculo de probabilidades.

Llevaba tiempo pensando en si debía saltar esa línea que separaba el control de un mundo lleno de imprevistos y de caos. Arriesgar todo su orden y su equilibrio por una mujer, ¿realmente merecía la pena?

Últimamente se hacía esa pregunta a todas horas.

Sí, la merecía.

Probabilidad y consecuencias, esa era su especialidad.

El factor humano siempre era impredecible, pero con el resto de variables controladas el margen de confianza con el que jugaba era lo suficientemente alto como para decidirse a correr el riesgo. Además, él estaba en Buffalo por algo, por una buena razón. Una que tal vez estuviese relacionada con evitar la gran catástrofe que se aproximaba. El gran cambio. Algo de lo que solo él tenía conocimiento.

Si realmente era ella esa buena razón, ese riesgo bien merecía la pena.

En sus ojos amarillo ámbar había cierta tristeza, pero cuando lo miraba, a Él, algo en su interior se iluminaba. La expresión de su rostro era pura energía, pura fuerza de voluntad, algo que conmovía profundamente a Jack. El tatuaje con forma de alambre de espinas que rodeaba su muslo derecho le imprimía cierto sufrimiento, cierta simbiosis entre el optimismo y ese padecimiento improrrogable de los que saben que la vida no es fácil. Su pelo, entre el cobre y el castaño, cortado a cuchillo y formando una irregular línea recta sobre el centro de su frente, le recordaban a una valquiria. Una guerrera vikinga que luchará a muerte por defender su vida y la de aquellos a los que quiere.

Todo ello hacía de ella a la mujer perfecta para cuidar, a la mujer perfecta para que cuidase también de él. ¿Era ella esa persona a quién amar? ¿De verdad era posible que fuese ella?

Sí, lo era.

Aunque tal vez fuese algo más. Algo de lo que todavía no estaba seguro pero que los números, «sus números», le decían que tenía que ser importante. Muy importante.

Apenas siete semáforos y cuatro giros lo separaban de su destino. Un camión de mudanzas de la empresa Lucky Day paró justo delante de él sin haber puesto antes las luces de emergencia. Jack lo maldijo internamente y

aceleró para cambiarse de carril antes de que el Honda Civic azul cobalto que vio por el retrovisor y la caravana que arrastraba tras él pasase por su lado izquierdo. Una vieja y ruidosa Indian lo adelantó por la derecha y la potencia con que el tubo de escape recortado de la setecientos centímetros cúbicos expulsaba gases de combustión lo ensordeció momentáneamente. Ese día había decidido no ponerse los atenuadores auditivos porque quería escucharlo todo tal y como era. Ese día había decidido que su hiperacusia no sería una excusa para encerrarse de nuevo en sí mismo.

A una anciana se le puso el semáforo en rojo cuando todavía le quedaba medio paso de peatones por cruzar. Jack miró su reloj y pisó el pedal del acelerador sorteando a la anciana y a su desgomado andador. Ante él tenía todo el carril derecho de Sycamore Street despejado, tal y como había previsto que estuviera a las siete y cuarenta y cuatro minutos de la mañana. Al final de la gran vía que partía el centro de Buffalo en dos podía ver su objetivo, el semáforo que brillaba desde muy lejos en el cruce con Pine Street. Allí la encontraría, a la chica del semáforo. Allí estaría ella como cada viernes a las siete cuarenta y cinco de la mañana, puntual como un amanecer. Haciendo girar sus aros, uno en cada brazo. Lanzando al cielo las indiacas o subiéndose sobre los hombros de su compañera después de haber dado unas cuantas volteretas colocando sus bonitas manos sobre ese asfalto tan maltratado. Restos de rocas de dolomita, basalto, cuarzo y calcita.

Las manos le sudaban. La garganta, seca y áspera, la sintió muy estrecha bajo el nudo de la corbata. Se aclaró la voz un par de veces y trató de concentrarse en su respiración, diafragmática y profunda. *Respira, Jack, respira.* Puso tercera y dejó que las treinta y dos válvulas del S90 oxigenaran los tubos fabricados en níquel y silicio y revestidos con fibra de vidrio. Aminoró el ritmo, el semáforo número veintisiete todavía estaba en verde, y él necesitaba llegar justo cuando se pusiera en rojo.

Treinta metros. Ya podía ver su silueta a lo lejos. Atlético y esbelta.

La chica del semáforo sonreía y dos suaves arcos aparecían en la tostada piel de su cara enmarcando sus labios.

Diez metros. El indicador verde que daba paso a los peatones empezó a parpadear y Jack metió segunda. Más despacio todavía. Deceleración y reducción. Durante una fracción de segundo pensó en abandonar. Pensó que quizá no era tan buena idea arriesgarlo todo por una mujer a la que ni tan siquiera conocía. Después de todo el factor humano nunca sería tan seguro como los números. Miró de reojo el pequeño compartimento que el Volvo tenía junto a la palanca de cambios y vio la tarjeta de presentación que tenía preparada, «su tarjeta de presentación». Alzó de nuevo la vista hacia ese semáforo número veintisiete que había empezado a parpadear. Su pie derecho se asentó en el pedal del acelerador, su mano apretó la palanca de cambios, tenía que huir. No era una buena idea hacer lo que iba hacer. No estaba preparado. Si aceleraba a fondo el S90 lo sacaría de allí a tiempo. Tenía que salir como fuera.

Ya.

Justo cuando ya sentía el ronroneo previo de su S90 a la explosión del turbo, algo imprevisto lo paralizó. El imprevisible factor humano. La chica del semáforo. Se dirigió a él con la mirada, a Él, con su sonrisa y su vitalidad, justo antes de empezar una vez más su espectáculo matinal. Hizo una graciosa reverencia inclinándose hacia delante y le sacó la lengua con ternura. Fue un gesto desenfadado, natural, pero que hizo que Jack se quedase totalmente paralizado.

«Su chica» empezó saludando a su motorizado público. Cuatro carriles, cuatro coches en primera fila de ese particular microteatro de aproximadamente un minuto de duración por sesión con el que «su chica» se ganaba la vida. Ella empezó moviendo uno de los aros alrededor de su cintura

mientras que con el otro se lo iba cruzando por encima de la cabeza. Su compañera lanzaba pelotas al aire, primero dos, después cuatro, después seis. Realmente creaban un espectáculo visual que a Jack le fascinaba desde la primera vez que lo vio. Había calculado la probabilidad de error, la gran habilidad de coordinación psicomotriz necesaria para llevar a cabo un espectáculo como ese, cualidad, por cierto, con la que él había tenido serios problemas en el pasado, y había llegado a la conclusión de que «su chica» tenía un don especial, un don que trascendía el cálculo y la lógica.

Dejaron en una esquina las pelotas y los aros, y, sin pensárselo dos veces, «su chica» dio dos volteretas de tijera y voló literalmente por el aire hasta aterrizar sobre las manos en alto de su compañera. La sujetó un momento en el aire mientras «su chica» estiraba sus dos piernas y sus dos brazos como en el lago de los cisnes. A Jack le caía literalmente la baba. Una vez más, se hizo de nuevo esa pregunta que le había robado el sueño durante las últimas semanas, ¿de verdad era esa «su chica»?

Desde luego que lo era.

Acabaron la mini función y varias personas que se disponían a cruzar el paso de peatones detuvieron por un momento el frenesí de su día a día para aplaudir. La chica del semáforo y su compañera saludaron, primero a los conductores de la primera fila, después al resto de ese público fugaz e improvisado. Cuando Jack vio cómo «su chica» se agachaba para coger el viejo sombrero borsalino hecho con fieltro gris ceniza que serviría de caja registradora, no pudo evitar sentir de nuevo cómo sus arterias reducían su estrecho paso a una insignificante y milimétrica sección que hacían que su tensión arterial se elevara más allá de lo saludable.

Empezó por el carril izquierdo y siguió avanzando posiciones con lentitud, con poesía en la mirada. Apenas un coche los separaba. Él dudó nuevamente en si debía o no dar «el paso», «ese paso». Pero cuando la chica

del semáforo se paró justo tras el cristal de su ventanilla, él no pudo hacer otra cosa que coger «su tarjeta de presentación» y envolverla con un billete de cincuenta dólares. Las manos le temblaban. Bajó la ventanilla y «su chica» lo sorprendió con algo que hasta ese día jamás había hecho. Se dirigió a él con palabras, no con miradas y gestos como en otras ocasiones.

—Hola —dijo ella dibujando esos dos maravillosos arcos a ambos lados de sus labios.

—Ho-hola, buenos días —La voz de Jack era infantil. Tímida e insegura.

Puso con lentitud y premeditación su tarjeta de presentación y el billete de cincuenta dólares sobre la copa hueca del sombrero borsalino. La chica del semáforo le sostuvo un instante la mirada, esa mirada entre el ámbar y la miel. Dorada. Elegancia y envolvente fragancia. Apenas fue algo más largo que lo que dura un segundo, tiempo suficiente para que a Jack se le parase momentáneamente el corazón.

—Muchas gracias, caballero, deseo que pase usted un feliz día —dijo ella con dulzura y exquisita educación.

—Igualmente, señorita —dijo Jack desviando la mirada hacia su tarjeta, ligeramente oculta tras el billete de cincuenta. Esa tarjeta de visita en la cual se presentaba como «Jack Miller, asesor financiero», y en la que figuraban su dirección, su número de teléfono y una escueta y sencilla pregunta escrita a mano por la parte de atrás; «¿Me permitirías invitarte a cenar algún día?».

El sonido de un claxon lo sacó de su particular burbuja de factor humano; primero llega la improvisación, después el caos.

El semáforo estaba en verde y los coches de los carriles de su izquierda ya estaban arrancando.

—Me llamo Mía —dijo la chica del semáforo antes de despedirse con una nueva reverencia sin que a Jack le diese tiempo a contestar.

Metió primera mientras todavía observaba a «Mía» cómo se retiraba tras

ese semáforo del cruce con Pine Street para esperar hasta el inicio de su nueva función.

Ya estaba hecho. Ya no había marcha atrás. Había introducido esa nueva variable en la ecuación de su vida y ahora solo le quedaba esperar. Esperar a que ella moviese ficha y decidiese llamar.

Mía.

Se llamaba Mía.

Desde luego que era ella.

CAPÍTULO 2

HACER BAILAR A LOS NÚMEROS

La jornada de trabajo del viernes se le hizo eterna en su despacho del Crédit Lyonnais. Se pasó casi toda la mañana y toda la tarde bloqueando y desbloqueando la pantalla de su teléfono móvil con la esperanza de encontrar una llamada o un mensaje de Mía. Pero lo único que recibió fue un mensaje de su hermana Wendy. Uno de «esos» mensajes que su hermana Wendy le solía enviar una o dos veces por semana.

«¡Jacky, Jacky, Jacky! ¡Hola! ¿Cómo está mi bicho raro preferido? ¿Preparándote para un fin de semana de alcohol, sexo y desenfreno tal vez? Es broma. Escucha, necesito algo de «cash». ¿Sería tan amable mi hermanito mayor de prestarle a su adorable hermana a la que tanto quiere algo de dinero? Por fi por fi por fi, sabes que te lo devolveré todo algún día, Jacky, todo. ¿Te viene bien que me pase por tu casa esta tarde a eso de las ocho? ¡Allí estaré! ¡No me falles! Por cierto, ¿te has decidido ya a lanzarte de una santa vez a alguna mujer o te vas pasar toda la vida encerrado en ese cubículo en el que trabajas? ¡Un besazo muy fuerte!»

Jack respiró profundamente antes de contestar. Odiaba que su hermana lo llamase Jacky, que lo llamase «bicho raro», pero desde que tenía uso de razón le había sido incapaz de impedirselo y a ella dejar de decirlo.

«Claro, puedes pasarte por casa a las ocho, pero sé puntual, Wendy, por favor». Jack contestó exactamente lo mismo que contestaba cada una de las veces que su hermana le pedía dinero o simplemente que le decía que iba a «pasarse» por su casa.

Algo que hasta ahora no había formado parte de su vida, esa variable nueva llamada «pensar en Mía» o «pensar en alguien» había empezado a

alterar los engranajes de su cerebro. Los mismos con los que hacía bailar todos esos números que tantos beneficios dejaban para la sucursal de Buffalo del Crédit Lyonnais.

El director del banco, Donald Jones, irrumpió en su despacho como hacía habitualmente, sin llamar ni sin ningún otro tipo de respeto hacia el trabajo ajeno.

—Jacky, ¿has acabado ya de darle el pasaporte a los paquetes financieros malayos?

La voz de Donald era imperatividad pura, era irrenunciable obligación.

—Estoy en ello, Donald.

—¿Todavía? Jacky... no quiero tener nada que ver con esos malayos, ¿entiendes? Nada. Así que haz el favor de finiquitar todos nuestros lazos con ellos antes de marcharte hoy a casa. ¿Entendido?

Jack hizo una pequeña pausa antes de contestar, casi imperceptible, pero extraña en él.

—Claro, Donald. Antes de marcharme todas nuestras cuentas y acciones malayas habrán desaparecido.

Donald asintió y antes de salir por la puerta se detuvo de nuevo un instante. Donald era una de esas personas con un don especial para exprimir hasta la última gota de lo mejor de cada trabajador. Después los despedía. Por eso percibió ese suave cosquilleo que sentía en la nuca cuando uno de sus activos se encaramaba en ese desfiladero de no retorno hacia el declive y el ocaso profesional.

—¿Está todo bien, Jacky?

—Sí, Donald, todo bien, hoy estoy un poco cansado, solo es eso.

—De acuerdo, Jacky, confío en ti. Dale duro a esos malayos y vete a descansar cuando termines —dijo Donald endureciendo la voz y levantando un grandioso puño. Determinación y fuerza. Ese era su lema.

—Claro, Donald, eso haré.

Una vez se marchó Donald, Jack consiguió de nuevo aislar su mente y en unas dos horas realizó casi tantas operaciones financieras como el mejor corredor de bolsa en el mejor de sus días. Eso era lo suyo, esa era «su magia», como Donald se refería a esa habilidad suya para hacer «bailar» a los números. Básicamente, su día a día en el Crédit Lyonnais consistía en comprar y vender acciones y otro tipo de valores financieros. Aunque su gran especialidad, su gran secreto, era el mercado de divisas. La compra-venta de moneda nacional y extranjera le confería ciertas ventajas que él sabía aprovechar muy bien. El mercado de divisas funcionaba las veinticuatro horas del día a lo largo y ancho de todo el planeta y eso le permitía sacar cierta ventaja. Una que él sabía aprovechar muy bien. Las monedas de cada país fluctuaban de una manera casi imperceptible a determinadas horas del día en determinados días del mes. Fluctuaciones que él había previsto mediante aquello en lo que realmente era un genio; probabilidad y estadística. Todo ello le permitía poder comprar y vender justo en el momento exacto, justo en el preciso instante en el que él quería, sin tener que depender de cierres de mercado ni otro tipo de horarios. Era algo muy difícil de calcular. Se requería tener en cuenta múltiples factores, valores económicos de todo tipo, índices bursátiles e incluso las principales noticias en prensa de las grandes potencias económicas mundiales. Todo ello para poder prever esas pequeñas variaciones en el valor de las monedas de cada sistema financiero que le permitieran sacar grandes beneficios a través de múltiples y pequeños movimientos.

Cuando Donald descubrió esa «magia» suya, lo apartó de todo tipo de actividad bursátil propia de un banco como el Crédit Lyonnais y lo puso a trabajar en solitario en «lo suyo». Jack sabía perfectamente que lo que hacía

no era del todo legal, básicamente era el bróker privado de Donald y muchas de las operaciones casi suicidas que realizaba a diario no habrían sido nunca aprobadas por las oficinas centrales ubicadas en Lyon. Pero hasta la fecha no se había producido nunca ese diminuto error que pudiera llegar a hacer saltar la liebre. Para Jack, esas operaciones eran pura rutina y no suponían el riesgo que cualquiera les presupondría. Aun así era consciente de que con el menor descuido podría llegar a perder mucho dinero y lo que es peor, tanto él como Donald podrían no solo perder su puesto de trabajo, sino acabar en la cárcel por malversación de fondos. Porque Jack no ponía a bailar unos cuantos cientos de dólares, Jack ponía a bailar varios cientos de millones cada día. Nunca le dijo «no» a Donald porque ese trabajo le permitía tener dos grandes necesidades que él exigía: trabajar absolutamente en solitario y tener libertad total para operar. No quería depender de nadie más ni de ningún tipo de exigencia o directriz a la que ceñirse. Su trabajo en el Crédit Lyonnais era solo una forma de ganar dinero y de tener su cerebro activo y en forma para su verdadero objetivo, su verdadero proyecto personal. La razón de que llevase ya casi cinco años en Buffalo.

Cuando abandonó la oficina del banco y se sentó en el confortable asiento del S90, tapizado a petición suya en cuero Swift de grano completo y acabado en anilina, volvió una vez más a revisar el teléfono antes de arrancar. Suspiró de nuevo y se maldijo así mismo por haber dado «ese paso» que nunca debió dar. Ahora lo veía claro.

Salió a la carretera y cuando se detuvo junto al primer semáforo no pudo evitar pensar en Mía. La tenía en la cabeza constantemente y la veía en todas partes. En cada una de las mujeres que pasaban ante sus ojos, y eso era algo que lo atenazaba y lo asustaba. Pensar en ella hacía que no pudiese pensar con claridad en lo que mejor se le daba, los números. El cálculo de probabilidades. Eso provocaba que no pudiese mantener bajo control todo su

orden, su estabilidad, todo cuanto rodeaba su rutinaria vida. Y cuando eso sucedía, sabía perfectamente lo que venía después. Primero llegaban los temblores, luego los fuertes zumbidos en los oídos, más tarde la sangre, y después...

Después llegaba «lo otro».

Cuando giró por Main Street recordó no haber tirado tres veces del cinturón de seguridad antes de ponérselo. Tampoco había realizado el chequeo inicial del resto de sistemas de seguridad del vehículo. Eso hizo que se sofocara todavía más y que su respiración, ruidosa y entrecortada, empezase a ser más superficial. Agitada. Improductiva y asmática. Sintió cómo todo el armónico equilibrio sobre el que se asentaba su vida había empezado a tambalearse. Pensó en esa diminuta grieta que hace que se resquebraje toda la unidad.

Pisó el pedal del acelerador y esquivó a toda velocidad a un Mercedes SL500 negro. Se situó tras una furgoneta de Tonight's Chips que conducía con las reductoras puestas. La dejó atrás y después adelantó a dos camiones de Strong Buildings and Brothers con los neumáticos traseros para cambiar. También pasó rozando el rojo de al menos seis semáforos antes de llegar a St. James Street. Su calle. Necesitaba como fuera recuperar la calma, llegar cuanto antes a casa, a su reino de control y estabilidad. Los pistones del S90, mitad hierro fundido, mitad níquel puro, subían y bajaban en el interior de los cilindros a veinticinco metros por segundo. Las bielas forjadas y recortadas diagonalmente giraban a seis mil revoluciones por minuto alrededor del cigüeñal y el doble tubo de escape no dejaba de escupir benceno. Cáncer para el pueblo. El S90 había sido modificado de arriba abajo por el propio Jack. Los coches, sobre todo sus motores, eran su gran pasión, su única pasión, y en el S90 todo funcionaba al límite, todo se movía con una milimétrica y meticulosa precisión.

Llegó al 207 de St. James Street en la mitad del tiempo que solía tardar habitualmente. Todavía faltaban quince minutos para las ocho y contaba con tener tiempo suficiente para darse una ducha antes de que llegase Wendy. Necesitaba esa ducha caliente. Dilatación vascular y acallar los primeros temblores de sus pies y de sus manos. Pero un nuevo imprevisto hizo que tuviese que aflojarse un poco más el nudo de la corbata.

Había dos coches bloqueando la puerta de entrada al parking de su edificio. Uno era el viejo BMW 2.500 de la señora Delawney y el otro un Toyota Rav4 híbrido blanco, el coche de Matt Reynolds, el hijo mayor de Sara y Thomas Reynolds. Por el contorno del capó del BMW emergía un humo gris, denso y espeso, y su parachoques delantero estaba empotrado en la puerta de copiloto del Toyota de Matt. Por lo visto, la señora Karen Delawney no vio que Matt salía del garaje cuando ella trataba de entrar. Que pasase lo que había pasado era algo tan previsible a ojos de Jack que por poco le da la risa al ver cómo Matt intentaba explicarle a la señora Delawney algo que resultaba totalmente obvio, «antes de entrar, hay que dejar salir, Karen».

Si no podía entrar al garaje tendría que buscar un parking público porque de ninguna manera dejaría el S90 en la calle. Miró el reloj, trece minutos para las ocho. No llegaría a casa antes que Wendy si ella era puntual tal y como él le había rogado. Si eso sucedía y cuando él llegase a casa su hermana ya estaba allí, le resultaría muy difícil recuperar de nuevo la calma. Ese estado con el que realizaba imposibles cálculos con los que prever algunas de las cosas que pasarían. Sobre todo «eso» que cuando llegase tendría que evitar por todos los medios.

Todos.

Pensó con rapidez, con esa parte de su cerebro con la que casi rozaba la precognición. El parking público más cercano y con más probabilidad de plazas vacías estaba en el cruce de Mundy Avenue con South Park Avenue. Tan

solo tenía que seguir recto un kilómetro y medio por St. James Street y torcer a la derecha por Mundy Avenue. A unos cuatrocientos metros se daría de morros con el número sesenta y siete de Luft Park. Pisó embrague, metió primera, retrovisor central y a su derecha, despejado. Unos golpecitos en su ventana impidieron que saliera disparado como un cohete calle abajo.

Kevin, el portero, trataba de decirle algo a través del cristal de su ventanilla; templado a dos mil quinientos grados centígrados y enriquecido con plomo y argón. Era el aislante acústico perfecto para alguien con graves problemas auditivos.

Jack bajó la ventanilla mientras miraba de nuevo el reloj del panel de control del S90. Diez minutos para las ocho.

—¿Qué ocurre, Kevin?

—Ya ve, Jack, la señora Delawney haciendo de nuevo de las suyas. Esta vez le ha tocado a Matt. ¿Sabe algo? A ese niño de papá tal vez no le esté mal un poco de humildad de vez en cuando —Kevin tenía ganas de hablar, Jack no.

—Tengo algo de prisa, Kevin, lo siento —dijo Jack tratando de cortar ya esa conversación.

—¿Entonces no quiere que se lo aparque? —dijo Kevin levantando un poco la frente para poder ver bien a Jack bajo la visera de la gorra de los Giants.

—¿Cómo dices?

—Aparcar su coche, Jack. Es lo que trataba de decirle hace un momento. No hace buena cara sabe, cuando lo he visto llegar me he dicho, Jack tiene hoy uno de esos días —dijo Kevin cambiando un poco el tono de la voz—. No me malinterprete, usted ya sabe a qué días me refiero —dijo Kevin guiñándole un ojo a Jack—. Bueno, entonces qué, ¿se lo aparco o no se lo aparco?

A Jack se le acumulaban los problemas, las estúpidas preguntas sin respuesta en su cabeza. ¿A qué se refería el omnipresente Kevin con lo de

«uno de esos días»? ¿Era buena idea dejarle el S90 para que se lo aparcase?

No, en absoluto era buena idea, pero en ese momento pensó que sería peor llegar a casa y encontrar a Wendy revolviéndolo todo.

Sobre todo eso que nadie más podía ver. Porque en ese caso...

Tendría que explicar algunas cosas. Bastantes.

—Está bien, Kevin —dijo Jack saliendo del coche con una enorme duda sobrevolando su cabeza.

—Hace bien, Jack —dijo Kevin alargando la mano para alcanzar las llaves del Volvo negro con una sonrisa de satisfacción casi infantil.

Kevin se sentó al volante y se ajustó el asiento, era un poco más alto que Jack y las piernas le chocaban con el volante. Jack se quedó observándolo unos segundos sin saber si había hecho o no lo correcto.

—Kevin.

—¿Sí, Jack?

—Déjalo en el Luft Park que hay en el cruce de Mundy Avenue con South Park Avenue. A estas horas no deberías tener problemas para encontrar plazas libres.

—Estupendo, Jack, eso haré.

—Ah, Kevin. Otra cosa.

—¿Sí, Jack?

Jack hizo una pequeña pausa antes de contestar.

—Conduce con mucho cuidado por favor, alarga mucho las marchas, ve con mucho ojo cuando pongas la marcha atrás y no metas cuarta bajo ningún concepto, ¿entendido?

Kevin alzó un poco la vista para poder ver bien a Jack bajo esa enorme y semicircular visera de los Giants.

—Claro, Jack, descuida. En un rato te acercaré las llaves a casa, no te preocupes por tu coche, está a salvo conmigo.

—Gracias, Kevin.

Jack vio cómo Kevin bajaba por St. James Street con su S90 y sintió cómo una pelota de amargor y náuseas se le asentaba en el paladar.

Subió a casa por las escaleras para no perder tiempo y puso el pestillo nada más cerrar la puerta de casa para evitar que Wendy entrase mientras él estaba en la ducha.

Desde hacía muchos años, Jack usaba las duchas de agua caliente casi hirviendo para serenarse, para calmar todas esas terminaciones nerviosas tuyas que respondían tan mal al estrés. El síndrome de disincronía era algo que lo acompañaría toda la vida, eso fue lo que le dijeron los médicos cuando solo tenía siete años.

Wendy llegó cuando tan solo pasaban unos minutos de las ocho, tiempo suficiente para que Jack hubiese logrado calmarse lo suficiente.

—¡Hola, Jacky! —dijo Wendy en cuanto su hermano le abrió la puerta.

—Hola, Wendy —dijo Jack mientras su hermana se acercaba para darle dos tímidos besos.

—¿Qué? ¿No me notas nada diferente?

Wendy puso las manos sobre sus caderas y torció un poco el cuello en un sensual gesto mientras esperaba a que Jack notase esa diferencia.

—No, ¿botas nuevas?

—Por dios, Jacky, qué poco te fijas en las mujeres, eh. ¿Tú está seguro que no eres homosexual? El pelo, ¿no ves que me he cortado el pelo?

—Oh, sí. Es verdad. Perdona, Wendy. No me había fijado, te sienta bien.

Wendy había cambiado la melena por una extra lisa melenita que le llegaba tan solo un poco más abajo de las orejas. El color también se lo había aclarado bastante, ahora parecía casi rubia.

—Eso mismo me ha dicho Arnold —dijo Wendy mientras se adentraba en

el impoluto salón del piso de Jack y se lanzaba en el sofá de piel blanca.

—¿Arnold?

—Mi nuevo novio.

—Oh.

—Sí, desde hace una semana o así. Es un buen chico, creo que te gustará. Lo que pasa es que todavía no ha encontrado un trabajo a su altura y donde está ahora... no es que lo valoren demasiado. ¿Cómo es eso que dicen? Ah, sí. No se siente realizado. Además con lo poco que cobra... el pobre anda siempre sin blanca.

Jack se sentó en el apoya brazos del sofá y esperó a que su hermana moviese ficha, como siempre había hecho. A pesar de ser ella la menor, tres años menos que él, ella había sido desde que pudo articular palabra quien ejerció de líder cuando ambos vivían en casa de sus padres. Él en cambio...

No estaba seguro de si había estado a la altura de lo que se espera de un hermano mayor.

Pero ese día se encontraba terriblemente cansado, necesitaba recuperar la calma, necesitaba más que nunca estar solo. No había olvidado ni por un instante que introducir la variable «chica del semáforo» en su vida requería sacar «esa otra» de la ecuación, y para ello necesitaba un momento de paz, de absoluta soledad.

—¿Cuánto necesitas, Wendy?

Su hermana levantó sus ojos azul turquesa y apretó los labios con gracia. Ella se manejaba muy bien con todos esos gestos que bailaban entre la niña inocente y la mujer fatal. El arte de la seducción.

—¿Quinientos?

¿Quinientos? ¿En serio, Wendy? Se dijo Jack mientras su hermana lo miraba con esa carita de niña buena.

—Claro. Espera aquí un momento. Enseguida vuelvo.

Jack fue hasta su habitación, movió el doble fondo del armario y abrió la caja fuerte donde además del dinero también guardaba su cuaderno de «trabajo», la Smart Card y el álbum de fotos. Sí, el «álbum de fotos». Sacó cinco billetes de cien y se dio prisa en cerrar la caja de sus secretos para que su hermana se fuese de allí cuanto antes. Cuando llegó al salón la vio removiendo unas películas que tenía junto al televisor de sesenta pulgadas.

—Aquí tienes, Wendy.

—Oh, qué rápido, ¡muchas gracias, Jacky! —dijo Wendy dándole dos fuertes besos en la mejilla—. No sabes cuánto te quiero hermanito. ¿Te he dicho ya que algún día te lo devolveré todo con intereses? Bueno, yo ya me marcho que he quedado con Arnold para cenar.

—Claro, Wendy, yo tomaré algo y me iré pronto para la cama. Hoy me encuentro bastante cansado.

—Sí, ya me he dado cuenta de que no haces muy buena cara. En fin, cuídate hermanito, y ya sabes, si algún día te decides a lo mejor te puedo presentar alguna amiga con la que pasar un buen rato, tú ya me entiendes —dijo Wendy sonriendo.

—Claro, Wendy, descuida, algún día.

—Una última cosa, Jack —dijo Wendy antes de salir por la puerta.

—¿Sí, Wendy?

—¿No se te olvida una cosa?

—¿El qué?

—Decirme que vaya con cuidado, ¿no? Es lo que los hermanos mayores les dicen a sus hermanas pequeñas cuando van a salir por ahí de noche, ¿no te parece? Y más con el Hombre ese del coche suelto por ahí... Uf, no sabes el pánico que me da, Jacky, no lo sabes bien.

—Oh, claro Wendy, ve con mucho cuidado por favor, sobre todo si sales de noche.

—Eso haré, hermanito, muchas gracias —dijo Wendy dándole dos nuevos besos.

Cuando su hermana se hubo marchado, Jack trató de recuperar la respiración, esa que precedía a la calma, esa calma que le permitiese operar de nuevo con todo bajo control. Su control.

Volvió a mirar el móvil y se prometió que esa sería la última vez en el día. Sin noticias de Mía.

Encendió el portátil y entró en *firstlove.com*. Necesitaba eliminar la variable sobrante de la ecuación. No más contactos personales. No más distracciones que lo apartasen de su camino, de su trabajo. Menos ahora, tan cerca de que todo empezase a pasar. Le envió un mensaje privado a Katia32 y esperó a que se conectara. El mensaje le había llegado pero en su estado aparecía la palabra «no conectado».

Esperó paciente mirando la pantalla. Refrescándola constantemente. Deseando que como por arte de magia apareciese ante sus ojos la palabra «conectado».

El ruido del timbre, eléctrico y especialmente molesto, lo sacó de nuevo de sus pensamientos.

Kevin.

—Hola, Jack, tu coche es una maravilla, ¿sabes? —dijo Kevin dándole las llaves y el ticket del parking.

—Gracias, Kevin. ¿Lo dejaste en el Luft Park como te dije?

—Exactamente eso fue lo que hice. Plaza número seiscientos treinta y dos. ¿Te lo apunto?

—No, gracias, Kevin, creo que me acordaré.

—No hay de qué, Jack, para eso estamos, para ayudarnos —dijo Kevin inclinando la cabeza hacia delante y apoyando una mano sobre la visera de la gorra con un elegante gesto.

—Buenas noches, Kevin, has sido muy amable esta noche.

—No hay de qué, Jack, para eso estamos, para ayudarnos —Kevin repitió frase y gesto y se quedó en la puerta sin intención aparente de marcharse.

Propina.

—Oh, espera aquí un momento, Kevin, enseguida vuelvo —dijo Jack entornando la puerta.

Tardó unos segundos en coger el primer billete que sacó de la cartera, uno de cincuenta. Volvió a la puerta y se lo ofreció a Kevin.

—Jack, esto es... demasiado... no puedo aceptarlo —Kevin movió la cabeza hacia ambos lados como gesto de rechazo, casi indignado.

—Vamos, Kevin, cógelo. No te preocupes. Créeme, te lo has ganado —En la mirada de Jack había urgencia, desesperada necesidad.

—No puedo, Jack, de verdad, es demasiado.

—En serio, Kevin, coge el billete por favor —dijo Jack endureciendo un poco el tono.

Kevin lo miró de nuevo alzando un poco el cuello, estaba serio. Después miró el billete. Lo cogió y se lo guardó en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero.

—Está bien, Jack, como quieras. Gracias y buenas noches.

—Buenas noches, Kevin, gracias a ti.

Jack corrió de nuevo hacia el portátil. Todavía nada. Miró el teléfono móvil. Cero notificaciones. Se paseó por su estudio arriba y abajo durante unos dos o tres minutos hasta que por fin su portátil emitió el sonido característico de los mensajes privados de *firstlove.com*.

Katia32.

—Hola, J35.

—Hola, Katia32, ¿te viene bien que hablemos ahora?

—Claro, dime.

—No sé cómo decirte esto, Katia32, pero creo que lo mejor será que dejemos de hablar.

Katia32 tardó unos segundos en contestar.

—¿Hablas en serio, J35? ¿Después de todo lo que nos hemos contado, después de «todo» lo que te he dejado ver de mí?

Jack estaba muy nervioso. Sabía que cuando ese momento llegase le costaría afrontarlo, pero bajo ningún concepto podía tener dos variables incontrolables en su vida. Si había decidido introducir a la chica del semáforo había sido bajo la estricta condición de dejar fuera a Katia32. Así se lo había prometido a sí mismo. Y así lo haría. Ese era el estricto régimen de control que desde siempre había regido su vida. Las relaciones personales eran problemas. Eran una fuente de aleatoriedad y caos demasiado potentes incluso para él.

—Lo siento, Katia32, he tenido un problema y no voy a poder hablar contigo durante un tiempo. Lo siento mucho de verdad.

—No te creo, J35, ¿hay otra mujer? ¿Es eso? ¿Es esa la causa?

—Katia32, no hay ninguna otra mujer, es solo que ya no puedo más con esto de verdad. Lo siento, voy a cerrar la comunicación y a eliminar mi perfil de *firstlove*.

—¿Quieres verme? ¿Es eso, no? ¿Necesitas verme en persona para saber que existo en realidad, no es así?

—Katia32... lo siento pero ya he tomado la decisión.

—Pon un día. Cuando tú digas, y allí estaré, te lo prometo. Pero por lo que más quieras, J35, no me dejes, no puedes, no ahora, te necesito, sabes que te necesito.

Jack cerró los ojos y se quedó pensando unos segundos tras la pantalla del portátil. Estaba cansado. Ese día había sido el más horrible desde hacía mucho. Estrés. Y no podía permitirse el lujo de continuar con Katia32. Había

invertido demasiado tiempo en una relación que no era real, pero ahora ella le pedía verlo, algo que él había estado anhelando durante mucho tiempo. Una relación real. De verdad.

¿Qué vas a hacer, Jacky? ¿Vas a dejar las dos variables en la ecuación o vas a eliminar una de las dos tal y como te habías propuesto? Le preguntó esa voz interior que siempre lo acompañaba antes de teclear de nuevo.

—Lo siento mucho, Katia32, adiós.

Jack se desconectó de *firstlove.com* y eliminó su perfil sin querer mirar los mensajes que seguían entrando en su bandeja de entrada de la página web de la que trataba de darse de baja en tiempo récord.

Apenas un minuto y medio después su perfil y sus datos ya habían desaparecido de la web de primeros contactos. La web de pago que se anunciaba como la mejor del mercado para conectar a las personas como él. Personas solitarias con grandes dificultades para socializarse.

¿Es eso lo que realmente necesitas, Jacky? ¿Socializarte? ¿Una mujer? ¿Te has preguntado por un momento el porqué de ese anhelo?

Ahora no me apetece hablar de ello.

Había sido un día muy duro a todos los niveles. Se había atrevido a dar el paso y no había obtenido respuesta por parte de la chica del semáforo, eso le había descentrado más de lo que había imaginado. De lo que había previsto. Donald lo había exprimido al máximo y para acabar había tenido que ver a su hermana, hablar varias veces con Kevin y cortar su relación virtual con Katia32.

Tal vez esa noche necesitaba descansar de verdad.

Desde luego que lo necesitaba.

CAPÍTULO 3

¿PUEDES SENTIRLO?

Jack se despertó la mañana del sábado con un terrible dolor de cabeza. Ligera desorientación y una suave sensación de vértigo. Se sentó al borde de la cama, se dio tres golpecitos sobre las rodillas y se levantó.

Ese día no se saltaría absolutamente ninguna pauta. Ninguna. Ellas eran la base para que todo funcionase como que tenía que funcionar, para que nada malo pasase. Se lavó la cara después de haber abierto y cerrado tres veces el armario del baño. Se hizo una taza del café panameño «Geisha» procedente de Hacienda La Esmeralda después de haber controlado que la humedad del grano y la temperatura ambiente eran la ideal para su molido. Ese café era su preferido y uno de los más exclusivos del mundo. Cultivado a la sombra en suelo volcánico a más de mil quinientos metros de altitud. Aromas cítricos y toques dulces a caramelo y chocolate.

Abrió el doble fondo del armario de su habitación y sacó el portátil Getac XC500. Chasis ultra resistente tanto al impacto como al agua y al fuego. Estructura fabricada con una aleación de magnesio y aluminio y enriquecida con un polímero halogenado. Irrompible y ligero. Polímero de carbono modificado altamente resistente en las esquinas con refuerzos de polímero de goma de alta absorción al impacto.

El portátil de Jack estaba preparado para trabajar en cualquier situación. Tenía conexión directa con el satélite y un chip GPS de última generación, entre otras muchas cosas. Para poder realizar operaciones interbancarias de *trading* necesitaba además introducir una Smart Card con un circuito integrado que funcionaba a modo de «llave» personal. Sin ella el Getac XC500 tan solo era un portátil más.

Se llevó el pequeño ordenador a su estudio de trabajo y lo conectó a los diez monitores de veintidós pulgadas que tenía instalados en línea. Formaban un gran panel audiovisual de al menos dos metros de superficie y daba la sensación de estar frente a una pantalla de cine. Accedió al programa Quartz, introdujo sus claves personales del Crédit Lyonnais y esperó a que las diez pantallas empezaran a mostrar todos esos gráficos y números que reflejaban las grandes bolsas mundiales, principales índices bursátiles y «su» mercado de divisas.

Saboreó el café Geisha mientras observaba cómo los miles de caracteres numéricos que tenía ante él cambiaban constantemente de valor. Esperó unos minutos hasta «conectar» con «la pauta». Esa era su verdadera magia, encontrar una pauta, un patrón allá donde los demás tan solo veían el caos y la aleatoriedad total.

Él simplemente tenía que dejarse llevar. Sentir el ritmo de todos esos números, su cerebro funcionaba como una gigantesca calculadora con vida propia preparada no solo para realizar enormes e imposibles cálculos, sino para prever qué números serían los siguientes en aparecer en la pantalla. Donald Jones le preguntó en más de una ocasión cómo demonios lo hacía.

—Simplemente lo hago, Donald, es todo cuanto te puedo decir.

—Estupendo, Jacky, mientras sigas así, que así sea.

Jack nunca realizaba operaciones financieras por su cuenta. El dinero le interesaba para tener una vida cómoda, y, con lo que cobraba en el Crédit Lyonnais tenía más que suficiente para colmar todas sus necesidades. Nunca le interesó amasar una fortuna propia, nunca lo vio necesario ni tampoco encontró ningún aliciente en ello. Él tan solo observaba los números, realizaba cálculos con ellos en tiempo récord y después los ponía a bailar. Eso es lo que realmente sabía hacer, lo que necesitaba hacer para mantener su cerebro ocupado, en forma y perfectamente alineado con el resto de su cuerpo.

Sintió un leve cosquilleo cuando vio que en la barra inferior de su portátil todavía permanecían activas las notificaciones sin leer de *firstlove.com*. Se había dado de baja de la exclusiva página de contactos, pero olvidó borrar el icono de acceso rápido en el que también se mostraba el número de nuevas notificaciones. Eso le hizo pensar de nuevo en Katia32. La había eliminado de su vida como si tan solo se tratase de un número más, como esa variable que hace que la ecuación entera falle. Se preguntó de nuevo si de verdad Katia32 era tan solo un número más o era algo más.

En el fondo no le cabía ninguna duda de que hizo lo que hizo porque estaba seguro de que entre él y la chica del semáforo había algo especial. Único y diferente a todo. Algo que solo él era capaz de ver, algo que su cerebro había sabido interpretar a partir de múltiples gestos y detalles aparentemente insignificantes. Sí, la chica del semáforo debía ser importante, pero...

¿Por qué no contestaba?

¿De verdad era posible que hubiese cometido ese error tan grande con Mía?

Solo el pensar en ella y en un posible error de cálculo hizo que por un momento volvieran los temblores. Salió de su estudio y fue a por el móvil casi sin pensar. Lo encendió nervioso. Mientras había estado apagado podía seguir albergando esa duda que mantenía viva la llama de su esperanza, pero en cuanto lo encendiera, en cuanto supiera con certeza si la chica del semáforo había contestado o no a su invitación, esa duda pasaría a ser una realidad y esa realidad podría resultarle insoportable. Aun así tenía que enfrentarse a esa verdad, no podía dejarla apartada de su vista eternamente. Cerrar los ojos no haría que las cosas cambiaran, todo lo contrario, es posible que solo hiciera que empeorasen.

Dejó el móvil en la mesa mientras terminaba de encenderse y se asomó al

gran ventanal que le ofrecía unas estupendas vistas a St. James Street. Reforzado con una microcapa de policarbonato compacto y ligeramente oscurecido. No soportaba la intensidad con la que los rayos de sol atravesaban los cristales, por eso había instalado en todas las ventanas de su casa unos protectores especiales que le permitiesen tener un ambiente luminoso confortable. Temperatura de color de 4.500K y tonalidad de la luz blanco marfil.

Y entonces ocurrió algo.

El móvil emitió tres pitidos, cortos y continuos. Tres notificaciones.

Cerró los ojos y empezó a contar con rapidez; un dos tres, un dos tres, un dos tres.

Esa era la pauta, esa era la pauta que nunca debería haber abandonado. Esa pauta de tres que formaba parte del patrón de cuatro tiempos.

Un dos tres, un dos tres, un dos tres, un dos tres.

Sujetó el móvil un instante y sin pensarlo más desplegó la bandeja de notificaciones.

Tenía tres mensajes esperando a ser abiertos, los tres eran del mismo número, un número que no tenía memorizado en su agenda.

Tres mensajes. ¿Casualidad o consecuencia?

Esa era la eterna pregunta que se hacía cada uno de sus días. La pregunta con la que analizaba cada uno de los sucesos que acontecían a su alrededor.

Los tres mensajes eran de Mía.

Los tres habían sido enviados apenas unos veinte minutos antes de que encendiera el móvil y con un intervalo de un minuto entre cada uno de ellos. Más o menos.

¿Sabes que esto ha ocurrido gracias a que hoy sí has hecho todas tus pautas, verdad Jack? Se dijo a sí mismo.

Por supuesto que lo sabía, nunca antes se había sentido tan bien consigo mismo. En esos momentos, la respuesta a esa eterna e insidiosa pregunta la vio más clara que nunca.

Consecuencia. Siempre es consecuencia. Todo.

Mensaje 1: «Hola, Jack, soy Mía, la chica del espectáculo con los aros. Me dejaste ayer tu tarjeta, ¿te acuerdas? Espero que me disculpes, pero tuve un día de locos y no te pude decir nada».

Mensaje 2: «No te voy a mentir, pero lo cierto es que ayer me quedé bastante sorprendida al ver que me dejabas la tarjeta. Al principio pensé que tan solo era una tarjeta publicitaria, pero cuando vi lo que ponía detrás no me cupo la menor duda de lo que significaba».

Por supuesto. Porque las cosas solo tienen un significado. Significan lo que significan. El resto son conjeturas. Pensó Jack antes de pasar al siguiente mensaje.

Mensaje 3: «No te voy a engañar, Jack, es la primera vez que me pasa algo así y no sé muy bien cómo tomármelo ni qué se supone que he de hacer, pero también es cierto que quien no arriesga no gana y que por cenar no se pierde nada, ¿no? ¿Te viene bien esta noche? Ya me dices, Jack. Un beso y hasta pronto. Mía».

Jack tuvo que sentarse para digerir y procesar lo que acababa de leer. No se lo podía creer, había dicho que sí, la chica del semáforo había dicho sí.

Respira, Jack, respira.

¿Entonces todavía era posible que fuese ella?

Sin ninguna duda. Tenía que serlo.

Jack contestó antes de que Mía tuviese tiempo de arrepentirse.

«Hola, Mía. En primer lugar, he de decir que me alegro mucho de que hayas contestado, y en segundo lugar, quiero que sepas que yo también es la primera vez que hago algo así, ¿te parece si te recojo a las ocho?».

Jack pulsó «enviar» y se quedó mirando la pantalla del móvil a la espera de que Mía contestara.

Un dos tres, un dos tres, un dos tres.

El móvil volvió a emitir el sonido de la notificación.

«Hola, Jack, me parece perfecto a las ocho, pero, ¿te importaría si en lugar de recogerme quedásemos directamente en el lugar donde cenaremos?».

Jack cayó en la cuenta de que no había tenido tiempo de pensar a qué local llevaría a Mía a cenar. Hizo un rápido sondeo mental por aquellos lugares que conocía. No eran demasiados. Sobre todo a los que había ido alguna vez con Wendy o bajo la expresa petición (obligación) de Donald en alguna cena de empresa.

Pensó que lo ideal sería llevarla a un lugar discreto, ni muy exclusivo ni demasiado vulgar. Tal vez Applebee's o Denny's fueran un buen lugar. Después le vino a la mente Pearl Street Grill y Mythos, tampoco serían malos sitios. Finalmente pensó en el lugar ideal para Mía, el lugar al que la llevaría; Hutch's. Comida tradicional americana de buena calidad, gran variedad en la carta y un ambiente tranquilo y familiar.

«Claro, Mía, ¿te parece bien a las ocho en el Hutch's?, está en el 1375 de Delaware Avenue».

Mía no tardó en responder.

«Me parece perfecto, Jack, allí estaré, un beso y hasta la noche».

Jack se quedó mirando durante unos segundos la palabra «beso», una sonrisa apareció sin avisar en su cara.

«Hasta la noche, Mía».

Respira, Jack, respira.

Se dio una ducha templada y salió en busca del S90. Había dormido en el Luft Park y eso era algo que lo inquietaba, que no le permitía terminar de

relajarse. Nunca se separaba de su Volvo S90. Ni de él ni de lo que escondía en él. Bajó el capó y en un lugar seguro.

¿Seguro?

Compartió ascensor con Trenton Hill, veterano del ejército americano. Un tipo adusto y desconfiado. Metro noventa, cara cuadrada, amplia cuenca orbital y pelo blanco como la nieve. Como la nieve cuando está sucia. *¿Tienes anemia, Trent?*

Trenton no era alguien que saludase de buenas a primeras, él tan solo devolvía los saludos cuando le apetecía.

Jack lo saludó con una tímida y huraña mirada y Trenton le devolvió el saludo exactamente de la misma forma.

Había algo que molestaba profundamente a Jack del trato con las personas, su olor corporal. Trenton siempre desprendía un poderoso olor a cañería mezclado con alcanfor. Algo que a Jack le resultaba muy difícil de soportar. *¿Qué guardas en casa, Trent?*

Pasó deprisa por delante de la portería con la esperanza de que Kevin estuviese arreglando algún cuadro eléctrico o poniendo patas arriba el trastero de alguna de las (muchas) viudas de edad avanzada del edificio. Pero no tuvo esa suerte.

—Buenos días, Jack —dijo Kevin. Como siempre, enérgico y vital. La gorra de los Giants seguía calada en su cabeza.

—Buenos días, Kevin —Jack contestó sin aminorar la marcha, no tenía tiempo para una conversación.

—Eh, Jack, espera un momento —dijo Kevin levantándose como un resorte tras la portería.

Jack respiró profundamente y se paró justo en el umbral de la puerta.

No siempre se puede luchar contra lo inevitable, Jacky.

—Dime, Kevin, ¿qué ocurre?

Kevin salió de detrás del mostrador de la portería con un periódico en la mano.

—¿Has visto? —Kevin levantó el periódico para que Jack pudiese ver bien la primera página—. El Hombre del coche salió anoche a cazar otra vez. Ya son dos las noches seguidas, algo impropio en él.

Jack se quedó observando la fotografía de la primera página del Buffalo News. La imagen tenía mucho grano y apenas podía distinguirse algún detalle relevante. Quizá esa fuese la intención de los redactores del Buffalo News, generar una enorme y mediática duda.

—Evidentemente no es este el coche, si es eso lo que estás pensando, fotografía de archivo, ¿recuerdas? —añadió Kevin al ver cómo Jack se había quedado de nuevo pasmado delante de la primera página del periódico.

—¿Te encuentras bien, Jack? —dijo Kevin al ver que Jack no respondía.

—Oh, sí, Kevin, disculpa, es solo que... ¿En serio crees que es solo una fotografía de archivo?

—Claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, Kevin. Tengo un poco de prisa. Si me disculpas, hablamos más tarde. Hasta luego —dijo Jack despidiéndose del portero.

—¿Sabes lo que el muy cerdo le hace a las víctimas antes de matarlas, Jack? —dijo Kevin antes de que Jack saliese por la puerta.

Jack suspiró de nuevo.

—El qué, Kevin, ¿qué es lo que les hace? —En la voz de Jack había desinterés, en su expresión hastío. En cambio en la de Kevin... Parecía haber un extraño interés en hablar del tema de moda en la ciudad. El Hombre del coche. El asesino en serie que tenía aterrorizado a todo Buffalo.

—Abusa de ellas, Jack. Ese cerdo abusa sexualmente de ellas antes de acabar con su vida. Luego las arregla y las pinta y las coloca en el suelo como si fuesen muñecas. Sus muñecas. Lo dice aquí, en el especial del Hombre del

coche del Buffalo News de hoy —dijo Kevin señalando de nuevo la primera página del periódico. Se le veía dolido y muy enfadado. En sus ojos, la incompreensión y la ira. Y ese extraño interés de nuevo por hablar de ese tema. Quizá Kevin no tuviese mucha más gente con la que hablar, o quizá lo hiciese porque...

Mejor no pensar en eso ahora, Jacky. Ya tendrás tiempo.

—Eso es horrible, Kevin, horrible. Tengo que marcharme, de verdad. Hablamos más tarde.

Jack salió del 207 de St. James Street antes de que a Kevin le diese tiempo a sacar algún otro tema de conversación.

Había algo que Jack no le había dicho, algo que ya pensó cuando vio la edición del día anterior del Buffalo News. Ese coche que salía en la portada, es posible que fuese una imagen de archivo tal y como Kevin afirmaba, pero él estaba casi seguro de poder identificarlo. De poder decir de qué marca y modelo se trataba. Incluso... claro que sí, a quién pertenecía.

Lo primero que hizo Jack cuando recogió el S90 fue hacerle un chequeo completo. Revisó los niveles de aceite, la presión de los neumáticos, sistemas de seguridad, sistema eléctrico y el «sistema para las emergencias», como él solía llamar al exclusivo circuito de óxido nitroso que guardaba bajo el capó del Volvo. Ese sistema que solo se había visto obligado a activar en muy pocas ocasiones y que empezaba por meter cuarta y por apretar el «botón rojo». Comprobó que el Nitro no había sido activado y una vez hubo terminado con su exhaustiva revisión llevó el coche a que lo lavaran de arriba abajo. Todavía olía a Kevin y eso era algo que le molestaba profundamente. Reminiscencias a productos de limpieza, barniz y otros agentes químicos como los que se pueden encontrar en el interior de un botiquín. Cables pelados. Estaño. Cobre. Acero galvanizado. Kevin debía haber estado montando y

desmontando algún tipo de herramienta, electrodoméstico o aparato electrónico. Sin lugar a dudas había que limpiar a fondo el S90.

Jack pasó prácticamente el resto del día haciendo bailar números. Se vio tentado en un par de ocasiones de buscar información en Internet sobre el caso del Hombre del coche, pero rehusó la idea cada una de las veces. Bastante tenía ya con la información que Kevin se había empeñado en retransmitirle cada día. De momento prefería seguir obviando ese tema y hacer solo que estaba haciendo.

De momento.

Antes de marcharse a su cita con Mía, recibió un mensaje de Wendy.

«¡Hola, Jacky! ¿Cómo está mi adorable hermanito? ¿Algún plan para esta noche? Por si te interesa, tu hermanita está bien y no ha sido la última víctima del Hombre del coche, qué horror, por dios. Por cierto, ¿podías ser tú quién se preocupase por mí de vez en cuando, no? Eso es lo que hacen los hermanos mayores... —Wendy había añadido un emoticono con cara de tristeza—. Escucha, Jack, me vas a matar, pero, ¿te importaría prestarme algo más de «cash»? Es que no sabes lo que nos pasó anoche a Arnold y a mí. Qué locura de noche, mejor me paso por tu casa y te lo cuento en persona. ¿Te va bien ahora?»

Wendy, ¿en serio? ¿Te has gastado ya los quinientos dólares que te di ayer? Pensó Jack. Luego respiró profundamente antes de contestar.

«Hola, Wendy, me alegro que estés bien, y sí, tienes razón en lo de que debería ser yo quien llamase primero, prometo que será así a partir de ahora. Me has cogido a punto de salir de casa, ¿te importaría pasar mañana?»

Jack terminó de ajustarse la camisa Oxford gris ceniza que estrenaba para su cita con Mía. Se apretó bien los cordones de los zapatos de piel de canguro. Horma especialmente ancha y talonera microperforada para mejorar la transpiración del pie. Tapas de madera de roble con ligero dibujo para evitar

resbalones. La suela delantera había sido especialmente diseñada por la marca italiana Recaro precisamente para mejorar el agarre en los pedales de un coche.

Bien por Recaro.

«¿A punto de salir? ¿Ahora? ¿Con quién has quedado si se puede saber? ¿Es una mujer? Por dios, Jacky, ¡no puedo creer lo que estoy oyendo! De acuerdo, me pasaré mañana por la mañana, ¿vale?»

«Claro, Wendy, mañana por la mañana hablamos mejor en persona, ahora mismo tengo un poco de prisa»

Y deja ya de llamarme Jacky, ya te pareces a... Pensó Jack. Pero no lo dijo. Prefirió no terminar la frase.

Jack llegó hasta el Hutch's con el S90 recién lavado. Lo dejó en un parking cercano y trató de no pensar en nada hasta que estuviese sentado en la mesa con Mía delante.

Todavía no podía creer que fuera a suceder. Hasta que no la tuviera delante no bajaría la guardia. El número de sus experiencias personales con mujeres se acercaba a la cifra mágica. Cero.

Faltaban apenas cinco minutos para las ocho. Dudó entre si debía esperarla fuera o dentro. ¿Qué demonios tenía que hacerse en una situación así? Al final decidió que tal vez sería más elegante esperarla dentro y así de paso iría gestionando la reserva.

Le habían guardado una de las mejores mesas del Hutch's. Eso fue lo que dijo Claire, la camarera que los atendería esa noche.

Jack se empezó a impacientarse al ver que habían pasado ya diez minutos de las ocho y Mía seguía sin llegar. Miró el móvil por enésima vez pero no tenía ninguna notificación esperándolo.

¿En serio merecía la pena todo este sufrimiento, Jacky? ¿Acaso no sabías que la variable «factor humano» en la ecuación implicaría

irremediablemente el sufrimiento constante?

No, no lo sabía.

Sí, sí lo sabías.

Jack trató de contar. Probabilidad y causa, esa era la clave. Se daba golpecitos en las rodillas en rápidas series de tres. Repitió la misma operación con el tenedor sobre la mesa y con el encendido y apagado de la pantalla del móvil. Estaba poniéndose realmente nervioso. Se empezó a plantear seriamente que Mía debía de haberse arrepentido y lo había dejado plantado.

Pero entonces ocurrió.

Cuando la vio entrar por la puerta apenas podía creer lo que veían sus ojos. Era maravilloso lo que le estaba sucediendo. Le parecía increíble estar a punto de compartir mesa con la chica del semáforo. Esa a la que tantas y tantas veces había observado desde el silencio y tras el cristal con tratamiento anti deslumbramientos del S90.

Su piel era tostada, era del color de un bonito atardecer en otoño. Sus ojos color de miel lo miraron de nuevo con ese enigmático reflejo, dulce y nostálgico, espíritu guerrero y entregado. Desprendía una fragancia cálida, floral en primavera, suave y fresca.

—Buenas noches, Jack.

—Hola, Mía, buenas noches, muchas gracias por venir.

Nada más sentarse a la mesa, apareció Claire. Rápida y atenta.

Mía pidió una copa de vino blanco. Jack no solía beber alcohol, pero esa noche...

Esa noche era distinta. Así que pidió lo mismo que Mía.

—Así que trabajas en un banco, ¿no es así, Jack?

—Sí, así es Mía. En realidad soy matemáticos, pero desde hace algunos años trabajo como asesor financiero en una sucursal del Crédit Lyonnais, ya

debiste ver la tarjeta. En el fondo todo trata sobre lo mismo. Números.

—Suenan bien.

—No está mal.

Cada vez que Mía sonreía a Jack se le llenaba el corazón de vida.

—¿Hace mucho que te dedicas al espectáculo, Mía?

Mía se sonrojó al escuchar la pregunta que acababa de hacerle Jack.

—Bueno, yo no lo llamaría espectáculo exactamente. Más bien, ¿ganarse la vida humildemente?

—Mía, el espectáculo que haces en el semáforo veintisiete de Sycamore Street es simplemente sensacional, es lo más bonito que he visto nunca. Es auténtico arte. ¿De verdad no eres una actriz famosa o algo así?

—Qué adulator y qué exagerado eres... No soy ninguna actriz famosa ni nada que se le parezca. Pero sí que estudié arte dramático y artes escénicas, aunque de momento todavía no me han dado ninguna oportunidad —Mía se encogió de hombros con un gesto triste pero dulce.

—Seguro que llega antes de lo que esperas, Mía.

—Ojalá estés en lo cierto, Jack.

Claire llegó con dos copas más de vino. Jack empezó a ver las cosas de otra manera. En esos momentos se olvidó por completo de todas sus pautas, de todos sus números y de todo aquello que lo había hecho diferente desde niño. Apenas transcurridos unos pocos minutos desde que había llegado Mía, por primera vez en toda su vida, se olvidó por un instante de sí mismo y fue el Jack que desde hacía mucho tiempo deseaba ser.

—¿Por qué sonríes, Mía?

Mía había empezado a sonreír en silencio. Era una sonrisa tierna, casi infantil, inofensiva. A Jack le pareció que esa sonrisa debía parecerse a eso que muchos llaman hogar.

—Por nada, es solo una tontería que me ha hecho gracia —Los dos arcos

que se formaban a ambos lados de la boca de Mía describían una curva perfecta.

¿Podrías decirme qué ángulo exacto describen esos arcos, Jack?

Sí, podría.

—¿Y puedo saber qué tontería era esa? —dijo Jack sonriente.

—Me he imaginado por un momento nuestros dos nombres juntos, uno al lado del otro, Jack y Mía, y no sé, me ha hecho gracia. Suena bien. ¿No crees?

Jack se quedó observándola totalmente hipnotizado.

—Suena estupendamente bien, Mía.

—Suelo hacerlo a menudo, ¿sabes?

—¿El qué?

—Imaginarme cosas. Muchas veces lo hago para entretenerme, otras veces lo hago sin pensar. Es mi mente la que se pone a dibujar situaciones diferentes a las que están ocurriendo en realidad o que podrían ocurrir en un futuro. No sé, siempre me han dicho que tengo mucha imaginación.

—Vaya, Mía, eso es fascinante.

—¿Tú crees?

—Sí, por supuesto que sí. Es lo más fascinante que he oído nunca.

—Venga ya, Jack, no te rías de mí. ¿No piensas que estoy un poco loca?
—dijo Mía en medio de una sonrisa.

—En absoluto, Mía, y jamás en la vida me reiría de ti, créeme.

A Jack le vino a la mente todas sus pautas, todo lo que tenía que hacer para mantener en equilibrio su mundo y sintió vértigo por primera vez durante toda la noche ante la posibilidad de que Mía llegase a conocer algún día todos los detalles de su vida.

Todos.

Jack pagó la cuenta del Hutch's. La cena había sido más que satisfactoria. Agradable y fluida.

Fueron dando un paseo a lo largo de Delaware Avenue, una de las vías más largas de Buffalo. Después atravesaron el Delaware Park. La noche era tranquila, apenas corría el aire y el canto de los grillos ofrecía un suave y constante ruido de fondo. Se respiraba un ambiente cercano a la calma total, una calma casi cinematográfica. Todo estaba donde tenía que estar y todo ocurría porque era así como tenía que ocurrir. Probabilidad y consecuencia. Causa y efecto. Jack se sentía un poco mareado a causa de las copas de vino, pero la compañía de Mía era tan agradable que hubiese firmado pasar de esa manera el resto de sus días.

Cuando llegaron al final de Delaware Park, Jack propuso tomar algo en alguna terraza u otro tipo de local. Mía hacía ya algunos minutos que estaba muy callada y a Jack le pareció buena idea tratar de reanimar la velada.

—¿Te encuentras bien, Mía? ¿Quieres que nos sentemos a tomar algo en algún sitio?

—Perdona por estar tan callada, Jack, pero es que no ha debido de sentarme bien algo que hemos comido durante la cena y no me encuentro demasiado bien. No sé si es buena idea ir a tomar algo.

—Cuánto siento oír eso, Mía, no importa, ¿te acompaño a algún sitio? ¿Quieres marcharte ya a casa? Si lo deseas puedo pedirte un taxi.

Mía permanecía en silencio, Jack se estaba empezando a preocupar de verdad.

¿Qué has hecho, Jacky? O a lo mejor es que sí es realmente una actriz y solo está fingiendo. A veces fingir algo, una mentira, si es buena, es casi lo mismo que la propia realidad. ¿No crees, Jacky? La única condición necesaria para que algo exista es que creas en ello.

Mía se paró de golpe y se cogió del brazo de Jack, parecía estar a punto de irse al suelo.

—Mía, ¿Estás bien?

—Perdón, Jack, es solo que me he mareado un poco, no te preocupes — dijo Mía tratando de fingir una sonrisa. A Jack le pareció ver que estaba pálida.

Le pareció.

—Creo que lo mejor sería que te llevase a casa o a que te viese un médico, ¿no crees?

—No te preocupes, de verdad, Jack. Solo necesito descansar un poco, eso es todo. A veces siento como unas pequeñas cosquillas detrás del pecho, son como arañitas intentando abrirse paso por mi interior, después de eso me suelo marear. Pero ya estoy mejor, de verdad. Por cierto, ¿a qué casa te referías cuando has dicho lo de llevarme a casa? —dijo Mía tratando de sonreír nuevamente, esta vez con más énfasis que la vez anterior.

Jack trató de interpretar las palabras de Mía con rapidez.

¿Qué ha querido decir exactamente con eso, Jack?

No lo sé.

Oh, Jack, ya lo creo que lo sabes.

—No sé, ¿te gustaría que fuésemos a mi casa? Si te encuentras mal puedes descansar allí el tiempo que haga falta, tengo habitaciones libres de sobra.

Los ojos de Mía volvieron a brillar en la oscuridad de esa bonita noche. Oscura, pero bonita.

—Me parece bien, Jack, eres un encanto.

—Genial, Mía, en ese caso...

Deshicieron el camino andado y fueron hasta el parking donde Jack tenía aparcado el S90.

El camino hasta el 207 de St. James Street fue más que agradable. Mía parecía haberse recuperado y volvía a irradiar ese espíritu invencible, esa fuerza interior natural.

Jack no pudo evitar fijarse en cómo iba vestida Mía, en cada uno de los detalles de Mía. Conducir el S90 hacía que su cerebro bloqueara «ciertos procesos mentales» y eso lo hacía sentir libre, libre para pensar y para sentir. Para Jack, la conducción era como una especie de terapia, una terapia a la que necesitaba acudir en un régimen de sesiones diarias.

Mía llevaba un pantalón vaquero azul celeste, ajustado y corto, parecido a los que utilizaba cuando hacía sus espectáculos de semáforo. Sus muslos delineaban curvas perfectas y sus rodillas eran una mezcla entre la fortaleza y la delicadeza. Su piel era tersa y atlética. Se veía tan suave como la porcelana. Llevaba puestas unas botas tipo cowboy que le llegaban un poco más arriba de los tobillos. En la parte de arriba una camisa blanca sin mangas, algo suelta, los tres primeros botones sin pasar. Sutileza. En cada una de sus muñecas lucía un brazalete de cuero al estilo de...

Sí, al más puro estilo de las Valkirias.

Realmente era la mujer más atractiva que Jack había visto en la vida.

¿Ya sabes qué es eso que le da vida a las cosas, Jack, que las hace distintas a las máquinas y a todas las calculadoras?

No, pero creo que estoy cerca de saberlo.

Sí, claro que sí Jacky. Lo que tú digas.

Cuando llegaron al 207 de St. James Street se produjo una situación para la que Jack no estaba preparado.

Él le ofreció algo de beber.

Ella le pidió una infusión bien caliente.

Jack preparó dos infusiones balsámicas a base de *Origanum Vulgare*, *Thymus Vulgaris* y *Micromeria fruticosa*. Una auténtica delicia que había que preparar con una reducción de agua mineral a exactamente setenta y cinco grados.

Permanecieron un buen rato en silencio, apenas sin hablar. Se

comunicaban solo con la mirada, con las sonrisas. Los ojos de Mía hacía ya rato que se entrecerraban ligeramente. Se estaba quedando dormida. A punto de adentrarse en el más profundo y dulce de los sueños.

—Te estás quedando dormida, Mía.

—¿En serio? Qué va...

—Claro que en serio, hace rato además. Es normal, debes de estar muy cansada.

—Sí, la verdad es que sí. La semana ha sido durísima y hoy no he parado en todo el día.

—¿En serio no te quieres tumbar? Ya te digo que a mí no me importa.

—Me sabe fatal, Jack, ¿qué pensarías de mí si la primera vez que nos vemos me acostase en tu casa como si nada?

—Que eres la mujer más maravillosa del planeta.

Mía se quedó mirando a Jack en silencio. Un instante. Eterno. En sus ojos color caramelo ya no había nostalgia ni dulzura, ahora lo que había era pasión. Algo capaz de atravesar el tiempo y el espacio. Mía se acercó un poco. Él la miró nervioso. No pudo evitar inclinar el cuello hacia abajo y cerrar los ojos. Ella puso una mano sobre su babilla, movimiento firme y delicado. Él volvió a abrir los ojos, y entonces ocurrió.

Mía lo besó en los labios. Fue un beso corto. Tímido. Después le dio otro un poco más largo. Jack apenas podía controlar el ritmo de su corazón. Y después le dio ese beso con el que Jack había estado soñando desde la primera vez que la vio. Largo, apasionado, dulce, indescriptible.

Jack estaba totalmente mareado cuando Mía se apartó un poco de él.

—Tú también eres maravilloso, Jack.

No supo que contestar a eso, tan solo sonrió con timidez.

—No quisiera estropear este momento. Estoy demasiado cansada como para intentar nada más, ¿te parece si me tumbo un rato y mañana continuamos?

—Claro, Mía, me parece fantástico.

Jack tampoco estaba preparado para nada más. Ya había tenido más que suficiente para esa primera noche.

—Puedes dormir en mi habitación si quieres. Es la más cómoda. Yo dormiré en la de invitados.

—¿En la de invitados?

—Sí, la mía es más cómoda y me gustaría que la utilizaras tú, hoy he puesto sábanas nuevas...

—Jack... no me importa que durmamos en la misma cama... te prometo que no te voy a hacer nada... —dijo Mía sonriente, resplandeciente—. Si a ti no te importa podemos dormir en la misma cama, te aseguro que apenas me muevo cuando duermo.

Jack sostuvo la respiración durante un instante.

—Claro que no me importa, Mía. En realidad me parece una idea maravillosa.

Esa noche no pasó nada más. Pero Jack apenas durmió una hora o dos horas. O quién sabe, quizá un poco más. Su cerebro trataba de procesar todo lo que había pasado esa noche, todo lo que había vivido y sentido. Hasta que sus ojos, lentamente, se fueron apagando.

¿Lo sientes, Jack? ¿Puedes sentirlo?

Sí, puedo sentirlo.

CAPÍTULO 4

LA EXTRAÑA HISTORIA DE WENDY

Los ojos de Jack se abrieron de par en par al escuchar un chasqueo de dedos justo delante de él.

La imagen estaba un poco borrosa y le costó centrar la mirada.

Pero no había lugar a dudas de quién era la que tenía enfrente.

Wendy.

—Dormilón, venga despierta. No sabía que ahora dormías por las noches como las personas normales... Por cierto... ¿Qué tal te fue anoche campeón?

—Wendy sonreía con esa juventud suya que transmitía vitalidad. Una vitalidad desbordante. Como esa cascada que rompe y que arrastra.

Jack trató de ubicarse. Buscó a Mía con la mirada intentando ser disimulado. Pero allí no estaba, al menos no en su cuarto. ¿Acaso todo había sido un sueño? No era la primera vez que veía a alguien que tal vez no había existido nunca, precisamente también cerca de un semáforo...

Jacky... ¿estás planteándote en serio si todo ha sido un sueño?

No lo sé, ¿lo ha sido?

Tal vez deberías empezar a pensar en otras cosas más importantes, en lugar de hacerlo en mujeres como Mía...

—¿Te encuentras bien, Jack? ¿Por qué no contestas?

—Oh, perdón, Wendy. Es solo que no te esperaba tan pronto y estoy un poco desorientado. Deja que me levante y me tome un café. Necesito algo que me despeje.

—¿Tan pronto, dices? Son las once de la mañana, Jack. Hasta donde yo sé tú nunca te has levantado más tarde de las seis.

Jack se quedó unos segundos pensando en las palabras de Wendy. ¿Las once de la mañana? ¿Cómo era eso posible?

Se lavó bien la cara y preparó un café Geisha para él y otro para su hermana.

—Esto sí que es un café, Jack —Wendy cerró los ojos mientras degustaba el café panameño.

—Me alegro que te guste, Wendy, te sienta muy bien ese nuevo corte de pelo, por cierto.

—Bueno, eso sí es una novedad. Jack fijándose por una vez en su hermana —Wendy estaba especialmente guapa esa mañana.

Jack no pudo evitar mirar por encima del hombro de Wendy por si veía a Mía por algún lado. ¿Dónde se había metido? ¿De verdad se había ido sin decirle nada? Su mente no dejaba de hacerse preguntas. No podía evitar ni controlar esa inquietud que le producía el no tener las cosas bajo control.

—Verás, Jack, no te vas a creer lo que nos pasó hace dos noches a Arnold y a mí. No vas a creértelo, pero te juro que es cierto y que nunca me había pasado algo así... todavía me dura el susto...

—¿Qué te pasó, Wendy? A ver, sorpréndeme.

Una parte del cerebro de Jack no podía dejar de pensar en Mía, pero la otra trató de concentrarse en su hermana y en esa historia que insistía en contarle. En el pasado a Jack le encantaba que Wendy le contara historias. Historias vividas por ella. Pero eso fue en el pasado.

—Verás, ya sabes que Arnold y yo habíamos quedado para cenar la noche del viernes como ya te dije, concretamente en el East Grill, hasta ahí todo bien. Después fuimos a tomar algo al Brown Sugar que hay en la calle Main Street, él se pidió... no lo recuerdo bien, da igual, no importa. El caso es que cuando íbamos a ir ya en busca del coche de Arnold alguien nos preguntó por una dirección, no recuerdo cuál era exactamente, solo que quedaba más o

menos al otro extremo de Buffalo, y ahí fue cuando todo ocurrió. Cuando ella nos pidió que le entregásemos el bolso y la cartera.

—Perdón, Wendy, ¿has dicho ella?

—Sí, Jack, he dicho ella. La persona que nos atracó era una chica.

—Una chica...

—Exacto, Jack, una chica como yo o como cualquiera. Con la única diferencia de que esta iba armada con una pistola de esas pequeñas, seguro que tú si sabrías cuál es con todos esos datos que guardas en tu cabeza. Bien. La historia aún no ha terminado. Arnold trató de negarse al principio, ya sabes que anda fatal de dinero y francamente no se puede permitir ni que lo atraquen, pero esa chica... no sabría bien cómo definirlo, pero tenía algo en la mirada, algo que la hacía...

—¿Desesperada? —intervino Jack. Atento a la extraña e ¿inventada? historia de Wendy.

—Exacto, eso es, había desesperación en su mirada. A mí me dio la impresión de ser una de esas personas que son capaces de todo por conseguir lo que quieren, tú ya me entiendes, incluso de apretar el gatillo de un arma.

—¿Y entonces acabasteis dándole el bolso y la cartera, no?

—Jack, espera un momento y deja que te cuente la historia con mi propio ritmo, ¿no?

—Vale, Wendy, perdón, sigue por favor —Jack estaba realmente interesado en la historia de Wendy. Más que interesado, entretenido.

—Bien. Ya sabes cómo son algunos hombres. Arnold trató de hacerse el valiente, vi cómo apretaba los puños y se ponía en posición de ataque, pero entonces...

—¿Qué? ¿Qué pasó? —Jack había olvidado lo mucho que le gustaba escuchar a su hermana contándole sus anécdotas y sus vivencias. Hacía mucho desde la última vez. También había olvidado lo nervioso que se ponía por

conocer el final. Por querer adelantarse y saber antes que nadie lo que pasaría, lo que iba a pasar. Pero eso era algo que todavía le acompañaba...

—Ya voy, Jack, no seas impaciente de verdad. La chica hizo algo que no esperábamos, fue realmente rápida, muy rápida. Demasiado para nuestros ojos. Me cogió de la muñeca derecha y tiró de mí con mucha fuerza, tiró de mí hasta ponerme junto a ella. Arnold se quedó paralizado, yo estaba completamente aterrada. La chica puso el cañón de la pistola sobre mi cuello. No he pasado tanto miedo en mi vida, Jack, te juro que creí que iba a disparar. La mano le temblaba mucho, ella también estaba nerviosa, ¿sabes? Yo le rogué a Arnold que por favor le diese la cartera y dejé caer mi bolso en el suelo para que la chica lo recogiera y nos dejara marchar de una vez. Vi la duda en los ojos de Arnold, pero al final cedió y hizo lo que la chica pedía... No sabes qué miedo pasé, Jack. Te juro que todavía tiemblo cuando lo recuerdo —En los ojos azul turquesa de Wendy había verdadero pesar, luego se frotó la muñeca derecha con delicadeza, Jack se fijó en ese momento que la llevaba vendada.

—Vaya, Wendy, debió ser terrible ¿Fuisteis a denunciarlo, no?

—Oh, sí, claro, espera que todavía no he acabado. La chica salió corriendo calle abajo y torció por Elm Street, no sé si lo conoces, uno de esos estrechos callejones por los que no querías pasar solo. Arnold trató de calmarme, él también estaba muy nervioso, aunque trató de disimularlo. En fin, ya sabes cómo son algunos hombres. Bien, una vez nos tranquilizamos un poco, Arnold me dejó de nuevo en el Brown Sugar mientras iba él solo a por el coche, no quería que yo pasase por ningún otro peligro. La verdad es que se portó como todo un caballero. En cuanto volvió fuimos en busca de la comisaría más cercana para poner una denuncia, creo que fue... sí, fue la de Hertel Avenue, eso es. Tardamos como una hora o así en llegar entre unas cosas y otras, y, ¿sabes qué?

—¿Qué? ¿Qué pasó? —Jack apenas había parpadeado durante el último minuto.

—No te lo vas a creer, Jack, ¿cómo lo llaman? ¿Justicia poética? En fin, me sabe mal lo que te voy a decir, pero cuando le contamos al policía que nos atendió toda nuestra historia, agente Everett creo que se llamaba, nos pidió que fuésemos con el agente Johnson para proceder a realizar un retrato robot básico y esas cosas, y... No te lo vas a creer, Jack, el agente Johnson nos dijo que acababan de atropellar a una chica con esas características en Ruhl Street. Todavía se estaba debatiendo entre la vida y la muerte, al aparecer. El agente Johnson llamó por el walkie a la patrulla que estaba en la escena del crimen y le preguntó si por casualidad la chica tenía en su posesión un bolso y una cartera «que no eran suyos»... Uf, ¿te puedes imaginar lo que le contestaron al agente Johnson, no?

—¿El qué?

—Efectivamente esa chica tenía, además de sus propios documentos identificativos, un bolso y una cartera que al parecer no eran suyos, claro que no, porque eran los nuestros, Jack, los nuestros. De todas formas tuvimos que esperar en la comisaría como dos o tres horas hasta que la patrulla que estaba custodiando la escena del crimen regresó con nuestras pertenencias. Eso sí, estaban completamente peladas, increíble lo de este mundo...

—¿Peladas?

—Sí, Jack, peladas ¿Te dije que necesitaba «cash», recuerdas? Se habían llevado hasta el último centavo de mi bolso y de la cartera del pobre Arnold. Increíble lo de este mundo, increíble. Al menos habían dejado todo lo demás y no tenemos ni que hacernos nuevas tarjetas ni nuevas llaves ni nada de eso tan latoso.

—Vaya historia, Wendy, sí que es increíble, no mentías.

—Te lo dije, Jack —dijo Wendy orgullosa después de haber sorprendido

una vez más a su hermano con una de sus particulares vivencias.

—¿Y la chica que os robó? —preguntó Jack con interés.

—¿Qué ocurre con la chica?

—¿Al final murió o consiguieron salvarle la vida?

—No lo sé, Jack, tendrás que ponerle tú un final a esa parte de la historia, los policías no me dijeron más. Lo único que les escuché comentar es que la chica se dedicaba al espectáculo urbano o algo así... «Otra pobre diabla que muere por sus sueños». Esas fueron las palabras del agente Johnson.

Jack se quedó mirando unos instantes a su hermana. Pensó fugazmente en eso de que la chica se dedicaba al espectáculo urbano, igual que Mía... ¿Qué significaba todo aquello? ¿Casualidad o consecuencia?

Me parece que ya conoces la respuesta a esa pregunta, Jacky.

Jack trató de evadir su momento durante un instante, de no pensar. Vivir el momento, justo el momento presente, y de repente sintió algo que muy pocas veces había sentido, sintió unas irrefrenables ganas de abrazarla. A su hermana. Esa a la que tantas y tantas veces había ignorado y rechazado, a pesar de que ella siempre estuvo ahí, tras él. Siempre. Sin más preámbulos se lanzó hacia ella y la abrazó con todas sus fuerzas.

Wendy sonrió y frotó con ternura la espalda de su hermano.

—Eh, Jack. Hoy me espera Arnold para comer, pero, ¿qué te parece si quedamos tú y yo el lunes para cenar como en los viejos tiempos? —dijo Wendy con dulzura. Ella era la hermana pequeña, pero en muchos aspectos siempre fue la mayor.

—Me parece estupendo, Wendy —dijo Jack con cierta tristeza en la voz. Melancolía y pena—. Espera aquí un momento, voy a por tu dinero —dijo Jack levantándose del sofá.

—Gracias, Jack.

Jack fue hasta la caja fuerte que guardaba tras el doble fondo de su dormitorio y sacó diez billetes de cien dólares. No tenía ni idea de en qué se gastaba su hermana el dinero, ni cuánto necesitaba, pero no le apetecía que pasase ninguna necesidad mientras él estuviese ahí. Tal vez incluso pensó que con dinero podría cubrir otras carencias... Sobre todo ausencias. Vacíos.

Le dio el dinero a su hermana y ella se lo agradeció con un sincero abrazo.

Se despidieron y Jack se quedó de nuevo solo con sus pensamientos.

La compañía de su hermana le había venido estupendamente bien. Había conseguido que por un momento se olvidase de todo, sobre todo de la variable «factor humano» de la ecuación de su vida, de Mía. Aunque pronto volverían esos pensamientos a su cabeza. ¿Dónde demonios se había metido Mía? ¿Por qué no había dejado ninguna nota? ¿Qué significaba que la chica que había atracado a su hermana también se dedicase al espectáculo urbano?

Revisó el teléfono móvil y no vio ninguna notificación nueva.

Se dio una ducha bien caliente antes de que los temblores y los zumbidos regresasen.

¿Cómo es posible que anoche te quedases durmiendo de esa manera, Jack?

No lo sé.

Sí lo sabes, Jack, sí lo sabes.

Le envió un mensaje a Mía preguntándole por qué se había marchado sin decir nada y sobre todo preguntándole si se encontraba bien. Si había hecho él algo que la hubiese molestado.

Cuando terminó de arreglarse salió disparado con el S90. Necesitaba relajar la mente. Pasaría por el semáforo de Sycamore Street por si de

casualidad ella estaba allí. Pero no tuvo esa suerte. Pensó en activar el Nitro para llevar al límite al S90 y a él mismo. Lo había activado muy pocas veces, pero era algo así como una especie de terapia de «rescate» que siempre se había mostrado efectiva. Algo así como una de esas pastillitas ultra rápidas que la gente se pone debajo de la lengua cuando están sufriendo un ataque de ansiedad. Finalmente decidió que lo dejaría para más adelante. Si las cosas se ponían peor activaría el «sistema para las emergencias» las veces que hiciesen falta.

Estuvo varias horas dando vueltas por la ciudad. Fue hasta Nueva York y decidió volver a última hora de la tarde.

Seguía sin noticias de Mía.

No había apretado el botoncito rojo pero sí había llevado el S90 con cierta alegría.

Cuando estaba a punto de enfilear St. James Street vio cómo el retrovisor central reflejaba las luces azules de un coche de policía. Neón oscilante. Doble faro y protección de acero reforzado sobre el parachoques delantero. Se puso justo detrás de él y el sonido corto de la sirena policial le indicó que parase.

Respira, Jack, respira.

Retrovisor izquierdo. Ciento ochenta y cinco centímetros de puro músculo. Camisa y pantalón azul marino. Almidón y planchado industrial. Simetría y múltiples bolsillos. Botas de media caña, los cordones están más sueltos en el empeine. Talona con la parte externa del pie. Ligera rotación externa de cadera y posible lesión mal curada en el hombro derecho. Edad aproximada; cuarenta y cinco años. Trabajados.

Jack bajó la ventanilla en cuanto el agente de policía llegó hasta él.

—Buenas noches, caballero.

—Buenas noches, agente, ¿en qué puedo ayudarle?

—Documentación del vehículo y permiso de conducir, por favor —Gorra tipo béisbol de la marca Rothco, el mayor proveedor de ropa policial y militar del país. Cien por cien algodón. Color azul navy, talla única con cierre de velcro trasero. Emblema con las siglas NYPD en la parte frontal.

—Claro, enseguida —A Jack le empezaron a temblar ligeramente las manos. Abrió la guantera y buscó la documentación del S90. Sacó el manual básico del Volvo y un par de mapas de carreteras, uno de Nueva York y otro del estado de Idaho, al fondo estaban la pequeña funda donde guardaba los papeles del S90.

¿Los dejaste ahí la última vez, Jack?

—Eso queda un poco lejos, ¿no? —dijo el agente de policía mientras Jack le entregaba la documentación.

—¿Cómo dice?

—Idaho, ¿tiene pensado viajar en breve? Si no me equivoco eso queda aproximadamente al otro extremo del país.

Las manos de Jack habían empezado a temblar de verdad. Pensó que tal vez sí tendría que haberse tomado «su pastillita de debajo de la lengua».

—Sí, es cierto, está un poco lejos. Pero no, no es mi intención viajar hasta allí.

—¿Y entonces por qué lleva un mapa de Idaho en la guantera? —preguntó el agente sin mirar a Jack a los ojos mientras continuaba anotando los datos de él y del S90 en su libreta.

¿Por qué no se lo dices, Jack, qué problema tienes?

Ninguno.

—Soy natural de Idaho, agente. Me gusta llevar el mapa en la guantera, puede que le parezca un poco extraño, pero eso me hace sentir un poco como en casa.

—Así que Idaho eh... muy bien. Buena tierra tengo entendido. Tierra de

trabajadores. Ya casi hemos terminado... —dijo el agente sin mirar a Jack mientras terminaba de hacer unas anotaciones—. Pues esto ya está caballero. Tenga, puede continuar —dijo el agente devolviéndole a Jack sus documentos. Los temblores no habían terminado de desaparecer, y, Jack no pudo evitar que su mano derecha bailara ligeramente justo delante de los ojos del agente de policía.

—Le tiemblan las manos caballero... ¿ha estado bebiendo? —dijo el agente de policía cambiando ligeramente el tono de voz.

—No, qué va. Es algo que me sucede desde siempre, desde pequeño. Es algo que viene y va, ¿entiende? Llega pero enseguida se me pasa —La voz de Jack sonó a duda, a razonable sospecha.

—¿Puede bajar un momento del vehículo y abrir el maletero por favor?

—¿Perdón, cómo dice? —Jack no podía creer lo que estaba oyendo. Sus temblores de nuevo dándole problemas.

—Salga del vehículo, se lo ruego.

Jack cerró los ojos y respiró profundamente. Abrió la puerta del S90 y tiró de la palanca de apertura del maletero.

—Ponga las manos sobre el capó del coche y no se mueva —La voz del agente era cada vez más autoritaria. Dura y agresiva.

—¿Puedo saber qué ocurre, agente? —preguntó Jack con incredulidad.

—No ocurre nada, usted solo haga lo que yo le ordene mientras compruebo unas cosas.

Jack puso las manos sobre el capó del S90 mientras observaba cómo el agente metía las narices en su maletero, asientos traseros y delanteros. Linterna táctica Vipertek de alta luminosidad y función de aturdimiento eléctrico.

El agente de policía le hizo unas fotos a la parte delantera y trasera del Volvo y se acercó de nuevo a Jack.

—Muy bien, caballero, puede volver a entrar —dijo el agente guardando de nuevo la linterna en su cinturón.

Jack se metió en el S90 sin hacer más preguntas, quería marcharse de una vez de allí, lo necesitaba. Pero también necesitaba saber algo.

—¿Puedo saber por qué me ha parado, agente?

—Control rutinario, caballero. Estamos parando a todos los sedanes negros que vemos, usted ya me entiende, por el Hombre del coche y eso, espero que todo esto no le haya sido muy molesto —La voz del agente volvía a ser amistosa. Tono regular y neutro.

—En absoluto, agente.

—Conduzca con cuidado, buenas noches —dijo el agente ajustándose bien la gorra azul navy.

—Descuide, buenas noches.

Jack cogió aire y condujo despacio hasta su casa. Lo último que quería eran más contratiempos. Tan solo necesitaba descansar. Se daría otra ducha y trataría de relajar su cuerpo, de parar esos temblores que últimamente aparecían otra vez con más frecuencia y más intensidad.

Lo primero que hizo al llegar a casa fue enviarle un nuevo mensaje a Mía. Después se metió directo en la ducha.

«Hola Mía. Perdón por molestarte otra vez, pero estoy un poco preocupado por si te ha pasado algo. Te fuiste de mi casa sin decirme nada y no sé si hice algo que te molestara o si te ha pasado algo. En cualquier caso estoy aquí para lo que necesites. Dime algo si puedes por favor, aunque solo sea para decirme que no quieres volver a verme o a hablar conmigo. Jack».

Jack puso el grifo del agua caliente a cuarenta y cinco grados y

permaneció bajo la cascada artificial hasta que sintió cómo sus músculos y terminaciones nerviosas se empezaban a relajar, justo antes de que el agua empezase a quemar de verdad. Salió envuelto en una nube de vapor húmedo. Condensación del calor y ligero enrojecimiento sobre su piel.

Había sido un día extraño, él mismo se sentía extraño, apenas había tenido tiempo de realizar ninguna pauta, de trabajar en «su proyecto». Mía había desaparecido sin dejar ni rastro, a su hermana la habían atracado y por último le había parado la policía, algo que lo ponía totalmente de los nervios.

Pero el día aún no había terminado.

Cuando Jack regresó al salón, un nuevo mensaje aguardaba esperándolo en la bandeja de entrada de su teléfono móvil.

Mía.

Por fin.

Antes de leer qué ponía a Jack ya se le había dibujado una sonrisa.

¿No te das cuenta, Jacky? En qué te estás convirtiendo... y esto no ha hecho más que empezar...

«Hola, Jack. No sé cómo tienes tan poca vergüenza de preguntarme por qué me fui y por qué no te he dicho nada hasta ahora. Te pedí por favor que no te rieras de mí, y a ti no se te ocurre otra cosa que llevarme a tu casa estando casado y pedirme que durmiera en tu cama, en tu propia cama. Jack, por dios, no sabes lo insultada y humillada que me sentí cuando escuché que abrían la puerta de tu casa y que quien entraba era una mujer. No sé por qué me has mentido de esta forma, Jack, sé que apenas nos conocemos, pero me has hecho daño ¿entiendes? Mucho daño. Así que por favor no me llames ni me mandes más mensajes. No quiero saber nada más de ti, Jack. No soy la amante de nadie. Adiós».

Jack se quedó de piedra al leer el mensaje de Mía.

¿Así que era eso? ¿Vio entrar a Wendy y salió de casa sin hacer ruido

pensando que Wendy era su mujer?

Eso parece, Jacky. Al parecer fue eso lo que sucedió. ¿No? ¿Tú qué crees?

No pudo evitar sonreír. No había sido más que un malentendido y creía poder arreglarlo.

«Hola, Mía. En primer lugar siento muchísimo que lo hayas pasado mal por mi culpa, pero la chica que viste entrar ayer no es mi mujer, es mi hermana Wendy, mi hermana. No estoy ni casado ni nunca lo he estado, tampoco tengo pareja, te lo juro por lo que más quiero. Te prometí que nunca me reiría de ti y es cierto. Perdóname, por favor, sé que debiste llevarte un buen susto y que has debido pasar un día horrible. No imaginé que mi hermana vendría a casa tan pronto. Lo cierto es que he de decirle que antes de entrar llame a la puerta. En fin, dime algo por favor, Mía, siento muchísimo todo lo que ha pasado y espero que entiendas que esto ha sido solo un malentendido».

El móvil de Jack tardó tres minutos en recibir un nuevo mensaje.

«Jack, por favor, solo dime una cosa, ¿es eso cierto? ¿Era esa mujer tu hermana? No te rías de mí, por favor, si hay una cosa que no soporto es que se rían de mí».

El corazón de Jack le dio un respiro al ver que Mía estaba dispuesta a dialogar, que todavía no estaba todo perdido.

«Te prometo por lo que más quiero que es cierto, Mía. Es más, te invito a que la conozcas cuando quieras si de esa forma te quedas más tranquila. Nunca me reiré de ti, nunca. Por favor, solo te pido que me des otra oportunidad de hacer bien las cosas».

Jack pensó de nuevo en la variable «factor humano» que había decidido introducir en su vida y que en apenas un par de días había conseguido que toda la maldita ecuación dependiese única y exclusivamente de esa variable.

¿Sabías que introducir esa variable te llevaría irremediabilmente a la

situación en la que te encuentras ahora, verdad Jack? Probabilidad y consecuencias, ¿recuerdas?

Sí, lo sabía.

¿Y entonces?

«Jack. No sabes cuánto siento haberme puesto así y lo avergonzada que me siento ahora mismo. Perdón por haber sido tan desconfiada, me he comportado como una niña estúpida. Créeme, yo no soy así, pero solo de imaginarme que alguien a quien había decidido abrirle mi corazón me había engañado de esa forma ha hecho que perdiese totalmente los nervios. Espero que puedas perdonarme, Jack, te prometo que no volverá a ocurrir nada semejante».

El corazón de Jack latía con fuerza. Mucha fuerza.

«Mía, no tengo nada que perdonarte. Soy yo quien pide perdón por haber permitido que se produjese esta situación. Me encantaría volverte a ver, si no es mucho pedir».

Mía no tardó en responder.

«Claro, Jack. De hecho yo también lo estoy deseando. Mañana no puedo, pero, ¿te va bien el lunes para cenar?»

«El lunes me va estupendo, Mía». Respondió Jack antes de recordar que también le había dicho a su hermana que quedarían ese mismo día para cenar.

«Pues entonces hasta el lunes, Jack, me alegra haber arreglado las cosas contigo. Un beso de buenas noches».

«Buenas noches, Mía, créeme, a mí también me alegra que lo hayamos solucionado. Hasta el lunes»

Jack se tumbó en la cama y respiró tranquilo por primera vez en todo el día, había solucionado el malentendido con Mía. Ella estaba bien y quería volver a verlo, y eso era lo más importante.

CAPÍTULO 5

TIENES SANGRE EN LA OREJA

Jack llegó a la oficina del Crédit Lyonnais en tiempo récord. Esa mañana de lunes necesitaba poner a trabajar el motor de combustión interna del S90. El árbol de levas trabajaba sin cesar abriendo y cerrando las válvulas. Los inyectores Turbulent Jet Ignition subían la temperatura de la gasolina de alto octanaje hasta explotar en la cámara de combustión principal.

Todavía podía oler la fragancia a after shave del agente que estuvo husmeando en su coche. Alcohol de alta graduación y aromatizante con trazas de aloe vera. Pegajoso y persistente. Molesto.

Antes de llegar a su despacho pasó frente a Beverly, su secretaria. Sujetaba con las dos manos la edición del lunes del New York Times. Nuevo esmalte de uñas permanente color fucsia chillón. En el ambiente flota un olor a resina sintética diluida en diferentes tipos de alcohol, Beverly ha empezado a usar de nuevo fijador de pelo. En la página principal del New York Times podía verse un enorme titular junto a la foto borrosa de un sedán negro.

«El Hombre del coche se cobra una nueva víctima en el estado de Nueva York».

—Buenos días, Jack... —dijo Beverly con una insufrible monotonía sin ni siquiera levantar la vista del periódico.

—Buenos días, Beverly.

Jack encendió su ordenador y en apenas unos segundos sintió la presencia de Donald junto a la puerta de su despacho.

Olor animal y amaderado. Intenso y penetrante.

Donald estrenaba nuevo perfume con esencia de auténtico almizcle animal.

¿A quién intentas seducir, Donald?

—Buenos días, Jacky.

—Donald, buenos días.

—¿No te has enterado de lo que está ocurriendo, Jacky?

—¿Qué está ocurriendo?

—¿En serio no te has enterado? ¿Es que ayer no te conectaste? —En la voz de Donald había verdadera incredulidad. Urgencia y una ligera ansiedad.

—No, ayer tuve un día un poco raro y no encontré el momento. ¿Qué está ocurriendo?

—Enciende el ordenador y dímelo tú, Jacky, dímelo tú —La voz de barítono del director del banco se había enfundado esa mañana una chaqueta de auténtico miedo. De puro terror.

Jack encendió su equipo informático y en cuanto estuvo frente a las gráficas de Quartz supo inmediatamente lo que estaba ocurriendo, supo qué era eso que tenía a Donald apretando de su cuello. Una enorme, gigantesca e inesperada deflación en cadena había mandado a paseo a muchas de las economías y microeconomías de ciertas partes del planeta. Concretamente de algunas de las economías en las que el Crédit Lyonnais había invertido mucho dinero en su moneda. Efectivamente había motivos para estar preocupados.

La moneda europea seguía cayendo en picado, pero eran sobre todo las más minoritarias, como las que se utilizaban en Mongolia, Ucrania, Mozambique, Uruguay, Serbia o Nigeria, las que habían sufrido una inesperada y estrepitosa bajada. Aunque su mayor preocupación era Japón. La tasa de desempleo se había reducido tres nuevos puntos y sin embargo la deflación de su moneda había disminuido más que nunca. Los números en Japón no se comportaban como se supone que se deberían de comportar, es posible que fuese por un gran temor cultural al empobrecimiento y un aumento del ahorro familiar con la consecuente disminución del consumo. De todas

formas, a Jack no le cabía ninguna duda de que gran parte de la culpa de esa bajada, el principal detonante de la reacción en cadena, la tenía la leve pero inesperada bajada continua del Deflactor Subyacente de los Gastos de Consumo Personales. En las últimas horas había descendido mucho más de lo razonablemente previsible. Lo gracioso de todo el asunto era que dicho índice de deflación estaba directamente regulado por la Reserva Federal. En resumidas cuentas habían sido ellos mismos, la economía estadounidense, la que había provocado en cierta manera toda esa caída con tan solo pulsar un par de teclas. Desde luego no fue Jack quien pulsó esas dos teclas.

—¿Puedes arreglarlo, Jacky? —En los ojos de Donald había pánico. Había alguien allí dentro con un terrible miedo a despertar de ese maravilloso sueño y descubrir que no hay mayor pesadilla que la vida real.

—Esto no va a ser fácil, Donald, el empastre es grande.

—¿Entonces puedes arreglarlo?

¿Puedes, Jack?

—Sí, puedo arreglarlo, Donald.

—¡Fantástico, Jacky! Pon a bailar ya a todos esos números del demonio y sácanos de esta, Jacky. Dales duro —dijo Donald levantando su puño derecho con entusiasmo—. Te dejo trabajar, estaré en mi despacho por si necesitas algo —Con la emoción y los nervios la temperatura corporal de Donald había subido un par de grados más y con ello la intensidad a aroma de esencia de almizcle animal que desprendía todo su cuerpo.

—Una cosa, Donald —dijo Jack antes de que su jefe desapareciera por la puerta.

—¿Sí, Jacky? —Por primera vez, en los ojos y en la sonrisa equina de Donald había verdadero servilismo.

—Necesitaré irme a casa.

Donald arqueó las cejas. Bajo sus ojos se había concentrado una fina

capa de gotas de sudor.

—¿Cómo?

—Necesito mi equipo para arreglar esto, Donald. Ya sabes, conectarme desde el equipo que tengo en casa.

Jack solía estudiar los números y hacer pequeños retoques desde su casa, pero no era lo habitual realizar el grueso de las operaciones de *trading* fuera de las dependencias del Crédit Lyonnais.

—Oh, claro, Jacky. Por supuesto, lo que necesites. Ve a casa y no vuelvas por aquí hasta que hayas puesto a bailar hasta el último de todos esos números. Dime algo cuando termines, Jacky, sea la hora que sea —dijo Donald recuperando autoridad y apuntándolo con un dedo.

—Claro, Donald, te aviso cuando termine.

Jack apagó de nuevo su equipo y salió de las oficinas del Crédit Lyonnais apenas veinte minutos después de haber llegado.

—Hasta luego, Jack... —dijo Beverly de nuevo con ese tono de aburrimiento infinito. Hastío y vacío.

—Hasta luego, Beverly.

Jack esperó tres segundos antes de pulsar el botón del ascensor.

Un dos tres, un dos tres, un dos tres.

Extintor de seis kilos de polvo polivalente ABC a la izquierda. Otro de anhídrido carbónico a su derecha. Los dos recientemente revisados y certificados. La luz del indicador luminoso de posición del ascensor tarda más de lo normal en encenderse, pronto habrá que cambiar la bombilla. El micro indicador led de actividad del detector de humos hace días que está apagado. El mármol bajo sus pies presenta restos de café con extra de azúcar y el freno neumático de la cabina del ascensor ha tardado cero con siete segundos en equilibrar su nivel con el del suelo.

Jack había puesto a funcionar desde ya esa parte suya del cerebro que hacía bailar no solo a los números, sino todo lo que había y sucedía a su alrededor.

Las puertas del ascensor se abrieron y frente a él aparecieron Nicole y Bill, dos compañeros del sector hipotecario. Él tiró hacia abajo de las solapas de su americana italiana. Ella terminó de bajarse la falda de tubo color crema dejándola en su posición habitual, a unos diez centímetros por encima de las rodillas.

—Buenos días, Jack —dijo Bill atusándose el flequillo hacia la izquierda.

—Buenos días, Jack —dijo Nicole bajando la mirada hacia el suelo.

—Buenos días. Nicole, Bill —dijo Jack inclinando ligeramente la cabeza hacia delante.

—¿Entras? —preguntó Bill abotonándose el único botón de la americana.

—¿Bajáis? —preguntó Jack.

—Sí —dijo Bill.

—De acuerdo —dijo Jack tratando de colocarse en el fondo de la cabina.

Una vez en el parking, Jack cerró los ojos un momento antes de encender el S90. Ese día necesitaba estar al cien por cien. Concentración y determinación. Necesitaba hacer que todos «sus números» interpretaran la mejor de las coreografías, necesitaba que «su magia» brillara en todo su esplendor.

Esperó a que todo estuviese en silencio en el parking subterráneo del Crédit Lyonnais, a que el ruido a cañerías cesara solo por un instante, a que los cimientos del viejo edificio de Elmwood Street dejaran su asentamiento perpetuo para más tarde. El ritmo de su corazón era estable. Rápido y constante.

Ahora.

Jack encendió el S90 y salió en dirección a St. James Street por una ruta alternativa a la que tomaba habitualmente. A esas horas de la mañana corría el riesgo de coger el centro de Buffalo colapsado y no había tiempo que perder. Riesgo cero.

Cuando llegó al 207 de St. James Street se concentró unos segundos junto al ascensor, quería asegurarse de que no se topaba con Kevin ni con nadie antes de entrar en casa. Contó repetidas veces hasta que encontró la pauta. No quería que nada ni nadie perturbasen su concentración.

Entro en casa y lo primero que hizo fue pulsar el botón de encendido de su equipo. Mientras se activaban y se alineaban todos los servidores que tenía interconectados se preparó un café Geisha. Necesitaba ese punto extra. Ese era el «botoncito rojo» del sistema Nitro de su cerebro.

Se sentó frente al panel de pantallas con la taza de café entre las manos, se conectó a Quartz, introdujo sus claves del Crédit Lyonnais y...

...su tarjeta Smart Card. No la tenía encima. Buscó en el maletín que llevaba al trabajo pero tampoco la encontró allí. Trató de pensar dónde podía estar y no le cupo la menor duda de que con las prisas de Donald debió dejársela conectada al equipo del Crédit Lyonnais. Maldijo a Donald y también se maldijo a sí mismo. Esa tarjeta era su llave personal, algo así como la pistola reglamentaria de un policía. Si la pierdes date por muerto. No se podía ir perdiéndola por ahí a riesgo de que alguien la utilizara con fines poco éticos. Demasiado valiosa. Demasiado importante. Podía conectarse a Quartz usando «la puerta de atrás», pero eso hubiese resultado muy poco profesional y muy arriesgado, ya que esa actividad anómala podría ser detectada rápidamente por los sistemas de seguridad informáticos del Crédit Lyonnais e interpretarlo como una seria amenaza para el banco. Los potentes antivirus lo escupirían y mandarían rápidamente un aviso a la policía cibernética de Nueva

York. Como ese chivato que se va de la lengua antes siquiera de haber pasado nada.

Sacó el móvil para llamar a Beverly. Necesitaba que le confirmase que su tarjeta Smart Card estaba en su equipo antes de hacer un innecesario viaje relámpago a las oficinas del Crédit Lyonnais.

Pero antes de marcar escuchó algo. Suela de goma de alta resistencia frente al contacto eléctrico. Nylon ignífugo. Poliamida ultra elástica. Olor a naftalina. Humedad condensada en tejidos de poliéster. Sudor acre y penetrante. Su cerebro se había puesto a trabajar a toda velocidad. Una gota de sudor resbaló por el centro de su frente. Había alguien detrás de él, alguien que se aproximaba con extrema rapidez. Pero antes de que le diese tiempo a girarse sintió un fuerte golpe en la séptima vértebra de su cuello. Directo y seco. Su cuerpo tardó menos de un segundo en desconectarse de la realidad y caer inconsciente al suelo.

Jack se despertó con un terrible dolor de cuello y de cabeza. También le dolía el hombro derecho y las costillas. Tardó en ubicarse unos segundos, pero rápidamente identificó el suelo del pasillo de su casa y el timbre de la puerta. Alguien estaba llamando insistentemente.

No sabía bien cuánto tiempo había pasado ni quién ni por qué lo había golpeado. Se levantó del suelo y tuvo que apoyar sus manos en la pared para no volver a caer. Estaba tremendamente mareado y veía cómo sus pies flotaban sobre una superficie lejana y borrosa. Se sentía débil y vulnerable. Los golpes en la puerta y el sonido del timbre trepanaban sus oídos. La hiperacusia se agudizaba segundo a segundo.

—¡Jack! ¡Jack! ¿Estás ahí? ¿Puedes oírme? —La voz que se oía al otro lado de la puerta era de Kevin.

Jack abrió todavía tratando de centrar la mirada. Se llevó una mano a su

oreja derecha al sentir cómo una gota caliente y espesa resbalaba desde el interior de su oído hasta su lóbulo. Sangre.

—Jack, qué alegría me das, menos mal que estás bien, pensábamos que te había ocurrido algo —dijo Kevin nervioso. A su lado estaba la señora Galleymore, su vecina de rellano. Setenta y tres años, prematuramente viuda, rostro enjuto, pelo cardado color caoba, alitosis permanente con olor a acetona.

—¿Kevin? ¿Linda? ¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó Jack tratando de aclararse los ojos. Se sentía como en medio de uno de esos sueños en los que todo es tan distinto que no sientes ni tu propio cuerpo.

—La señora Galleymore dice que ha escuchado ruidos y también que esta mañana han entrado y salido de tu casa al menos en un par de ocasiones. Luego me ha llamado a mí para ver si yo podía hacer algo, no le parecía una actividad normal. ¿Qué ha pasado Jack? ¿Te encuentras bien? —Kevin hablaba y hablaba bajo esa gorra de los Giants. Linda Galleymore lo miraba cruzada de brazos, los labios apretados y si habitual rictus. Fría y seria.

—No sé qué ha ocurrido, Kevin, solo sé que he vuelto del banco y... — Jack recordó todo lo que tenía que hacer con el dinero del Crédit Lyonnais y sintió cómo la sangre se le helaba.

—¿Le han atacado, verdad señor Miller? ¿Han entrado a robarle su dinero y después le han atacado, verdad señor Miller? —intervino la señora Galleymore con las manos cruzadas por delante de su abdomen. La piel de sus labios tenía un color ligeramente morado, la del resto del cuerpo era de un tono blanco céreo. Su voz temblaba como la mayor de las imprecisiones.

—Había alguien en casa cuando he vuelto, desde luego. Solo sé que cuando he tratado de darme la vuelta para ver quién era he sentido un golpe muy fuerte justo aquí —dijo Jack tocándose la séptima vértebra cervical y haciendo pequeñas muecas de dolor.

—¿Sabes cuántos eran, Jack? ¿Ya has mirado si se han llevado algo? No sabes cuánto lamento que te haya pasado esto y no haber estado ahí para ver quiénes eran esos malnacidos, te juro que si los llevo a ver... —dijo Kevin con preocupación y una mueca de rabia.

—Dos, eran dos. Me ha parecido oír los pasos de dos personas —intervino de nuevo Linda Galleymore. Sus ojos, apagados y grisáceos, estaban rodeados por una preocupante circunferencia, irritativa y roja.

Jack trató de centrar de nuevo su mente. Lo único que de verdad le importaba era el portátil Getac XC500, su Smart Card que debía estar en la oficina del Crédit Lyonnais y algo más que guardaba en la caja fuerte que había tras el doble fondo del armario de su habitación. Quería realizar esas comprobaciones cuanto antes, pero necesitaba recuperar la calma y estar de nuevo en soledad.

—Muchas gracias por vuestra preocupación, pero creo que estoy bien y que no se han llevado nada de valor, me daré una ducha y más tarde daré a la policía aviso de lo sucedido —dijo Jack tratando de fingir que ya no le dolía el fuerte golpe en el cuello, que no le preocupaba la intrusión y agresión que acababa de sufrir. ¿Es que ya no podía sentirse seguro en el 207 de St. James Street?

¿Ha llegado el momento de partir, Jack? ¿De buscar un nuevo hogar?

No lo sé, ¿ha llegado?

—Tiene que denunciarlo a la policía cuanto antes, señor Miller, tienen que atrapar a esos ladrones cuanto antes. Qué miedo por favor, qué miedo solo de pensar que hubiesen escogido mi casa en lugar de la suya —dijo Linda llevándose una mano al pecho con teatralidad.

—¿No quiere que llame a la policía ahora, Jack? Puedo hablar yo con ellos si lo desea. Tiene razón la señora Galleymore, estos casos tenemos que denunciarlos —dijo Kevin con firmeza. Una fina y reluciente capa de grasa

corporal cubría su nariz.

—Gracias, de verdad, pero lo denunciaré más tarde. Ahora mismo tengo que hacer unas cosas para el trabajo que no puedo dejar para más tarde, muchas gracias otra vez, de verdad. Habéis sido muy amables.

Jack despachó a Kevin y a Linda Galley more y todavía los escuchó hablar durante unos segundos tras la puerta, decidiendo si llamar o no a la policía por su propia cuenta.

Jack fue hasta el doble fondo del armario de su habitación, alguien había estado husmeando allí dentro, eso desde luego. Cerró los ojos un instante. Guantes de piel, ligero aroma a lavanda, quizá un rastro a... ¿gasolina? Tal vez. Necesitaba centrarse de nuevo. Necesitaba recuperar su concentración. Alguien había tocado el Getac XC500. Lo habían encendido y después habían tratado de dejarlo de nuevo en su sitio, la caja fuerte también habían tratado de abrirla, pero sin éxito. Respiró de alivio viendo que no faltaba nada. Inmediatamente llamó a Beverly para que le confirmase que su Smart Card estaba allí. Ya tendría tiempo de pensar en cómo habían entrado, por qué y sobre todo, quién. Porque tenía claro que nada era casual.

Beverly respondió que en efecto, allí estaba su Smart Card. Jack le pidió algo que jamás le había pedido.

—¿Podrías hacer algo por mí, Beverly? —Jack jamás le había pedido nada a Beverly, de hecho ni tan siquiera le pedía que hiciese lo que debería de hacer ejerciendo en calidad de aquello por lo que le pagaban, de secretaria. Bev se pasaba la mayor parte de la jornada leyendo novelas de intriga y el periódico. Cuando se cansaba se miraba las uñas.

—A ver... —dijo Beverly con ese tono de molestia continua.

—¿Podrías traerme la Smart Card a casa, por favor?

—¿Ahora? ¿A tu casa? —preguntó Beverly como si Jack le hubiese

propuesto la mayor de las indecencias.

—Sí, Beverly, ahora. No te pediría esto si no fuese verdaderamente urgente. He tenido un pequeño accidente doméstico y no puedo salir en estos momentos. Por favor, Bev, te agradecería mucho si tuvieses la amabilidad de traerme la Smart Card, y si puede ser ahora mismo. Por supuesto yo correré con los gastos del taxi.

Beverly tardó unos segundos en responder.

—De acuerdo, Jack, ahora mismo voy para tu casa.

—Muchas gracias Beverly.

Jack se dio una ducha rápida antes de que llegase Beverly. Había perdido ya casi dos horas y el número de operaciones que tenía que realizar para que al Crédit Lyonnais, a Donald y a él mismo no se les viese el culo era tan grande que no recordaba haber hecho nunca semejante cantidad de trabajo.

Antes de que llegase Beverly miró el móvil. Tenía dos nuevas llamadas de Donald, probablemente para ver qué tal iba todo, un mensaje de Wendy y otro de Mía. Tanto la chica del semáforo como su hermana le recordaban que habían quedado para cenar esa noche. Jack no tardó demasiado en responder un sí a Mía, después del malentendido que habían tenido necesitaba verla para aclarar bien las cosas. A Wendy le preguntó si podían dejarlo para el día siguiente.

En cuanto envió los mensajes llamaron a la puerta. Comprobó que su oreja derecha había parado de sangrar y también que en la base del cuello, en el lugar donde había recibido el golpe, le había salido un redondo y tirante bulto.

—Hola Bev, muchas gracias por venir tan rápido.

Beverly se había retocado los labios. Desprendía un dulzón aroma a perfume de rosas frescas mucho más intenso de lo normal. Su pestañeo era rápido y antinatural. Sonreía.

—De nada, Jack —dijo con una suave y pausada sonrisa. Miró disimuladamente por detrás del hombro de Jack, tal vez para comprobar que efectivamente el hombre para el que trabajaba y con quien no mediaba apenas palabras estaba solo y sin compromiso. Beverly apretó con suavidad sus muslos. Tacón de ocho centímetros, pies alineados, el ligamento lateral interno de la rodilla izquierda está dañado o presenta una vieja secuela. Bonitas piernas, Bev.

—Nos vemos mañana, Bev, te debo una —dijo Jack tratando de cerrar la puerta.

A Beverly le cambió la expresión de la cara. La sonrisa pasó de nuevo a ese habitual hastío absoluto. Agrio y nauseabundo.

—Hasta mañana, Jack.

Un dos tres, un dos tres, un dos tres.

Tenía que hacer lo imposible. Necesitaba hacer lo imposible. Ante él se erigían cataratas de números que subían y bajaban y que habían empezado a bailar sin él, sin su mejor director de orquesta.

La pauta. Todo dependía de dar con esa pauta que lo conectaba todo. Empezó dando pequeños golpecitos en la mesa. En la base del teclado. Con los pies en el suelo.

Respira, Jack, respira.

Todo empieza por la respiración. Por una respiración correcta. ¿Recuerdas? ¿Por qué no dejas que yo me ocupe de esto y te vas un rato a dormir?

Su cuerpo. Necesitaba alinearlos con esa parte suya del cerebro, esa que operaba casi con vida propia, casi sin su consentimiento.

Abrochó y desabrochó el tercer botón de su camisa repetidas veces, se levantó y trató de recorrer el pasillo de su casa arriba y abajo, arriba y abajo,

arriba y abajo. ¿Qué demonios le ocurría? ¿Dónde demonios estaba la pauta? Miró a su alrededor en busca de ese algo que estaba haciendo que todo fallara. Vio el teléfono móvil sobre la mesa del salón emitiendo una diminuta luz pulsátil, indicativa de una notificación pendiente de abrir. Lo apagó sin ni siquiera ver de qué se trataba. Fue hasta el cuadro eléctrico principal de la casa y desconectó el timbre de la puerta. Después hizo lo propio con el teléfono fijo. Se preparó un café Geisha doble, se puso los tapones de goma de silicona de alta atenuación de sonido y se sentó de nuevo frente al gran panel de su estudio.

Ahora.

Jack empezó a realizar múltiples transacciones de muy pequeño valor. Poca cantidad de dinero. Algo casi insignificante, casi ridículo. Empezó a aumentar el volumen de deuda del Crédit Lyonnais, poco a poco. Trató de crear pequeños «señuelos» para incentivar la venta de ciertas divisas para después crear justo el efecto contrario. Compró más moneda de algunas de las pequeñas economías que estaban a punto de mandarlos a la más absoluta ruina, precisamente porque esas divisas estaban a punto de experimentar una gran subida, él lo sabía, podía ver todos esos números que saldrían en su pantalla en breves instantes.

No se levantó de la silla Rodius con acolchado doble y revestimiento en piel de buey en las siguientes siete horas.

Sentía la espalda y el cuello totalmente rígido. Si cerraba los ojos lo único que veía eran números, los siguientes, los que saldrían después. Sintió de nuevo esa gota de sangre resbalar por su oreja derecha.

Había puesto todos esos números a bailar de la forma más increíble que lo había hecho nunca. Se quedó un momento mirando todas esas pantallas, dibujando curvas y rectas ante él, dibujando patrones y pautas, interminables algoritmos, y de pronto le pareció verlo todo en armonía, de pronto le pareció

ver algo allá al fondo, la gran pauta, esa que lo gobernaba todo, esa capaz de controlarlo todo. La que le daba un sentido a todo cuanto le rodeaba. Esa misma que muy pronto, llegaría a un temible fin de ciclo. Su oído derecho no dejaba de gotear sangre a un ritmo constante.

¿Ya sabes qué es eso que da vida a las cosas, Jack?

No, todavía no.

El recuerdo de su cita con Mía lo arrancó de golpe de esa visión casi mágica y justo en ese preciso instante empezó de nuevo a alejarse de él.

Encendió el teléfono móvil. Tenía un mensaje de Mía preguntándole si le apetecía que hiciesen cena casera, en casa de Jack para ser exactos. Podían pedir algo de comida para llevar y tal vez ver una película o salir a dar un paseo más tarde.

«Sí, Mía, claro que me parece bien, de hecho me parece estupendamente bien».

Llamó a Donald para decirle que todo estaba en orden y pudo sentir en la distancia cómo el director de banco daba saltos de alegría en su despacho.

—Muy bien, Jacky, muy bien. Esta vez te has superado, esta vez los has hecho bailar como nunca antes lo habías hecho. Ahora mismo estoy viendo el balance de las cuentas y creo que incluso me acaba de caer una lágrima ante semejante proeza. ¿Cómo demonios has sido capaz de realizar más de cuatro mil operaciones en tan solo una jornada de trabajo? En fin, Jacky, mañana recuérdame que te dé un sincero abrazo. Descansa, te lo mereces.

—Gracias, Donald, buenas noches. Hasta mañana.

Jack se metió en la bañera y trató de relajar la mente. La sentía dolorosa, la había llevado al límite y sabía que detrás de ese límite estaba eso otro, eso que debía permanecer dormido para siempre.

En un par de horas llegaría Mía, su chica. La chica del semáforo con la

que tantas y tantas horas había soñado, esa que le haría sentir eso que daba vida a las cosas.

¿Es ella quién te va a enseñar eso que llevas tanto tiempo buscando, Jack, eso que le da la vida a las cosas?

Eso es lo que creo.

¿Por qué lo haces, Jacky? ¿Por qué ahora? ¿Por qué ella?

Porque ya no podía soportar más esta soledad.

CAPÍTULO 6

CIERRA LOS OJOS Y DUERME

Cuando Jack salió de la bañera vio que el agua había adquirido un color rosado. La hemorragia de su oído derecho todavía no se había detenido y no había parado de gotear sangre durante la última media hora. Había estado tratando de ralentizar su mente, de mitigar un poco todos esos mecanismos y procesos internos que estaban a punto de hacer que algo malo de verdad pasara. Que «eso» pasara y que volviese a perder el control.

Los intensos dolores y las posteriores hemorragias tanto del propio oído como de la nariz eran algo que le ocurría desde pequeño, desde que le diagnosticaron el síndrome de disincronía. La hiperacusia fue uno de los primeros síntomas en aparecer, y de los más molestos. Se agudizaba cuando pensaba, cuando trataba de concentrarse con fuerza, con la máxima intensidad. Sentía cómo el mundo exterior se volvía un lugar agresivo, lacerante y casi insoportable. El dolor más intenso llegaba cuando ponía a bailar a los números, cuando trataba de dar con la pauta. Entonces lo que sentía era como si alguien estuviese hurgando en su interior con un punzón y ese punzón tratase de llegar cada vez más y más adentro. Justo hasta el centro de su cerebro. Los tapones evitaban que los ruidos que provenían del exterior le produjesen dolor, pero también eran un buen medio para aislarse del mundo y de todo y poder alcanzar ese grado de concentración total que necesitaba. El problema es que esos mismos tapones que le protegían frente al ruido eran los que le provocaban el fuerte aumento de presión intracraneal que en el interior de su cabeza se producía. Una presión que se volvía muy muy peligrosa cuando utilizaba los tapones durante muchas horas y esas horas habían sido de una intensidad máxima, exactamente igual que las que acababa de pasar.

En breves instantes llegaría Mía. Con ese extraño y atípico día no había tenido apenas tiempo de pensar en ella, concretamente en ponerse nervioso pensando en ella.

¿Sabes por qué está ocurriendo todo lo que está ocurriendo, verdad Jack? ¿Casualidad o consecuencia?

No, no lo sé.

Si abandonas la pauta, Jack, si dejas de contar, entonces dejas de saber lo que va a pasar y eso te vuelve tan vulnerable como los demás. ¿Lo sabes verdad, Jack?

No, no lo sé.

Sí, sí lo sabes. Ya faltó poco Jack, ya falta poco. No te alejes ahora.

Eligió una camisa blanca. Tejido popelina cien por cien algodón de fibras largas. Acabado sedoso y tratamiento especial anti arrugas. Necesitaba por encima de todo sentirse confortable y cómodo, y esa camisa era la mejor que tenía para ese propósito. Para la parte de abajo se puso un pantalón negro noventa y ocho por cien algodón y dos por cien elastano, bolsillos americanos y corte en recto.

Para el calzado escogió unas zapatillas sin cordones color marrón oscuro. Piel lisa de becerro obtenida a partir de tiras de napa muy finas. La suela era de espuma de látex extraligera con un dibujo en espiga y perforada superficialmente para mejorar la amortiguación al andar.

Confortabilidad y comodidad.

Se sentía preparado para recibir a esa mujer que volvía a acaparar toda su atención. Que estaba situada justo en el centro de todos esos cálculos y variables no tan aleatorias.

Eran casi las ocho cuando llamaron a la puerta. Era posible que fuese Mía, aunque le extrañaba que se adelantase quince minutos.

Jack trató de contar números antes de abrir la puerta, pero se sentía

cansado. Hacía tiempo que no recordaba haberse sentido tan cansado y eso le impedía mantener «su mundo» bajo control.

Cerró los ojos, contó hasta tres y abrió la puerta sin más dilación.

Kevin.

Su eterna gorra de los Giants la tenía más calada aún si cabe. Apenas se le veían los ojos bajo esa oscura sombra que se cernía sobre la mitad de su rostro.

—Hola, Kevin.

—Buenas noches, Jack. Le he echado una mano a la señora Duvall con la compra y me he preguntado qué tal estabas. ¿Todo bien? ¿Diste aviso a la policía?

—Gracias por preocuparte, Kevin, ya estoy mucho mejor. No tuve tiempo de llamar a la policía, ya sabes, mucho trabajo atrasado...

—Sí, sé lo que es eso, Jack. Se te acumulan las tareas y cuando te das cuenta tienes ante ti la montaña de mierda más grande que tu cansado cerebro pueda recordar. Una tan grande de la que no siempre es fácil sacar la cabeza. Veo que te has arreglado, Jack, espero que para una buena noche... —dijo Kevin inclinándose ligeramente la cabeza hacia delante y guiñándole un ojo.

—Muchas gracias. Sí, esta noche espero visita, aunque estoy tan cansado que no sé si llegaré al postre —dijo Jack sonriendo con cierta timidez.

—Pues entonces que pases una fenomenal velada hasta el postre, Jack —dijo Kevin sonriendo y haciendo ademán de despedirse.

—Eso haré, buenas noches.

—Buenas noches, Jack, y acuérdate de llamar mañana a la policía —dijo Kevin en un tono paternalista mientras levantaba su dedo índice hacia arriba.

—Descuida, Kevin, en cuanto me despierte mañana será lo primero que haga. Buenas noches.

—Seguro que sí. Buenas noches.

Apenas habían pasado diez minutos desde que Kevin se había marchado cuando llamaron de nuevo a la puerta. Eran las ocho en punto, la hora a la que había quedado con Mía.

Efectivamente era ella.

Ella.

A Jack le flojearon las piernas cuando Mía lo miró. Sus ojos desprendían un halo de misterio y misticismo prohibido. La promesa de que hay algo más allá, en algún lugar, algo mejor. Sus pupilas eran dos circunferencias perfectas, increíblemente grandes para el nivel de iluminación de su recibidor. Brillaban con un esplendor lleno de energía, de vida.

Cuando se acercó para darle dos besos pudo sentir una cálida fragancia a ropa nueva con toques primaverales. A agua limpia, agua de lluvia.

Esa noche Mía era el centro de todas las debilidades de Jack.

—Buenas noches, Mía.

—Buenas noches, Jack.

Hubo un pequeño e impreciso silencio que se llenó de miradas adolescentes y medias sonrisas mal disimuladas.

—Jack, yo... no sé cómo disculparme por lo del otro día —dijo Mía bajando la mirada con timidez mientras se mordía el labio con gracia.

—No pasa nada, Mía, perdóname tú a mí por no haberte dicho que mi hermana tiene la mala costumbre de colarse dentro de mi casa cuando no le abro la puerta. Pero te aseguro que eso es algo que muy pronto lo tendré solucionado.

—Tranquilo, Jack, seguro que sí.

—¿Te parece si entramos dentro?

—Claro.

En cuanto pasaron al interior del salón, Jack se sintió mal por haber rechazado la invitación de Wendy para cenar y recordó ella no había

contestado a su mensaje de si no le importaba que lo dejaran para el día siguiente. Conociendo a Wendy, no debía de haberle sentado del todo bien que Jack rechazara su propuesta, no era normal en ella dejar los mensajes sin responder. Solo esperaba que no le diese por presentarse en medio de su cena con Mía. No sería la primera vez que Wendy hacía algo semejante. De repente, sin previo aviso, a veces Wendy cometía locuras, hacía cosas que nadie esperaba. Cuando su madre vivía siempre se refería a esa forma de comportarse de Wendy como un «acceso de impulsividad». También como una «explosión de ira».

Llamaron a Dean & Deluca y pidieron comida a domicilio. Mientras esperaban tomaron una copa de la botella de vino blanco que había llevado Mía.

Con el estómago vacío el alcohol estaba empezando a ejercer sus primeros efectos. A Mía se le habían coloreado las mejillas y le había aumentado esa calidez que desprendía de forma natural. Sonreía constantemente y apoyaba la cabeza de forma tierna sobre el respaldo del sofá. Jack se sentía cada vez más fluido. Conectado con el mundo y la realidad de su alrededor. Los números habían dejado de moverse. Por un instante Jack pudo sentir algo más, los vio a todos quietos, ahí, parados frente a él. Había un sentimiento muy en el fondo, muy a lo lejos, diferente al resto. Podía sentir cómo trataba de emerger hacia la superficie, cómo arañaba las paredes de su yo consciente y se abría paso, poco a poco. Cada vez lo sentía más cerca y era algo que se encontraba más allá de los números, la probabilidad y las consecuencias.

¿Es eso lo que da vida a las cosas, Jack?

Todavía no lo sé, pero sin duda es algo muy poderoso. Tal vez incluso más que los números. O más que esa gran pauta.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de ti, Jack?

—¿Qué? —Los ojos de Jack también brillaban esa noche. Estaban cubiertos por una fina película de esplendoroso brillo en la que se reflejaba el atractivo rostro de Mía.

—Que no eres como los demás hombres. Tú guardas ese algo que la mayoría de personas pierden con el paso de los años. Tú no has dejado que muera esa inocencia que te hace tan especial, no te has dejado contaminar, Jack, todavía conservas la esencia del ser humano —Mía se había acercado más aún. Sus labios se veían casi incandescentes, húmedos, algo más que sugerentes. De sus ojos pareció emerger una lágrima. Diminuta. Cristalizada.

—Vaya, eso es precioso, Mía...

—No, Jack, tú eres el que hace que sea precioso...

De nuevo se produjo uno de esos silencios llenos de significado, de intenso sentimiento. Cualquier palabra resultaba innecesaria. Absurda y lejana. Jack no sabía dónde meterse ni dónde mirar. Mía se acercó más todavía, tanto que prácticamente se respiraban el uno al otro.

—¿Te importaría demasiado si te besara ahora? —dijo Mía en un cálido susurro.

—No... —respondió Jack a un volumen casi inaudible.

Mía se acercó con cuidado, despacio, con una mano acarició su rostro, la otra la pasó por detrás de su nuca. Jack había cerrado los ojos y solo sentía, sentía esas manos tan suaves y a la vez tan vigorosas, cálidas, necesitadas.

Cuando Mía lo besó no pudo evitar que sus ojos se entreabrieran con incredulidad. Sintió como si acabase de viajar a otra realidad, a otro planeta, a otra vida. Todos los sonidos se detuvieron por un instante, mágico e inolvidable.

Mía se sentó a horcajadas sobre su pelvis sin dejar de besarlo. Él dejó llevar su espalda contra el respaldo del sofá y sintió una gran necesidad de tocarla, de acariciarla desde lo más profundo de su ser, desde esa esencia que

conservaba. Ella acariciaba su nuca, su pelo. Había empezado a mover la pelvis adelante y atrás. Jack acariciaba su espalda, dejaba volar sus manos sobre esa curva perfecta que se formaba justo en el inicio de su culo. Ella jadeaba. Él tenía la respiración cada vez más entrecortada. Mía aumentó el ritmo con el que frotaba su pelvis sobre la cintura de Jack. Él pensó que estaba a punto de desmallarse. De forma inconsciente y totalmente instintiva, puso sus dos manos sobre los pechos de Mía. Nunca había hecho algo así. Ella emitió un gemido desde algún lugar de su ser. Se empezaron a besar con impaciencia, a frotar y a acariciar cada vez con más intensidad, con más pasión. Necesidad. A Jack se le escapó un largo y sonoro gemido que Mía aprovechó para besarle todavía con más ardor. Pasión. Estaban absolutamente rendidos el uno al otro, sintiendo únicamente con el corazón, con ese misterioso lugar y depósito de vida que lleva empujando a los seres humanos con su movimiento casi perpetuo desde siempre.

El sonido del timbre de la puerta hizo que descendieran de golpe de nuevo al mundo real. Más que un descenso fue una estrepitosa caída.

Se contemplaron con respeto y total admiración y se prometieron con la expresión de sus ojos terminar más tarde eso que habían empezado.

Jack abrió la puerta. El repartidor de Dean & DeLuca. Era un chico de unos veinte años que desprendía un fuerte olor a humo de motor y tabaco rubio. Le entregó las dos bolsas de comida a Jack y se llevó una buena propina de regalo.

Prepararon la mesa entre los dos mientras se perseguían con la mirada y se sonreían con inocencia como dos adolescentes.

La cena de Dean & DeLuca consistía en un par de ensaladas gourmet, unos entrantes entre los que se incluían coles de bruselas rustidas con foie, rollos de pan de centeno rellenos de cebolla caramelizada y carne de Kobe especiada. También había una ración de crema de patata y mini aperitivos

vegetarianos. Como plato principal habían pedido carne de buey irlandés.

Jack abrió otra botella de vino, una que le regaló en una ocasión Donald Jones y que según su jefe en el Crédit Lyonnais, esa botella haría de un momento especial un momento único.

—Háblame de tu trabajo, Jack —dijo Mía con interés.

—No hay demasiado que contar, básicamente me encargo de estudiar el mercado de valores para después comprar y vender acciones, obligaciones y también moneda extranjera. Sobre todo moneda extranjera.

—Vaya, eso debe de ser complicadísimo, debes de ser una persona muy inteligente. A mí todo lo que tenga que ver con los números y sobre todo con la economía siempre me ha parecido difícilísimo, un gran misterio, de hecho —dijo Mía con auténtico fervor.

En algún momento de la cena Mía se había desabrochado dos botones más de la blusa que llevaba y Jack podía ver perfectamente el principio de sus dos senos. De tamaño medio y a la vista, muy sugerentes. Sobre todo porque ella se apoyaba cada vez más sobre la mesa y parecía estar ofreciéndole esas dos frutas prohibidas que él solo había podido tocar desde la superficie.

De momento.

—No es tan difícil como parece, Mía, simplemente es algo que se me da bien, a mí lo que tú haces con tu cuerpo y con... —Jack hizo una pequeña pausa, buscaba la palabra adecuada, la expresión correcta—. Todo tu ser, me parece algo totalmente inalcanzable.

—Te agradezco que seas tan amable, Jack, pero solo hazte una pregunta, ¿cuánta gente hace lo mismo que yo y cuánta lo mismo que tú?

—Puede que haya gente que haga lo mismo que tú, Mía, pero jamás lo hará igual que tú.

Mía miró a Jack de reojo y se sonrió. Era esa misma sonrisa que ya le mostró el día de su primera cita. Una sonrisa discreta, ligeramente

avergonzada y totalmente encantadora. Después se mordió el labio con discreción mirando hacia abajo.

—¿De qué te ríes, Mía? —A Jack esa sonrisa lo envolvía como el más cálido de los abrazos.

—De nada, es solo algo que me he imaginado y me ha hecho gracia.

—¿Y no me lo vas a contar? ¿Me vas a privar de esa fascinante imaginación tuya?

—Es que me da un poco de vergüenza... ya te dije que mi mente recrea situaciones imaginarias constantemente que no siempre le hacen gracia a todo el mundo...

—Te puedo asegurar que a mí sí, venga por favor, Mía, cuéntamelo.

—Vale, vale, me has convencido. Pero ya te digo que es una tontería sin importancia —dijo Mía rompiendo a reír en una graciosa carcajada—. Verás, se me había pasado por la cabeza durante un instante que de repente, aquí y ahora, nos daba por hacernos mutuamente una demostración privada y en exclusiva de lo que hacemos día a día. Yo te hacía un pequeño show privado como el que hago en el semáforo de Sycamore Street con Pine Street y después tú me hacías a mí una demostración de lo que haces cada día en el banco. No sé, ya te he dicho que era una completa estupidez pero es que me ha hecho una gracia tremenda imaginármelo —Mía acabó la frase rompiendo a reír y tapándose la cara con las dos manos. Pareció sentirse avergonzada.

—Pues... ¿Sabes una cosa? Me ha parecido una idea maravillosa, ¿quién empieza? —dijo Jack con sincero entusiasmo. Jamás hubiese dicho ni pensado algo así si no se hubiese encontrado como se encontraba en ese momento, ebrio de alcohol y de besos.

—¿En serio te parece buena idea?

—Me parece una idea fantástica, Mía.

—De verdad que no me puedo creer que haya encontrado a una persona

que no piense que estoy loca y que le hagan gracia las extrañas historias que se me pasan por la cabeza —Mía miraba a Jack con fascinación.

Jack la miró totalmente entregado. Ella se acercó un poco más a él ofreciéndole de nuevo una espléndida vista del principio de sus pechos. Lo besó de forma delicada, como si tratase de acariciar sus labios con la lengua. Después se separó despacio, con sensualidad.

—¿Entonces te parece si empiezo yo? —preguntó Mía sonriente.

—Me parece estupendo.

—Bien, tú lo has querido. En ese caso rellena dos copas de vino y siéntate ahí en el sofá, enseguida vuelvo —dijo Mía con una arrebatadora autoridad mientras desaparecía por el pasillo de la casa y entraba en el cuarto de baño.

Jack obedeció con total devoción y fervor. Tenía un mareo considerable, pero también llevaba bastante rato, concretamente desde que Mía había llegado, sintiendo cómo algo en su interior trataba de acercarse más y más a ella. Una poderosa atracción y un deseo físico como nunca antes había sentido.

Mía no tardó en aparecer por la entrada del salón, apagó las luces y dejó encendidas solo las del pasillo de la casa. Todo estaba entre sombras ahora. Sombras sinuosas y caprichosas. Se había retocado los labios, delimitados por un rojo intenso y provocador. La irregular línea de su flequillo bailaba por el centro de su frente, y sus piernas... se veían más estilizadas y esbeltas que nunca. Se había descalzado y parecía deslizarse sin hacer ningún ruido, flotar en el aire.

Se plantó delante de Jack y apoyó las manos sobre sus caderas. Frunció el ceño y miró hacia un lado y después al otro poniendo una mano sobre su frente como si tratase de buscar a alguien en la lejanía. Después se detuvo en Jack, que la miraba totalmente rendido a su arte, le sonrió y fue a acercarse hasta él llena de felicidad, pero sus manos y el resto de su cara fingió chocar con una

pared invisible. Mía estaba sorprendiéndolo con espectáculo privado de sonidos como nunca antes había visto, parecía que supiese su problema con el ruido y hubiese escogido esa forma de arte escénico a propósito.

¿Casualidad o consecuencia, Jack?

Después de estar tratando de atravesar esa pared invisible para llegar hasta él, Mía frunció de nuevo el ceño con gracia y se alejó un momento. Hizo como que acababa de encontrar algo en el suelo, al parecer una cuerda, y su rostro se volvió a iluminar de felicidad. Empezó a tirar con fuerza de esa imaginaria cuerda como si el otro extremo estuviese atado al cuerpo de Jack y ella no tuviese fuerzas suficientes para atraerlo hacia ella, todo lo contrario, cada vez que tiraba más y más era ella quien al resbalarle los pies parecía acercarse hacia él. Jack no paraba de sonreír, no recordaba haberse sentido nunca tan feliz.

El espectáculo de Mía incluyó algunos números más, como hacer volar por encima de su cabeza unos cuantos objetos (pequeños) que tenía en el salón para después recogerlos de forma acrobática o tratar de escalar una montaña imaginaria. Terminó haciendo una preciosa reverencia mientras permanecía de pie apoyada sobre la punta de uno de sus pies, como una de esas bailarinas que rodaban sobre sí mismas en algunas cajas musicales.

Jack aplaudió con fuerza cuando Mía realizó el saludo que indicaba que la función había terminado.

—Ha sido maravilloso, Mía, maravilloso, te prometo que nunca antes había visto nada parecido —En los ojos de Jack había no solo inocencia y sinceridad, sino otra cosa que no recordaba haber sentido nunca; ilusión.

—¿En serio te ha gustado?

—Jamás te mentiría, Mía, me ha encantado.

Mía se lanzó al sofá y le dio un beso a Jack en los labios. Su cuerpo desprendía aún más calor después de todo el ejercicio que había hecho en el

espectáculo de mímica.

—Tu turno —dijo ella con una apetecible y misteriosa seriedad.

—Está bien, lo prometido es deuda, pero antes déjame que vaya a por una cosa.

—Lo que el caballero necesite para su función —dijo Mía con gracia.

Jack fue hasta su armario, abrió la caja fuerte y sacó el Getac XC500 para conectarlo al equipo de su estudio. Cuando llegó, Mía había preparado dos nuevas copas de vino.

—Toma, Jack —dijo Mía acercándole la copa—, me gustaría brindar por esta maravillosa noche antes de nada.

—Claro, Mía.

Brindaron y cada uno le dio un buen trago a su copa, después fueron al estudio de Jack.

Se sentaron cada uno en una silla y durante unos segundos tan solo se escuchó cómo los refrigeradores del Getac y el resto de equipos se ponían en marcha. Ruido de ventiladores girar y mini transformadores subir de intensidad.

Cuando Jack accedió a Quartz, Mía se había pegado prácticamente a él. Todo estaba casi en penumbra y solo se veía lo que la luz de las pantallas iluminaba. Jack introdujo sus claves personales y pudo sentir cómo una gran oleada, envolvente y cálida, lo cubría por completo de un extraño placer totalmente desconocido. Cerró los ojos cuando sintió la mano de Mía posarse sobre su muslo, muy cerca de su entrepierna, nadie antes lo había tocado en esa zona.

Miles de números empezaron a desfilan ante ellos. Cambiaban constantemente de valor. En dos de las pantallas podían verse enormes gráficas que describían irregulares e interminables curvas, nunca se detenían, nunca permanecían en línea recta, parecían dos gigantes

electrocardiogramas monitorizando el corazón mismo de la economía mundial.

—¿Entonces esto es lo que haces? —dijo Mía con un cálido y vaporoso susurro cerca del oído izquierdo de Jack. Con la otra mano seguía frotando su muslo con delicadeza, cada vez más cerca de ese sitio que Jack sentía ahora mismo palpitar como el centro de todo su organismo.

—Primero estudio los números, y después realizo operaciones que favorezcan a esos números —dijo Jack entrecerrando los ojos y terminando la frase con un gemido ahogado.

—Vaya, Jack, eso es fascinante, ¿no me vas a enseñar cómo realizas esas operaciones que favorecen a los números? Quiero verlo, Jack, quiero que me lo enseñes —Mía hablaba entre susurros. Había empezado a mordisquear con suavidad el cuello y la oreja de Jack, mientras con la otra mano había alcanzado su pene y lo estaba acariciando por encima del pantalón.

Jack sintió de nuevo esa oleada de inmenso placer tratando de llevárselo mar adentro.

—Espera un momento, Mía, necesito ir a por una cosa si quieres que te lo enseñe —dijo Jack con debilidad.

—Claro, ve a por lo que necesites, Jack, yo te espero aquí.

Jack sentía cómo su pulso se aceleraba, cómo su respiración se agitaba, se sentía tremendamente mareado, pero esa ola de placer, destructor y cálido, lo envolvía y lo empujaba hacia Mía, hacia eso que ella le pedía.

Abrió de nuevo su caja fuerte, su visión era cada vez más borrosa, sacó su Smart Card, no solía nunca operar desde casa pero...

¿Y bien? ¿Y entonces por qué hoy sí?

Cuando llegó a su estudio vio a Mía más sensual que nunca, a cada instante la veía más y más atractiva. Se había desabrochado otro botón más de la blusa y Jack disimuló horriblemente mal cuando sus ojos se quedaron por un instante fijos allí abajo.

—Ven, Jack, siéntate y enséñame qué haces con los números.

En cuanto Jack se sentó de nuevo en su silla Rodius, introdujo la Smart Card y esperó a que el Getac la reconociera, Mía se acercó de nuevo a él, lo suficiente para que pudiera sentir perfectamente el contacto con sus pechos. Luego empezó a acariciarlo de nuevo sobre el pantalón, a la altura de su pene, cada vez más fuerte.

—Mira, ¿ves?, ahora mismo acabo de hacer una operación. He vendido estos paquetes de acciones y ahora voy a compra estos otros —dijo Jack moviendo el ratón del Getac hacia uno y otro lado de la pantalla.

—Jack, eres maravilloso, me excita muchísimo eso que haces... —dijo Mía mordisqueando más aún su cuello.

—Mía... —Jack entrecerraba los ojos.

—¿Te apetece que vayamos al cuarto? —dijo Mía con ardor.

—Claro...

Jack se levantó de la silla, Mía lo cogió de la mano y fue ella quien lo condujo hasta el cuarto. Lo tumbó con delicadeza en la cama.

—¿Te importa si me quito esto? —dijo Mía con sensualidad mientras se terminaba de desabrochar la blusa.

—Claro que no... —A Jack le caía la baba viendo cómo Mía se quedaba en ropa interior. Encaje negro.

—Espera un momento, Jack, voy a por algo más de beber.

Mía salió del cuarto con la elegancia de un ángel y regresó con una copa de vino llena. Sonriente. Jack estaba en la cama. Ella se acercó hasta él.

—¿Quieres que me quite esto, Jack? ¿Quieres?

Jack estaba totalmente hipnotizado viendo cómo Mía cruzaba los brazos por detrás de su espalda y se desabrochaba el sujetador, apenas podía hablar. Cuando Mía liberó sus pechos sintió que se le iba a para el corazón.

—¿No quieres tocarme, Jack? ¿No quieres? —dijo Mía con dulzura—.

Ven aquí, acércate —añadió Mía invitando a que Jack se acercara más a ella.

Jack se situó justo a escasos centímetros de ella, sentado en el borde de la cama. Se quedó unos instantes fascinado ante la visión de sus pechos Mía, ahora sí los tenía frente a él sin nada que se interpusiera entre sus manos y ellos. Eran mucho más bonitos de lo que había imaginado. Los tocó con extremo cuidado, con delicadeza, con toda la dulzura que pudo reunir.

—Ten, Jack, bebe un poco más anda, quiero que me sientas del todo, del todo, Jack —dijo Mía ofreciéndole de nuevo la copa de vino que acababa de traer.

Jack apenas podía contener el aliento, cogió la copa y le dio un buen trago.

—Toda, Jack, la he traído para ti, bébetela toda —dijo Mía con autoridad y pecaminosa dulzura.

Jack obedeció y se terminó la copa de vino.

—Ahora tumbate de nuevo, Jack, ahora es cuando viene lo bueno.

Jack se tumbó de nuevo en la cama viendo cómo Mía se colocaba sentada sobre él. Los ojos se le cerraban. Luchaba con todas sus fuerzas por mantenerse despierto pero había algo que tiraba de él cada vez con más fuerza, algo que trataba de llevárselo hacia un mundo de sueños. Irreal y superfluo.

—Tócame, Jack. Así, pon tus manos sobre mí —dijo Mía poniendo las manos de Jack sobre cada uno de sus pechos.

Jack jadeaba mientras veía a Mía hablarle desde una espesa y densa bruma, la escuchaba desde una mareante lejanía. La sentía cerca y a la vez cada vez más lejos, le parecía que todo a su alrededor estaba a punto de desvanecerse.

Todo.

Vio una lágrima caer desde el fondo de sus ojos. Casi invisible. Como una de esas pompas de jabón que tan pronto se disuelven. Desaparecen.

—Y ahora, Jack, cierra los ojos, cierra los ojos y duerme.
Duerme.

CAPÍTULO 7

SUPERDOTACIÓN PROFUNDA

—¿Estás segura de que es este número, Kate?

—Completamente. Al menos eso es lo que me han dicho desde la central —dijo Kate con ese semblante a medio camino entre el corte profesional y el excesivamente serio.

El agente Patrick Hunt pulsó de nuevo el número treinta y ocho del 207 de St. James Street. Hacía calor y las gotas de sudor habían empezado a resbalarle por las sienes. Se quedó mirando un momento a su nueva compañera, Kate Myers, ella le aguantó la mirada un instante con desafiante frialdad y pulsó a otro número.

—Creía que nos habían dicho que la finca tenía portero —dijo Kate mientras esperaba a que contestaran.

—Y si no ha cambiado algo en las últimas horas, así es. Debe de haber salido a algún sitio, también es persona...

Se escuchó el ruido de apertura de la comunicación del interfono.

—¿Quién es? —dijo la voz de una señora mayor.

—Policía, señora, ¿sería tan amable de abrirnos? —dijo Patrick mirando de reojo la expresión de Kate.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué quieren?

—Señora, abra por favor, necesitamos hablar con un vecino suyo.

Se escuchó el estridente y metálico ruido eléctrico de apertura de la puerta y los dos agentes entraron en el interior del edificio 207 de St. James Street.

Pulsaron el botón del ascensor y esperaron a que llegara. Brazos cruzados a la altura de la pelvis, él, a la altura de la cintura, ella. Kate miraba hacia

abajo, Patrick la observaba disimuladamente mientras esperaba a que el luminoso del ascensor llegase al número doce.

—¿Se puede saber por qué no dejas de mirarme? —dijo Kate con contundencia.

—¿Cómo dices?

—Que me dejes de mirar de una vez, joder, ¿estás sordo? —respondió Kate con fiereza. A la altura de sus pómulos habían aparecido dos discretas e irregulares circunferencias rojas.

Patrick sonrió con sarcasmo mientras se reajustaba el nudo de la corbata.

—Ya me habían avisado de esto... la verdad es que no mentían...

—¿Ya te habían avisado de qué? ¿De qué no mentían?—dijo Kate malhumorada.

La cabina del ascensor se detuvo en el último piso y las puertas de seguridad se abrieron con lentitud. Rodamientos desengrasados. Caída del pasador de acero descompensado.

—Da igual, déjalo, ya hablaremos —dijo Patrick mientras salía del ascensor.

—Eh —dijo Kate cogiendo a Patrick por un brazo—. Por supuesto que ya hablaremos.

Patrick la miró primero con cierto respeto, con un ligero miedo tal vez. Después volvió a sonreír con cierto aire a burla. Ligero menosprecio.

Pulsaron el timbre del número treinta y ocho repetidas veces, después empezaron a golpear la puerta con los nudillos. Silencio.

—¿Se supone que tenía que estar en la oficina desde las ocho de la mañana, no? —dijo Patrick dejando para más tarde el pequeño encontronazo con su nueva compañera.

—Sí, pero según su jefe, Donald Jones, jamás se había retrasado más de media hora, y ya han pasado exactamente... —dijo Kate mirando su reloj.

—Siete horas —intervino Patrick con rapidez—. Y si no me equivoco y es tan inteligente como dicen, a estas alturas debe de estar volando hacia alguna paradisíaca isla que quede más o menos a la otra parte del planeta. Francamente no sé para qué nos hacen perder el tiempo con estos casos. Estando el Hombre del coche todavía suelto...

Jack se despertó totalmente desorientado. El ruido del timbre y los golpes sobre la puerta lo sacaron del profundo sueño en el que se encontraba. Apenas podía recordar nada, solo imágenes sueltas. Lo último a Mía haciendo un maravilloso espectáculo justo antes de...

¿Dónde demonios estaba Mía? ¿Se había marchado de nuevo sin decir nada? ¿Por qué no podía recordar nada? ¿Qué le estaba ocurriendo? Se preguntó Jack mientras trataba de recuperar su actividad cerebral normal.

Se levantó de la cama y tuvo que esperar unos segundos antes de poder caminar. Apoyó sus dos manos sobre la pared y trató de respirar. Cerró los ojos. Todo daba vueltas a su alrededor. No sabía ni qué hora era ni en qué día se encontraba. Las incesantes llamadas al timbre amartillaban sus oídos, especialmente sensibles al ruido esa mañana.

Fue hasta la puerta tambaleándose y...

...Justo cuando Patrick y Kate se dirigían al ascensor para marcharse, escucharon cómo se abría la puerta del número treinta y ocho. Su sorpresa fue tal que tardaron unos segundos en reaccionar, ninguno de los dos esperaba ya ver a nadie tras esa puerta. Frente a ellos apareció un hombre que aparentaba más años de los que tenía. Según los datos que les habían dado en la central acababa de cumplir treinta y cinco. Sus ojos estaban medio cerrados y tenía el pelo completamente desecho, parecía estar viéndolos desde otra dimensión, desde otro planeta.

—¿El señor Miller? ¿Jack Miller? —dijo Patrick acercándose a él.

—Sí, soy yo, ¿qué ocurre? —dijo Jack tratando de procesar toda la información que sus aletargados sentidos podían recibir.

—Necesitamos que nos acompañe, señor —añadió Patrick con firmeza.

—¿Que os acompañe? ¿A dónde? —Jack estaba desconcertado.

—A comisaría, señor Miller, tiene que acompañarnos ahora —dijo Patrick.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

Kate y Patrick se miraron preguntándose si adelantarle información o no.

—Ha sido usted acusado de un delito grave de desvío de fondos y apropiación indebida, así que si es tan amable de acompañarnos ahora a comisaría se lo agradeceremos —dijo Kate mirando a Jack bajo esas imperturbables y curtidas facciones.

Jack intentó hacer memoria. Procesar toda la información que lo rodeaba. Trató de contar. Realizar cálculos rápidos. Necesitaba encontrar esa pauta que lo explicase todo, que le dijese qué estaba ocurriendo allí, qué iba a ocurrir a continuación.

—Señor Miller, por favor, no haga esto más difícil. Llevamos una orden de arresto y podemos hacer que venga con nosotros con el uso de la fuerza, pero créame, somos los primeros que deseamos que esto se resuelva de forma pacífica. Así que si es tan amable —dijo Kate invitándole a salir con un sencillo movimiento de su brazo derecho.

Jack se quedó mirando a esa mujer y vio algo bueno. Algo bueno al final de un tormentoso túnel de dolor y sufrimiento.

Les pidió si podía lavarse un poco la cara y no le pusieron ninguna objeción, aunque los dos agentes del FBI entraron con él en la casa. Según ellos, «procedimiento policial».

Patrick puso sus ojos en el enorme equipo de pantallas conectadas en el

estudio. Kate se fijó en las tres botellas de vino vacías en la mesa del salón y en otro tipo de detalles como el pequeño desorden en el comedor o la total ausencia de una presencia femenina en esa casa. Por lo demás todo allí parecía estar en un perfecto orden.

Los dos policías se miraron y pensaron más o menos lo mismo. Caso resuelto antes de empezar; empleado descontento y depresivo se le va la mano con el alcohol y decide robar hasta el último céntimo del Crédit Lyonnais en un momento de desesperación. A la mañana siguiente dice no recordar nada y trata de hacerse el sorprendido, hasta que descubre que casualmente sus bolsillos están llenos de un dinero que no es el suyo. No era la primera vez que veían casos así.

De camino a la comisaría le leyeron sus derechos, Jack no dijo ni una sola palabra. La pareja de policías prácticamente tampoco.

Antes de entrar en la comisaría central de Buffalo, el agente especial Hunt le preguntó mirándolo a los ojos si hacía falta que le pusieran las esposas o se iba a portar bien.

—No hace falta que me las ponga.

Lo sentaron directamente en el cuarto de interrogatorios número tres y le pidieron que esperase.

Jack cerró los ojos un instante y trató de contar, de encontrar la pauta. De recuperar el control. Concentrarse. Todavía no le habían dado detalles, pero una parte dentro de él sabía perfectamente qué había ocurrido, qué era eso del desvío de dinero y la apropiación indebida.

¿Sabes qué ha ocurrido, verdad Jack?

No, no lo sé.

Sí, sí lo sabes, y esto no es más que la consecuencia de algo, Jack, algo que no has previsto porque tú no lo has querido.

No, eso no es cierto. Solo trataba de dejarme llevar por una vez en mi

vida.

Después de aproximadamente una hora, entró la agente Kate Myers con una carpeta en cada una de sus manos. Sujetaba un vaso de café con la boca. Café aguado y quemado. Los filtros de la máquina están para cambiar. El molinillo no gira a la velocidad que debería para el tipo de grano con el que rellenan el depósito. El agua tiene una gran cantidad de cal y de nitratos.

Jack observó cómo tras la agente especial se cerraba con sigilo la puerta de seguridad clase baja de la casa comercial DoorM. Sistema de apertura y cierre por control remoto. Accionamiento eléctrico. No se aprecian sistemas de apertura manual. Marco perimetral reforzado con chapa de acero de aproximadamente dos milímetros de espesor. Doble burlete de neopreno de alta densidad con pequeña cámara de aire para favorecer un aislamiento acústico de unos treinta decibelios. Fabricada con materiales intumescentes, ligera resistencia al fuego y estanqueidad frente a humos y gases.

Kate abrió la carpeta que traía con ella y la puso sobre la mesa de metal en la que Jack tenía apoyados los brazos, sobre la que parecía observar el reflejo distorsionado de sí mismo que la fría y deslucida superficie le devolvía. Dio un sorbo a su vaso de café y se aclaró la voz. Después pulsó el botón de «rec» de una pequeña grabadora digital que también dejó sobre la mesa.

Jack cerró los ojos de nuevo y se concentró en el aroma personal de la mujer que tenía ante él. Desprendía un suave olor a madera, tierra húmeda y otros productos utilizados en jardinería como los plaguicidas para hacer frente a la cochinilla o al picudo rojo. Las palmas de sus manos se veían fuertes, curtidas, trabajadas. En cambio el dorso dejaba ver una piel suave y delicada a excepción de los tres primeros nudillos de ambas manos. Estaban algo inflamados, tal vez debido al efecto de haber estado golpeando un saco de

boxeo durante bastante tiempo.

—Buenas tardes, Jack, me presento formalmente; soy la agente especial del FBI Kate Myers y estoy al frente de esta investigación junto con el agente especial Patrick Hunt. En estos momentos colaboramos con la policía de Buffalo en otro caso y usted permanecerá en esta comisaría hasta nueva orden. Voy a hacerle unas preguntas relacionadas con los cargos contra los que se le acusa, en este caso, apropiación indebida y desvío masivo de fondos de la cuenta principal del banco Crédit Lyonnais. Concretamente se le acusa de haber sustraído de los fondos de dicho banco una cantidad cercana a... —Kate se acercó más al papel que tenía sobre la mesa para ver bien la cantidad que ponía. Todavía no se había acostumbrado a que para ver bien los detalles tenía que utilizar las gafas que le habían graduado hacía poco más de dos semanas —. Una cantidad aproximada de cincuenta millones de dólares. Se ha podido seguir el rastro de unos dos millones, aun así todavía no ha sido posible recuperar ese dinero ya que nuestros colegas de la policía cibernética todavía se encuentran verificando la autenticidad de dichas cuentas. El resto del dinero se encuentra en estos momentos en paradero desconocido. Por lo que sabemos, ha sido desviado múltiples veces a cuentas fantasmas que ya no existen. En fin, podría continuar así un buen rato pero me parece que a ninguno de los dos nos apetece escuchar todo esto, ¿estamos de acuerdo?

Kate cerró la carpeta y cogió aire mientras miraba a Jack con seriedad. Cerró los ojos con una expresión de evidente fatiga. Física y mental. Se masajeó las sienas expulsando el aire despacio. Evidenciando aún más su cansancio.

—Dime, Jack ¿Qué sabes de todo esto que acabo de contarte? Según la información suministrada por tu jefe Donald Jones y ratificada hace un par de horas por los de la policía cibernética, todas y cada una de las operaciones confirmadas para la sustracción de dichos fondos se hicieron directamente

desde el equipo que tienes en casa y con tu Smart Card y claves personales de acceso. Eso pasó concretamente entre las once y media de la noche del día de ayer y las dos de la madrugada del día de hoy. Jack, ¿puedo saber al menos cómo te declaras ante tales acusaciones?

Jack apenas parpadeaba. Miró a Kate desde la observación más profunda y minuciosa. Ella le aguantó unos segundos la mirada. Fue Jack quién la apartó primero.

—No vas a decir nada, ¿verdad Jack? —dijo Kate tratando de parecer cercana. Amistosa. Amable.

Jack tragó saliva de nuevo con dificultad. Había algo en su interior que se había cerrado. Tal vez fuera «eso» de nuevo, que había vuelto con más fuerza que nunca y todavía estaba tratando de decirle algo. De tomar el control.

—Yo no he hecho nada de lo se me acusa —dijo Jack en una frase carente de tonalidad.

Kate levantó la mirada para observar su expresión. Tarde o temprano todos terminan por hablar de un modo u otro, se dijo mirando de nuevo a Jack con un aire renovado.

—¿Entonces niegas ser el responsable de los cargos contra los que se te acusa? No hagas esto más difícil, Jack —dijo Kate tratando de acercarse de nuevo a él—. Te voy a ofrecer algo que no se lo ofrezco a todo el mundo, y te aseguro que te estoy siendo sincera. Declárate culpable de todos los cargos, devuelve ahora mismo todo el dinero sustraído y te prometo que haré todo lo posible por reducir tu pena al mínimo posible, para que esto no quede más que en una simple anécdota de la que en unos años es posible que ni te acuerdes. ¿Qué me dices?

Jack sostuvo de nuevo la mirada.

Kate intuía su respuesta.

Controla la respiración, Jack, empieza por controlar la respiración.

Aguanta.

—Lo siento, pero ya le he dicho que yo no he sido —reiteró Jack levantando un poco los ojos para estudiar la expresión de la agente especial Myers.

Kate suspiró con cansancio. No llevaba una buena mañana, ni tampoco una buena semana. En realidad su último año y medio habían sido para olvidar y su precipitado y forzado traslado a Buffalo no habían hecho sino agravar más las cosas. Todo el caso del Hombre del Coche, la muerte de su hermana, la infidelidad de Peter y ahora uno de los mayores robos a un banco de la historia estaban a punto de sobrepasarla. Necesitaba parar. Que todo a su alrededor se detuviese aunque solo fuese durante un instante.

—Está bien, Jack, ya me ha quedado claro cuál es el camino que has escogido. Por lo visto prefieres el largo y difícil al corto y menos malo para ti.

Kate recogió sus cosas y se colocó junto a la puerta de seguridad. Cuando se escuchó el accionamiento remoto empujó la puerta para salir y antes de desaparecer miró a Jack de nuevo durante un par de segundos. Fue una mirada de auténtica pena, casi nostálgica, empática. Luego cerró la puerta y dejó a Jack solo con sus pensamientos.

Patrick Hunt y el comisario jefe, Clark Dupont, ojeaban unos informes con evidente interés en los cuales podía leerse con claridad en cada una de las páginas la palabra «confidencial», impresa como marca de agua en un tono rojo.

—Mira lo que nos acaban de traer, Kate, no vas a creértelo —dijo Patrick pasándole una hoja con el encabezado del St. Luke's Children's Hospital de Idaho.

Tras el encabezado podía leerse el nombre del paciente; Jack Miller, edad; once años. Y después los datos del médico responsable de dicho

informe, doctor Edward Mitchel. En el diagnóstico ponía un incierto «posible síndrome de disincronía».

—¿Alguien me puede explicar qué significa todo esto? —dijo Kate con exigencia.

Clark Dupont y el compañero que le habían asignado, Patrick Hunt, levantaron la vista de los documentos al escuchar a Kate. No estaban acostumbrados a que alguien a quien acababan de trasladar de forma poco elegante mostrase ese grado de exigencia y de seguridad en sí misma.

Fue Patrick quien se sintió con ánimo de explicarle por encima lo que significaban todos esos papeles.

—Nos acaban de enviar todos estos informes desde Twin Falls, Idaho, lugar donde nació y se crió aquí el amigo Jack Miller. Dada la gravedad del caso y la cantidad de dinero robada, el juez Richards ha resuelto que los indicios y las pruebas incriminatorias son lo suficientemente concluyentes como para emitir una orden de nivel nacional para recabar toda la información relacionada con el principal sospechoso al que todos, y especialmente tú, conocemos —dijo Patrick haciendo una pausa para darle un buen sorbo a su taza de café—. Por lo visto esto va a ir para largo, más de lo que pensábamos, todavía faltan bastantes cosas por llegar, pero te adelanto que ese informe que sujetas en la mano es solo la punta del iceberg. Es, digamos, la primera vez que Jack se hizo notar en este mundo a nivel público, aunque como ya te habrás podido imaginar, no sería la última —añadió Patrick llevando la vista a los muchos informes que había sobre la mesa.

Kate ojeó por encima los documentos impresos, viejos y escaneados, algunos gravemente deteriorados. Estaban revueltos y esparcidos por la pequeña y alargada mesa que había en el cuarto contiguo al que utilizaban para los interrogatorios, en el que aguardaba impasible Jack.

—Según hemos podido saber —continuó Patrick de nuevo—, Jack no

tuvo una infancia sencilla, no fue un niño como los demás en ninguno de los sentidos. El diagnóstico que el doctor Edwards apuntó para describir los síntomas que presentaba es el llamado «síndrome de disincronía» —Patrick levantó la vista y vio a una Kate ligeramente contrariada—. Sí, lo sé, yo también es la primera vez que lo escucho. Es un extraño síndrome cuyo cuadro fue descrito por primera vez tan solo un año antes por el doctor Jean Charles Terrassier, estamos hablando del año 1994. Básicamente se caracteriza por una falta de sincronía entre el desarrollo motor del niño y el desarrollo intelectual. Por lo visto, estas personas desarrollan la parte intelectual mucho antes que la física. Empiezan a leer y a razonar de forma compleja muchísimo antes que cualquier otro niño o niña, pero tardan más tiempo en por ejemplo escribir o hablar. El resto del cuerpo también se ve afectado por este desequilibrio entre el desarrollo físico y el mental. Pueden tener dificultades motoras a todos los niveles, problemas de coordinación óculo manual, así como al andar o realizar cualquier otro tipo de actividad física compleja. Suelen presentar problemas auditivos severos que pueden incluir un peligroso aumento de la sensibilidad, terribles dolores de cabeza, temblor de manos y pies, rigidez articular, sacudidas espontáneas en miembros, así como también graves trastornos a nivel emocional y a nivel afectivo. En fin, podría seguir, pero me parece que ya te puedes ir haciendo una idea de cómo fue la infancia de Jack —concluyó Patrick aflojándose el nudo de la corbata y cogiendo un poco del espeso aire que se respiraba en el estrecho y mal iluminado cuarto en el que se encontraban.

Kate observaba atenta lo que Patrick estaba contándole. Tenía el ceño fruncido y en sus ojos podía verse cómo un creciente y verdadero interés se desperezaba.

—No termino de entender bien qué me estás queriendo decir, Patrick, ¿qué sucede exactamente con Jack? —dijo Kate sabiendo que Patrick no le

estaba contando la parte más importante, tan solo preparándola para entenderla mejor.

—Perdona, Kate, es que casos así no se ven todos los días y me dejo llevar por la emoción. En resumidas cuentas, Jack fue diagnosticado de niño con un extraño síndrome que padecen algunas de las personas calificadas como superdotadas, pero la cosa no acaba ahí, en otros informes del doctor Edwards así como en alguno más de otros colegas médicos, califican el nivel de Jack como de «superdotación profunda».

—¿Cómo dices? —Kate estaba cada vez más perdida. Levantó la vista para observar a Jack a través del cristal de observación de la sala de interrogatorios. Seguía en la misma posición que lo había dejado unos minutos antes, apenas sin parpadear, con la vista fija al frente.

—Verás, Kate, al parecer, la supedotación profunda es el mayor nivel de inteligencia que puede alcanzar el ser humano, que sepamos a día de hoy, claro está. Si una persona normal ronda los noventa o cien puntos en la escala que mide el coeficiente intelectual, Jack sobrepasa ampliamente los ciento setenta y cinco, de hecho hay algunos informes que fijan su coeficiente intelectual en la asombrosa cifra de doscientos cuarenta. Kate, doscientos cuarenta, ¿sabes cuántas personas hay en la Tierra con ese intelecto?

—No... —dijo Kate absorbiendo todos los datos que Patrick le estaba dando.

—Una o ninguna. Las personas como Jack son, para que te hagas una idea, aquellos a los que los propios superdotados llaman superdotados, y no estoy bromeando. Piensan de una manera diferente, ven de una manera diferente, procesan la información no solo infinitamente más rápida que nosotros, sino también de una forma que nos es siquiera difícil de imaginar. Digamos que lo ven todo en imágenes, en microimágenes, miles de fotogramas por segundo que almacenan y procesan en su cerebro de una forma casi mágica.

Kate se quedó observando unos dibujos que había sobre la mesa mientras de fondo seguía escuchando a su nuevo compañero. Eran una especie de bocetos, dibujos técnicos llenos de líneas vectoriales, anotaciones numéricas y extraños símbolos, como los utilizados en física y matemáticas para realizar cálculos de todo tipo.

—Eso que ves ahí —dijo Patrick señalando los dibujos que Kate observaba—, son unos diseños que Jack hizo cuando tan solo tenía siete años. ¿Sabes qué son? Alucinante, son motores para coche, Kate, impresionantes motores de cuatro, ocho, y hasta doce cilindros. Ese que está pintado con colores rojos, según sus propias anotaciones, está preparado para alcanzar una potencia de tres mil quinientos caballos, ¿puedes creerlo? Para diseñar un motor como ese, las grandes industrias del automóvil invierten miles de millones y unos cuantos años, además de contar con algunos de los mejores ingenieros del mundo. Jack lo hizo él solo en la habitación de su casa cuando solo tenía siete años, ¿no te parece fascinante?

Patrick estaba totalmente impresionado ante todo lo que estaban descubriendo acerca de Jack Miller. Le entusiasmaba y le apasionaba cualquier forma y expresión de brillantez y genialidad en el ser humano. Y era ese mismo sentimiento el que trataba de transmitirle a su nueva compañera. Kate parecía haber dejado aparcados durante unos momentos sus múltiples quebraderos de cabeza para centrarse de lleno en ese caso. Tal y como Patrick le había dicho, todo aquello se antojaba bastante más complejo de lo que en un principio habían pensado.

—¿Y cómo una persona como esa acaba trabajando de contable en un banco? —preguntó Kate con un mar de dudas en la cabeza—. ¿Me quieres decir que a los siete años ya era capaz de diseñar un motor y a los treinta y cinco solo se le ocurre robar a uno de los bancos más importantes del mundo después de dejar un rastro de huellas tan grande como el desierto de Sonora?

Además, si es tan inteligente cómo dices, ¿qué demonios ha estado haciendo todos estos años y por qué no se ha sabido hasta ahora nada de alguien tan excepcional? No sé, agente Hunt, pero hay algo en todo esto que no tiene mucho sentido.

Patrick se quedó observando a Jack a través del cristal de visión unilateral tras escuchar las palabras de Kate. Tenía razón, todo alrededor de Jack parecía envuelto en un gran enigma del que apenas tenían información. Como él mismo había dicho, tan solo estaban viendo la punta del iceberg. Jack alzó la mirada y pareció enfocarla directamente hacia donde se encontraba Patrick.

—¿Estás seguro que la cámara de Gesell número tres funciona, Clark? — dijo Patrick al ver cómo Jack parecía estar mirándolo fijamente a él.

—Claro que funciona, Patrick, las cámaras de Gesell no se estropean a no ser que eches abajo el cristal...

Veinte milímetros de espesor de vidrio templado fabricado a más de seiscientos grados centígrados de temperatura. Seguridad anti rotura y anti golpe, resistencia térmica y frente al paso de gases y vapores. Nivel de reflexión interior de la luz del noventa y nueve por cien, nivel interior del sesenta por cien. Tras el vidrio hay tres observadores, dos son hombres y una es mujer, se pueden distinguir sus siluetas y sus posiciones por la ligera variación en el nivel de reflexión de la luz de la parte exterior de la cámara de Gesell.

Jack bajó de nuevo la vista. Necesitaba más que nunca hacer que los números continuaran bailando, que no volvieran a detenerse nunca más, pero todavía había algo que le impedía concentrarse del todo. Una pregunta que sobrevolaba su cabeza constantemente.

¿Por qué, Mía? ¿Por qué?

—Lo primero que tenemos que preguntarnos es por qué alguien como Jack robaría cincuenta millones de dólares —dijo Kate dejando por un momento de lado todos esos informes y documentos—. Si es cierto todo lo que dicen esos informes de él, me parece que no es una persona con necesidades económicas ni tampoco a la que le falte el trabajo.

Patrick se quedó durante unos instantes mirando la pequeña mancha marrón que Kate tenía en el iris de su ojo derecho. Los ojos de Kate eran de un verde oscuro, profundo, apagado, y esa pequeña mancha marrón parecía navegar a la deriva dentro de un mar lleno de preguntas sin respuesta.

—No sé por qué alguien como Jack haría algo así, Kate, como tampoco sé cómo hace todo lo que hace, pero lo cierto es que todo apunta a que lo ha hecho y a que de momento prefiere guardar silencio. Así que si no se ha molestado siquiera en darnos una explicación ni mucho menos en pedir un abogado, lo siento mucho pero no podemos pensar otra cosa que es él quien está detrás del robo al Crédit Lyonnais, no es nuestro deber saber el porqué, sino quién —dijo Patrick tajante.

Kate escuchó su argumentación y se volvió de nuevo para observar a Jack. Ahora parecía estar balanceándose ligeramente hacia delante y hacia atrás. Movía los labios de forma casi imperceptible, como si estuviese susurrando algo totalmente incomprensible.

La puerta de la sala de observación se abrió y tras ella apareció un agente de policía uniformado de arriba abajo. Azul marino recién planchado, zapatos negros de seguridad acabados de abrillantar y chaleco antibalas.

—Disculpad que os interrumpa, pero acabamos de encontrar algo que debéis de saber —El agente se llamaba Morgan Red, y era uno de los hombres de confianza de su jefe, Clark Dupont, el director asistente al mando de la oficina del FBI de Nueva York.

—¿Qué ocurre, Morgan? —dijo Clark mirándolo por encima de las gruesas gafas que utilizaba para leer.

—Todavía es pronto para aventurarnos, pero no os vais a creer cual es el coche de Jack Miller.

—¿Cuál? —preguntó Patrick.

—Un Volvo S90 negro, exactamente igual que el descrito por los testigos que afirman haber visto al Hombre del coche.

Kate y Patrick se miraron con sorpresa y después miraron a través del cristal para ver a Jack de nuevo, quizá con otros ojos.

—Y hay otra cosa más —dijo Morgan con avidez—. Los de la científica han encontrado un armario en casa del señor Miller con doble fondo, todavía están analizando todo lo que había en su interior, pero de momento os adelanto que han encontrado esto junto a un gran caja fuerte de máxima seguridad que todavía no han podido abrir —Morgan les pasó una fotografía en la que se veía a una mujer de entre treinta y cinco y cuarenta años. Sus rasgos eran bellos, su ropa elegante. Llevaba una falda de tubo color negro y una blusa color rojo, alrededor de su cuello llevaba anudado un pañuelo color blanco.

Los ojos de los dos agentes especiales y del comisario se abrieron de par en par al ver aquella foto.

—¿Quién es esta mujer? Es igual a... —dijo Patrick con nerviosismo.

—Todavía no está cien por cien confirmado, pero pensamos que es la difunta madre de Jack, y sí, va vestida más o menos de la misma forma que como encuentran a las víctimas del Hombre del coche; falda de tubo, blusa y pañuelo al cuello —dijo Morgan con contundencia.

Jack, sabes qué pasará cuando consigan abrir la caja fuerte, ¿verdad?

Sí, lo sé.

Todo se complicará mucho, Jack, todo se va a complicar mucho más de

lo que ya lo está si ven lo que guardas allí dentro.

Eso también lo sé.

¿Sabes que tienes que hacer, Jack?

Sí.

Pues... ¿a qué esperas para empezar?

CAPÍTULO 8

ÉL NO CONOCE LOS NÚMEROS COMO TÚ

La comisaría número veintitrés de Buffalo es un edificio que data de la década de los años cincuenta. Se han realizado dos o tres grandes reformas pero la estructura y paredes maestras siguen siendo las mismas, así como gran parte de las instalaciones de servicio originales. Dispone de un sótano bajo sus pies. La humedad y un hormigón poroso y excesivamente carbonatado, han disminuido la resistencia del forjado de acero. Posible corrosión y excesivo uso de cemento aluminoso constituido con caliza y bauxita en su construcción original. Las filtraciones del agua de lluvia y las reparaciones tardías y mal finalizadas han acelerado el proceso de degradación y deterioro de toda la estructura general del edificio. La planta baja es donde se llevan a cabo la mayoría de operaciones de la comisaría. Hay una zona de detención previa. Otra de observación o control, que es donde se encuentran las habitaciones para los interrogatorios de dos por tres metros. Después hay otra zona para el archivo, objetos perdidos, pertenencias retenidas o decomisadas y también para el descanso del personal. El edificio también cuenta con una altura, donde básicamente se llevan a cabo reuniones y tareas administrativas.

Jack había estado absorbiendo cada dato y fracción de información a su alrededor desde su detención y posterior retención en la cámara de Gesell número tres de la comisaría veintitrés de Buffalo. Su cerebro estaba preparándose para entrar en el modo «Nitro», pastillita debajo de la lengua y a correr. Pero todavía no había podido quitarse de la cabeza la posibilidad de que Mía lo hubiese traicionado, debía de haber algún tipo de error, algo se le estaba escapando, algo que había pasado por alto durante todo este tiempo. Cualquier cosa menos aceptar que Mía lo hubiese utilizado para robar todo

ese dinero del Crédit Lyonnais en su nombre. Ella no. No podía. Era la chica del semáforo a la que tantas y tantas horas había estado observando. Ella era el lugar hacia donde lo había ido empujado la vida todos estos años, cada número, cada movimiento, cada acción y decisión.

Necesitaba verla, hablar con ella y darle la oportunidad de contarle todo lo ocurrido, tal vez incluso es posible que estuviese en peligro. Bastante probable, de hecho.

Jack trató de conservar la calma y consolarse pensando en la inocencia de Mía. Pero había algo que no hacía más que aumentar más y más el centro de todas sus preocupaciones. Que la policía consiguiese abrir la caja fuerte de su habitación, esa donde guardaba todas esas cosas que nadie debía encontrar.

—Bien, esta es la nueva información que nos ha llegado desde Idaho y desde Portland, Oregon, lugar al que se mudó Jack después de que su madre y su padre se separaran cuando él tan solo tenía trece años —dijo el comisario Clark Dupont ajustándose bien las gruesas gafas que utilizaba para leer. Frente a él estaban Patrick, Kate y Morgan—. Al parecer, tras ser diagnosticado con el síndrome de disincronía, Jack tuvo que estar hospitalizado una temporada bastante larga, su estado no era demasiado bueno y su retraso psicomotor era más que preocupante. Lógicamente, ese gasto extra precipitó que la economía familiar, algo inestable según lo que hemos podido saber, se viniera abajo completamente. El padre de Jack, un tal Greg Miller, mecánico de coches, decidió abandonarlos y hacer su vida en otra parte, dejándolos solos con su madre.

—Perdón, Clark, ¿has dicho solos? —preguntó Kate.

—Oh, sí, perdón. Puede que no os lo haya dicho hasta ahora, Jack tiene una hermana tres años menor que él, Wendy Miller. Hemos tratado de dar con ella pero de momento se encuentra en paradero desconocido. Bien, como iba

decidiendo, tras la separación digamos que por decisión unilateral de sus padres, su madre decidió trasladarse a Portland, Oregon. Todavía no sabemos la razón de esa decisión, pero sí que a los pocos meses de estar allí, la mejoría que experimentó Jack fue tan grande que incluso pudo ser matriculado en un colegio. Obviamente, muy pronto se dieron cuenta de que ese centro no era el más apropiado para la educación de alguien como Jack, así que, otra vez hubo que buscarle un centro en el cual pudiesen cubrir sus necesidades especiales, pero como ya os podéis imaginar, ese centro...

—Costaba mucho dinero —continuó Patrick mirando de reojo a Kate.

—¿Se puede saber por qué me miras? —dijo Kate de repente. Tenía cara de cansada, llevaba un buen rato cruzada de brazos y parecía estar sujetándose a sí misma para no caerse de espaldas allí mismo por puro agotamiento. Hacía menos de cuarenta y ocho horas que se había mudado desde Illinois y en su primer día de trabajo ya llevaba más de doce horas al pie del cañón, y todavía quedaba día por delante.

—No te miraba, Kate —dijo Patrick tratando de evitar el enfrentamiento.

—Sí lo hacías —reiteró Kate airada.

—Vale, ya está bien. No he dejado a mi mujer plantada en su día libre para tener que aguantar discusiones de patio de colegio —intervino el director Dupont haciendo callar a la pareja de agentes. Morgan permanecía impassible—. Dejadme que os cuente un par de cosas más y después os podéis tomar un descanso. Bien, a la edad de catorce años, matricularon a Jack en la Universidad de matemáticas de Oregon.

—¿Con catorce años? —preguntó Morgan.

—Con catorce, en efecto, Morgan —reitero Clark Dupont—. Pero siguiendo la constante en la vida de Jack, no duró demasiado en aquel ambiente, apenas un año, trece meses más o menos. No se adaptaba, no se relacionaba con nadie, está claro que la diferencia de edad con el resto de

compañeros tuvo mucho que ver en todo esto, pero lo más fascinante es que antes de dejar la Universidad, algunos profesores decidieron hacerle un último examen, un examen final, y, ¿sabéis qué? Jack salió de la universidad de Oregon con el título de matemático bajo el brazo con quince años y tan solo un año después de su matriculación. Algo totalmente inaudito, pero parece ser que su nivel era tan alto que no pudieron hacer otra cosa que otorgarle el título y nombrarle hijo predilecto de la Universidad de Oregon. Ya os podéis imaginar la cantidad de planes que tenían para Jack y el prometedor futuro que tenía por delante. Pero la alegría no duró demasiado para la familia Miller. Cuando Jack acababa de cumplir los quince años y su hermana Wendy los doce, fue cuando encontraron muerta a su madre, Rebecca Miller. Su nombre de soltera era Rebeca Woods, por cierto. Según el único informe con el que contamos en este momento, fue víctima de un atropello, aunque el contenido de dicho de ese único informe es tan escueto que apenas se pueden sacar conclusiones con demasiado peso. La única que el día que murió iba vestida de la misma forma que en la foto que ya todos conocéis.

—Vaya historia... —dijo Patrick con una aparente fatiga.

—Después de la muerte de Rebecca Miller, Jack fue enviado a una casa de acogida y Wendy a otra —continuó el director—. No sabemos el tiempo que estuvieron sin verse, puede que mucho o puede que poco, no disponemos de ninguna información al respecto. Tampoco de muchos de los años de la vida de Jack o de su hermana, pero sí hemos podido saber que lleva viviendo en Buffalo desde hace unos cinco años. Y lo más interesante, desde entonces el Crédit Lyonnais se ha convertido en el primer banco de toda la ciudad y uno de los primeros de todo el estado de Nueva York, y curiosamente, el patrimonio del director del banco, Donald Jones, se ha multiplicado por diez en estos últimos cinco años...

—Coincidiendo con el tiempo que lleva Jack trabajando para él —

intervino Patrick.

—Exacto.

—¿Crees que pueda haber algo más en la relación entre Donald y Jack que no sabemos? —preguntó Patrick.

—Es posible, yo mismo seré quien hable con él, en estos momentos está de camino —dijo Clark Dupont—. Podéis marcharos ya a casa, ha sido un día muy largo y me parece que a Jack también le vendrá bien un descanso —dijo Clark.

—Imagino que va a pasar la noche en el calabozo, ¿no? —preguntó Kate.

—Por supuesto —dijo Dupont—. El juez ha decretado prisión preventiva por riesgo grave de fuga hasta que se lleve a cabo la primera vista, que es probable que sea mañana o como muy tarde pasado.

—Director —intervino Patrick.

—¿Sí, Patrick?

—¿Podría hablar un momento con Jack antes de marcharme?

—Claro, Patrick, tienes cinco minutos, después lo llevaremos abajo para que descanse.

Patrick se ajustó un poco la corbata, cogió una de las grabadoras y se dispuso a entrar en la sala de interrogatorios número tres, donde aguardaba Jack prácticamente en la misma posición que lo había dejado unas horas antes su nueva compañera. Antes de entrar, sus ojos se cruzaron con los de Kate, que lo estaba mirando de reojo mientras recogía un par de cosas antes de marcharse. Algo en su interior quería decirle algo, un «hasta mañana» o, tal vez, un «bienvenida a esta oficina, Kate, nos alegra mucho tenerte con nosotros», pero estaba tan cansado que no tuvo las fuerzas suficientes para enfrentarse a una más que posible mala contestación por su parte. Desde luego, si era cierto lo que les habían contado de ella, quizá Kate no fuese esa

compañera que uno desea tener a su lado en los peores momentos.

—Buenas tardes, Jack, soy el agente especial Patrick Hunt, estoy al mando de este caso y si no te importa te voy a hacer unas preguntas, ¿te parece si empezamos? —dijo Patrick fingiendo la mejor de sus sonrisas.

Jack levantó la vista lo justo para ver bien los ojos del agente Hunt, pare ver bien y en conjunto al agente Hunt. Sus uñas estaban mal recortadas. La corbata, a rayas azules y blancas, no había sido nunca planchada. La piel alrededor de las uñas de los tres primeros dedos de sus dos manos estaba descamada, irritada y puntualmente inflamada. Probablemente debido a los pequeños mordiscos que él mismo se daba cada mañana en esa zona de forma compulsiva e involuntaria. Su pulso era irregular, no controlaba su ritmo respiratorio y presentaba un temblor de manos propio del exceso del consumo de excitantes. La zona axilar de su camisa estaba visiblemente húmeda. Decolorada y seca. En el dedo anular de su mano izquierda, podía verse una ligera circunferencia propia de haber llevado durante años un anillo de casado. Es posible que el agente Hunt se haya separado recientemente y que esa separación todavía no la haya superado, es posible que el agente Hunt sea una de esas variables «factor humano imprevisible», aleatorias e independientes. Se dijo Jack antes de que Patrick terminase de acomodarse en la mesa y pusiera la grabadora a funcionar.

—Bien, Jack, según tu primera declaración, afirmas que eres inocente de todos los cargos contra los que se te acusa, ¿estoy en lo cierto?

Jack escuchó el suave y constante tintineo que emitía el reloj de titanio del agente especial cada vez que golpeaba y reposicionaba sus muñecas sobre la mesa de acero inoxidable.

El aire acondicionado de la comisaría número veintitrés se apaga y se enciende solo a intervalos de diez minutos. El refrigerador principal se

encuentra funcionando al treinta por cien y es posible que el capacitador de arranque utilizado sea de un voltaje muy inferior al que se necesita, precipitando subidas y bajadas bruscas de tensión con el consecuente encendido y apagado continuo de todo el sistema.

—¿Jack? ¿No vas a decir nada? —preguntó Patrick de nuevo.

La humedad relativa de toda la comisaría es del treinta y tres por cien; riesgo de electricidad estática muy alto.

—Ya veo que no tienes muchas ganas de hablar hoy, Jack, pero verás, el caso es que hay algo que no termino de entender. ¿Por qué alguien con una capacidad como la tuya y un buen trabajo lo enviaría todo por la borda por un dinero que ni tan siquiera va a poder disfrutar? —Patrick hizo una pequeña pausa, Jack mantenía la mirada sobre la mesa de acero, erosionada y con las soldaduras de una de sus patas a punto de partirse—. ¿Es por tu hermana Wendy? ¿Has robado el dinero para ella y por eso ha desaparecido sin dejar rastro?

Cuando Jack escuchó el nombre de su hermana no pudo evitar que todo su foco de concentración virara de lleno hacia el agente especial Hunt.

—Es eso, ¿verdad Jack? He dado en el clavo, ¿no es así? Bien, Jack, todo esto se va a complicar mucho más durante las próximas horas, me temo —dijo Patrick aflojándose un poco el nudo de la corbata y haciendo una pequeña mueca con los labios—. La policía científica se encuentra analizando tu coche en estos momentos, y, me temo que como encuentren algo relacionado con algo muy muy feo que está pasando en la ciudad te va a caer una buena, Jack. Porque si además de robar has estado haciendo eso con esas pobres mujeres... —Patrick hizo de nuevo otra pausa, esta vez para suspirar, para exhalar un aire lleno de angustia, de imágenes sobre una mesa de autopsias y familias rotas clamando justicia, exigiendo respuestas—. Sabemos lo que le pasó a tu madre. Sabemos lo dura que tuvo que ser tu infancia y la de tu hermana. Somos

conscientes de todas las necesidades económicas que pasasteis, sobre todo cuando el canalla de tu padre os abandonó, sobre todo cuando a tu hermana y a ti os separaron.

El agente Hunt había conseguido que algo en el interior de Jack empezase a palpar, que algo dentro de esa cámara de combustión estuviese a punto de prender.

Tú no sabes una mierda de mí, Patrick. Nadie sabe una mierda de mí. Pensó Jack mientras trataba de controlar de nuevo la respiración.

Jack, no escuches nada de lo que te diga el agente especial Hunt, solo está tratando de ponerte nervioso, él no sabe nada, él no ha visto los números como tú.

Ya lo sé.

Pues entonces deja de ponerte nervioso de una vez y actúa.

—Bien, Jack —continuó Patrick alentado por los últimos cambios en la expresión del rostro del principal sospechoso del robo al Crédit Lyonnais—. Te diré cuál es mi teoría acerca de lo que ha pasado. Tú y tu hermana no tuvisteis una infancia plácida, de eso nadie duda. Desde luego tú debiste llevarte la peor parte —Patrick enfatizó la palabra «tú» y eso provocó de nuevo que Jack alzase la vista—. Está claro que nunca has sido una persona normal, Jack, tienes una inteligencia que está fuera del alcance del resto de los mortales, pero también es cierto que esa inteligencia forma parte de una enfermedad, ¿no es así? Estás enfermo desde pequeño y esa enfermedad fue a más cuando tu madre murió atropellada, ¿me equivoco?

No lo escuches, Jack, concéntrate en los números, busca la pauta, encuentra la pauta. Empieza a contar, Jack, cuenta.

—La muerte de tu madre hizo que enloquecieras por completo y por eso ahora, con treinta y cinco años y una vida desaprovechada y a la deriva en un banco en el cual no aprovechas ni una mínima parte de tus capacidades,

necesitas más, necesitas recuperar a tu madre, ¿no es así, Jack? Necesitas recuperar a tu madre y por eso tratas de recrear su muerte con todas esas pobres mujeres, ¿no es cierto, Jack? ¿No es eso cierto? Piensas que así podrás acercarte más a ella, quién sabe, es posible que incluso te hayas planteado que la puedes recuperar, ¿verdad? Y después decidiste robar todo ese dinero para marcharte con tu hermana lejos de aquí y empezar de cero en algún nuevo lugar, pero resulta que ahora tu hermana te ha abandonado y que ese nuevo lugar se llama cárcel de máxima seguridad, ¿estoy en lo cierto, Jack?

—¡No, nada de eso es cierto! ¡Nada! ¡Usted no sabe nada! —gritó Jack de repente levantándose de la mesa. Sus manos habían empezado a temblar, su frente a sudar y su respiración se había agitado tanto en un espacio tan breve de tiempo que estaba a punto de hiperventilar.

Patrick lo observó desde abajo, sentado, brazos cruzados sobre la corbata azul y blanca. Tratando de conservar la calma, de parecer tranquilo. Te tengo, Jack Miller, se dijo con una sonrisa de satisfacción, ya eres mío.

La puerta de la cámara de Gesell número tres se abrió y apareció el comisario Clark Dupont.

—Está bien, Patrick, puedes salir —dijo Clark después de haber estado observando la reacción de Jack desde el cuarto de observación.

Patrick salió de allí dejando a Jack más nervioso de lo que lo había encontrado. Lo miró un breve instante antes de salir y sonrió.

—¿Qué opinas, Clark? Lo has visto, ¿verdad?

—Claro que lo he visto. Todavía es pronto para cantar victoria, pero es posible que mañana se levante con las ideas más claras y decida contárnoslo todo.

—Eso espero.

Todavía pasaron varias horas hasta que el agente Morgan Red llevó a Jack hasta una de las celdas individuales del sótano. Ninguno de los dos dijo ni una sola palabra en todo el trayecto. Norman porque obedecía las órdenes de Clark Dupont, que le había pedido que no molestara más al sospechoso, y Jack porque había puesto a funcionar el modo «Nitro» de su cerebro.

Cuando Jack se quedó solo en la celda número cuatro del sótano eran aproximadamente las nueve y treinta minutos de la noche, quince minutos después de la puesta de sol y a tan solo treinta del cambio de turno.

Se sentó en el centro de la habitación cruzando una pierna sobre la otra. Adoptó una postura cómoda, natural y relajada. Cerró los ojos y cerró el resto de sus sentidos. La admisión de información y datos había terminado.

Admisión, compresión, expansión y...

Escape.

Los cuatro tiempos, Jack. Conoces los cuatro tiempos y ahora solo es cuestión de ponerte en marcha, de contar tan rápido como sea posible. Tan solo es cuestión de controlar todas y cada una de las variables.

¿Estás preparado, Jack?

Sí, lo estoy.

Ciento cuarenta y dos metros de distancia y tres y medio de desnivel. Doscientos cincuenta y cuatro pasos. Doce cámaras de vigilancia con un ángulo de giro de ciento quince grados y una distancia aproximada de grabación óptima de catorce metros. Sus distintas ubicaciones dejan diferentes ángulos muertos que permite realizar un trazado a su paso sin ser visto desde la sala de control. Esa era la distancia que lo separaba desde el lugar en el que se encontraba hasta la puerta de emergencias número dos. Ubicada en la planta baja y ligeramente bloqueada por una mesa de vigilancia ocupada por una agente de policía que más del cincuenta por cien de su tiempo no se encontraba donde se debería de encontrar, vigilando esa puerta. Pero eso no

era todo. De tres a siete agentes de policía con posible presencia en el trazado, esa era la variable factor humano inestable. Una máquina de café. Siete extintores. Dos bocas de incendio equipadas. Seis cuartos de aseo, dos para hombres, dos para mujeres y dos para los presos. Cuatro detectores de humo tipo fotoeléctrico cuyo sistema de detección está basado en el principio de dispersión de luz y su espectro de detección está enfocado a combustibles sólidos tipo madera, lana o algodón. Sobre el solado de unos diez centímetros de espesor han colocado una base de losetas de caucho reciclado que atenúa ligeramente el alto riesgo de electricidad electrostática ambiental.

La celda tiene dos metros de longitud, uno y medio de ancho y dos con cuarenta de alto. Dispone de una bancada de hormigón armado como elemento único y fijo. El revestimiento interior es en crudo. Se han tratado de evitar las aristas vivas favoreciendo los acabados redondeados, pero el desgaste producido por el exceso de uso ha provocado que en diversas zonas se hayan formado diferentes picos y desconchamientos del cemento arenoso. Junto a la puerta de acceso hay un intercomunicador cuyo pulsador de llamada está suelto, está conectado a un sistema eléctrico distinto al utilizado en el sistema de apertura de la puerta de la celda. Dicha puerta está conformada por barrotes de acero galvanizado de cuarenta por ochenta milímetros y una separación entre ellos de cuarenta y cinco milímetros. La estructura está fijada al techo y al suelo. Dispone de una parte ciega de treinta centímetros de anchura que da a la parte exterior y es donde está ubicado el cerrojo de seguridad para permitir la apertura manual de la puerta. Está diseñada para que los cuatro pernios con rodamientos que tiene en su lado derecho permitan un ángulo de giro hacia fuera de noventa grados. Hace tiempo que no han sido engrasados y es posible que su movimiento los haga chirriar y que esos chirridos pasen totalmente desapercibidos justo en el momento del cambio de turno.

El sistema de apertura eléctrico de la celda está conectado al sistema eléctrico general, el cual dispone de un sistema de alimentación ininterrumpida SAI que permite un funcionamiento eléctrico autónomo durante al menos treinta minutos desde la caída de tensión del generador principal. No obstante, generando una corriente parásita se puede crear una interferencia en el circuito principal que ocasione un breve lapso de tiempo, inferior a un segundo, más o menos lo que dura un parpadeo, en el cual caiga la tensión y el SAI no se active. Ese es el momento en el que el sistema de apertura eléctrico de la puerta se puede abrir antes de que el sistema de seguridad se vuelva a armar. Lo único que hace falta es generar ese pequeño cortocircuito con esa corriente parásita. En la parte inferior de las paredes, un poco más arriba de las losetas de caucho reciclado, se puede ver la antigua línea de cableado, ligeramente camuflada por capas de pintura y totalmente fuera de servicio. Tan solo hace falta conectar el cobre que esconde con el que conecta la puerta al circuito principal. El exceso de electricidad estática y la pulsación simultánea del intercomunicador de la celda pueden ser suficientes para generar esa corriente parásita, esa que interrumpa durante unas milésimas de segundo el corazón de todo el sistema eléctrico. Ahora tan solo hace falta contar, encontrar el momento oportuno, ese en el que los siguientes números en salir sean exactamente los que deben de salir. Controlar cada una de las múltiples variables, los cuatro tiempos, encontrar la pauta que lo conecte todo. Admisión, compresión, expansión y...

Escape.

¿Puedes hacerlo, Jack? ¿Puedes hacer todo eso?

Sí, puedo.

Jack tardó veintitrés segundos y medio en salir como una sombra de la comisaría de policía número veintitrés de Buffalo.

¿Casualidad o consecuencia?

Le llevó un minuto más llegar hasta el parking de la comisaría central de Buffalo y abrir uno de los coches no policiales con tan solo el cordón de uno de sus zapatos. Cinco minutos más tarde estaba en el doscientos siete de St. James Street, su casa.

Abrió la caja fuerte que tenía tras el doble fondo de su armario y sacó todo eso que nadie debía ver. El álbum de fotos, los recortes, y su cuaderno. Todo ello era de vital importancia para él, para el destino de la humanidad, pero si encontraban el álbum de fotos...

Mejor que de momento no lo hiciesen.

Bajó hasta el garaje por la escalera de emergencias y comprobó que el S90 todavía estaba allí, habían precintado su perímetro pero aún no se lo habían llevado.

Se sentó al volante. Contó hasta tres antes de abrocharse el cinturón. Comprobó todos los sistemas de seguridad y sintió cómo los ocho cilindros en uve empezaban de nuevo a latir. Cómo la gasolina de ciento dos octanos de alta calidad empezaba a circular y a llenar hasta el último de los circuitos de vida artificial.

¿Sabes que a partir de ahora te van a buscar todos, verdad Jack?

Sí, lo sé. Pero necesito encontrar a Mía, y también terminar lo que he empezado.

PARTE 2

AMARILLO

CAPÍTULO 9

EL HOMBRE DEL COCHE

Kevin

Habían pasado tan solo dos semanas desde su precipitada huida, pero ya tenía controlada a su nueva comunidad, a su nuevo micro mundo. Aunque ahora era diferente, ahora él era élite.

Doscientas cuarenta viviendas, veintinueve desocupadas. Catorce mil metros cuadrados de superficie construida. Una piscina. Dos pistas de tenis. Un pequeño gimnasio y un club social donde tomar el Martini de antes de cenar.

Justo en la vivienda que había frente a la suya, al otro extremo del jardín interior y a unos casi cien metros de distancia, vivía Richard Bell, casado con Naomi Bell y padre de las adorables Rachel y Tricia Bell, diecisiete y veinte años. Richard hacía al menos cuatro meses que intercambiaba mensajes deshonestos y fotos si ropa con Alice March, la hija de veinte años de Arthur Coleman, el recién separado vecino del piso veinticuatro de la torre D de la comunidad.

Tres viviendas más abajo de la suya estaban Claudia y Sam Woods, pareja de arquitectos de éxito y con más de un año de tratamientos de fertilidad que les diera eso que les faltaba, eso que tanto anhelaban; la paternidad. El problema es que Sam había empezado a beber para olvidar y Claudia se olvidaba de todo viéndose con Mark Rogers, el marido de su amiga Beverly. Hacía tiempo que sin darse cuenta habían ido dibujando un camino paralelo y en solitario.

En la torre B, piso diez, Sandra Wigs se vestía cada tarde de látex negro y botas de cuero por encima de la rodilla para marcar de latigazos la espalda de Cameron Lundy, uno de los mayores empresarios (cabrones) del estado. Casado y con tres hijos, uno de ellos, Tony, bajo arresto domiciliario.

A John Sally le gustaba ver pornografía infantil y solía intercambiarse vídeos de menores con Ralph Meadow cada fin de semana, los dos estaban casados y tenían familia.

Tracy Mirren acababa de decirle «sí, quiero» a Michael Troy, el escritor del último éxito del verano. Pero lo que Tracy no sabía es que a Michael, lo que en realidad le gustaban eran los hombres, el resto era puro marketing y ella tan solo formaba parte de la nueva campaña publicitaria.

Noelle Blair dejó a su novio de toda la vida, William Hobbs, por Duncan Warren, el hijo del propietario de una de las empresas de seguridad más importantes de todo el país. Duncan era homosexual, su mujer lo sabía, pero era algo que trataba de ocultar a todo el mundo, sobre todo a su padre, que lo hubiese desheredado en el acto de saberlo.

Laura Carter y Clifford Gray debían tres recibos de la hipoteca y estaban a punto de ser desahuciados, «lógicamente», nadie de su entorno a parte de ellos dos sabía nada de su situación económica. A Clifford se le ocurrió la brillante idea de ofertar por internet «sexo» con su mujer. «Todo natural, cien por cien amateur», a cambio solo pedía una módica cantidad de dinero, y ella, Laura, dijo «sí, quiero».

James Barnes, doctor en Medicina digestiva, estaba siendo víctima de un chantaje por parte de una de sus alumnas más adelantadas, Katherine Reeves. Compartieron cama después de una noche loca y ahora ella le pedía y le exigía una posición privilegiada, una relación verdadera y no un *affaire*. De lo contrario, lo contaría todo. El problema era que él estaba casado, quince años de matrimonio, una hija y un hijo como resultado, ambos todavía estudiando. Estaba en un verdadero aprieto.

La lista era interminable. Nadie sabía lo que se podía esconder tras la vida pública de las personas. Tras esa capa de chapa y pintura que todos veían se escondía la auténtica realidad, oscura y podrida. En apenas diez días había

conseguido mapear todas las redes de la comunidad y podía meterse en casi todos los hogares cómo y cuándo quería. Ese era su verdadero don. La seguridad informática era una pura mentira, todo estaba ahí, en el aire, tan solo hacía falta tener la llave para entrar donde uno quisiera. Y él tenía en su posesión la auténtica llave maestra.

Lo mejor de todo es que ahora ya tenía todo lo que necesitaba para poder realizar «su gran obra», llevar a cabo eso que durante tantos y tantos años había sido el motor único y exclusivo de su existencia, de todas sus ilusiones. Tenía el dinero, tenía a las personas que necesitaba manipular para que lo «ayudasen» a realizar su gran plan, pero sobre todo, tenía a la persona que más quería en el mundo.

—Kevin, voy a salir a comprar unas cosas, ¿necesitas algo?

—Sí, creo que me he quedado sin Red Bulls, y compra también una pizza barbacoa para cenar por favor, tengo antojo. Gracias, Mía, eres un cielo —dijo Kevin sin apenas levantar la vista de sus seis pantallas en red con las que vigilaba webcams, teléfonos móviles, portátiles, tabletas, cámaras de vigilancia, correos electrónicos, redes sociales y cualquier otro tipo información digital que osara salir a navegar por la enorme red que él había formado a lo largo y ancho de su nueva comunidad.

—Sí, claro Kevin... —dijo Mía en un tono más apagado del habitual.

Kevin levantó una ceja y apartó un instante su vista del equipo informático.

—Eh, Mía, ¿estás bien?

—Sí, Kevin, estoy bien, claro, ¿por qué no iba a estarlo? —dijo Mía cabizbaja antes de salir por la puerta de su nuevo piso de doscientos cincuenta metros cuadrados.

—Eh, Mía —dijo Kevin saliendo tras ella—. ¿Todavía sigues dándole vueltas a lo de Jack?

Mía alzó una mirada llena de inseguridad.

—¿Y tú todavía sigues pensando que hicimos lo correcto, Kevin? ¿Que todo esto está bien?

—Mía... ya hemos hablado muchas veces de esto, ¿es porque todavía no lo ha encontrado la policía? ¿Es eso? ¿Piensas que está buscándonos y que nos va a encontrar? Pues te diré que tengo totalmente controladas todas las cámaras de vigilancia y redes a más de...

—Vale, Kevin, ya está, ya me lo has dicho un millón de veces. Que lo tienes todo controlado. ¿En serio piensas que estoy así por Jack? ¿Por miedo a que nos encuentre? ¿Y qué hay de Wendy, eh? ¿Y la señora Galleymore? O Lindsay, ¿qué me dices de mi amiga Lindsay? ¿Era necesario involucrarla también a ella? ¿Eh? ¿Era necesario que acabase cómo acabó?

—Lo de Lindsay fue un accidente, Mía, ya te lo expliqué, ella solo tenía que robarle el bolso a Wendy pero luego... —dijo Kevin dudando de sí mismo.

—Ya, claro, un accidente, también me lo has dicho. Me voy, Kevin, no me apetece hablar más ahora, tú sigue con tu ordenador y con tus cosas y déjame a mí que yo siga con las mías.

—Eh, Mía —dijo Kevin antes de que Mía entrase en el ascensor.

—Qué.

Kevin tardó en responder. No estaba acostumbrado a verla así. No estaba acostumbrado a que ella se enfadase con él. Ella nunca se enfadaba con él. Hiciese lo que hiciese y pasase lo que pasase.

—Ve con mucho cuidado por favor, no soportaría que te pasase nada malo.

Mía pulsó el botón de cerrar puertas y soltó un aire, pesado y contaminado, cuando el ascensor empezó a descender hacia abajo. Salió de esa vivienda, de esa urbanización de lujo que no la había sentido en ningún

momento como suya, no la reconocía como su hogar ni tampoco reconocía a ese con el que vivía, ya no. Aunque claro, ella también tenía sus cosas, también hacía tiempo que lidiaba con lo suyo. Es posible que no fuese tan inocente como parecía y que tuviese parte de culpa en todo aquello. Bastante.

Cuando entró al coche tuvo que apretar los párpados contra sus ojos, bien fuerte, respirar profundamente, para volver a centrar sus pensamientos, no podía desviarse ahora, no podía volver a perderse otra vez. Tenía que concentrarse en cuáles eran sus objetivos y hacer lo que había hecho siempre para sobrevivir, para mantenerse a salvo y con vida, salir hacia delante. Pensar en ellos dos siempre le había ido bien, no olvidar nunca de dónde venían, cuál era su pasado, lo que había pasado. Pero la cuestión era, ¿sabía hacia dónde se dirigía?

Por mucho que Kevin dijera que lo tenía todo controlado, no podía evitar cada vez que salía de casa vigilar su espalda. Controlar si había algún coche que la seguía, o tal vez, quién sabe, esperando, parado y observando, junto a algún semáforo.

Jack había escapado de la policía sin dejar ni rastro, había burlado toda su seguridad y todos sus controles en cuestión de segundos, minutos. Ella lo había podido conocer en profundidad, o al menos en parte, ella había sido el cebo, el gancho, y sabía de lo que era capaz, sabía que Jack no era como los demás.

Desde luego que tenía motivos para estar preocupada.

La cuestión era, ¿tenía miedo de que Jack los encontrase o era esa culpa que siempre la acompañaba la que cada vez le resultaba más difícil de soportar?

—¿Estás preocupada por algo, Kate? Te noto un poco apagada esta mañana —preguntó Patrick interesándose por su nueva compañera.

Kate se pasó una mano por la frente mientras trataba de ordenar todo lo que tenían sobre la mesa.

—Hoy es uno de esos días, Patrick, mejor no preguntes.

Durante las últimas dos semanas Patrick y Kate habían acercado posturas, discutían a diario, pero siempre desde el respeto, desde la escucha activa, atenta y a menudo constructiva. Él había comprendido que ella estaba atravesando un proceso de duelo, profundo y hosco, aunque no por la pérdida de un ser querido, sino por la pérdida de confianza en el ser humano. Ella a veces se olvidaba de en quién se había convertido ahora, qué era eso que había hecho para acabar donde había acabado, y era en esos momentos cuando volvía a ser aquella mujer que fue algún día, aquella mujer que siempre deseó ser. Pero la mayoría de las veces no podía quitarse de la cabeza la prematura e incomprensible pérdida de su hermana. Cruel planeta. Ni tampoco lo que le había hecho su ex, Peter. La había traicionado de la manera más rastrea, sucia y fea; acostándose con una de sus mejores amigas a sus espaldas. Y más sabiendo como sabía por todo lo que estaba pasando, por esa dolorosa y profunda herida que se alargaba hasta su propia infancia. Él lo sabía. La dura infancia llena de rectitud e indiferencia a partes iguales. Lo mucho que significaba para ella su hermana. Y aun así lo hizo. No pudo evitar hacerlo sabiendo que eso la mataría. Que eso acabaría con ella. Sí, había machacado a Peter a base de bien. Él había pagado por todos, por todo. No la echaron del FBI porque sabían que ese trabajo era lo único que tenía y si la echaban su vida sería una completa ruina. Olvido y odio. Buffalo era su última oportunidad, su única salida, atrapar a Jack y al Hombre del coche se habían convertido en su única prioridad. Exclusiva y vital.

—De acuerdo, Kate, voy a ir a por un café, ¿te parecería bien si te trajese

uno? —preguntó Patrick jugando de forma inconsciente con la punta de su corbata, como aquel día, el de la fuga, azul y blanca.

—Vale, tráeme lo mismo que a ti pero más cargado.

Patrick asintió y salió con una media sonrisa.

—Eh, Patrick —dijo Kate antes de que desapareciera por la puerta.

—Qué.

—Gracias.

—¿Por?

Kate se encogió de hombros, es posible que fuese su primera manifestación de ternura desde que había llegado a Buffalo.

—Porque sí.

Patrick asintió con dulzura.

—De nada, Kate.

Una vez estuvo a solas, Kate trató de olvidarse por un momento de todo. Empezar otra vez de cero. Reordenar cada uno de los datos que habían conseguido reunir. Quitarse de la cabeza la traición de Peter y la muerte de su hermana Lana. Hacer desaparecer ese ultimátum que pesaba sobre su espalda. Tratar de olvidar cómo demonios se les había escapado el único sospechoso de todo delante de sus narices en cuestión de segundos.

Y empezar otra vez de cero.

Tenían a seis víctimas. Todas ellas mujeres de entre treinta y cuarenta años.

Todas habían sido violadas cuando estaban inconscientes, tal vez incluso después de muertas. Eso no estaba del todo claro. No habían encontrado restos de semen, pero en la cavidad vaginal de cada una de las víctimas había desgarros, erosión y una dilatación fuera de lo normal. Todo apuntaba a que el agresor tenía un aparato genital especialmente grande, monstruosamente grande, tal vez, y que usaba preservativos en su particular ritual de agresión

sexual, dolor y muerte. La certeza en el uso del preservativo por parte del Hombre del coche provenía del hallazgo en el órgano genital de las mujeres de abundantes restos de lubricante común y de látex, exactamente igual que el utilizado en casi todos los condones.

La causa probable de la muerte no estaba clara. Las autopsias habían sido todas inconclusas. Barajaban dos grandes hipótesis, o bien inyectaban a las víctimas algún tipo de droga que era reabsorbida y metabolizada rápidamente por el organismo y eso la convertía en indetectable, o bien utilizaban algún otro tipo de sustancia para matarlas como por ejemplo la insulina. Una sobre dosis de insulina podía provocar una hipoglucemia severa y posterior muerte sin una atención médica de urgencia. Métodos como el de la inyección letal de la hormona del páncreas apenas dejaba el diminuto rastro del pinchazo, un picotazo casi indetectable, y era utilizado más a menudo en crímenes pasionales o domésticos de lo que la población imaginaba. No obstante todavía no habían encontrado ningún «picotazo» en las víctimas.

Todas las víctimas eran de Buffalo o del estado de Nueva York. Eso no aportaba demasiado pero al menos hacía pensar que el Hombre del coche tal vez tuviese casi con toda probabilidad su residencia habitual en esa zona. Al menos eso les daba un lugar donde buscar.

Corría el rumor de que el asesino llevaba un coche negro, un sedán de cuatro puertas y al menos cinco metros de longitud. Diferentes personas afirmaban haber visto un coche de esas características en las inmediaciones del lugar donde habían encontrado a las víctimas, normalmente callejones estrechos y mal iluminados. Ese era el lugar que escogía el apodado por la prensa «Hombre del coche» para dejar el cuerpo sin vida de sus víctimas. Al menos dos de esos testimonios, el de Ramona Clouds y Marcus Smith, afirmaban haber visto no solo el coche negro en las inmediaciones del cuerpo sin vida de una mujer, sino también a una figura masculina junto a la víctima.

Todo ello momentos antes de desaparecer como una sombra en el interior de ese «oscuro coche del demonio».

Todas las mujeres estaban casadas, ninguna trabajaba y tenían una buena posición social. La ropa que llevaban era muy parecida; falda de tubo, blusa de un tejido tipo seda y pañuelo al cuello, no había habido forma de saber con certeza si esa ropa era de ellas o se la ponía su asesino. Los maridos de cada una de las víctimas aseguraban no estar seguros de reconocer esa ropa debido a que sus mujeres «tenían mucha y era imposible conocerla toda». Y había otra cosa más, algo de lo que la prensa todavía no se había hecho eco y que también tenían en común todas las víctimas. Un anillo de «O» en el dedo anular de la mano derecha. Ese anillo se asemejaba a una argolla y era utilizado en el mundo BDSM como símbolo de pertenencia de una esclava a su amo. Dicho símbolo se hizo popular tras el estreno de la película erótica francesa de 1975 «Historia de O», cuya trama principal giraba en torno a las relaciones sadomasoquistas y a las prácticas sexuales basadas en la dominación y la sumisión, el *bondage* y la disciplina. El anillo de O podía representar no solo «pertenencia a», sino también podía formar parte de un rito de iniciación en el mundo de las relaciones sadomasoquistas. Habían intentado abrir una vía de investigación que tratara de establecer un vínculo que uniera todas las víctimas con el submundo del BDSM, pero hasta la fecha todos los intentos habían sido en vano. Ningún conocido o familiar de las víctimas sospechaba o tenía conocimiento de que su mujer, hermana o amiga llevase una doble vida que incluyera las relaciones sadomasoquistas. Por otra parte, los grupos que practicaban BDSM solían ser muy cerrados y especialmente desconfiados, era difícil dar con ellos o hablar con ellos. Aun así tenían que explotar esa vía porque había varios indicios que apuntaban directamente a que las muertes tenían un trasfondo sexual, parte cruel, parte sadomasoquista.

Demasiados elementos a tener en cuenta y muy pocas pistas, sobre todo porque hacía ya más de dos semanas que los crímenes habían parado, curiosamente desde la huida de Jack de la comisaría número veintitrés de Buffalo.

Precisamente Jack era el único sospechoso que tenían. Presunto culpable de uno de los robos más grandes de la historia, propietario de un sedán negro, infancia traumática, inteligencia insultantemente alta, y un montón de años de su vida en blanco, sin cubrir. Todavía.

Su hermana Wendy también había desaparecido sin dejar rastro, todo parecía indicar que habían huido juntos. Aunque esa conjetura apenas tenía base firme sobre la que asentarse.

La vecina de Jack, Linda Galleymore, había aparecido muerta en su vivienda. Aparentemente un infarto datado por el forense el mismo día de la huida de Jack, algo que no sería de extrañar si tan solo se tuviese en cuenta su edad y la grave patología cardiaca que arrastraba desde hacía años, pero las casualidades, en la mente de Kate, no existían. Kevin, el portero y técnico de mantenimiento del edificio de Jack también había desaparecido. Es posible que hubiese visto u oído algo y también estuviese muerto en algún lugar. Todo ello teniendo en cuenta que Jack fuese ese peligroso y cruel asesino al que andaban buscando y al que todos conocían ya como el Hombre del coche.

Y por último, algo que de nuevo apuntaba directamente a Jack como la persona a la que buscaban, la muerte de su madre. Según habían podido saber perdió la vida en extrañas circunstancias en un accidente de coche y el día que murió iba vestida de una forma muy parecida a cómo iban las víctimas del Hombre del coche. Desde luego que tenían motivos para pensar en él como principal sospechoso.

Su búsqueda se había convertido en una prioridad de ámbito nacional. En una de las más importantes de los últimos años. Y tanto Kate como Patrick

estaban al mando de ese importante caso.

Patrick entró de nuevo en el despacho donde tenían todo lo que habían conseguido reunir relacionado con el caso. Sujetaba un café en cada mano. Su forma de moverse era rápida, nerviosa, apresurada.

—Kate, no te vas a creer lo que acaba de pasar.

Kate levantó la vista hacia su compañero y sacó la cabeza del agujero de pensamientos que la tenía atrapada.

—Qué.

—Ha vuelto. Lo ha vuelto a hacer.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—El Hombre del coche, por lo visto ha sido esta mañana, nos acaba de llegar el aviso de Amarillo, Texas.

Kate pensó durante un breve instante por qué siempre era a Patrick y no ella a quién daban primero el aviso. Eso hizo que se sintiera un poco molesta.

—Kate, ¿has oído lo que te he dicho? El Hombre del coche ha vuelto, hay que moverse ya.

—Sí, te he oído, Patrick, y sí, desde luego que nos movemos ya.

Kate miró a Patrick con dureza y le cogió el café con leche con extra de café que había traído para ella.

Se iban a Amarillo.

Su prioridad.

Su última salida.

Jack

Las dos últimas semanas habían sido atípicas. En constante movimiento. Casi perpetuo.

Casi.

Jack había tratado de permanecer el mayor tiempo posible en ese estado de concentración que le permitía ver las cosas con claridad, que le permitía contar números y controlar aquello que sucedía a su alrededor. Tener que estar constantemente evitando cámaras de vigilancia, coches patrulla y lugares concurridos habían consumido gran parte de su tiempo. Un tiempo que había invertido en estudiar y en observar cada una de las variables que formaban parte de esa ecuación que le decía cuál era el resultado de qué. Probabilidad y consecuencias.

Después de su precipitada huida de Buffalo se sintió tentado en más de una ocasión de deshacerse del S90, pero era lo único que le quedaba de sí mismo, de esa vida efímera y pasajera demasiado acostumbrada a la pérdida y a dejar atrás todo aquello que algún día amó.

Pasó por el garaje o refugio para las emergencias que tenía a las afueras de Buffalo y que estaba escriturado como propiedad de Charles Wiener. Su identidad de rescate.

Pintó el S90 de blanco y le cambió las matrículas y las cuatro ruedas. Aprovechó para revisar el motor, «su» motor. Su fiabilidad y respuesta dependían directamente de que cada una de sus partes funcionase perfectamente. De que la erosión y el desgaste provocado por el movimiento y la combustión interna no afectasen a ninguna pieza. En el interior de esa obra maestra de la ingeniería no podía existir ningún roce, ningún fallo ni movimiento no deseado. Todo tenía que funcionar según él lo había calculado,

esa era la clave.

Cuando salió del refugio para las emergencias era plenamente consciente de que estaba asumiendo un gran riesgo desplazándose en ese coche, pero había puesto demasiado en él como para deshacerse del Volvo así como así. Había demasiado de él mismo en ese coche, y si caía en las manos equivocadas es posible que averiguaran unas cuantas cosas sobre él y sobre lo que había hecho que nadie debía conocer, de momento. Además, el compartimento secreto que había bajo el motor continuaba siendo el mejor lugar para ocultar «el artefacto», ese que daría muchas respuestas y que tal vez fuese la clave para el comienzo de una nueva era. El resultado de lo que él mismo había pasado a llamar «proyecto vida».

Jack había tratado de seguir con rigurosa y escrupulosa puntualidad todas sus pautas, no podía desviarse de nuevo del camino, pero necesitaba por encima de todo encontrar a Mía, encontrar de nuevo a la chica del semáforo. No terminaba de entender qué era lo que había fallado, en qué se había equivocado, necesitaba mirar a Mía a los ojos una vez más para saber dónde estaba eso, lo que daba vida a las cosas. Porque no le cabía ninguna duda que era eso lo que debía hacer que el artefacto funcionase. La culminación del proyecto vida.

Sabes que vas a tener que ir hasta el final para averiguarlo, ¿verdad, Jack?

Sí, lo sé.

Había estado siguiendo la pista de Mía y de esa otra persona que de alguna forma debía de haberla coaccionado para hacer lo que había hecho. Al menos Jack quería pensar que era eso lo que la había llevado a traicionarlo de esa manera. Para ir tras la pista de la chica del semáforo hizo algo que se le daba muy bien, tremendamente bien. Seguir el rastro del dinero que había desaparecido del Crédit Lyonnais entrando por la puerta de atrás del programa

Quartz. El Getac XC500 tenía conexión directa con el satélite y había aprovechado cada ocasión, cada pausa y momento de tranquilidad para seguir ese rastro que habían dejado. Si algo sabía del dinero es que podía moverse con mayor o menor rapidez, con mayor o menor habilidad, pero nunca desaparecía, él mejor que nadie lo sabía.

Al principio le pareció curiosa la forma en la que lo habían sustraído. Las operaciones que habían hecho no habían sido precisamente muy elegantes, no tenía claro si lo habían hecho a propósito o si esa era su forma de proceder.

Primero habían ido extrayendo pequeñas cantidades de dinero y lo habían ido depositando en fondos que el propio Crédit Lyonnais tenía en otras cuentas, algunas de ellas utilizadas por el propio Jack como trampolín o lanzadera como él las llamaba. Ese dinero lo habían ido moviendo de una de esas cuentas a otra perdiendo un poco por el camino, desviándolo, mejor dicho. Al final de todo ese vaivén el saldo resultante para el banco francés era de cero y del cien por cien para los asaltantes. Cuando se cansaron de esas pesadas y repetitivas operaciones pasaron a la fase dos, a esa en la que se terminaba la delicadeza y el guante blanco para arrancar de cuajo los más de treinta y cinco millones que faltaban hasta llegar a los cincuenta robados. Esos treinta y cinco kilos los habían ingresado a partes iguales en más de quinientas cuentas ubicadas en algunos de los mayores paraísos fiscales del mundo; Liechtenstein, Bahamas, Bahrein, Macao, Barbados, Belice, Bermudas, Islas Marshall, Botsuana, Mauricio, Islas Vírgenes Británicas o Brunei Darussalam, por citar solo unas cuantas. Todas ellas eran de sobra conocidas por Jack y sabía perfectamente cómo operaban, las facilidades que daban para abrir y cerrar cuentas y hacer cientos de movimientos de capital en cuestión de minutos, segundos tal vez. Se habían utilizado unas identidades que a su vez, aparecían y desaparecían de los sistemas informáticos como por arte de magia.

El viejo truco de mover el dinero muchas veces con sendos cambios de mano para que los ojos del observador le perdiesen la pista es posible que funcionara con la policía o el propio equipo de investigación del Crédit Lyonnais, pero no con él, no con Jack.

Sabía perfectamente dónde había ido a parar ese dinero, desde dónde se había ido extrayendo, y lo más importante, dónde se estaba gastando actualmente.

Tardó más tiempo en dar con ellos del que hubiese tardado habitualmente. Sus asaltantes no habían parado de moverse ni él de pensar en ciertas cosas que tenía que pensar, cosas en las que se tenía que concentrar. Finalmente parecía que se habían establecido en un lugar, justo en ese en el que él acababa de llegar hacía tan solo unos días.

Amarillo, Texas.

Ahora solo faltaba dar con ellos y averiguar qué era eso que se escondía tras la mirada de Mía, tal vez eso que todavía no había podido encontrar en ese particular álbum de fotos y recortes de periódico que llevaba escondido bajo el cárter del S90.

Wendy era otra de las variables independientes de la ecuación que cada vez sentía que la tenía más lejos de su alcance, más lejos de su control. Desde su huida de Buffalo había tratado de contactar con él varias pero tan solo había tenido tiempo de contestarle a alguno de sus mensajes. La notaba más nerviosa de lo habitual. Más cerca de tener un nuevo acceso de impulsividad. No quería involucrarla en nada de lo que él estaba metido, pero precisamente no involucrarla en ningún aspecto de su vida era lo que más provocaba esas explosiones de irracional ira que a veces tenía. Accedió a decirle donde se encontraba con la condición de que fuese cuidadosa y no utilizase su nombre verdadero. La policía la estaría buscando también a ella como principal cómplice. Le prometió que en cuanto tuviera algo de tiempo se verían.

Eso fue lo que le prometió.

CAPÍTULO 10

VUELO DE LEVY

Patrick

—Escucha esto, Kate, esto es realmente asombroso, tienes que escucharlo ¿A qué no sabes en qué era especialista Jack cuando pasó por la facultad de Matemáticas de Portland? —La voz de Patrick transmitía entusiasmo, inocencia y fascinación.

—No... En qué... —dijo Kate sin apartar sus cansados ojos de la carretera. El camino hasta Amarillo se estaba haciendo largo y ella llevaba demasiados días sin dormir. Demasiada cafeína y demasiadas preguntas sin respuesta en su cabeza.

—Este es de uno de los dossiers que nos pasó McGregor, el catedrático de la universidad de Portland que supervisó el trabajo y la evolución de Jack durante el año que estuvo allí, atenta, eh. Define a Jack como un auténtico genio de las matemáticas, de eso no hay duda porque lo repite en varias ocasiones, pero sobre todo, según dice aquí claramente, su mayor virtud y especialidad eran los procesos estocásticos —Patrick hizo una pausa y miró de reojo a Kate para ver su expresión.

—Venga, Patrick, deja ya de mirarme y dime en qué consisten esos procesos, sabes de sobra que no sé lo que son.

Patrick dibujó una sonrisa en el aire, dulce y silenciosa.

—Los procesos estocásticos son una rama de las matemáticas, de la probabilidad concretamente, que estudian cómo evolucionan sistemas de múltiples variables aleatorias a lo largo del tiempo, o incluso también del espacio. Me explico, que sé que esto te habrá sonado a chino igual que a mí. Lo que tratan de hacer estos procesos estocásticos es estudiar enormes y gigantescas sucesiones de variables aleatorias de todo aquello que nos rodea como por ejemplo el comportamiento de los animales, los humanos o la

naturaleza. Su finalidad es conocer si se esconde algún tipo de patrón detrás de ellas, si en todos esos pequeños sucesos y cosas que pasan a diario delante de nuestros ojos y que tenemos por sucesos totalmente aleatorios o impredecibles, existe algún tipo de causa que explique por qué pasan, o al menos si no es posible saber su causa, determinar cuál es su consecuencia inmediata. En base a eso, una vez elaborado ese patrón de movimiento, tratan de predecir nuevos sucesos en el tiempo. Concretamente los siguientes sucesos, los que deberían ocurrir si esos cálculos eran correctos y ellos estaban en lo cierto. En resumidas cuentas, estos matemáticos tratan de saber si es posible saber lo que va a pasar antes de que pase, porque si lo aleatorio es en realidad algo previsible, entonces el futuro se convierte en...

—¿Algo que podemos conocer de antemano? —preguntó Kate mirando a Patrick de reojo. Una de esas miradas inteligentes y cargadas de una buena fotografía, como dirían en el mundo del cine.

—Exacto, Kate, eso es justo lo que estaba tratando de decirte.

—Eso es de locos, Patrick.

—¿El qué? ¿Que haya gente estudiando la aleatoriedad o que pueda existir un patrón detrás de ella?

—Las dos cosas.

—Por el amor de dios, Kate, no seas tan escéptica. McGregor cita aquí en su dossier un montón de referencias de grandes matemáticos que pasaron toda su vida estudiando esta rama de las matemáticas con resultados bastante satisfactorios, de hecho. Esto no es ciencia ficción ni un cuento de fantasía, esto es un hecho probable, quizá demasiado extraordinario para lo que estamos acostumbrados, para la forma en la que vemos y nos relacionamos con el mundo que nos rodea. Estamos tan acostumbrados a encontrarle una explicación a todo aquello que conforma nuestro día a día que cuando nos topamos con algo que escapa a nuestro entendimiento solemos darle la

espalda. Como si de esa forma dejase de existir.

—Oh. Qué bonito, Patrick —dijo Kate con sarcasmo—. ¿Y a qué conclusión llegaron todos esos matemáticos si se puede saber? ¿A que un día morirían igual que morimos todos?

—Vamos, Kate, no me digas que no es fascinante. No me digas que nunca has pensado que podrías haber cambiado ciertas cosas de haber sabido lo que iba a pasar.

Justo en el momento en el que Patrick dijo lo que acababa de decir se arrepintió de haberlo dicho. En el rostro de Kate desapareció ese bonito pliegue que unía sus pómulos con su nariz y que solía aparecer cuando sonreía.

—Mira —dijo Patrick reanudando de nuevo la conversación para evitar que el pensamiento de Kate volara hacia ese lugar al que ni él ni ella querían que fuese—. Aquí cita textualmente que Jack dio «muestras» de haber realizado grandes avances en la teoría del «Vuelo de Levy», del matemático Paul Pierre Levy, el cual realizó importantes estudios en el estudio de la aleatoriedad y cuyo teorema principal era que las variables aleatorias tienden a estabilizarse en el tiempo antes o después. Es decir, siguen un camino que describe un movimiento coherente y por tanto predecible. Bien, no existe solo este caso, de hecho el Vuelo de Levy se basa en la «caminata o paseo aleatorio», concepto introducido por el matemático Karl Pearson en 1905. El cual viene a decir que la posición de una partícula cualquiera en un instante del tiempo y del espacio depende únicamente de su posición anterior y de alguna que otra variable que pueden llegar a describir la dirección y la longitud de cada uno de los pasos de esa variable, de ahí lo de caminata o paseo aleatorio.

Kate torció el cuello ligeramente para mirar a Patrick. Para ver si estaba hablando en serio o riéndose de ella. De alguna forma había conseguido devolverla de nuevo a ese instante, a esa conversación y a esa carretera hacia

Amarillo, al «aquí y ahora».

—No sé qué pensar, Patrick, pero si hay algo de cierto en todo eso que me estás contando no es para estar muy contentos que digamos, sino todo lo contrario, asustados.

—Vamos, Kate, se han realizado un montón de estudios, algunos de ellos muy concluyentes, esto es ciencia, Kate, ciencia. Se ha llegado a describir con relativo acierto la ruta que iba a seguir un animal para buscar su comida, cuánto iba a subir una determinada acción en un momento dado, cuánta gente iba a haber en una parada de autobús o esperando en la cola de un banco a una hora determinada. Podría seguir así durante mucho rato. McGregor cita un montón de ejemplos y en ningún momento pone en duda que todo esto no sea cierto. Sencillamente todavía no hay nadie ni nada tan potente para llevar a cabo los cálculos necesarios con el número de variables suficientes para determinar qué sucederá en un futuro. Imagínate solo por un momento que alguien pudiera realizar todos esos cálculos. Imagina que alguien pudiese determinar cuáles serán los siguientes pasos que va a dar el ser humano. ¿En serio sigue esto sin parecerle totalmente fascinante? Lo cierto es que cuando miras hacia atrás en el tiempo, todo cuanto acontece aparece perfectamente indexado, todo es consecuencia de algo. Tan solo es cuestión de cambiar la forma de ver las cosas, de cambiar el punto de vista.

Patrick se quedó de nuevo mirando a Kate, esta vez sin tratar de disimular. Ella se hizo la despistada un momento y después no pudo evitar romper a reír como hacía tiempo que no lo hacía.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —dijo Patrick.

—De nada, es solo que... me hace gracia eso que haces... —dijo Kate sin apenas poder controlar esa risa que provenía de algún lugar de su interior que tenía completamente olvidado. Bloqueado y encerrado.

—¿El qué hago?

—Eso... estudiar constantemente mis reacciones... no sé, es gracioso ver cómo esperas a que de saltos de alegría o a que mi cara se ilumine de repente o algo parecido —dijo Kate mirando de nuevo a Patrick viendo otra vez esa misma cara de expectación máxima.

Patrick no pudo evitar romper también a reír, también como hacía tiempo que no lo hacía.

—¿Te parece si paramos un momento a tomar algo, Kate? Creo que nos vendría bien estirar un poco las piernas, además, me estoy meando.

—Claro, en cuanto vea un área de servicio paro.

—Kate.

—¿Sí?

—¿Piensas que fue él?

—¿Quién?

—Jack.

—¿A qué te refieres, a si robó el dinero o a si es él el Hombre del coche? —dijo Kate separando ligeramente la mirada de la carretera.

—A las dos cosas.

Kate se hizo esa misma pregunta a sí misma. ¿De verdad importaba algo lo que ella pensase al respecto? ¿Qué tenía que ver Jack con las muertes del Hombre del coche y con el robo al Crédit Lyonnais?

—Sí, pienso que algo ha tenido que ver en todo esto.

Patrick recibió esa respuesta como una pequeña decepción, casi como una desilusión. Cruda y sincera. ¿Qué diferencia había entre querer algo y creer en algo? No tenía del todo claro qué responder a eso.

—Qué, ¿no era la respuesta que esperabas? —añadió Kate para llenar el silencio que su respuesta había dejado.

—No sé, es que no le encuentro sentido a que alguien con un cerebro tan privilegiado tenga la necesidad de robar o de asesinar, no tiene sentido. Al

principio, los primeros días, no tenía ninguna duda acerca de la culpabilidad de Jack, pero a medida que hemos podido saber más y más cosas sobre él... no sé, no le veo ninguna explicación lógica a por qué querría alguien así cometer semejantes crímenes.

Patrick quería y creía que Jack no fuera. Tal vez esa fuese su respuesta.

—Desde luego que no lo sabes, nadie sabe por qué la gente hace lo que hace —Kate no solo estaba pensando en Jack cuando dijo eso, Patrick tampoco—. Nadie ha dicho que los criminales que perseguimos a diario tengan que tener un coeficiente intelectual determinado. Considera el crimen como algo totalmente independiente a la inteligencia que uno tenga. Más bien yo me preguntaría qué es lo que quieren esas personas, cuáles son sus necesidades y hasta dónde serían capaces de llegar para conseguirlas, en todo caso cuáles son sus límites morales, si es que los tienen. Ten en cuenta que alguien como Jack puede que tenga unas necesidades que ni tú ni yo entendemos, unas necesidades que trascienden todo límite moral.

Kate vio acercarse la señal que indicaba la siguiente área de servicio y antes de que a los dos les diese tiempo a decir algo más ya había tomado el desvío.

No sabía en qué momento del día se había producido el cambio en su interior, pero cuando bajó del coche y estiró las piernas deseó por un momento que ese viaje no terminase nunca, que esa carretera que los llevaría hasta Amarillo fuese interminable. No se sentía con fuerzas para enfrentarse a ningún criminal, a un nuevo fracaso, a ella misma.

Sobre todo a ella misma.

Jack

Cuando los dos árboles de levas empiezan a girar, las válvulas de admisión y escape hacen que cada pistón se mueva a una velocidad de veinte metros por segundo en el interior de los cilindros. La inyección directa acaba de soltar la cantidad de gasolina exacta, apenas una gota de combustible hace falta, la mezcla está preparada. La temperatura asciende en el interior del motor hasta los dos mil seiscientos grados y la presión llega a los ciento veinte bares. Treinta mil voltios de electricidad atraviesan el electrodo central con núcleo de oro que en su interior guarda cada una de las ocho bujías. Recubiertas con cerámica enriquecida y óxido de aluminio, la chispa de encendido acaba de hacer que la mezcla explote. El S90 vuela. Jack tiene a su objetivo cerca.

Muy cerca.

El cajero del Wells Fargo Bank ubicado en el número sesenta y dos de St. Adams Street había sido utilizado cuatro veces durante los últimos dos días para extraer dinero de una de las cuentas a las que había ido a parar parte del dinero robado del Crédit Lyonnais. Jack había estado contando toda la noche, su oreja derecha sangraba, los zumbidos habían vuelto y los temblores apenas le dejaban conducir el S90 con la precisión que requería, pero en ese punto y a esa hora el patrón iba a volver a ocurrir. Necesitaba estar allí, debía estar allí.

¿Sabes que no puedes hacer cadenas tan grandes de números, verdad Jack? ¿Sabes qué ocurrirá si continúas contando de esa manera?

No, no lo sé.

Yo creo que sí lo sabes, Jack.

Cerró los ojos durante un instante. Parado a unos treinta metros del cajero del Wells Fargo Bank sintió cómo todo daba vueltas a su alrededor y el suelo

se desvanecía bajo sus pies. La presión en el interior de su cabeza, cada vez más alta y molesta. Los zumbidos en sus oídos, más intensos, más violentos.

Déjalo, Jack, tienes que dejar de contar ya.

No puedo.

¿Por qué no?

Está a punto de llegar. Ella. Ahora. Necesito verla, hablar con ella.

¿Te has planteado que la necesidad y el deseo no siempre forman parte de lo mismo?

No tengo tiempo de pensar en eso ahora.

Todo se detuvo durante un instante. Allí estaba el patrón, de nuevo, pasando justo por ese lugar y en ese momento.

Al principio le costó reconocerla, se había tintado el pelo de rubio platino, también lucía un nuevo corte, ahora liso y con mucho brillo. El irregular flequillo que cruzaba su frente de lado a lado ahora lo llevaba hacia atrás, un par de ganchos lo sujetaban y dejaban el bonito contorno de su frente a la vista de todos. Las cejas también las llevaba tintadas y dibujaban un bello contraste en su piel tostada. Toda ella tenía un aire exótico, mitad nórdico, mitad indio americano. El color de su piel había perdido intensidad, como si se hubiese diluido el café con algo de leche. Tal vez a causa de no estar haciendo su maravilloso espectáculo en los semáforos, tal vez porque el clima en Amarillo había sido un poco frío durante las últimas semanas.

Tal vez fuese eso y no que Mía anduviera todo el día encerrada.

Mía.

La chica del semáforo. Por fin de nuevo la tenía a su alcance. Pensó en qué le diría cuando se decidiese a acercarse a ella. Es posible que se sorprendiera. También podría ser que saliese corriendo o, tal vez, que le dijese algo así como; «corre, Jack, me tienen vigilada, los mismos que me obligaron a drogarte en mitad de la noche y a robar todo ese dinero en tu

nombre, corre, antes de que el destino nos alcance».

Tal vez el destino ya nos ha alcanzado, Mía.

Tan solo es cuestión de que esta vez yo pueda llegar antes que él. Los pensamientos de Jack se detuvieron en seco cuando vio que ella se ponía de nuevo en movimiento.

Mía se guardó el manojito de billetes que sacó del cajero en una pequeña bandolera y enfiló St. Adams Street dando un paseo con las manos en los bolsillos de la fina rebeca que llevaba. Su paso era lento, casi desinteresado, como si no quisiese llegar a ninguna parte o no tuviese ninguna prisa por llegar al lugar al que se dirigiese. Jack encendió el S90 y trató de ser cauteloso, mantener una distancia segura sin perder a Mía de vista. La había encontrado y no quería volver a perderla, pero tampoco quería asustarla. Quería asegurarse de que era el momento correcto, encontrar esa fracción de tiempo exacta.

La chica del semáforo torció por la novena avenida y bordeó Ellwood Park con el mismo paso apagado. Con los dedos rozaba el verde enrejado de la cara oeste del parque de los confederados, como conocían al Ellwood Park en Amarillo. Se detuvo junto a un semáforo y alzó la vista hacia uno y otro lado. Parecía estar respirando recuerdos del pasado, conectando con otra realidad, con otra vida. Reanudó la marcha y giró a la derecha en Jackson Street. Las cuatro ruedas del S90 giraban despacio, sin apenas hacer ruido. Caucho cien por cien natural vulcanizado con azufre y óxido de zinc para aportar la máxima resistencia frente a la abrasión y frente a la rotura. Enriquecidas por silicio y silano. La banda de rodadura está al límite de lo permitido, el agarre al asfalto es inmejorable. El motor de ocho cilindros tan solo era un murmullo tan ligero como el sonido que emitía el suave viento.

Mía se detuvo de nuevo en el número treinta y siete de Jackson Street. En esa calle no había nada aparte de un incesante tráfico de personas. Un ir y venir de Pick-ups cargadas de sacos de abono y comida para el ganado y

también un asombroso y elevado número de gente que se desplazaba en motocicletas viejas y en mal estado. Tubos de escape perforados. Culatas sueltas y mal ajustadas. Filtros totalmente obstruidos que provocaban una mezcla en el obturador ineficiente y un descenso brusco general en la potencia del motor. Tal vez fuese esa una de las causas de ese lento y cansino tráfico.

A Jack le pareció que Mía levantaba vista y buscaba a alguien a ambos lados de la calle, fue un gesto disimulado, preciso y calculado. Se puso de nuevo en marcha y torció en Van Buren Street. Pasó por delante de la Iglesia Bautista y se detuvo de nuevo frente a sus puertas. Jack tuvo que permanecer a una distancia mayor, casi a unos cien metros, aún así corría el riesgo de que Mía lo viese si le daba por girarse, en esa zona del centro de Amarillo no había apenas nadie. Continúo su paso por Tyler Street y se detuvo frente a un Buick Verano negro con relativo poco tiempo, carrocería brillante y neumáticos nuevos. A Jack se le dibujó una pequeña sonrisa cuando recordó los enormes fallos que encontró en el último de los motores de la casa de coches afincada en Detroit. Fallos de precisión y de eficiencia en el par motor, desproporcionada velocidad angular del eje de transmisión, caja de cambios mal regulada, ruinoso desgaste a tres años vista.

¿Vas a estar así toda la tarde, Jack? ¿Siguiendo a Mía hasta la eternidad?

No.

O sales ya o te marchas a pensar en lo que pasó anoche, Jack.

Lo que pasó anoche.

Jack tiró tres veces del cinturón de seguridad y después se lo quitó.

Cerró los ojos y esperó a que los cuatro tiempos del motor del S90 se encontraran en la fase de escape para girar la llave y desconectarlo.

Contó hasta tres al menos siete veces antes abrir la puerta del Volvo y salir en dirección hacia esa mujer que se lo había «robado» todo. Pero justo

cuando ya estaba abriendo la puerta vio cómo Mía abría la puerta del Buick, arrancaba el motor y desaparecía de su vista a gran velocidad.

¿Qué demonios ha sido eso, Jack? ¿Ese coche es de Mía?

Jack entró al S90, llevó a cabo todas sus pautas con rapidez y arrancó antes de perder el rastro del Buick negro de Mía.

Giró por la avenida quince y luego en Harrison Street. No la tenía en su campo de visión, pero los casi cuatro litros de cilindrada y doscientos ochenta caballos del Buick Verano hacían un ruido tan característico que Jack podría escucharlo a kilómetros de distancia, incluso con sus tapones de atenuación puestos.

Mía iba cada vez más rápido y Jack tuvo que acelerar más la marcha para no perderla. Giró por Frontage Road, una de las vías de circulación más densas de Amarillo. Los ruidos eran múltiples y Jack perdió el rastro del Buick Verano durante unos segundos. Metió tercera y subió hasta las cinco mil revoluciones. Las treinta y dos válvulas se abrían y se cerraban como el hipnótico aleteo de una mariposa. Torció por Canyon Road. Cuatro carriles a cada lado. Alto exudado en la carretera hace que el exceso de asfalto suba hacia arriba, los neumáticos del S90 se adhieren con fuerza y aún así corren el riesgo de derrapar. Jack pasó rozando a una furgoneta de Big Texan Steak y estuvo a punto de estrellarse contra un camión de Canadian Tire.

El ruido perforaba sus oídos, su oreja derecha sangraba, los zumbidos habían vuelto, tenía que salir de esa gran avenida como fuera o corría el riesgo de sufrir un colapso allí en medio.

Por fin. No podía escuchar el motor del Buick pero si vio a lo lejos esa conducción forzada, rápida y acelerada. Peligrosa. Dejó Canyon Road y entró en Lincoln Street. Estaba aminorando. Tal vez llegando a su destino, o, tal vez, tan solo frenaba porque...

Mía

...Esperaba haberlo perdido de vista. ¿En serio era él o eran imaginaciones suyas? ¿Era Jack el que conducía el coche blanco que la había estado siguiendo?

Mía entró al parking de la urbanización Golden Fields, situada justo enfrente del gran y majestuoso edificio del Amarillo National Bank; cristales en negro onyx y una gigantesca A coronando su cima. Todo ello bajo la ondeante bandera estadounidense.

Sacó las bolsas de la compra y se apresuró a subir al ático. Su respiración era jadeante, era seca.

—¿Kevin? ¿Dónde te has metido? —dijo Mía nada más entrar a su impersonal vivienda de lujo.

—Shhhh... Calla, por favor, Mía. Eesto es muy importante, calla un momento por favor —Kevin estaba donde estaba siempre. Sentado en su centro de operaciones con unos cascos puestos y sin perder detalle de lo que estaba ocurriendo en una de las pantallas de su equipo. Podía verse una imagen pixelada, muy pobre, en el centro de la misma el primer plano de un hombre.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mía al límite de su paciencia.

—En breves instantes Lauren Bell va a sorprender y descubrir que su marido, Richard Bell, se masturba con las fotos que Alice March le envía en bolas. Alice, ¿recuerdas? —enfaticó Kevin buscando en Mía esa expresión de saber quién era esa de quien le estaba hablando—. Es la hija de Arthur March —continuó Kevin viendo que Mía no reaccionaba—. ¿Y a que no sabes quién le ha dado el chivatazo a la señora Bell de lo que hace su marido y a qué hora cuando nadie está en casa? —Kevin soltó una sonrisa infantil. Con la gorra de

los Giants, sucia y cada vez más deshilachada, aplastada sobre su cabeza—. Esa rata de Richard Bell no quiso darme lo que le pedí y ahora va a tener lo que se merece por hacer lo que no debería estar haciendo con jovencitas que no son para él, ¿y sabes qué? Su esposa Lauren Bell se merece lo que le ha pasado, lo que está a punto de descubrir. Ella decidió someterse a un marido que nunca la quiso, que nunca la amó y que nunca vio el deseo en sus ojos, tan solo el reflejo de una posición, de un estatus social. ¿Entiendes, Mía? ¿Entiendes por qué hago esto? No es solo dinero ni información, ni mucho menos venganza personal o negocios, ¿sabes? Es algo más, más profundo que todo eso —Kevin terminó la frase con seriedad, con una extraña e inusitada convicción en su voz.

—Estás enfermo, Kevin.

Mía soltó un bufido, desesperado, lleno de fatiga y de profundo aburrimiento. Justo en ese momento a Kevin se le dibujaba una sonrisa viendo a través de la web cam del portátil de Richard Bell cómo su mujer se llevaba una mano a la cabeza y la otra a la boca mientras el propio Richard trataba de subirse los pantalones y de cerrar la pantalla del portátil de un manotazo.

A Mía se le fueron las ganas de decirle a Kevin que tal vez Jack podría haber dado con ellos. Toda la energía con la que subió a ese refugio, a esa vida y a ese hogar artificial que había ideado junto a Kevin, desapareció sin dejar rastro. Y por su cabeza cruzó una idea, tan clara como inesperada, casi reveladora. A lo mejor no era tan malo que Jack diese con ellos, que descubriese todo lo que habían hecho, a él y al resto. Y que fuese él quien le hiciese pagar por esa insoportable culpa que la corroía.

Se metió en el baño y cerró la puerta por dentro. Se quitó la ropa, abrió el grifo de la bañera y apenas tuvo el fondo un par de dedos de agua se acurrucó en una esquina y rompió a llorar en silencio. Se sintió tremendamente desolada bajo esa enorme cascada iluminada con neón azul que mojaba su cuerpo, que

acariciaba cada una de esos tatuajes con los que pensó que la ayudarían a expiar esa culpa que la atormentaba desde hacía años. Cada vez con más fuerza. Más molesta. ¿Qué demonios había hecho? ¿Qué demonios estaba haciendo? Y sobre todo por qué y por quién hacía todo aquello.

En ese momento vio claro que por mucho que huyera, ella, Kevin, los dos, nunca podrían escapar de ellos mismos, de quiénes eran realmente y de las acciones con las que habían dejado su huella en el mundo.

Tal vez no era tan mala idea si aclaraban las cosas con Jack. Si él decidía que también necesitaba cobrarse su justicia estaba en su derecho. Por todo lo que le habían hecho, a él y a su hermana, sobre todo a su hermana, a Wendy. Eso sí fue una cabronada.

Wendy

Lo que más le dolió a Wendy no fue haber sido engañada, otra vez. Lo que más le dolió fue que su hermano saliera corriendo en busca de esa mujer que le había estado mintiendo todo el tiempo y que había tratado de matarla, a ella, a su propia hermana. Pero claro, eso era algo que ni tan siquiera el propio Jack sabía porque él nunca escuchaba, él sencillamente había antepuesto, una vez más, sus extrañas necesidades al bienestar de alguien de su propia sangre.

A Wendy se le rompió el corazón cuando descubrió que Arnold, el novio en el que había depositado grandes y puras esperanzas, tan solo había estado utilizándola para acercarse a Jack. Cuando lo escuchó hablando con su... Wendy no sabía ni cómo llamar a esa mujer que había seducido a un hombre de espíritu débil y corazón de viento como Jack solo para robar con sus claves personales todo ese dinero.

Así no se hacen las cosas, Mía, así no se hacen las cosas, Arnold, o como te llames en realidad. Pensó Wendy mientras se alisaba el pelo frente al espejo y esperaba una vez más a que a Jack le diese por mirar el maldito teléfono y contestar a sus mensajes.

Una lágrima brotó del fondo de sus ojos y salió dando tímidas vueltas hasta remojar sus labios de agua con sal. No llevaba nada bien el rechazo, no llevaba nada bien la indiferencia, el abandono y la culpa, sobre todo la culpa. De alguna manera siempre se sintió responsable de todo lo que le había ocurrido en la vida, sobre todo de las cosas malas. Es curioso cómo funcionaba la mente cuando suceden cosas inesperadas, cosas malas. Algunos tienden a echarle la culpa al resto, al universo. Otros se culpan a sí mismos, aunque eso no tenga el menor sentido. Pocos ven y aceptan las cosas tal y como son en realidad.

Primero fueron los gritos en casa. Continuos y violentos. Después llegó la enfermedad de Jack. Inesperada, costosa, extraña. Él acaparó todas las miradas y ella tuvo que crecer, por fuerza, por necesidad. Supervivencia. Luego sus padres se separaron. Su padre, el mecánico, el mejor amigo de su hermano y también... se fue dando un portazo cuando ya no pudo más, cuando ya no pudo soportar más a su madre, o tal vez fue a sí mismo a quien no supo cómo soportar más.

La traumática y accidental muerte de su madre fue como el broche final a una infernal infancia, la guinda de ese envenenado pastel llamado vida.

Luego la separaron de su hermano, lo único que le quedaba, y otra vez fue ella quien tuvo que madurar rápido. Con tan solo doce años tuvo que enfrentarse a dificultades con las que los novelistas ni siquiera sueñan. Tuvo que huir. Aprendió a mentir, a luchar, a ser alguien en quien confiar, a sobrevivir y a sobrellevar su culpa, la culpa que siempre la acompañaba. ¿Hasta qué punto podía alguien ser responsable de lo que hiciesen los demás? Esa pregunta la acechaba día y noche. Avanzando hacia el centro de su corazón. Sin descansar. Sin cesar. Primero fueron los demás, después fue ella. Porque ella también hecho cosas.

Había llegado hasta Amarillo para reunirse con su hermano, para que ambos se reunieran con su pasado. La crueldad, la violencia, los abusos, el engaño e incluso esa insidiosa culpa, no eran nada comparado con la soledad que sentía, eso era lo que realmente convertía muchos de sus días en auténticas pesadillas.

Sentía que su vida había llegado a uno de esos tramos en los que es tan fina la línea que bajo tus pies te sujeta, que cualquier movimiento en falso hará que todo acabe, que el más grande de los vacíos te abrace. Había llegado el momento de ajustar cuentas con el pasado, de pagar de una vez toda su culpa.

En Amarillo se resolvería todo.

Todo.

CAPÍTULO 11

ESA PARTE DE LA CABEZA, METÁLICA, SINTÉTICA

Jack

Cuando vio cómo Mía entraba en la urbanización Golden Fields algo en su interior se relajó. Toda esa tensión a la que tenía sometida cada parte de su cuerpo desapareció. Ya la tenía, ya sabía dónde vivía. Ahora solo era cuestión de encontrar el momento adecuado para hacerle una visita. La pauta correcta. Era consciente de que tal vez no estuviese sola, de hecho estaba totalmente convencido de que así era. Peligrosamente acompañada, tal vez.

Llegó a su hotel y se dio una ducha de agua bien caliente. Reparadora. El vapor de agua hirviendo empañó el cristal y las paredes del baño. Superficie lisa y resbaladiza. Azulejos de arcilla roja, doble cocci3n y revestimiento vítreo de tres milímetros.

Se tendió en la cama y cerró los ojos. Su oreja derecha hacía rato que no sangraba y la presión intracraneal había disminuido, tal vez desde que había visto a Mía, dónde vivía, dónde se encontraba en ese preciso instante. Hacía tiempo que no sentía eso, esa poderosa sensación de estar haciendo lo correcto. De estar justo en el momento y en el lugar correcto.

Sacó su particular álbum fotográfico y de recortes y su libreta de anotaciones. Su cuaderno. Necesitaba darle un repaso a todo.

Sabes que si te encuentran con eso, será tu fin, ¿verdad Jack?

Sí, lo sé.

¿Y por qué no te deshaces de todo eso ahora?

No puedo, aquí es donde se concentra toda mi vida. Tal vez todos mis pasos, todos mis movimientos, acciones y pensamientos no sean más que diminutas partes de una enorme ecuación que está justo a punto de dar el resultado final.

No creo en nada de eso, Jack. Tal vez, quizá, sí en algunas de las

anotaciones de tu libreta. En algunos de tus proyectos. Concéntrate en ellos y tira de una vez todo lo demás. Sobre todo ese asqueroso álbum de fotos. Tíralo antes de que sea demasiado tarde.

Jack trató de cerrarse de nuevo. De bloquear a «la voz». Cada vez le hablaba más y más y no hacía otra cosa que ponerlo más nervioso, que aumentar más su duda, su inseguridad.

La incertidumbre es a la vez el primer paso hacia el fracaso y también hacia el éxito, Jack. Nunca lo olvides.

Primero abrió la libreta de anotaciones. Fue directamente a la parte en la que tenía todas las conclusiones y formulaciones maestras del proyecto al que se había dedicado casi exclusivamente durante los últimos cinco años. El resto de investigaciones que tenía iniciadas en el campo de las matemáticas, la física o la ingeniería se encontraban en modo pausa. Porque ahora solo existía un único objetivo. Uno que los abarcaba a todos, que estaba por encima de todo lo demás.

El «proyecto vida» se había convertido en su mayor obsesión, en el centro de todos sus pensamientos, de todos y cada uno de los números que contaba y que calculaba. Todo estaba relacionado con eso, al fin y al cabo. Cuando echaba la vista atrás, cuando todo estaba en silencio y se encontraba absolutamente a solas con todos los números, podía ver allá a lo lejos una diminuta luz. Un minúsculo y casi inexistente hilo que lo conectaba todo. Atravesando el tiempo y el espacio, justo en el centro de la aleatoriedad. Ese era el verdadero patrón. Una gran pauta que llevaba avanzando durante siglos, miles de años, que impulsaba la vida, que marcaba cuál sería su próximo paso, el siguiente lugar en el que se encontraría. Pronto, muy pronto esa gran pauta llegaría a un punto clave. Uno de esos puntos que marcan el devenir de la raza humana, tal vez uno de esos que la historia conoce como catástrofe, que la historia conoce como barbarie. Esos detalles eran algo que desconocía.

Pero sí sabía algo. Su proyecto vida era un nuevo camino. Un nuevo comienzo que haría que ese punto clave que estaba por llegar, no fuese ningún final, sino otro principio.

El proyecto vida había dado lugar a un artefacto. Extraño. Era un prototipo, su prototipo, y era perfecto, era la máquina definitiva, quizá tanto como la propia vida. Lo que Jack había diseñado no se parecía en nada a los avances que la ciencia había realizado en ese campo. Lo que él había logrado hacer era algo que se encontraba un poco más allá, justo en esa línea que separa lo vivo de lo inerte.

El artefacto que Jack guardaba bajo el capó del S90 era el resultado de haber unido más de cincuenta mil componentes. Pesaba apenas doscientos gramos y muchos de los materiales y aleaciones utilizados no tenían ni tan siquiera un nombre. Todavía. Biomateriales. Pseudopieles. Nanotecnología.

Cada una de sus partes y mecanismos habían sido revisados infinitas veces, y no había podido encontrar ni un solo fallo. Lo único que le faltaba era algo a lo que todavía no había podido encontrarle una respuesta, algo que le obsesionaba desde que tenía uso de razón, desde que ocurrió aquello. Y que era justo la diferencia, esa enorme e insalvable distancia que separaba la vida y la muerte.

¿Ya sabes qué eso que da vida a las cosas, Jack?

No, pero creo que está aquí, en Amarillo, puedo sentirlo.

Nada de eso, Jack, nada de eso. Tú no sientes nada, tan solo ves números, cuentas números y calculas resultados. Eso es todo, Jack. El resto son solo ilusiones tuyas. No hay ninguna diferencia. No existe tal diferencia.

Jack cerró la libreta donde tenía todas las anotaciones del «proyecto vida» y sacó el álbum de fotos y de recortes.

Dio cuatro golpecitos sobre la tapa y contó siete veces tres antes de abrir el álbum. Se detuvo en la primera fotografía. La primera de todas. Pasó su

mano por la fina capa de poliestireno, tratando de ver más allá, de encontrar algo en el fondo, en esos ojos vacíos que lo miraban desde algún punto del pasado en el que se encontraba el origen de esa foto. ¿Qué número era el que le faltaba? ¿Cuál era la variable que se le estaba escapando? ¿El maldito factor humano? Estaba convencido de que estaba muy cerca, cada vez más. Y que a pesar de lo que cada una de esas fotos significaba sentía que formaban parte de algo, que estaban ahí, frente a él, por una razón, por una muy buena y pesada razón. Una razón que llevaba arrastrándose millones de años por el universo y que estaba a punto de llegar hasta él, ante él. Faltaba muy poco, estaba muy cerca, tan solo necesitaba una más...

Kate

Una muerte más. Una más. Un número que anotar en una libreta. En la primera página de un periódico. O en la carrera de un asesino en serie que acababa de firmar su séptima obra.

Otra vez la falda de tubo, la blusa de seda, el pañuelo al cuello y el anillo de O en el dedo anular de la mano derecha.

Cuando ella y Patrick llegaron a Amarillo el fiscal de la zona ya había procedido al levantamiento del cadáver. Incluso ya se había hecho la primera fase de la autopsia.

El médico encargado de determinar la causa de la muerte era Martin Donovan, un veterano en el campo de la medicina legal y forense demasiado acostumbrado a los agujeros de bala y a los crímenes violentos por arma blanca. Un crimen como ese a él le daba incluso risa.

Patrick salió de la sala de autopsias con Donovan detrás. El médico andaba un poco rezagado. Bata blanca hasta los pies, cabeza redonda, brillante y pelada. Nariz picuda y ojos excavados en dos enormes cuencas color ceniza.

—¿Qué tenemos? —preguntó Kate mirando a Patrick. Donovan estaba a su lado con el rostro arrugado a causa del perpetuo olor a formol que tenía que soportar cada minuto de su vida laboral. A Patrick también le lloraban los ojos por esa misma razón.

—Al parecer no hay duda de que se trata del mismo tipo —dijo Patrick abriendo su libreta de anotaciones—. Agresión sexual con penetración severa, desgarros vaginales con abundante sangrado y laceraciones en labios mayores y menores. Al parecer, las heridas han sido ocasionadas por un elemento fálico de tamaño extraordinariamente grande. Más o menos lo mismo que en el resto de víctimas, quizá un poco más agresivo que las anteriores veces. Según

las muestras que ha podido obtener aquí, el doctor Martin Donovan, no se han hallado rastros de semen ni de ninguna otra muestra de ADN que coincidan con las encontradas en las otras víctimas. Llevaba el anillo de O en el dedo anular de su mano derecha. Y por lo demás...

—La droga, se te olvida lo de la droga —dijo Donovan mirando a Patrick primero y después a Kate, retrayendo un poco el cuello y dando muestras de una más que patológica timidez hacia las mujeres.

—Ah sí, lo de la droga, se me olvidaba. Al parecer, según dice Donovan...

—Yo no, lo dice la espectrometría, cuéntale lo de la espectrometría... — Donovan se dirigía casi exclusivamente a Patrick.

—Ah sí, lo de la espectrometría. Según me ha contado el doctor Donovan, al cuerpo de Fiona Barnes, bueno, mejor dicho, a la sangre y a alguno de los tejidos de Fiona Barnes le han practicado una novedosa técnica de análisis que muy pocos laboratorios realizan. Una cromatografía de gases acoplada a una espectrometría de masas. Han detectado restos de hioscina, más conocida como escopolamina.

—Vaya, esa es la droga que anula la voluntad de las personas, ¿no? La que utilizan los violadores.

—Exacto. Todavía es pronto para estar seguros al cien por cien, pero al parecer a Fiona Barnes la drogaron y la mataron con una sobredosis de esa misma sustancia. Al menos esa es la teoría de Martin, ¿no es así, Martin?

—Mi teoría no, es lo que dicen los resultados; la cromatografía, la espectrometría y la ausencia de otras causas. Se te olvida algo, ¿no? —dijo Martin Donovan arrugando la nariz para subirse las gruesas gafas.

—¿El qué?

—Lo de la cinetosis, es importante, cuéntaselo.

—Oh, sí, qué cabeza la mía. La escopolamina es una droga muy difícil de

encontrar. Se puede extraer de forma natural de una serie de plantas, pero para obtener un solo gramo de esta droga se necesita llevar a cabo un proceso extremadamente complejo y que no todo el mundo puede ni sabe hacer. Pero existe una variedad de esta droga que se utiliza como fármaco para tratar la cinetosis, que es un trastorno que provoca mareos, náuseas y vómitos, lo llaman «el mal de movimiento», ¿no es así, Martin?

—Así es, pero te has olvidado de algo. Lo del aparato vestibular y lo de que solo se puede comprar con recetas médicas con doble firma, no se lo has contado.

—Sí, exacto. La cinetosis puede deberse a diversas causas, pero una de las más frecuentes es un problema en el aparato vestibular, ya sabes, esa zona próxima al oído que se encarga del equilibrio y el control espacial. La escopolamina se receta en dosis muy muy bajas y bajo un estricto control médico, precisamente para que no exista el tráfico de esta peligrosísima sustancia ni mucho menos la sobredosis. Aún así, por desgracia, el tráfico existe, aunque como ya sabes a muy baja escala. Al menos, según me consta, en Buffalo no han logrado atrapar nunca a ningún camello que se dedique al tráfico de esta droga.

—Entonces, si no he oído mal, sería posible que nuestro sospechoso fuese alguien con problemas de oído y del equilibrio y que está bajo tratamiento médico con escopolamina, ¿me equivoco? —preguntó Kate leyendo en la mirada de Patrick que ambos estaban pensando en la misma persona. Jack.

—Así es, señorita —dijo el doctor Donovan—. Si yo fuera ustedes, empezaría por pedir un registro de todas las recetas que se han hecho de escopolamina al centro de farmacovigilancia nacional, no me cabe ninguna duda de que ellos os darán un listado de nombres que quizá os pueda interesar. También es importante que os digan si ha habido robos y sustracciones

recientes de esta sustancia en algún almacén. No sabemos seguro si la persona a la que buscamos tiene problemas de oído o no. Aunque sea o no sea ese el caso, ya les digo que no es habitual que alguien tenga facilidad para adquirir la cantidad necesaria de escopolamina que hace falta para anular la voluntad y matar a siete personas —dijo Martin Donovan subiéndose las gafas con un dedo.

—¿Ha encontrado algún pinchazo? —preguntó Kate. Esta vez dirigiéndose directamente a Martin Donovan. El doctor plegó un poco su cuello. Sus ojos parecieron retraerse bajo esos dos enormes cristales, como los cuernos de un caracol cuando alguien los toca.

—De momento no he visto ninguno, aunque no se puede descartar que sí lo haya. Desde luego en las zonas más comunes como son brazos, muñecas y cuello no he visto ninguna marca. Aunque como ya le digo, eso no significa que no la haya en alguna otra parte. El cuerpo humano presenta muchos más recovecos de los que la gente se imagina. De todas formas, la escopolamina no necesariamente hace falta ser inyectada para resultar letal. Es de las pocas drogas que tanto si es inyectada, como inhalada, como diluida en por ejemplo una bebida, puede resultar igualmente letal.

—Muchas gracias por todo, Martin —Cuando Kate llamó al doctor por su nombre de pila y extendió la mano para despedirse de él formalmente, sintió cómo el tímido experto en medicina legal y forense se retraía de nuevo hacia ese profundo y oscuro agujero llamado miedo atroz hacia las mujeres.

Kate y Patrick abandonaron la sala de autopsias y lo primero que hicieron al subir al coche fue hacer una llamada a su jefe para que fuera solicitando el registro de recetas y robos de escopoloamina al centro de farmacovigilancia nacional.

—¿Crees que fue él, verdad?

—No lo sé, Patrick, pero obviamente si Jack aparece en ese listado que acabamos de pedir las probabilidades de que sea él se disparan. Aunque ya has escuchado lo que ha dicho tu amigo el doctor Martin Donovan, no necesariamente estamos buscando a una persona con problemas de oído, podría ser cualquiera con acceso a esa sustancia, ya sea de forma legal o en el mercado negro.

Kate se puso de nuevo al volante. Conducir le ayudaba a no pensar y Patrick pensaba mejor cuando no conducía. En eso se compenetraban a la perfección.

Pusieron rumbo al domicilio de la víctima que les había hecho cruzar prácticamente todo el país en coche, Fiona Barnes. Perteneecía a la clase alta de Amarillo y vivía en una de las zonas más lujosas de toda la ciudad, en el complejo Golden Fields, justo al lado del majestuoso edificio del Amarillo National Bank.

Fiona estaba casada con James Barnes, doctor en medicina digestiva por la Rice University de Houston, uno de los mejores en su campo y en constante aprendizaje. Eso último había sido dicho por el propio Martin Donovan. No se conocían personalmente pero como colega de profesión sí había oído hablar de los avances y del prestigio de James Barnes en la medicina digestiva.

—Por lo que veo repite patrón al escoger el perfil sociocultural de la víctima, ¿no es así, Patrick? —preguntó Kate más que nada para romper un poco el hielo y evitar que ella se hundiera de nuevo en sus pensamientos. En realidad sabía de sobra que el perfil de Fiona era el mismo que el del resto de mujeres asesinadas, pero le apetecía escuchárselo decir a Patrick.

Y Patrick no tardó en sacar la cabeza de la diminuta libreta que ojeaba a todas horas. Guardó las carpetas de cartón azul oscuro que contenían los dossiers que se habían traído de Buffalo pertenecientes a la vida de Jack y

dirigió su mirada hacia Kate.

—Posición social alta. Ningún desempeño profesional conocido hasta la fecha. Licenciada en economía y empresa. Treinta y dos años de edad y con un marido cuyos dividendos a final de mes superan ampliamente el salario anual del americano medio. Más cosas. Fiona solía salir una vez a la semana a cenar con dos amigas, sus dos únicas amigas, según he podido saber por parte del Departamento de policía de Amarillo, y esa fue precisamente la noche que...

—Escogió el Hombre del coche para acabar con ella. Por lo que veo el asesino sabía perfectamente que esa noche Fiona saldría, así que podemos pensar que la tenía controlada, conocía sus costumbres y los lugares que frecuentaba. Nuestro Hombre del coche es sin duda selectivo con sus víctimas, alguien a quien no le importa esperar el tiempo que sea necesario y que sin duda alguna prefiere adormecer a sus víctimas en lugar de entrar en un enfrentamiento directo con ellas. Lo que no sabemos es en qué momento las droga, si establece algún tipo de relación antes con ellas o si pasa directamente a la acción.

Patrick escuchó atento los razonamientos de Kate, asintiendo y procesando la lectura de algunas de las características que definían el perfil del Hombre del coche. Luego realizó unas rápidas anotaciones en su libreta y volvió a mirar Kate de refilón. Esta vez quiso estudiarla antes de hablar, justo al contrario de lo que solía hacer habitualmente.

—Lo que no acabo de entender es por qué aquí, en Amarillo, qué ha movido al Hombre del coche a cambiarse de ciudad. Porque de lo que no hay duda es de que por alguna razón quiere que las encontremos, quiere que las veamos. Desea que contemplemos su obra o como demonios llame ese lunático a lo que hace. Más que satisfacer una necesidad, parece estar tratando de demostrar algo, de enseñarnos algo. Es posible que Buffalo primero y Amarillo después signifiquen algo y esté tratando de que le sigamos el rastro,

¿no crees?

—Patrick, no estoy muy segura de que eso sea así exactamente, aunque podría serlo. Nunca se sabe en estos casos. Tampoco pienses que estamos buscando a ningún lunático, podría serlo pero no tiene forzosamente por qué ser así. De todas formas me parece que en cierta manera tú mismo acabas de responderte a la primera de tus preguntas. ¿Por qué cambiar de escenario? Precisamente Jack, nuestro sospechoso número uno tuvo que huir de forma precipitada de Buffalo, ¿no consideras que es esa una buena razón para cambiar de ciudad y de escenario? Y si quieres más, ahora resulta que nuestro sospechoso también es posible que tenga problemas de oído, unos problemas para los cuales se receta en ocasiones la droga que es utilizada para anular la voluntad de las víctimas, violarlas y acabar por matarlas. ¿Quieres más? Porque tengo más...

Kate se sentía bien hablando con Patrick. De alguna forma responder a sus dudas y preguntas era un método para que ella misma pusiera en funcionamiento su razonamiento deductivo y dejara de lado su ciclo de pensamientos autodestructivos. En eso también se compenetraban bastante bien.

Patrick pensó durante unos segundos en los argumentos que Kate acababa de darle. Anotó unas cuantas cosas más en su libreta y abrió uno de los dossiers de Jack.

—¿Alguna anécdota nueva e interesante de tu amigo Jack? —preguntó Kate con ánimo de seguir hablando. Casi sonriente, casi con ánimo de mirar hacia un nuevo día con esperanza. Hasta ese viaje a Amarillo con Patrick al lado no había sido consciente de lo mucho que odiaba el silencio.

—Puede.

—¿Y bien?

Patrick emitió un involuntario y significativo suspiro con aroma a

decepción.

—Aquí hay una cosa. No es seguro. Es solo una conjetura de uno de los médicos que vio a Jack cuando tenía dieciséis años, un año después a la muerte de su madre y de haber sido separado de su hermana Wendy. Lo firma un tal Adrian Euler, pero como digo no es un diagnóstico propiamente dicho, no al cien por cien...

—Patrick... suéltalo ya, venga...

—Está bien. Según Adrian Euler, psiquiatra del North Canyon Medical Center, es posible que Jack padeciese algún tipo de esquizofrenia o trastorno grave de la personalidad. Afirmaba que Jack tenía una visión de la realidad ligeramente «desestructurada» y que es posible que cursara con alucinaciones tanto auditivas como visuales. En resumidas cuentas, según las anotaciones de Adrian, Jack veía las cosas un pelín distintas a como las veían el resto de personas. No obstante, como ya te he dicho al principio, el propio psiquiatra anotó que dicho diagnóstico se confirmaría en las sesiones siguientes, a las que casualmente Jack nunca se presentó por razones que se desconocen. También se recogen frases transcritas de los por aquel entonces padres de acogida de Jack, el señor y la señora Andrews. George y Susan Andrews, que así se llamaban, afirmaban haber visto a Jack hablar a solas varias veces. Leo; «le hablaba a alguien cuando no había nadie más con él, parecía estar haciéndole preguntas y respondiéndole otras, cuando le preguntamos en alguna ocasión con quién hablaba él lo negaba todo, negaba que hubiese estado hablando solo o con alguien más».

Patrick cerró la carpeta y emitió un suspiro cargado de desilusión. Sabía qué significaba lo que acababa de leer. Sabía lo que estaría pasando en esos momentos por la mente de Kate. Indudablemente, si ese diagnóstico era cierto así como todo lo demás, es posible que estuviesen ante una persona mucho más enferma y trastornada de lo que en un primer momento hubiesen podido

imaginar.

Llegaron a Golden Fields y no tuvieron más tiempo de seguir hablando del tema.

Se identificaron ante el vigilante de la lujosa urbanización y vieron cómo tras él, una cámara de videovigilancia giraba sobre sí misma hasta apuntarlos directamente a ellos.

—Saluda al pajarito, Kate.

Kevin

—Pero, qué demonios... ¿Cómo nos han encontrado? —Se dijo Kevin para sí mismo y en voz alta al ver a la pareja de policías hablando con Nick Bullit, el vigilante de seguridad.

Kevin activó el resto de cámaras del circuito cerrado del lujoso complejo de viviendas para ver hacia dónde se dirigían exactamente, pero no le cabía la menor duda de que los habían encontrado, sobre todo a él.

¿Cómo lo habían hecho? ¿Cómo habían dado con él?

—¡Mía! ¡Tienes que venir, corre, ven a ver esto, nos han encontrado! — El grito de Kevin fue desgarrador. Se quitó la gorra de los Giants y la dejó sobre la mesa. Una gota de sudor empezó a brotar justo en el centro de su frente.

Cuando Mía escuchó el grito de Kevin vio una imagen con claridad.

Jack.

Entonces era cierto que ese que conducía el coche blanco que la había estado siguiendo era él. Lo habían subestimado, Kevin lo había subestimado, a su inteligencia. Había obviado sus advertencias, otra vez, acerca de lo que Jack era capaz de hacer.

—¿Dónde está? —dijo Mía con frialdad cuando entró en el centro de operaciones de Kevin.

Kevin se giró con nerviosismo. Boca entreabierta. Labios ligeramente cortados, muy resecos y con el contorno amoratado. Una mirada desesperada bastó para contestar.

Mía buscó entre las pantallas del centro de operaciones de Kevin y solo vio a un hombre y a una mujer esperar al ascensor en el hall del edificio.

—Son ellos, son del FBI, Mía, nos han encontrado —dijo Kevin con

auténtico pavor en la voz—. ¿Qué hemos hecho, Mía, qué hemos hecho?

La mirada de Mía era fría como el acero. Afilada y penetrante. Cortante. Si esa pareja del FBI habían dado con ellos tenían exactamente tres minutos para activar el plan para las emergencias.

—¿Estás seguro que vienen aquí, Kevin?

—¿Y adónde sino? Somos fugitivos, Mía, fugitivos. Hay abierta una investigación de ámbito nacional por el robo al Crédit Lyonnais y por todo lo demás, ¿recuerdas? —A Kevin parecía haberle vuelto de repente toda la cordura que le faltó cuando hizo todo lo que hizo. Cuando planificó todo lo que estaba planeando hacer contra aquellos que una vez lo dañaron, contra ese país que alguna vez le hizo daño. Gimoteó. Después pasó con fruición su mano derecha por esa parte de su cabeza, metálica, sintética, la que siempre ocultaba con la parte de atrás de la gorra. Luego se tapó las manos con la cara y pareció fingir que lloraba.

Solo fingir.

El pulso de Mía era tranquilo. Algo irregular pero no más de lo habitual. Cincuenta pulsaciones por minuto. El plan para las emergencias estaba listo para activarse y solo necesitaban treinta segundos para desaparecer de ese complejo por el piso contiguo que tenían comprado a otro nombre.

—Kevin...

Todavía escondía su cara bajo las manos mientras gimoteaba de una forma casi infantil. Fingida y absurda.

—Kevin... Ya está bien. No vienen aquí, no es a nosotros a quienes buscan, mira —dijo Mía señalando la pantalla número tres. En la imagen podía verse a la pareja de policías esperar junto a la puerta número treinta, ubicada en la planta diez y perteneciente a James Barnes, el marido de la recientemente fallecida Fiona Barnes.

Kevin alzó la vista justo en el momento en el que James Barnes abría la

puerta de su casa y hacía pasar a los dos policías. Rompió a reír en una carcajada y se caló de nuevo la gorra de los Giants hasta las orejas. Le dio un fuerte beso a Mía en la mejilla y gritó «¡somos invencibles, Mía, invencibles!».

Claro que sí, Kevin, somos invencibles. Se dijo Mía antes de desaparecer otra vez del centro de operaciones de Kevin.

Esa pareja de policías era solo un aviso. Una señal. El final de todo estaba próximo, podía sentirlo en algún lugar de su interior. Era como una especie de premonición, una poderosa sensación. Todos sus pecados, todos, y esa culpa, cada vez más poderosa, estaban a solo un paso de acabar con ella.

Kevin no tardó en recuperar de nuevo ese estado de ánimo que hacía que viese la vida con optimismo, con alegría. Escuchó la conversación de James Barnes con los policías y se aseguró de que no les contaba nada de lo otro, de eso otro que Mía no sabía. De su particular pacto entre caballeros. Los dos policías solo estaban allí para hacer las pertinentes preguntas sobre la estúpida e insignificante vida de Fionna. Abrió la carpeta que él mismo había nombrado «mi gran obra» y se dijo que había llegado el momento del movimiento final, de su jugada maestra. Tenía a todos sus peones alineados, preparados y en posición. No podía arriesgarse a que diesen con él antes de terminar ese proyecto en el que había depositado tanto, tanto esfuerzo, por el que había hecho lo que había hecho. Muy pronto todo el mundo conocería quién era él. El mundo en el que vivían. Lo que le hicieron y quién pagaría por ello.

Muy pronto.

Pero antes tenía que ajustar cuentas con alguien. Alguien que no había hecho lo que él le había dicho que hiciera y que ahora pagaría por ello, por no tomarlo en serio. Porque de él ya nadie se reía.

Nadie.

CAPÍTULO 12

YO, QUE TE HE OFRECIDO MI CORAZÓN TANTAS VECES

Wendy

«Es la última vez que te lo pido, Jack. Ya no te estoy pidiendo dinero ni que te preocupes de una maldita vez por mí. Te estoy pidiendo que me contestes a los mensajes, a este mensaje en concreto, porque te aseguro que si no lo haces voy a hacer algo, Jack. Algo malo, y me parece que ya sabes qué es, claro que sí, porque tú lo sabes todo, ¿no, Jacky? Claro que sí. Mi hermanito es capaz de ver un poco más allá de lo que vemos todos, sí, así que si estás viéndolo en estos momentos, sabrás que no estoy bromeando y que voy muy en serio. Contesta a este mensaje, Jacky, contesta que sí, que esta noche nos veremos y hablaremos de una vez de eso que tú sabes, de eso de lo que te niegas a hablar pero que en el fondo los dos sabemos. Adiós, Jacky, esta noche nos vemos. Espero».

Wendy pulsó enviar y lanzó el móvil contra el colchón de la cama del hotel en el que se alojaba en un grito sordo de pura desesperación.

Desde que Mía y el desgraciado de Kevin los habían engañado, tanto a ella como a su hermano, se notaba más nerviosa de lo habitual. Mucho más. La habían desestabilizado. Más de lo que ya estaba. Normalmente solía controlar su ansiedad. Sus accesos de impulsividad y sus explosiones de ira. Ahora en cambio parecía ser la ansiedad quien la controlaba a ella. El engaño de Arnold/Kevin la había herido de tal manera que cada día que pasaba era un poco más consciente de la profundidad a la que llegaba ese agujero que casi atravesaba toda su alma. El mismo agujero que la vaciaba por dentro desde siempre. Por primera vez en años había decidido confiar en un hombre. Un hombre que no fuese su hermano. Y la había traicionado de la peor de las maneras. Primero haciéndola creer lo que no era, acercándose a ella con pena y compartiendo sus «heridas de guerra» de ese pasado. Cruel y violento.

Aciago. Luego haciéndola sentir comprendida, respetada, incluso amada. Y por último convenciéndola de que realmente merecía la pena volver a intentarlo. Confiar. Creer en el género humano. Pero lo único que quiso Arnold desde un principio fue acercarse a ella para poder obtener información sobre Jack. Luego trató de deshacerse de ella enterrándola todavía con vida. Pero no la conocían. En absoluto. No sabían quién era ella ni de lo que era capaz. Desde luego que no.

Le había costado recuperarse, física y anímicamente. La bolsa con la que envolvió su cabeza había dejado heridas, profundas y feas. Una irregular línea rojiza surcaba su cuello. Las ataduras, en brazos y piernas, marcaron su piel. El forcejeo había sido violento, había sido erosión y desgarros. Pero ahora estaba afinando otra vez sus sentidos. Había vuelto de entre los muertos para seguir haciendo aquello que hacía. Había sobrevivido otra vez. Y a partir de ahora todo sería distinto. Todo se iba a complicar mucho porque había llegado el momento de la verdad. De poner las cartas sobre la mesa.

Y hacer pagar a todos por lo que le hicieron. Pero esta vez de verdad, esta vez a uno de los auténticos responsables, concretamente a...

Jack

Jack, escúchala por una vez, Jack.

Estoy cansado. Toda la vida se ha dedicado a no hacer nada. A ir detrás de mí y a intentar aprovecharse. Seguirme a lo largo y ancho del país. Pensé que en Buffalo todo sería distinto. Pero nada ha cambiado. Incluso ha empeorado.

¿Estás seguro de eso, Jacky? Al menos ve a ver qué quiere. Es tu hermana y merece ser escuchada, ¿no crees? Esta vez parece más necesitada que nunca, parece distinta. Sufre, Jacky. Tu hermana sufre.

Jack ya había elegido el momento y el lugar para intentarlo otra vez. Hacer que el artefacto funcionase, que ese prototipo cruzase la línea, esa fina y casi invisible línea. Ese momento y ese lugar eran precisos, eran la consecuencia de sus últimos cálculos. De los próximos movimientos que él mismo tendría que hacer.

Esperaba no estar equivocándose y no tener que lamentar una muerte más. En vano y sin resultados.

Había algo extraño y feo detrás de todo aquello que hacía. Misterioso. Aterrador. Incluso Siniestro. El «proyecto vida» se había convertido en el centro de su vida. Junto con Mía. Esa variable humana que no podía entender en qué punto fallaba. En el fondo sabía que había algo que se le resistía. Los números no eran del todo claros como con el motor y el resto de sistemas del S90. Había algo detrás del «proyecto vida», del prototipo que había creado, que no terminaba de funcionar. Faltaba una pieza, una sola, pero absolutamente necesaria e irremplazable para que todo funcionase como tenía que funcionar.

La sentía muy cerca, cada vez más, mucho más que con las anteriores. Esperaba no volver a fallar. Veía la solución a tan solo unos pasos de él, o tal

vez a unos cuantos minutos. Pero lo importante era que cuando eso ocurriera, cuando su prototipo pudiese funcionar por sí mismo, algo muy grande ocurriría a partir de entonces. Tal vez el destino de toda la humanidad dependiera de ese hallazgo, tal vez el destino de la humanidad, simplemente, se viera profundamente condicionado como consecuencia de ese hallazgo.

Jack llevaba años realizando cálculos. Millones de operaciones cuyas «paradas» o «estaciones» anotaba en esa libreta de la que nunca se separaba. Su cuaderno. Esos cálculos analizaban cientos, miles de variables existentes en la naturaleza cuyos patrones de representación o manifestación eran codificados en un algoritmo numérico que trataba de describir el movimiento de cada una de esas manifestaciones a lo largo del tiempo y del espacio. Todo ello con la finalidad de describir un movimiento, el auténtico movimiento y dirección de todo cuanto acontecía a su alrededor, de la propia vida. Al final de esas cadenas, operaciones y cálculos, aparecían certezas y evidencias. Esas certezas y evidencias era lo que él pasaba a llamar «paradas» o «estaciones». Eran un punto a partir del cual seguir contando, como peldaños de una escalera. Y esa particular escalera estaba a punto de llegar a un nuevo tramo. A uno que tal vez significase un nuevo principio, un final.

Jack también había descubierto, no era fue el primero en hacerlo pero sí en saber qué significaban algunas de ellas, que a partir de los diminutos puntos que dejaban como impronta la sucesión de acontecimientos aparentemente aleatorios e inconexos, podían verse ciertas figuras. No siempre, pero sí a veces. Esas figuras ya se habían descrito anteriormente en el campo de las matemáticas y se denominaban fractales. Figuras u objetos geométricos cuya estructura básica aparentemente irregular se repetía constantemente y a diferentes escalas. Aunque las figuras y objetos que tenía Jack ante sí estaban unos cuantos pasos más allá de los fractales conocidos hasta la fecha. Las figuras de Jack eran la evolución de esos fractales. Su prototipo, el misterioso

y vital artefacto que había creado, provenía de la forma de uno de esos fractales, del más importante.

Los cálculos y la complejidad de los estudios y operaciones de Jack eran de tal magnitud, que todo lo que sus antecesores habían avanzado en ese campo, quedaba ya muy atrás del lugar en el que se encontraba su actual trabajo. Había perfeccionado los *movimientos brownianos*. Realizó amplios estudios y avances en *fenómenos aleatorios dependientes y en las cadenas de Márkov*, del matemático ruso Andréi Márkov. Dominaba e incluso había revolucionado las *funciones de transición* de Feller. También le había dado un nuevo enfoque al llamado «*vuelo de Levy*» y sus paseos aleatorios, los cuales se basaban en un modelo de distribución de probabilidad de cola pesada totalmente obsoleto a ojos de Jack. Todos y cada uno de los antecesores de Jack constituían una base de conocimiento que quedaba ya muy lejana del punto en el que él se encontraba.

Hacía ya tiempo que había pasado a otro nivel. A otro tipo de estudio, un nuevo enfoque de abordaje de los procesos estocásticos que él mismo había llamado «aleatoriedad profunda». Más o menos era como la espina dorsal de la aleatoriedad, como el hilo que unía no solo una cadena de sucesos o acontecimientos, sino todos los sucesos y acontecimientos juntos. La existencia humana y de todo el planeta Tierra, a ojos de Jack y de sus números, no constituían más que la tripulación de una nave en constante movimiento, que llevaba desde hacía mucho, mucho tiempo, viajando hacia un lugar incierto. Hacia un lugar sin nombre.

El día que Jack vio por primera vez esa aleatoriedad profunda estuvo sangrando por sus oídos y nariz durante horas. Después de eso no dijo ni una sola palabra en meses. Un periodo que los médicos que lo atendieron resolvieron con un «necesita ser ingresado urgentemente». No tenía muy claro qué era lo que la aleatoriedad profunda representaba o significaba, pero tal

vez se pareciese bastante a eso que muchos llaman el sentido de la vida, del universo, de la propia existencia. La cuestión era, si esa aleatoriedad profunda era la que estaba empujándolo todo desde el principio de los tiempos, haciendo que todo se moviese y siguiese hacia delante, ¿Por qué demonios lo hacía? ¿Y hacia se dirigía? Esas preguntas eran algo que lo superaba. Pero convivía con ello. Y trataba, día a día, de resolverlo.

Lo único sobre lo que no tenía ninguna duda es que la figura que había descrito hacía poco menos de un año y que él había pasado a llamar «proyecto vida», era de vital importancia para el funcionamiento de todo. Para esa gran cadena que se venía arrastrando durante millones de años por el universo y que se dirigía a un lugar y a un momento totalmente desconocido. Todavía.

Y ahora esa figura, la que había dado lugar a su prototipo, parecía tener un fallo, que le faltase algo. Inexplicable, pero no insondable, no para él, no para Jack. Tenía que hacerlo funcionar, lo haría funcionar, costase lo que costase. Después ya tendría tiempo de resolver el enigma que constituía Mía.

Jack abrió nuevamente el álbum de fotos y de recortes.

Un dos tres.

Un dos tres.

Un dos tres.

Las observó una a una otra vez. Trató de cincelar con la mirada cada detalle, la posición de los pies, de las manos, la mirada, la distancia entre las pupilas, los restos de brillo en los ojos o la intensidad con la que el lápiz de labios se hundía en los pequeños pliegues de piel sin vida.

¿Qué era lo que se le escapaba? ¿Dónde se encontraba eso que daba vida a la cosas? ¿Dónde se encontraba esa fina línea que separaba lo vivo de lo inerte?

Le vino a la cabeza su hermana Wendy y pensó en si era oportuno o no

verla. Quería a su hermana. Pero de alguna forma, estar con ella tenía algo que lo desconcentraba, que hacía que se alejara de ese objetivo que sentía que había estado tirando de él desde siempre. Desde toda su vida. A lo mejor, apartarse de ella era la solución. Es posible que alejarla para siempre de su vida fuese el movimiento que hacía falta para que se desencadenara el resto, la concatenación de sucesos que lo llevaran hasta su objetivo final, su objetivo, el de toda la humanidad.

Cerró el álbum de fotos y su libreta de anotaciones y se sentó en el suelo. Se situó en el centro de la amplia habitación de hotel que había alquilado con su identidad para las emergencias.

Necesitaba estar seguro de sus próximos movimientos, dar los pasos correctos y tratar de acercarse lo máximo posible al centro de la aleatoriedad profunda. Todo pasaba por ahí, ese camino era el único camino.

Cuarenta y nueve pasos. Esperas tres segundos y llamas al ascensor. Tarda cero coma cinco segundos en ponerse en marcha y siete más en llegar hasta la novena planta. Donde tú te encuentras ahora. El trayecto hasta la planta menos uno, lugar donde está el parking, es de sesenta y ocho metros y medio en vertical. La cabina del ascensor se mueve mediante un motor eléctrico con reductor a una velocidad de cuatro metros por segundo. El tiempo total hasta el parking es de diecisiete coma un segundos. Entrás al coche y tiras las tres veces del cinturón de seguridad antes de ponértelo. Revisas espejos, cierres, airbags, frenos, niveles y compruebas que el motor funciona como siempre, perfectamente.

Arrancas y sientes cómo cada una de las partes y sistemas del S90 se calientan. Los ciento dos octanos de pureza hacen que la gasolina fluya, circule. Se expande. Las treinta y dos válvulas se abren y se cierran, puedes sentir cómo el motor respira. Todo se comprime, todo se aprieta. Despliegas

el alerón de fibra de carbono ultra compacta que instalaste bajo el maletero para que los mil cuatrocientos kilos que pesa el S90 se agarrara bien al suelo cuando cogieras velocidad de verdad. La que vas a tener que coger justo ahora.

Abandonas el hotel y giras por Hugues Street. Metes segunda. Coges dos semáforos en rojo y tres en verde. Doblas a la derecha por Parker Street y continuas recto hasta bordear el parque Martin Luther King. Es una zona con restaurantes y el tráfico de personas por la calle y la acera es alto a estas horas. La temperatura ha descendido un grado. Aceleras. Metes tercera y coges cuatro semáforos en verde y uno en ámbar. Te lo saltas. Ya falta poco. No reduces. Continúas en tercera. Te has cruzado con cuatro coches patrulla pero no te detienes, ni tan siquiera los miras. No te buscan a ti. Buscan a un sedán negro, recuérdalo, y el tuyo ahora es blanco.

Ya estás llegando. Pero no metes cuarta. No puedes. Aún no. Sigues en tercera. Giras por la avenida treinta y dos y pisas el freno en dos ocasiones. Solo un poco. Deceleras veintiséis metros por segundo y tardas en superar los siguientes cuatrocientos metros apenas veinte segundos.

Giras de nuevo en Jackson Street y enseguida giras de nuevo en St. Bowie Street. Está oscuro. La temperatura ha bajado dos grados y la iluminación natural a esas horas es muy pobre, apenas veinte luxes.

Bajas a segunda. Escuchas cómo el motor del S90 se apaga. El ronroneo es suave y agradable. Te detienes por completo. Tiras del cinturón tres veces y sales del coche. Has llegado y ante ti hay...

¿Puedes hacerlo, Jack?

Sí, puedo. ¿Pero qué hay ante mí?

Enseguida lo verás. Pero imagino que ya lo sabes. Otra. Una más. El tiempo se agota. Tienes que salir justo ahora.

Ahora.

Kate

Había algo que Kate odiaba. No llegar nunca a tiempo. No adelantarse nunca a nada. A nadie. Siempre era la última en enterarse de las cosas, sobre todo de las cosas malas. La traición de Peter le hizo tanto daño no solo por el hecho de haber sido engañada por la única persona a quien amaba, la única que le quedaba, sino porque en la comisaría de Illionois, donde ella y Peter trabajaban, hacía ya tiempo que muchos lo sabían. Nadie tuvo el valor de decirle nada. Todos parecieron entender a Peter, claro, el pobre se había enamorado de otra y no había podido hacer nada, ¿qué culpa tenía? Claro. Por supuesto. Ninguna. ¿Qué culpa tenía?

Kate los maldijo a todos, y no solo golpeó a Peter, sino que tuvieron que separarla de Erik y de Lafayette porque ya se había echado encima de ellos con el único propósito de hacerlos callar. Por las malas. Claro. Kate era la mala. La que siempre saltaba y a la que no se le podía decir nada.

Estaba cansada. Cansada de ser ella la que persigue, la que tiene que salir corriendo para que no se le escape la presa, de jugarse la vida por algo, alguien, que ni tan siquiera se lo agradecerá porque ya está muerto, muerta, en este caso.

Fue a Patrick a quién llamaron para decirle que alguien acababa de denunciar que había visto cómo alguien, una sombra quizá, estaba abusando de una mujer en un oscuro callejón, alguien cuyo coche, presumiblemente era un sedán negro. Podían haber dado el aviso utilizando la radio del coche patrulla, o llamarla a ella por una maldita vez. Pero no, habían llamado a Patrick y ahora era ella la que se la estaba jugando saltándose pasos de cebra, semáforos en rojo o derrapando en cada curva, como si la vida de todas esas personas que estaba poniendo en juego valiesen infinitamente menos que la de

la mujer que acababa de morir. Presuntamente. Pero claro. No era estúpida. Lo que estaba en juego no era la vida de ninguna mujer, qué va, en absoluto. Lo que estaba en juego era la tranquilidad de la población, el poder salir a la calle sin miedo a que alguien te secuestrase, te violase y después te dejase tirada, muerta en un sucio callejón. Y eso era lo que sí valía todas esas vidas que ponían en juego cada vez que iniciaban una persecución como esa, incluso las suyas propias.

—No corras tanto, Kate, al final lo que vas a conseguir es que nos matemos —dijo Patrick cogiéndose bien fuerte al asa que había junto a su ventanilla.

—No querrás que se nos escape otra vez tu hombre, ¿no? —Era la primera vez que Kate le sonreía. Y a Patrick le pareció una sonrisa tremendamente sexy.

Kate metió tercera. Tiró del freno de mano y las ruedas traseras derraparon en la esquina de Hugues Street con Madison Square. Caucho negro impregnado en el suelo.

—¿Cuánto queda?

Patrick se quedó con la agarradera del coche en la mano y no dijo nada, tan solo miró a Kate con ingenuidad.

Subió a cuarta. Los dos kilómetros de Canyon Road a cien kilómetros por hora. Riesgo. Redujo a tercera. Más riesgo. Tuvo que cambiarse de carril precipitadamente cuando un Ford Mustang que estaba aparcado echó marcha atrás para salir. El cambio de carril hizo que el Toyota Prius que circulaba por su derecha tuviese que frenar casi en seco para evitar la colisión. Kate pidió perdón internamente al conductor que veía bracear y maldecir por el espejo retrovisor.

Giró a la izquierda. Embrague y segunda. Aceleró treinta kilómetros más. Cuatro mil revoluciones por minuto. Metió tercera. Giró a la derecha en Osage

Street. Seis mil revoluciones. Volvió a meter segunda. Pedal de freno. Caucho en el suelo. Entró en la avenida treinta y cuatro y metió otra vez tercera. Cinco mil revoluciones. Giró a la derecha en Pheasant Street. Aceleró treinta y cinco kilómetros más. Setenta y cinco por hora. Pie en el freno. Embrague y segunda. Giró de nuevo a la izquierda en Eagle Street.

Esa era la calle del aviso. Habían llegado. Tan solo tres minutos después de haber recibido la llamada.

Todo estaba muy oscuro. Pero en el fondo del callejón podía distinguirse una figura. Había alguien agachado en el suelo, junto a un cuerpo.

Lo tenían. Frente a ellos. Ya era suyo.

—Mierda, ¿estás viendo eso, Kate? ¿Lo estás viendo?

—Sí, joder, lo estoy viendo.

—Acelera, Kate, ya es nuestro. Acelera.

—¿Y qué demonios crees que estoy haciendo?

Kate pisó el pedal del acelerador a fondo. Aunque le costase una más que probable colisión contra esa doble figura que podía distinguir a menos de cien metros. Justo en el otro extremo de ese oscuro callejón que se extendía, irregular y tortuoso, ante ellos.

No se lo podían creer, por primera vez una llamada anónima había servido de algo, habían dado con él y estaban a punto de...

Jack

...alcanzarlo.

¿Qué vas a hacer, Jack? Te van a coger. Lo sabes, ¿verdad?

No, no pueden cogerme. No ahora.

No hay escapatoria, Jack. Esta vez no. Te han vuelto a engañar, Jack. Te dije que teníamos que dejar de una vez lo de las chicas, que al final pasaría lo que tenía que pasar, lo inevitable. ¿Cómo era eso? ¿Casualidad o consecuencia? Pero, sobre todo, ¿Por qué no lo has previsto, Jack? Hay una variable que no has tenido en cuenta y ha hecho que falles. ¿No es así? Y esa variable es...

Ayúdame a salir de aquí. Estoy cerca. Muy cerca de llegar a mi objetivo, de saber qué es eso que da vida a las cosas, de hacer que mi prototipo funcione.

Jacky, Jacky, Jacky. Siempre pidiéndome ayuda, siempre pidiéndome que haga cosas por ti cuando ni tan siquiera me das las gracias. Dime, Jacky, si te ayudo esta vez, ¿harás algo por mí?

Sí.

Está bien. Recoge eso que tienes en el suelo. Entra en el S90 y arranca. Ya.

Jack miró el rostro de la mujer que yacía en el suelo. La posición de sus ojos, el brillo de sus pupilas, apagándose, la posición de sus manos, la izquierda dejada caer sobre su pecho, a la altura del corazón, y la derecha extendida sobre el suelo, como si estuviese ofreciéndoselo, haciendo una plegaria.

Cerró el pequeño estuche de cuero negro, cogió la cámara de fotos y se detuvo un instante justo antes de abrir la puerta del S90.

¿A qué esperas, Jack?

A nada.

Jack entró en el S90. Quería ver bien la cara del conductor del Dodge Charger que estaba a punto de colisionar contra él, aunque se imaginaba quién era. Esa pareja de policías de Buffalo, sobre todo ella. Lo que no sabía era por qué estaban allí, cómo era posible que estuviesen allí.

No realizó ninguna pauta en esta ocasión. No se puso el cinturón de seguridad ni realizó ningún control. El callejón de Eagle Street era muy estrecho, tanto que era prácticamente imposible dar la vuelta con el coche.

El Dodge Charger lo tenía prácticamente encima. ¿Desde cuándo la policía llevaba ese tipo de coches? Llantas *runflat* de veinte pulgadas no deformables con doce radios de acero galvanizado ultraligero, neumáticos radiales antipinchazos con filamentos de aluminio reforzado, banda de rodadura de diez milímetros. Ese coche, sí era un buen coche.

Jack metió marcha atrás. Pedal de acelerador a fondo. Una línea recta casi perfecta. Cambio de eje en la caja de cambios. Engranajes helicoidales. De cero a setenta kilómetros por hora en uno con dos segundos. El acero, el Kevlar y la fibra de carbono de la carrocería del S90 dejaron una estela, un rastro de partículas volátiles incandescentes al pasar rozando por la pared. El violento giro a la derecha a setenta kilómetros en marcha atrás era imposible de realizar sin el impacto y el rozamiento continuo. Erosión de piedra, pintura y humedad. Por un momento, un resplandor de lluvia de metal ardiendo hizo que el S90 pareciese un cometa a punto de ser engullido por la más absoluta negrura cósmica. Solo que esa negrura tan solo era la oscura noche en un callejón de Texas.

Jack pudo ver justo antes de desaparecer marcha atrás por el callejón hacia Maryland Street cómo el Dodge Charger levantaba una enorme y densa nube de humo negro al frenar en seco para no pasar por encima del cuerpo de

la mujer que yacía en el suelo. Las ruedas traseras hicieron un vaivén a izquierda y a derecha y el morro del Charger besó el suelo antes de detenerse por completo a escasos centímetros del cuerpo de la mujer número ocho en la sucia calle. Discos de freno autoventilados y carbocerámicos. Pinzas fijas monobloque de aluminio Brembo. Seis pistones en el eje delantero y cuatro en el trasero. Bien por Dodge.

Enderezó el S90 y puso rumbo hacia Cowan Street en tercera. Embrague. Cuarta. Un dedo sobre el botón del nitro, el sistema de las emergencias. Giro a la derecha. Giro a la izquierda. No vio ni al Dodge ni a ningún otro coche de policía siguiendo su rastro. Los había perdido de vista. De momento.

Ciento cuarenta y ocho pulsaciones por minuto y frecuencia respiratoria de treinta.

Cuidado, Jack.

El temblor de manos había vuelto. Cogió bien fuerte la palanca de cambios con una mano y el volante con la otra. Sintió cómo por su oreja derecha la sangre brotaba de nuevo.

La pareja de policías ya habría dado aviso por radio de que el coche al que buscaban era blanco y no negro. Probablemente incluso habrían logrado anotar el número de su matrícula. Es posible que también le hubiesen visto con claridad la cara. Aunque con la escasez de luz de ese callejón y el deslumbramiento que provocaban los faros de alta luminosidad del S90 no podía estar cien por cien seguro de lo que habían o no habían visto.

No estarás pensando en quedarte con el S90, ¿verdad, Jack?

No podía regresar al hotel en el que se alojaba. El parking tenía cámaras de vigilancia activas y detectarían la presencia del Volvo blanco con rapidez.

Dejó Amarillo por la interestatal número cuarenta y se desvió por la carretera trescientos ochenta y cinco. Vega. Apenas ochocientos habitantes, miles de kilómetros de extensiones vacías y árboles. Sobre todo árboles. Un

desierto verde donde perderse. Casas abandonadas y naves industriales oxidadas y semiderruidas. Olvidadas.

Entró en una antigua fábrica de acero industrial y se aseguró que desde fuera, a través del agujerado y desencajado portón, no se veía el S90.

¿Qué vas a hacer ahora, Jack? ¿Tampoco piensas abandonar Amarillo?

No puedo, sabes que no puedo, todavía no, aún tengo que comprobar algo.

Jack sacó el estuche de cuero que había recogido del suelo justo antes de que el Dodge policial se le echara encima. El mismo que siempre guardaba en el compartimento del S90 que había bajo el motor, en el que también ocultaba ese prototipo que lo cambiaría todo.

Sé que no quieres pensar en ello ahora, pero, ¿has pensado que la temperatura del cuerpo de la última víctima era quizá, un poco alta?

¿Qué quieres decir?

Que es posible que todavía continuase con vida, Jack, y sin embargo tú... ¿qué has hecho, Jack?

No. Eso no es cierto. No estaba viva.

Lo que tú digas, Jacky. Pero yo te digo que lo estaba.

Ciento cincuenta pulsaciones por minuto. El pulso de Jack, lejos de bajar, continuaba subiendo. Su oreja derecha no paraba de sangrar. Los zumbidos eran ahora un taladro que se adentraba abriéndose paso hacia el interior de su cerebro. Dolorosa e intensa perforación. Auténtico dolor.

Sacó el prototipo con cuidado y lo puso sobre el capó del S90. No tenía tiempo que perder. Abrió el estuche de cuero negro y sacó la muestra de sangre extraída de la última víctima. La octava. Cerró los ojos. El pulso le temblaba demasiado. Contó de nuevo. Hizo cuatro series de tres. Suaves golpecitos a intervalos precisos y exactos sobre el capó del S90. Nudillos de la mano derecha en ángulo recto.

Ahora.

Vertió las escasas gotas de sangre extraídas de la última víctima sobre el orificio central del prototipo del «proyecto vida». Y esperó.

Esperó a que algo ocurriera. A que algo pasara. Tenía que funcionar.

El prototipo dio una sacudida. Pequeña. Otra más. Un poco más intensa. Las válvulas empezaron a abrirse y a cerrarse con lentitud. Desperezándose. Los pernios a girar. La pseudopiel cambió ligeramente de color y se empezó a contraer tímidamente.

Estaba funcionando. El prototipo se estaba moviendo. Jack sostuvo la respiración durante tres segundos exactos. El tiempo que permaneció el prototipo poniéndose en funcionamiento, activando los más de cincuenta mil elementos que lo componían. Hasta que de pronto, todo se paró. Dio una sacudida, inesperada y violenta. Y todo quedó de nuevo en silencio.

Otra vez.

No podía ser. No era posible. ¿Por qué no había funcionado? ¿Qué se le estaba escapando?

Se dejó caer en el suelo apoyando la espalda sobre el lateral, quemado y abrasado, del S90. No le encontraba ninguna explicación. No entendía por qué los números se estaban comportando de esa forma tan extraña. ¿Qué estaba haciendo mal? Él lo había visto, como siempre, las figuras, los momentos y lugares exactos, el patrón, la pauta, esa caminata aleatoria con un principio y un final irremediamente determinado por su propio proceso, por su propia razón de ser.

Cogió aire. Trató de dejar la mente en blanco, cerrarse por completo y concentrarse en controlar su cuerpo. Demasiado tiempo poniéndolo al límite. Demasiada intensidad. Su oreja derecha no paraba de sangrar y se había empezado a marear.

Su teléfono móvil emitió el sonido de una nueva notificación. Abrió los

ojos y antes de cogerlo escuchó el sonido de otra notificación más.

La primera lo dejó totalmente desconcertado. Era un mensaje de Mía.

«Hola, Jack. Tenemos que hablar. Llámame cuando puedas».

El cerebro de Jack volvió a ponerse de nuevo en marcha. Y no tardó en aparecer de nuevo el dolor. Más dolor. Ese que empezaba en sus oídos y que se adentraba peligrosamente hacia el centro de su cabeza.

¿De verdad había recibido un mensaje de Mía?

Antes de seguir pensando, abrió la segunda notificación.

En esta ocasión el mensaje era de Wendy...

Wendy

«¿Cómo estás, Jacky? ¿Bien? Seguro que sí. Porque tú solo piensas en ti y eso hace que ya te cuides de que a ti nunca te pase nada malo. Vale. Bien. No importa. Ya veo que no te has molestado ni siquiera en llamarme. Vale. Lo asumo. Asumo que no me quieres ni quieres saber nada más de mí. De tu hermana. Yo que te he ofrecido mi corazón tantas veces y tú a mí solo tu miserable dinero. Bien. De acuerdo. Tú lo has querido, Jacky. No sabes de lo que soy capaz ni lo que voy a hacer. Adiós, Jacky. Tu única hermana, la única que siempre te ha querido. Me despido para siempre. Espero que vivas lo suficiente para arrepentirte hasta el infinito».

Una lágrima había empezado a resbalar por la mejilla de Wendy. Ella no siempre fue así. Reclamar el amor de alguien era algo que detestaba. Pero había llegado a un punto de desesperación y necesidad que la habían empujado a hacer cosas que nunca imaginó que pudiera llegar a hacer. Y aún no había terminado. Faltaba lo mejor. El último movimiento.

Apretó los dientes. Dolor interior. Alzó su mano derecha. Apretando el móvil con todas sus fuerzas. Y justo cuando estaba a punto de hacerlo añicos contra la pared del hotel escuchó cómo bajo su mano, el teléfono vibraba.

«Hola, Wendy. Perdóname. Pero últimamente yo también he tenido problemas. ¿Quieres que nos veamos ahora? ¿Eh, quieres? Pero tienes que venir a donde yo estoy. Verás, he tenido un pequeño accidente, ya sabes, por todo el asunto aquel de la acusación falsa contra mí, y tienes que venir tú a donde yo estoy. ¿Puedes? Gracias, Wendy, por quererme y por tener tanta paciencia conmigo. Tu hermano, que también te quiere».

Wendy casi rompe a llorar de alegría al leer aquel mensaje. No se lo podía creer.

«Sí, Jack, claro que puedo. Tú dime dónde y enseguida estaré ahí».

CAPÍTULO 13

¿POR QUÉ NUNCA QUIERES QUE HABLEMOS DE ÉL?

Patrick y Kate

—Está viva joder, Kate, está viva.

—Ya lo sé que está viva, joder, y también que ese cabrón se nos ha escapado delante de nuestras narices. Mierda.

—¿Has llamado a la ambulancia, verdad?

—Están en camino.

—Bien.

Patrick estaba arrodillado en el suelo, controlando el irregular y débil pulso de la mujer que estaba tendida en el centro de Eagle Street. Tratando de no contaminar la escena del crimen.

Kate estaba de pie. Nerviosa. No paraba de andar arriba y abajo. De observar cada detalle. De tratar de encontrar algo que el Hombre del coche se hubiese dejado junto a esa mujer. Lo habían tenido. Lo tenían y se les había vuelto a escapar. ¿Cómo era posible que se hubiese esfumado de esa manera? ¿Cómo era posible que hubiese hecho una maniobra como la que hizo sin estrellarse? La precisión y la velocidad con la que el S90 desapareció de su vista marcha atrás le parecían más bien propias de una película de terror o de ciencia ficción que de algo que pudiese pasar en realidad. No podía quitárselo de la cabeza. El sedán blanco parecía haber sido arrastrado a la fuerza, engullido por un enorme y poderoso brazo invisible. Nadie hacía algo así. Nadie podía hacer algo así.

—Se está apagando, Kate. Mierda, creo que ya no le encuentro el pulso.

Los ojos de Patrick, suplicantes y fugaces, se cruzaron en esa oscura calle con los de Kate. Dudosos. Tambaleantes.

—Déjame.

Patrick se hizo a un lado mientras Kate se disponía a ponerse a

horcajadas sobre el cuerpo de la mujer para empezar con las maniobras de resucitación cardiopulmonar. Pero justo en el instante en el que iba a empezar las compresiones torácicas, la ambulancia inundó de luz y ruido todo Eagle Street.

Dos sanitarios salieron corriendo tras abrir los portones lateral y trasero. Uno de ellos llevaba un maletín de emergencias y el otro una bala portátil de oxígeno.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto el más joven.

—¿A ti qué demonios te parece? Se acaba de quedar sin pulso, maldita sea —En los ojos de Kate el fuego era intenso. La ira y la rabia hacían que sus pupilas temblaran.

El sanitario más mayor le tomó el pulso a la mujer y puso la membrana de un fonendoscopio sobre su pecho.

—No tiene pulso, prepara el desfibrilador, John.

Abrieron de un tirón la blusa de seda de la octava víctima del Hombre del coche, pusieron gel conductor sobre las placas y le aplicaron doscientos julios de descarga durante diez milisegundos.

El sanitario más mayor volvió a tomarle el pulso.

—No responde, John. Prepara un bolo de adrenalina.

Más gel. Palas. Más julios. El tórax de la víctima elevándose casi diez centímetros del suelo. Bolo de adrenalina en yugular izquierda. No hay pulso. Más intensidad. Más voltios. Más julios. Más adrenalina.

—Espera —dijo el sanitario más mayor. Pegó su oreja a la altura de la boca de la mujer y un dedo a su carótida izquierda—. Tengo pulso. La tenemos, John. Hay que irse ya.

Patrick y Kate respiraron aliviados al ver que todavía estaba viva. Ayudaron a los dos sanitarios a cargarla en el interior de la ambulancia y se pusieron en marcha tras ellos en dirección al hospital Northwest Texas

Healthcare.

Todo había ocurrido tan rápido que no habían tenido tiempo para comentar nada, para pensar en nada.

Kate conducía. Sofocada. Nerviosa. Patrick apoyó una mano en su frente tratando de reordenarlo todo. Su teléfono empezó a vibrar justo cuando iba a decirle algo a Kate.

—¿Sí?

—¿Agente Patrick Hunt?

—Sí, soy yo, ¿con quién hablo?

—Soy Martin Donovan, el médico forense asignado al caso del...

—Sí, ya sé quién es. ¿Qué ocurre?

—Verá, agente Hunt, ¿recuerda cuando le dije que no podíamos estar seguros de si a Fiona Barnes le habían inyectado la droga o no?

—Sí.

—Pues después de terminar la tercera fase de mi estudio, puedo decir con total seguridad que el cuerpo de Fiona Barnes sí recibió un pinchazo. No ha sido fácil, ¿sabe? El cuerpo humano es tan extenso y presenta tantos y tantos recovecos que a veces uno no sabe bien si...

—Al grano, Donovan. No tenemos mucho tiempo. ¿Qué ha encontrado?

—Un pinchazo en la base del cráneo.

—¿Dónde?

—En la base del cráneo. Sí, ya sé que no es el lugar en el que uno espera que pinchen a una persona para dejarla dormida, pero verá, agente Hunt, el pinchazo no se realizó estando viva, sino *post mortem*.

—¿La pincharon estando ya muerta?

—En efecto. El pequeño desgarro de la piel y unas ligeras estrías más amoratadas de lo normal lo confirman. Lo que no sé es por qué la pincharon, tal vez para administrarle algún tipo de sustancia que desconocemos, lo que no

sé es para qué. No se han encontrado rastros de ninguna droga en los tejidos adyacentes ni subyacentes al pinchazo, y eso es raro, muy raro.

—Está bien, Martin, muchas gracias por llamar, ¿algo más?

—No. Bueno, sí. Le contará usted todo esto a la agente Myers, ¿verdad?

—Sí... ¿por qué lo pregunta? —dijo Patrick mirando a Kate.

—No, por nada. Solo lo preguntaba. Adiós, agente Hunt, le llamaré si descubro algo más. Dígale adiós también a la agente Myers.

—Claro, adiós Martin. Y gracias otra vez.

Patrick colgó el teléfono y se quedó mirando a Kate unos instantes.

—¿Y bien? ¿Vas a contarme qué te ha dicho? —preguntó Kate con enfado.

—Era Martin. Me ha dicho que ha encontrado un pinchazo en la base del cráneo de la última víctima, Fiona Barnes.

—¿Y qué más?

—No sabe por qué la pincharon ahí ni qué fue lo que le inyectaron, si es que le inyectaron algo. Pero de lo que sí está seguro es de que el pinchazo se hizo *post mortem*.

Kate levantó los ojos de la carretera y miró a Patrick con extrañeza.

—Y bueno, Martin también me ha dicho que no olvidara contarte nada de esto a ti y que te diera recuerdos —dijo Patrick sonriendo de nuevo. Levantó un par de veces las cejas y se encogió de hombros con gracia.

Kate lo miró de nuevo un instante y a pesar de la situación no pudo evitar soltar una pequeña sonrisa. Tenía algo ese hombre que hacía que por momentos consiguiera olvidarse de todo, de su pasado, de quién era ella.

La ambulancia paró en la puerta de urgencias del Northwest Texas Healthcare y ellos aparcaron a unos metros.

Tenían una nueva prueba y a una potencial testigo en primera persona. Bien. Si los médicos conseguían salvar la vida de esa mujer tal vez llegaran a conocer lo suficiente del Hombre del coche como para saber por qué hacía lo

que hacía, qué era lo que lo movía y cómo se relacionaba con las víctimas o si existía alguna conexión con ellas que desconocían. Porque de lo ya no dudaban ninguno de los dos, es de quién era. No habían hablado en todo el camino de ello. Pero los dos lo habían visto a la perfección.

Jack.

Mía

«Jack, entiendo que no quieras saber nada más de mí. De verdad que lo entiendo. Sé que lo que te hice no estuvo bien. Nada bien. Y no sabes las veces que me he odiado por ello y lo mucho que me arrepiento. Pero necesito que vuelvas a confiar en mí. Necesito tu ayuda, Jack. Es por Kevin. ¿Recuerdas? Verás, Kevin está conmigo. Quiero decir, bueno, mejor te cuento en persona. Pero creo que se ha vuelto loco, Jack, de hecho estoy segura, y que va a hacer algo muy malo, ha estado haciendo cosas malas, Jack, y no sé cómo pararlo. Lo he intentado, lo juro. Pero no he podido.

Dime algo, Jack.

Mía. Te echo de menos».

Pulsó enviar con un temblor de manos y sequedad en los labios. Sabía que enviar ese mensaje era empezar a traicionar a Kevin. Era empezar a matarlo. Sí, era empezar a matarlo. Pero no le había dejado otra opción. Había llegado el momento de desprenderse de él. Ya no podía seguir arriesgándose más a que metiera la pata y acabaran cogiéndolos a los dos. Si algo había aprendido en la vida es que tenía que hacer las cosas por sí misma para continuar manteniéndose con vida.

Ella no era la mejor persona del mundo. De hecho había hecho unas cuantas cosas bastante malas y era cómplice de otras tantas. Pero eran las decisiones y acciones de los demás, de Kevin concretamente, las que no solo ponían su seguridad personal en un grave peligro, sino eso que muchos llaman conciencia y que ella tuvo reconstruir de cero desde bien pequeña. ¿Era necesario adormecer a la señora Linda Galleymore de esa manera para llevar a cabo el gran robo al Crédit Lyonnais sabiendo que podía morir de una parada cardiorrespiratoria? ¿Era necesario implicar a su amiga y compañera

de trabajo Lindsay para fingir ese estúpido atraco a Wendy y conseguir copiar las llaves de casa de Jack? Pero sobre todo, ¿era necesario matarla? ¿Atropellarla? ¿Por qué? Kevin se empeñaba en decir que fue un accidente, que cuando dejó a Wendy otra vez en el Brown Sugar para ir a por el coche la atropelló sin querer porque no estaba donde le dijo que tenía que estar.

Lo peor de todo es que ya no se fiaba de Kevin. Había perdido su confianza y todo lo dijese o hiciese habían pasado a ser algo sospechoso. Más después de lo que había descubierto. De lo que había estado haciendo todas esas horas en las que no estaba con él, en las que no sabía lo que hacía. Planeaba algo realmente malo. Algo horrible. Había visto esos horripilantes recortes de periódico sobre la muerte de esas mujeres, esos planos sobre cómo construir una bomb... No se atrevía siquiera a pensar que Kevin fuese capaz de semejantes atrocidades. Pero las pruebas eran las que eran.

Y Jack... lo de Jack era algo que por alguna razón era superior a su entendimiento. No había podido identificar qué era exactamente lo que sentía hacia él. Pero no le había mentado en lo de que se arrepentía de lo que le había hecho, ni tampoco en lo de que lo echaba de menos. Era cierto. Y también eso de que necesitaba su ayuda. Ella tenía sus razones para hacer lo que le hizo. Sí, sus razones. Aunque fueran las mismas que la habían estado arrastrando por el fango, la culpa y el remordimiento, todos estos años. ¿Por qué demonios no paró todo aquello a tiempo? ¿Por qué no supo ver en qué acabaría todo?

De nuevo, como en su primera cita con Jack, no mentía, y como en tantas otras ocasiones sintió esas pequeñas arañitas abriéndose paso por el interior de su pecho. Tuvo que parar un segundo a coger aire. Respirar.

Cogió las llaves del Buick Verano y antes de salir pasó por el estudio de Kevin, el lugar de donde nunca se movía. Lo vio de nuevo con esos estúpidos y siniestros recortes de periódico. Vio cómo trataba de esconderlos cuando sintió su presencia en el umbral de la puerta. Resultó ridículo. Uno de los

recortes salió volando al dar el carpetazo a todo el dossier que Kevin mantenía oculto en ese gigantesco estudio lleno de equipos informáticos y de monitores con los que controlaba tantas cámaras, tantos móviles, tantas vidas.

Mía se agachó para recoger el ondulante papel en blanco y negro recortado de la primera página del New York Times. «El equipo médico logra salvar la vida de la última víctima de El Hombre del coche». Ese era el titular que había bajo una fotografía granulada y borrosa de un sedán negro. No era la primera vez que Mía veía uno de esos recortes. Aunque Kevin no tenía ni la menor idea de ello.

Kevin tragó saliva. Nervioso. Hizo girar su sillón ergonómico y se levantó apresurado.

—Devuélveme eso, Mía.

Los dos se estudiaron con la mirada.

—No es lo que piensas —dijo Kevin apretando el entrecejo. Una gota de sudor espeso brotó justo del centro de su frente.

Mía le devolvió el recorte de periódico sin decir nada. Kevin apretó los dientes y se lo guardó rápidamente como si así pudiese borrar lo que acababa de suceder.

Mía abandonó Golden Fields sabiendo que estaba a punto de llegar a ese lugar en el que ya no hay marcha atrás. En el que todo va a cambiar para siempre.

Sintió de nuevo ese cosquilleo en el pecho. Algo más fuerte.

Se subió al Buick Verano y pensó en Jack, y luego otra vez en Kevin. ¿Por qué guardaba todos esos recortes de periódico sobre el Hombre del coche? ¿Acaso Kevin era...?

Justo antes de que su mente empezara a elucubrar cadenas de malos pensamientos su teléfono móvil emitió el sonido de una nueva notificación.

Jack

«Hola, Mía. No sé qué decir. No sé qué pensar. Pero si algo sé es que yo también quiero volver a verte y que creo que tiene que haber alguna explicación para lo que pasó. Verás. No sé qué pensarás de todo esto, pero como puedes imaginar tuve que huir de Buffalo y estoy aquí, en Amarillo. Así que cuando tú quieras podemos vernos. Jack».

En cuanto pulsó enviar se arrepintió al instante de las palabras que había utilizado. Del tono del mensaje. Daba la impresión de ser un loco o un acosador.

¿Lo era?

De todas formas, lo hecho, hecho estaba, y si así había sido es porque así debía de ser.

La aleatoriedad profunda.

¿Las cosas que ocurren lo hacen por casualidad o por consecuencia, Jacky?

Apenas había tenido tiempo para pensar en Mía ni en lo que había querido decirle con ese mensaje. ¿Qué había querido decir con que estaba con Kevin? ¿Se refería al mismo Kevin que ejercía como portero en su comunidad de vecinos? Si era así, desde luego que sí que habían orquestado un buen plan a sus espaldas, algo mucho más elaborado y premeditado de lo que él había imaginado. Pero lo que más le asustó fue el pensar que tal vez también pudiesen estar al tanto de la existencia de su artefacto y de los estudios que había realizado en esa línea. De la aleatoriedad profunda y el proyecto vida. ¿Era eso posible?

Tal vez había subestimado a Kevin y a Mía hasta tal punto que podría ser posible que no tuviese ni la menor idea de quiénes eran en realidad ni qué era

lo que pretendían.

Por primera vez desde que conoció a Mía se planteó que a lo mejor no había demasiado buena idea introducirla en la ecuación de su vida. O quién sabe, a lo mejor ella y Kevin estaban destinados a adueñarse de todos sus avances y años de estudios.

No, eso no puede ser, Jack. No tiene ningún sentido.

Ya lo sé, no lo tiene. Pero ya no sé qué pensar.

Demasiadas contradicciones. Demasiados acontecimientos. Inesperados y rápidos. No estaba acostumbrado a ese ritmo. A que todo pasase a esa velocidad y sobre todo a que aquello que pasase a su alrededor fuese una sorpresa constante. Algo no previsto antes por él. Eso lo convertía en un ser tremendamente vulnerable. En una persona normal.

Algo horrible estaba a punto de pasar. Él lo había podido ver en esa gran ecuación que trazaba el transcurso de la vida, de todo cuanto pasaba. La aleatoriedad profunda. Todavía no sabía exactamente cuándo, pero no le cabía la menor duda de que sería pronto. Más pronto de lo que él había imaginado. Y antes de que eso sucediese tenía que terminar como fuese el proyecto vida, hacer que el artefacto funcionase. Costase lo que costase. Porque eso era la clave de todo. Eso era lo que marcaría el devenir de la nueva era en la que iba a entrar la humanidad.

Necesitaba calmarse. Centrarse. Volver a recuperar el control de la situación. De los acontecimientos inmediatos que pasaban y que iban a pasar a su alrededor.

Trató de dejar la mente en blanco unos instantes. Notaba cómo su cerebro, desde hacía muchas horas, estaba inflamado, lo sentía palpitar. Vibrar en su interior. La sangre desbordarse por sus cansadas y sobresolicitadas arterias. Su oreja derecha llevaba horas sin dejar de sangrar, días seguidos como un grifo mal cerrado, goteando, incesante, imperturbable.

El factor humano. Ese era el único y verdadero problema. Primero fue Katia32. Después Mía. Y ahora resulta que también había que incluir en la ecuación a Kevin y a la pareja de policías que le pisaban los talones. Todo ello sin olvidarse de Wendy y del Hombre del coche...

¿Quién es el Hombre del coche, Jacky? ¿Por qué nunca quieres que hablemos de él? ¿Es porque tienes miedo a escuchar la respuesta? ¿Crees que no podrías con ello, Jack? No vas a poder esconderte eternamente, Jacky. La realidad es la que es, te guste o no.

Sintió un fuerte mareo y tuvo que apoyar las dos palmas de sus manos en el suelo para no perder la consciencia. La sangre, de nuevo, brotando de su oreja derecha se acumulaba en un pequeño y denso charco. Los zumbidos habían regresado y parecían estar percutiendo en su interior cada vez con más fuerza. Las manos le temblaban. La garganta se le cerraba. Las piernas habían empezado a darle sacudidas involuntarias y molestas. Su visión empezó a nublarse...

Jack. Escúchame. Deja de pensar en todo eso y concéntrate en los números. Ya habrá tiempo de pensar en todo lo demás. Es tan sencillo como eso, Jacky. Deja las variables aleatorias por un momento. O ya sabes qué sucederá. Te desvanecerás. Deja de intentar planificar a largo plazo y concéntrate solo en el presente, en el futuro inmediato.

Jack respiró profundamente. Se concentró en lo que le decía «la voz» y sus síntomas parecieron mejorar.

Todo a su alrededor parecía desmoronarse. Su apacible vida en el Crédit Lyonnais parecía tan lejos como lo fue su infancia en Twin Falls, Idaho, o sus posteriores residencias como su paso por Portland, Oregon, el lugar donde su madre los abandonó. Denver, Colorado, donde conoció a Terence Cumbs, doctor en Matemáticas y ganador de la medalla Fields en mil novecientos ochenta y ocho. Experto en análisis armónico, en las series y las transformadas

de Fourier y también en el procesamiento de señales analógicas y digitales. Con Terence aprendió algo muy importante, que todo, absolutamente todo, por complejo que parezca, se puede dividir infinitamente en funciones y elementos que se puedan manejar con comodidad. Su relación con Terence acabó en discusión cuando Jack le planteó la posibilidad de que en realidad, todos los espacios de Hilbert eran de una dimensión finita. Terence, experto en ese campo, aseguró que eso era imposible, que los espacios de dimensiones infinitas como por ejemplo los espacios de funciones eran un hecho probado y por tanto «indiscutible». Cuando Jack le demostró su teoría, Terence lo acusó de haber falseado los números, de haber hecho trampa y haber alterado el resultado. No quiso volver a saber nada más de él y Jack partió hacia Madison, Wisconsin.

Allí conocería a Stanislav Romanov. Matemático y físico ruso cuya vida profesional había consagrado al estudio de la teoría de la probabilidad. Rama de las matemáticas encargada de estudiar los fenómenos estocásticos y aleatorios, precisamente la especialidad de Jack. Stanislav y Jack compartían su visión acerca de las dimensiones y redes finitas. Stanislav era experto además en la teoría de la Percolación. Estudio basado en la observación, comprensión y conocimiento sobre cómo «algo» fluye a través de «otro algo» que es compacto pero a la vez es también poroso. La percolación tenía grandes aplicaciones no solo en la estadística, sino también en los campos de la biología y la geología.

Cuando Jack le habló de sus progresos en los procesos estocásticos y de su teoría de la aleatoriedad profunda y Stanislav vio en sus ojos que creía firmemente en que se podía conocer de antemano lo que iba a suceder, pasó de verlo como el más genial de los colegas que había conocido a verlo como un loco delirante. Nadie podía conocer el futuro, nadie podía calcular tantas y tantas variables aleatorias como para saber qué iba a suceder y cuándo. Eso

era totalmente imposible, el delirio de alguien que había perdido la cabeza.

Jack también pasó por Kokomo, Indiana, o Nashville, en el estado de Tennessee, entre algunos otros lugares. En todos y cada uno de ellos siempre aprendió algo, siempre creyó haber dado un paso en esa dirección a la que se dirigía y de la cual nunca se había atrevido a hablar con nadie. A excepción de esa «voz» que lo había acompañado desde que tenía uso de razón. Caminando a su lado, siguiendo la pauta, el patrón, el camino que los números le marcaban. Y así fue hasta llegar a Buffalo primero y después a Amarillo. Y eran precisamente sus dos últimos destinos los que no parecían tener sentido alguno dentro de la ecuación de su vida, de la dirección de la pauta que había seguido desde que tenía memoria. Al menos todavía no le había encontrado ese sentido. Lo había hecho todo bien, cada vez con más y mejor precisión, y sin embargo a veces tenía la sensación de no estar caminando en la dirección correcta. De haberse perdido en el camino confundiendo casualidad y consecuencia, probabilidad y causa.

Aunque aquello a lo que llamaba casual era simplemente lo que todavía no había logrado comprender.

Los cinco años que había estado en Buffalo le parecían ahora como una enorme e inabarcable laguna cuyos bordes jamás estarían a su alcance. Se preguntó qué sentido tenía haber invertido esos cinco años, qué sentido tenía ahora su precipitada huida hacia Amarillo. Y tan solo encontró una explicación; la chica del semáforo.

Fue pensar en ella y recibir la notificación de un nuevo mensaje.

«¿Te vendría bien que nos pudiésemos ver ahora, Jack? ¿Dónde te alojas?»

Mía.

Ciento veinte pulsaciones por minuto. La oreja derecha ya no le sangraba pero los zumbidos no se habían marchado. Seguían ahí, como «la voz»,

siempre a su lado.

«Digamos que ahora mismo no me alojo en ningún sitio, ¿te vendría bien que quedásemos a las afueras de Amarillo? Hay una población llamada Vega, cerca de la salida trescientos ochenta y cinco cogiendo la interestatal cuarenta. Antes de llegar verás un área de servicio llamada Yellowstone cuarenta. Si te parece bien nos vemos allí dentro de media hora».

Jack se quedó observando la pantalla del teléfono esperando a que vibrara de nuevo sobre la palma de sus manos. Recordó el día en que todo se torció. El día en que vio a Mía sin ropa. Lo bien que se sintió a su lado. Lo bien que se sentía estando cerca de ella, pensando en ella. Era algo que estaba más allá de todos los números y variables aleatorias o no aleatorias. Era algo que de algún modo le daba sentido a todo, aunque todavía no sabía ni cómo ni por qué. Tal vez ese algo estuviese cerca de eso que daba vida a las cosas.

Tal vez.

Jacky, Jacky, Jacky. Déjalo ya, anda. Deja de pensar en Mía. ¿Recuerdas que me dijiste que si te sacaba del apuro con la pareja de policías tú también harías algo por mí? Bien, Jacky. Pues te pido por favor que no veas a Mía. No te conviene y solo te traerá problemas. Además, ¿Recuerdas que has quedado con Wendy y que estará al caer, verdad?

Déjame en paz.

No es ese el acuerdo al que llegamos, Jacky, no está bien romper los tratos que se hacen, no está bien romper un pacto entre caballeros.

Tú no entiendes nada. Tú no tienes derecho a decirme lo que tengo o no tengo que hacer. Tú no sientes nada, no lo has sentido nunca y no sabes qué es eso que da vida a las cosas. Déjame en paz de una vez.

El móvil de Jack emitió un nuevo pitido.

«Me parece bien, Jack. Voy ya hacía allí. Ahora nos vemos. Mía».

Jack respiró aliviado. Sus pulsaciones volvieron a subir un poco más

pero los zumbidos parecían haberse apagado y el grifo del goteo de sangre constante haberse cerrado.

Justo en el momento en el que iba a enviarle un mensaje a Wendy para decirle que le había salido un imprevisto y que no fuera hasta allí, escuchó cómo aparcaba su Lincoln Town junto al portón de la fábrica de acero en la que se encontraba.

Wendy

Cerró el coche de un portazo y sintió una sensación de ahogo alrededor de su cuello. Más por el recuerdo y la humillación de lo que le habían hecho Mía y Kevin que por el dolor en sí. La vida no había sido amable con ella. Nunca. Y ella no sentía ninguna necesidad de ser amable con la vida.

Ahora todo parecía que se le estaba yendo de las manos. Al principio sintió placer. Su rebeldía era su forma de decirle al mundo que ella también tenía una voz. Y que esa voz era un grito de dolor y de rabia tan grande como para que su eco llegase hasta todos los rincones del planeta. La sociedad en la que vivía era un campo de rosas en la que a unos le tocaban los pétalos y a otros, como a ella, las espinas. «Su rebeldía», como ella lo llamaba, era una forma de canalizar la ira. Sus accesos de impulsividad. Pero a medida que fue pasando el tiempo esa ira dejó paso a la necesidad. Una necesidad que había ido creciendo día a día en su interior y aunque no la reconocía como parte de ella, sí estaba dispuesta a llegar con ella hasta el final porque era la única forma que conocía para tapar ese dolor. Insoportable y cruel. El dolor no la definía, pero era lo único que sentía.

Jack era lo único que la ataba a ese mundo hostil, y, aquella era la última oportunidad que le daba a ese hermano mayor que nunca ejerció como tal y que había estado siguiendo alrededor de todo el país durante toda su vida. Admirándolo. Amándolo. Esperando de él ese amor y esa comprensión que nunca encontró en casa. En ninguna de las casas en las que vivió.

Entró a esa vieja fábrica y vio a su hermano allí de pie. Como siempre. Calculando cada uno de sus pasos. Milimétrico. Casi sintético.

Se quedaron observándose unos instantes. Ella deseando esa manifestación de amor. Él languideciendo. Esperando a que ella...

...a que ella...

—Hola, Wendy.

—Hola, Jack —En los ojos de Wendy revoloteaban dos lágrimas a punto de brotar.

Wendy se lanzó a sus brazos y rompió a llorar en un incontrolable llanto. Uno que provenía desde el fondo de ese corazón tan gravemente herido. Jack no pudo evitar contar las pulsaciones a las que latía el corazón de su hermana. De medir su temperatura corporal y la fuerza exacta con la que lo estaba estrechando entre sus temblorosos brazos.

Jack. ¿Se puede saber qué estás haciendo? Relájate ya de una vez. Es tu hermana. Está aquí, ahora, junto a ti. Y eso es lo único que importa.

Tú cállate. Tú no sientes nada. No sabes nada. No tienes derecho a decirme lo que tengo que hacer.

—Escúchame un momento, Wendy, tengo que hacer una cosa muy importante y voy a tener que marcharme.

Las pupilas de Jack eran dos puntos minúsculos. Dos cabezas de alfiler que se acababan de clavar justo en el centro del corazón de Wendy.

—¿De qué me estás hablando?

—Wendy, escúchame un momento. Es muy importante que haga una cosa ahora. Después podremos hablar, te lo prometo, pero ha pasado algo y tengo que marcharme.

Wendy sintió de nuevo esa sensación de ahogo alrededor de su cuello. Una fuerte náusea abrazó su garganta. Angustia vital. Se apartó de Jack dándole un fuerte empujón y una tos, carraspeante y áspera, empezó a doblar su frágil cuerpo hacia delante.

—Wendy...

—No me toques... ni se te ocurra tocarme... —Wendy trató de coger aire. De controlar esa náusea. Esa ira que estaba a punto de tomar de nuevo el

control.

—No es por mí, Wendy, ya te hablé en una ocasión de ello, ¿recuerdas? Es por algo que debo hacer, es algo que debo hacer por el bien de todos nosotros, de todo...

—Vete, Jack. No sé si sabes la clase de persona que es esa zorra con la que te ves, a la que te vas a ver en estos momentos. ¡Intentó matarme, estúpido! ¡Ella y su maldito novio! ¿No te das cuenta? ¡Te han estado engañando todo este tiempo, te hicieron culpable del robo más grande de la última década y lo único que has hecho tú ha sido ir detrás de ella! ¿Qué esperas, Jack? ¿Qué esperas de ella? ¡Yo estoy aquí, y soy tu hermana! ¡Lo único que tienes! ¡Tu hermana!

Jack pudo sentir cómo el ritmo de su corazón, irregular y desacompañado, se aceleraba. En quince minutos Mía estaría en el área de servicio Yellowstone cuarenta. Tenía que salir ya si no quería rebasar los límites de velocidad. Si no quería desviarse de la pauta.

—Wendy... te prometo que luego hablamos —Jack quiso pasar una mano por el hombro de su hermana. Un roce. Una muestra de afecto.

—Ni se te ocurra tocarme, Jack. Lárgate y ni se te pase por la cabeza volver a llamarme. Oh. Qué estúpida soy. Si tú nunca me has llamado. Te diré algo, Jacky. Sé que nunca has querido escucharlo, pero en esta vida me han hecho mucho daño, tanto que ya no he podido soportarlo más, ¿y sabes qué? He descubierto que ese dolor, compartido, se lleva mejor. Prepárate, Jack.

Prepárate.

Jack escuchó las palabras de Wendy y las archivó en algún lugar de su cerebro. Ahora necesitaba ver a Mía. A la chica del semáforo. Esa que tenía, de alguna forma, que dar sentido a sus cinco años en Buffalo, a su estancia en Amarillo, donde todo parecía estar viniéndose abajo, desmoronándose como un castillo de naipes.

Salió de allí dejando atrás a Wendy con la esperanza de arreglar las cosas con ella. Algún día se le pasaría.

Algún día.

CAPÍTULO 14

ESTOY CONTIGO A MUERTE

Mía

Llegó puntual a Vega y encontró el desvío hacia el área de servicio que Jack le había indicado. Estaba nerviosa. No solo por todo lo que había hecho, sino por lo que estaba a punto de hacer.

Había dejado de sentirse segura. Demasiados delitos a sus espaldas. Y ahora se iba a ver cara a cara con una de las personas más buscadas del país. Alguien a quien ella y Kevin habían incriminado. Traicionado. Tal vez no estuviera de muy buen humor y ese humor se tradujera en violencia hacia ella. Y eso que no lo sabía todo. No sabía qué era lo que le habían hecho a su hermana.

Siempre tuvo un don especial para las personas. Un atractivo natural para causar buena impresión. No era la primera vez que alguien con el perfil de Jack se quedaba prendado de ella, desde luego que no. Pero con Jack había sentido algo distinto. No era pena ni simpatía. Era más bien algo que provenía desde lo mejor de ella, esa parte tan escondida y oculta que ni tan siquiera sabía que existía. Que ni tan siquiera había sabido reconocer a simple vista como propia. Lo que sentía cuando estaba cerca de él o cuando pensaba en él, era algo tan sencillo como una inocente y pura sensación de bienestar. De paz.

Entró en la cafetería del área de servicio y dio un vistazo rápido hacia las personas que había sentadas en la barra y en las mesas. No reconoció a Jack entre ellas. Sintió una ligera agitación cuando una de las camareras se fijó en su presencia. Pasó junto a una pareja que se prometía amor cogiéndose de las manos, a dos camioneros que repostaban sus hígados de combustible mientras el tanque de su camión estaba siendo atravesado por un surtidor de gasolina adulterada. Se sentó en una mesa alejada del resto. Junto a una ventana. Jack seguía sin aparecer. Sacó dos horquillas y se echó hacia atrás el flequillo

rubio platino que se balanceaba de parte a parte de su frente. Cogió aire y lo soltó despacio. La culpa. Otra vez invadiéndola con lentitud. Como un veneno de efecto letal y retardado.

—Hola, Mía.

Una voz la sorprendió justo detrás de ella.

Jack apareció desde un ángulo de visión que no controlaba y se sentó enfrente de ella antes de que le diese tiempo a reaccionar. Estaba mal afeitado. Su piel era del color de la cera vieja y tenía unas espantosas ojeras sobre las que descansaban sus ojos. Cansados y apagados. En uno de ellos presentaba un alarmante y desastroso derrame que parecía estar a punto de teñirlo todo de rojo.

—Jack... qué... ¿qué te ha pasado?

La camarera más joven del local, la que se había fijado en la entrada al local de Mía, se quedó observándolos desde la barra. Fueron solo unos segundos. Suficientes. Jack levantó la vista hacia ella y pareció tratar de leer sus intenciones. Sus acciones más inmediatas.

—Tú dirás, Mía. ¿Qué me ha pasado?

—Jack... yo... no sé ni por dónde empezar...

—Por el principio estaría bien...

Los ojos de Mía eran dos grandes astros perdidos en un océano de oscuro vacío. Ingrávido y solitario. El lugar más sórdido del olvido.

Mía negó con la cabeza. Parecía estar a punto de echarse a llorar.

—No sé si sabría, Jack. Es una historia tan larga... solo puedo decirte que lo que hicimos fue un error. No fue idea mía y no ha pasado ni un solo día en el que no me haya arrepentido de todo. No sé qué hacer, Jack, estoy desesperada y no sé qué puedo hacer para que me perdones, para reparar lo que hice...

Jack asintió tratando de controlar la estabilidad de las pupilas de Mía.

Apenas se habían contraído. Parpadeo regular. El lamento y la pena envolvían su rostro.

—¿Fue por dinero?

Jack volvió a fijarse en la camarera joven. Estaba secando unos vasos con un paño y levantaba con disimulo la vista hacia ellos. El cocinero, un hombre de mediana edad y muy tripón, salió de detrás de la barra y le dejó dos platos combinados sobre la barra. «Aligera, guapa».

—Verás, Jack... sí fue por dinero, pero no es tan sencillo sabes, no era solo dinero, era... no sabría cómo explicarlo... una forma de decirle al mundo que no estábamos dispuestos a dejar que nos pisotearan. Que nosotros también formábamos parte del juego y que en esta partida no siempre gana quien tiene mejores cartas, sino quien mejor sabe jugarlas. A mí y a Kevin nunca nos ha tocado la parte buena de la baraja, Jack, el mundo nunca ha sido amable con nosotros. Por eso necesitábamos hacer esto, demostrarles a todos y a nosotros mismos que también existíamos, que aunque nunca nos tuvieron en cuenta siempre estuvimos ahí, esperando nuestro momento...

Mía paró para coger aire. Un aire que pareció invadirla de inseguridad y miedo. Se llevó una mano al pecho y por un momento pareció estar teniendo dificultades para respirar.

—¿Te encuentras bien, Mía?

Mía apoyo las manos sobre la mesa. Su espalda se irguió como si estuviese cogiendo impulso para levantarse. Su pecho subía y bajaba de forma exagerada para coger un aire que apenas parecía servirle para nada.

—Mía... ¿qué ocurre?

Cerró los ojos y tranquilizó a Jack con un sutil gesto con su mano derecha. Poco a poco parecía estar recuperando el ritmo respiratorio normal.

—No es nada, Jack. Es solo algo que me pasa desde hace un tiempo. Como aquel día, nuestra primera cita. A veces me cuesta coger el aire. Me

ocurre sobre todo cuando estoy nerviosa. Pero se me pasa enseguida.

Una lágrima dibujó el contorno de sus ojos.

—Mía... puedo entender lo del dinero, pero no sé por qué era necesario engañarme de esa forma. No sé por qué tuvisteis que meter a Wendy en todo esto... lo que le hicisteis... Eso no estuvo bien, Mía, me lo ha contado todo y como puedes imaginar está bastante enfadada.

Mía levantó una mirada cargada de sorpresa. Expectación y miedo. ¿Entonces Wendy no está muerta? Se dijo antes de continuar.

—Jack... todo fue idea de Kevin, te lo juro, traté de decirle que abandonaba, que estábamos yendo demasiado lejos, y que no hacía falta involucrar a... dios, Jack, fui tan estúpida por dejarme arrastrar... Pero tienes que entenderlo... es mi hermano, Jack, mi hermano, y no podía abandonarlo ahora, justo cuando parecía estar recuperándose de todo lo que le hicieron. Justo cuando estaba a punto de restablecer esa deuda que el mundo había contraído con él...

Jack levantó la vista para evaluar de nuevo a Mía. Interpretar sus palabras. ¿Estaba fingiendo? ¿Era eso? ¿Qué quería decir con que Kevin era su hermano y lo de restablecer su deuda?

Es tan sencillo como que está fingiendo, Jack. Está fingiendo. Estudió arte dramático, ¿recuerdas? No te fíes de ella, Jack. Te va a volver a engañar y esta vez puede que sea la definitiva. Puede que la próxima vez yo no esté ahí para sacarte otra vez, Jacky. Márchate. Ya.

—¿Kevin es tu hermano?

—Sí. Un hermano al que llevo muchos años tratando de sacar del pozo en el que se encuentra. Él no tuvo una infancia fácil, Jack, bueno, en realidad ninguno de los dos la tuvimos, pero él... Hace unos años fue víctima de una cruel y salvaje agresión por parte de un grupo de niños con dinero. Hijos de papá a los que la vida nunca les ha jugado una mala pasada. Esos que

conducen coches caros y que se creen con derecho a hacer todo lo que les venga en gana y que terminan casándose con mujeres florero que les dan hijos y le ríen las gracias mientras se abren de... dios... siento el tono de mis palabras. Pero es que es esa gente la que me saca de mis casillas, los mismos que pasan por los tribunales sin ser juzgados y que algún día, tal vez, serán los que estén al mando de este país o de algunas de las empresas que dan de comer a millones de familias...

Mía hizo una nueva pausa para coger aire. Sus párpados eran como dos grandes alas, blancas y angelicales. Batiéndose en la nada de un mundo gris. Hostil y desolado.

—¿Qué fue exactamente lo que le hicieron a Kevin?

A Jack siempre le gustó que le contaran historias. De nuevo volvió a sentirse como se sentía con Wendy cuando le contaba sus anécdotas y vivencias. Eso le hizo de nuevo pensar en ella y sentir tristeza. Por cómo habían discutido tan solo unos momentos antes. Por cómo se estaba ensuciando su relación y todo por lo que había tenido que pasar a manos de la mujer que tenía frente a él y de su hermano.

—Le dieron una paliza. Una paliza de muerte. No querían nada en particular, eso es lo más triste. Lo hicieron por diversión, porque podían. Kevin trabajaba limpiando jardines y piscinas de algunas de las mejores casas del Upper East Side de Nueva York. Él jamás se metía con nadie, nunca ¿Sabes? Ni tan siquiera osó nunca mirar a ninguno de esos hijos de papá que se paseaban delante de él con sorna y con hiriente sarcasmo. Pero un día... Kevin estaba limpiando el jardín de los Rivers, una de las familias más adineradas de todo Nueva York. Ese día, Edward Rivers, el mayor de sus hijos, celebraba uno de esos cumpleaños en los que hay chicas y chicos bebiendo y tomando drogas y perdiendo el control de todo con la música por las nubes y la piscina llena de bikinis flotando y copas de alcohol derramadas.

Cuando Kevin vio que allí no había figuras adultas y que el desmadre era cada vez más salvaje, decidió marcharse antes de importunar a nadie. Sabía de sobra cómo era el carácter de muchos de aquellos chicos y que un solo instante, un solo gesto, podía bastar para que lo sacaran todo de quicio. Y eso fue precisamente lo que ocurrió. A una de las chicas, una tal Jennifer, le dio por decir que había pillado al «chico de la piscina» mirándola con descaro, mirándole las tetas, para ser exactos...

Mía cerró los ojos y aprovechó para coger aire de nuevo. Contar aquella historia era removerlo todo otra vez.

Jack también suspiró cuando se acordó del día en que Mía se quedó en su casa en ropa interior y después se desabrochó el sujetador, y luego...

—Puedes contarme la historia más adelante si no te apetece hacerlo ahora, Mía. No hay necesidad.

Jack aprovechó la pausa para dar un vistazo rápido a las personas que había en la cafetería. Le dio la vuelta a la taza de café que tenía frente a él, alineó el servilletero y su cuchara y se dijo que antes de contar noventa y tres veces tres, tendría que salir de ese local si no quería que la policía se le echase encima.

—No pasa nada, Jack. Quiero contártelo. Te lo debo. Quiero que sepas qué fue lo que pasó. Cuando esa chica empezó a decir aquello, Kevin trató de marcharse cuanto antes. Pero no fue tan sencillo. La chica empezó a gritar que no solo la había estado mirando, sino que también había intentado tocarla. Como puedes imaginar, todos los que había allí, sobre todo los siete u ocho chicos, no tardaron en cercar a Kevin. El alcohol, las drogas, las hormonas, la edad, su infinito ego... ya sabes. Él trató de marcharse, de agachar la mirada, pedir perdón por algo que no había hecho. Pero no iban a permitirselo. Por supuesto que no. ¿Qué importaba si lo que acababa de decir aquella chica era verdad o mentira? Lo único que en ese momento les importaba era que se

habían sentido insultados por alguien a quien consideraban inferior a ellos. Y nadie los insultaba, nadie se reía de ellos ni de «sus mujeres». Mucho menos el chico de la piscina. Primero empezaron a empujarlo. Lo habían rodeado y se lo pasaban de unos a otros como si fuese un juguete o un saco de boxeo. Reían, gritaban, las chicas incluso los alentaban. Jennifer, la que lo había acusado, incluso parecía llorar de rabia, gritaba clamando justicia. Uno de los chicos, puede que el propio Edward Rivers, el hijo de los propietarios de esa gigantesca casa, fue el primero que le golpeó con verdadera violencia. Le dio un puñetazo en la cara y antes de que pudiese reaccionar, tras él, dos más lo sujetaron por los brazos para que Edward pudiese seguir golpeándolo a su gusto. Parecía que fuese ese su auténtico regalo de cumpleaños. Todos reían, todos lo animaban a seguir golpeándolo cada vez con más fuerza. Cuando ese malnacido de Edward Rivers se agotó de tanto descargar sus puños contra la cara y el cuerpo de Kevin, los dos que lo habían estado sujetando lo soltaron y Kevin cayó de bruces al suelo. Apenas podía moverse, apenas podía articular palabra o sonido alguno. Pero la cosa no acabó ahí, la chica que lo empezó todo, Jennifer, se acercó hasta él y le escupió dándole dos fuertes patadas en su rostro y en su espalda. Todos rieron, todos lo animaron a que siguiera haciéndolo. Por lo visto la violencia llama a más violencia. No se sabe cuántos participaron, pero sí que muchos de ellos empezaron a patearlo y a golpearlo hasta que perdió la consciencia.

Mía tuvo que volver a parar. Los ojos cerrados. Una mano al pecho. Se humedeció los labios y bebió un trago de agua. Despacio.

Jack estaba a punto de llegar al tiempo límite que se había impuesto para poder salir de allí sin contratiempos. Esos límites que los números y la pauta le habían impuesto.

—Lo siguiente que recordaba Kevin ya era el momento en el que despertó en la cama de un hospital. Por lo visto lo dejaron tirado en un contenedor

pensando que estaba muerto, como si no fuera más que una bolsa de basura... Estuvo varios días en coma y tuvieron que intervenirle varias veces, tenía el cráneo completamente fracturado, así como otros huesos de su cuerpo, también presentaba heridas graves en algunos órganos. Un pulmón perforado, un riñón colapsado y el hígado con una inflamación tan grande que todavía, a día de hoy, tiene que tomar medicación por esa misma razón. Le funciona solo al cuarenta por cien, si no recuerdo mal. Pero lo más grave era sin duda lo de su cabeza. Tuvieron que ponerle una enorme placa de titanio que después tuvieron que cambiarle porque le daba unos terribles dolores de cabeza... en fin... ya te puedes imaginar por qué nunca se quita esa gorra de los Giants.

—Vaya, Mía, es espantoso lo que le ocurrió... ¿y nunca lo denunció?

—Claro que lo denunció, pero ya sabes cómo es esa gente y cómo los trata la justicia, y nosotros no teníamos dinero. Faltó poco para que a Kevin no lo metieran en la cárcel por injurias... Ya sabes por qué odia tanto a esa gente, y es precisamente ese odio de lo que te quería hablar... lo que realmente me preocupa...

Jack miró a la camarera. Estaba haciendo una llamada telefónica. Alzó la vista y vio la foto del hombre que se veía en la pantalla del televisor. Era él bajo un enorme cartel con dos números de teléfono y un titular. «Jack Miller podría ser la identidad real del asesino en serie conocido como «el Hombre del coche», el monstruo bajo la máscara. Llame inmediatamente a la policía si lo ve».

Tenía que marcharse ya.

—Mía, voy a tener que...

—Perdón, Jack, solo una cosa más. Kevin... verás, esto es difícil de explicar, creo que ha llegado demasiado lejos y que incluso es posible que él sea...

Mía paró de nuevo para coger aire.

—Se ha convertido en una mala persona, Jack. En alguien muy malo y que está a punto de hacer algo muy muy gordo, incluso he llegado a pensar que el Hombre del coche... dios.... que es él quien está haciendo todo eso con las mujeres, Jack. Creo que es él, y por eso necesito tu ayuda, tienes que ayudarme a detenerlo, no tengo a nadie más Jack, solo te tengo a ti... y creo que está planeando algo aún peor...

En los ojos de Mía había dulzura, súplica, necesidad. Y también una pizca de astucia.

Jack, piensa en todo lo que te acaba de contar. ¿Te lo has creído? Dice que dejaron a Kevin en un contenedor, ¿y qué hicieron ellos con Wendy?

Mía puso sus dos manos sobre las de Jack. En sus ojos había algo, algo que a Jack se le escapaba, quizá fuera eso que daba...

Jack, tampoco dijo nunca nada acerca de los coches y sin embargo lleva un Buick Verano que además conduce perfectamente. Jacky. ¿Por qué no le preguntas sobre su afición a los coches negros, eh? ¿Tienes miedo a sus respuestas? Es una impostora.

—Claro que te ayudaré, Mía, pero antes me gustaría que me respondieses a algo...

—Claro, dime. ¿Qué quieres saber?

—Lo de Wendy, ¿tuviste algo que ver?

—¡Noo! Por dios, Jack, fue Kevin quien lo hizo, pregúntaselo tú mismo a Wendy si no me crees. Yo no tenía ni idea de que quería hacerle daño, y según él, tampoco era su intención hasta que ella descubrió sus planes. Luego, según dice, ella se golpeó en la cabeza mientras discutían y él se asustó pensando que había muerto... fue un accidente... dios, Jack, ¿en serio has pensado que yo sería capaz de hacer algo así? ¿A tu hermana?

Miente, Jack. Está mintiendo. Tienes que marcharte ya.

—Tengo que marcharme ya, Mía —dijo Jack levantándose de la mesa.

—Espera un momento, Jack. No suelo decir esto muy a menudo, de hecho creo que es la primera vez que lo digo... —Mía se había levantado y había cogido las dos manos de Jack. Lo miraba con devoción, culpa—. Creo que estoy... creo que me he enamorado de ti, Jack... decidas lo que decidas hacer y pienses lo que pienses... pero es lo que siento, y necesitaba decírtelo. Y sobre todo, es la verdad.

Jack cogió aire y cerró los ojos. El derrame que se había formado en su ojo derecho se había empezado a coagular y tenía un color oscuro, un color muerto. Nadie nunca le había dicho algo así en su vida. Y ahora se lo estaba diciendo precisamente ella, la chica del semáforo, la respuesta a sus cinco años en Buffalo.

—Te ayudaré en todo lo que necesites, Mía, en todo lo que haga falta, pero créeme, si no me marcho ya puede que sea demasiado tarde. ¿Te parece si te llamo más tarde?

—Claro... —Mía puso sus manos sobre el pecho de Jack. Se acercó a él suntuosa y le dio un cálido beso en los labios—. Estaré esperando tu llamada...

Jack salió de esa cafetería contando cada uno de sus pasos. No podía concentrarse. Solo podía pensar en Mía y en ese beso que le había dado. En su cuerpo. Sus ojos. Su mirada. Su voz.

Se sentó en el S90 y trató de contar. Había sobrepasado con creces el límite que se había marcado, llegaba tarde, muy tarde, quizá demasiado incluso para él...

Patrick

Patrick y Kate no se habían movido del hospital desde que habían llevado a la última víctima del Hombre del coche. Se llamaba Anika Svenson, tenía treinta y tres años y estaba casada con uno de los constructores más poderosos de todo el estado de Nueva York.

Desde que había ingresado en el Northwest Texas Healthcare permanecía en coma. Los médicos eran bastante optimistas con su estado. Tras su última evaluación habían dicho que era posible que Anika despertase de un momento a otro. Habían llegado a tiempo y según el escáner cerebral que le acababan de hacer no parecía que tuviera daño alguno. La hipoxia no había sido lo suficientemente intensa como para necrosar tejidos. Así que si no ocurría nada extraño, cuando despertase estaría en perfectas condiciones para contarle todo.

Ahora tan solo restaba esperar. Paciencia y calma.

En las últimas horas habían recibido una novedad. Una importante información que ya habían pedido hacía ya días. Efectivamente a Jack Miller se le había hecho una receta de escopolamina para su cinetosis y problemas de oído y equilibrio. A recoger mensualmente durante toda su vida. Eso hacía que el cerco se estrechase todavía más sobre él. Más aún.

En cuanto a los primeros exámenes y análisis practicados en Anika, no habían encontrado restos de ninguna droga en su cuerpo y en su sangre, pero habían mandado una muestra de sangre a Martin Donovan para que la analizara con su equipo de espectrografía. Todavía permanecían a la espera de los resultados. Comprobaron que presentaba un diminuto y casi inexistente pinchazo en la base del cráneo, muy difícil de ver si no se apartaba un poco el pelo y se observaba bajo un buen foco de luz. El pinchazo era exactamente

igual al descrito por Martin con la anterior víctima, Fiona Barnes.

Por lo demás, se podía observar cómo el Hombre del coche había seguido con meticulosidad el resto de patrones que definían su *modus operandi*. La blusa de seda, la falda de tubo negra, el pañuelo al cuello y el anillo de O en el dedo anular de su mano derecha. Pero, sobre todo, las heridas y laceraciones en su vagina. Anika Svenson, al igual que el resto de las víctimas, había sido violada brutalmente por alguien cuyo miembro era de un tamaño extraordinariamente grande. Tampoco se habían encontrado rastros de semen, aunque sí de lubricante y de látex.

—¿En qué estás pensando, Kate?

—En nada, solo pensaba.

—Ya. Ahora que sabemos que es Jack...

—Eso lo has dicho tú. Todavía no sabemos qué implicación ha podido tener, solo que estaba en la escena del crimen y no para prestar auxilio precisamente.

—No te entiendo, Kate, no sé a dónde quieres ir a parar. Tú eras la que desde un principio dijo que Jack...

—Yo me ciño a los hechos, Patrick, a lo que podemos probar y demostrar, no a las conjeturas ni teorías que no son más que ilusión y fantasía. Hace dos días estabas convencido de que no era él, ahora estás convencido de que sí lo es. ¿No has aprendido nada? No tiene ningún sentido ni vale absolutamente para nada lo que pensemos u opinemos, tan solo vale qué es lo que ha pasado en realidad, y lo único que tenemos hasta ahora son siete mujeres muertas, una en coma y un hombre que estaba en la escena del crimen. Nada más.

Kate no estaba de humor. Demasiado cansancio. Su cerebro y su estado anímico no funcionaban muy bien con la deuda de sueño que arrastraba.

Patrick miró a Kate y decidió no decir lo que estaba a punto de decir.

Necesitaban un descanso. Aclarar las ideas y dejar la mente en blanco durante unas horas. No por estar a la espera los hechos iban a sucederse antes. Estaba claro que en cuanto Anika se despertase les aclararía todas sus dudas. Pero tal y como les había dicho el doctor Thomas Welles, eso podría ser tanto cuestión de horas como de días. Nunca se sabía cuando una persona se encontraba en coma. La realidad era que el coma médico constituía un síndrome tan inespecífico como misterioso desde el punto de vista científico. No sabían con exactitud ni cómo se entraba ni cómo se salía.

Fue el propio doctor Welles el que irrumpió en la pequeña sala de espera donde Patrick y Kate aguardaban a la espera como dos adiestrados e incorruptibles centinelas. Patrick salió a su paso mientras que Kate permaneció sentada.

—¿Alguna novedad, doctor?

—No, de momento no tenemos nada, los resultados del segundo análisis no han arrojado información nueva. No hay rastros de drogas ni tampoco de ningún fluido o tejido que no provenga de la propia víctima o de su marido, Viktor Svenson.

—¿Y el pinchazo en la nuca? ¿Sabéis qué pudo inyectarle?

—De eso mismo quería hablarles. No hemos observado ningún signo de que se le haya inyectado ninguna sustancia química por ese pequeño pinchazo. Normalmente siempre se quedan impregnados los tejidos adyacentes o subyacentes de algo de lo que se ha suministrado, pero en esta ocasión no hemos encontrado absolutamente nada.

—Vaya... —dijo Patrick desviando la mirada para observar la expresión de Kate.

—¿Quieren saber cuál es mi teoría al respecto? —dijo Thomas Welles ajustándose sus pequeñas gafas de cristal redondo y montura ultrafina.

—Sí, por supuesto, ¿cuál es su teoría?

—No hemos encontrado el rastro de ninguna sustancia química porque no se le suministró ninguna sustancia química, al menos no por ahí. Eso me lleva a pensar que si no le inyectaron nada, el motivo del pinchazo fue más bien para extraer, una extracción de sangre, tal vez.

—¿Cómo dice? —dijo Kate levantándose de la silla.

—No podemos estar seguros, pero parece bastante lógico que si no le suministraron nada, fue porque lo que hicieron fue extraer. No sé, no sería la primera vez que un asesino en serie colecciona partes de sus víctimas, ¿no creen? A mí me parece que si el asesino se llevase una muestra de sangre de la víctima no sería algo tan extraño, ¿no creen? Tratando de ponernos dentro de la patológica mente de la persona que buscan, obviamente.

Patrick adoraba todas las formas de conocimiento humano, todas las manifestaciones y expresiones de la mente brillante. Pero no soportaba a los prepotentes, no soportaba cuando alguien insultaba su propia inteligencia tratando de argumentar sus teorías u opiniones como si estuviesen hablando con alguien infinitamente más limitado intelectualmente.

—¿No hay forma de saber con exactitud si esa extracción se produjo realmente? —preguntó Kate.

—No hay, señorita, si la hubiera ya la habríamos puesto en práctica.

—De acuerdo, doctor, gracias por la información —dijo Patrick sin poder ni querer disimular su antipatía hacia el doctor de gafas redondas y minúsculas.

Thomas Welles asintió y se dio la vuelta para salir de la pequeña salita, pero antes de abrir la puerta se giró nuevamente.

—Ah, otra cosa, agentes. El marido de la víctima, el señor Viktor Svenson, me ha pedido si serían ustedes tan amables de abandonar la salita en la que se encuentran. Personas cercanas al propio Viktor y a Anika van a llegar en cualquier momento y han pedido que se les deje un espacio para poder

descansar cerca de la señora Svenson. Como ya hay un policía haciendo guardia en la habitación y otro más en la puerta, nos parece que la seguridad de la víctima está garantizada ante un poco probable nuevo ataque.

Patrick y Kate se miraron con cierta sorpresa. Viktor se había mostrado distante en todo momento. Apenas había hablado unos diez minutos con ellos, pero no ser capaz siquiera de pedir por él mismo lo que les estaba pidiendo el doctor era algo que rozaba la falta de respeto. Por no hablar de que Thomas Welles estaba tratándoles de decir que allí sobraban.

—Claro, por supuesto. Avísenos si se produce algún cambio en el estado de la señora Anika Svenson —dijo Patrick tratando de arrastrar tras él a Kate con la mirada.

Thomas Welles asintió y desapareció sin decir nada más.

Cuando Patrick y Kate salieron de la sala de espera se cruzaron con Viktor Svenson. Justo en ese instante salía de la unidad de cuidados intensivos donde estaba ingresada Anika.

—Señor Svenson, nos marchamos ya. Ya le hemos dicho al doctor que estaremos atentos al teléfono por si se produce algún cambio en el estado de su mujer —dijo Patrick con cordialidad—. Tenga por seguro que estamos haciendo todo lo posible por...

—Descuiden. Buenas noches, agentes.

Viktor se despidió de ellos sin ni siquiera darles la mano y fue a reunirse con dos hombres que habían aparecido justo en el otro extremo del pasillo. Vestían ropa oscura, pelo engominado y rasgos duros, caucásicos. Parecían cualquier cosa menos familiares de Anika o del propio Viktor.

El camino hasta el hotel fue un tanto incómodo. Patrick no se atrevía a hablar por miedo a incomodar a Kate y Kate tenía el ceño constantemente fruncido. Patrick no la conocía demasiado pero sí lo suficiente como para

saber que ese ceño era en realidad un «peligro, no tocar, no hablar y no mirar». Una barrera de espinas electrificada.

—¿Te importaría dejarme en la cervecería irlandesa que hay dos calles antes de llegar al hotel? —preguntó Patrick de forma desinteresada mientras retorció un poco su cuello y sacaba uno de los dossiers de Jack.

Kate lo miró con disimulo y le hizo gracia cómo Patrick se hacía el interesante y el ofendido con ese silencio fingido. No vas a llegar a ningún sitio así, Kate, nadie te va a rescatar si no pides ayuda, si no te dejas ayudar. Se dijo Kate en un instante de terrible y desoladora lucidez.

—Patrick.

—¿Sí?

—¿Te importa si te acompaño a esa cervecería?

Patrick alzó un momento la vista. ¿Acababa de escuchar lo que acababa de escuchar?

—Por supuesto que no, Kate. Estaré encantado de que me acompañes.

El camino hasta la cervecería fue un silencio tranquilo, relajado. Fue como estar en una pacificadora soledad acompañada. Patrick siempre prefirió el diálogo al monólogo interior, pero, curiosamente, con las personas con las que mejores momentos había pasado era con aquellas con las que no se había visto con la obligación de iniciar una conversación por miedo a no saber compartir esos momentos de silencio. Y eso era justo lo que acababa de experimentar con Kate. No tener esa necesidad de hablar por el simple hecho de que el silencio es incómodo.

La cervecería Grand Canyon era uno de esos locales en los que el ruido de fondo reverbera tanto que solo es posible permanecer allí dentro en el mismo estado en el que se encuentra el resto, con al menos un par de cervezas en el cuerpo.

Escogieron una de las mesas más alejadas del núcleo tumultuoso de la

cervecería revestida en madera de pino y nogal. Pidieron un par de cervezas y algo de picar. Mayoría de hombres con barba y camisa a cuadros. Risas desproporcionadas, desacomplejadas. Sudor. Folklore. Golpes en la mesa.

Patrick pensó que a Kate le sentaba bien el local. Estar allí, rodeada de esa gente que parecía disfrutar de un momento cualquiera, hizo que se agrietara todo ese corsé de tensión y rabia que llevaba puesto a todas horas. Sus mejillas se colorearon y el gris apagado de su piel desapareció. Era como si acabasen de colorear una foto en blanco y negro.

—¿Te parece si nos organizamos y tratamos de aclarar todo esto un poco?

—¿El qué? —dijo Patrick sonrojándose levemente.

—Lo que tenemos hasta ahora, la información, las pistas ¿a qué crees que me estoy refiriendo?

—Oh, a nada, es que después de todo el día apenas sin comer la cerveza me ha sentado como un tiro.

Kate lo miró con sus mejillas sonrojadas, y ahora también con sus labios del color de las cerezas. Dio un sorbo a la cerveza y se relamió la espuma en un gesto natural y desenfadado. Sensualidad. Sacó la carpeta donde llevaba los informes y fotografías más relevantes del caso e hizo sitio en la mesa.

—Voy un momento al baño, Kate, ya sabes, la cerveza.

Kate levantó la vista con gracia y asintió en medio de una sonrisa tímida y cariñosa.

Patrick se las tuvo con un par de sillas antes de llegar al baño. No había mentido en lo de que la cerveza le había sentado como un tiro. No toleraba demasiado bien el alcohol, sobre todo cuando estaba cansado y tenía el estómago vacío.

Cuando salió del baño se sorprendió a sí mismo porque apenas había dejado de pensar en Kate en todo el día, para bien o para mal. Pero eso era algo que no se había atrevido a decirse a sí mismo hasta ese momento.

Al llegar a la mesa vio que Kate había realizado una serie de anotaciones en unos pósits que había colocado sobre la superficie de madera vieja formando una figura geométrica. A Patrick se le antojó que la figura dibujada era un pentágono, pero con el alarmante y casi vergonzoso mareo que llevaba no habría podido asegurar ante un tribunal si esa figura tenía cinco, seis o diez puntas.

—Bien, esto es lo que tenemos —dijo Kate en cuanto Patrick tomó asiento de nuevo. Realizó una última anotación en uno de los pósits y alzó la vista hacia su compañero—. Ocho víctimas hasta la fecha, siete de ellas estaban muertas cuando las encontraron y una todavía se encuentra con vida. Al parecer no hay duda de que todas son obra de la misma persona. Podría haber surgido algún imitador, pero el haber repetido también en todos esos pequeños detalles que no han sido revelados a la prensa, podemos estar seguros de que se trata del mismo autor.

—¿Con lo de detalles te referías, por ejemplo, a la posición en la que las han encontrado? —Patrick la interrumpió elevando un poco la voz.

Gilda, la camarera de ojos violeta que les había tomado nota, dejó en la mesa dos jarras de cerveza rebosantes y un plato de patatas barbacoa. Se fue exactamente igual que había llegado. Con sigilo y extrema discreción.

—Sí. Bueno, no. En realidad más bien me estaba refiriendo al anillo de O, ¿recuerdas? El símbolo de la dominación y sumisión...

—Sí, sí. Sé a cuál te refieres, Kate, pero creo que la postura en que encuentran a las víctimas también encierra algo importante. Una mano sobre el pecho, y el otro brazo extendido en el suelo formando un ángulo con el tronco de entre cuarenta y cinco y setenta grados.

—Patrick, no sabemos si las han encontrado a todas igual, de hecho solo podemos estar seguros de que han encontrado así a cuatro. Sí, es cierto que las casualidades en estos casos no suelen producirse, y que precisamente esa

posición de los brazos y manos es bastante simbólica, pero no sé si podemos estar seguros de que...

—¿De qué? ¿Te parece poco fiable el cincuenta por cien?—preguntó Patrick involucrándose activamente en ese incipiente mareo suyo.

Kate sonrió al verlo tan pendiente de sus respuestas. Tan impetuoso.

—Está bien, consideraremos la postura en la que han encontrado a cuatro de las víctimas como una parte importante de lo que nos está tratando de decir el Hombre del coche.

Kate escribió la palabra «postura» en un nuevo póliz y lo pegó a un lado de la figura geométrica formada por el resto de evidencias principales.

—¿Por qué has dejado a «postura» fuera? —preguntó Patrick con los ojos bien abiertos. Aprovechó la sonrisa con la que Kate lo miró para beber otro trago de cerveza.

—Patrick, «postura» se queda fuera porque no tiene la misma fuerza que el resto de evidencias, solo la hemos encontrado en el cincuenta por cien de las víctimas. Da gracias de que incluso no la haya dejado fuera de la mesa.

A Patrick le hizo gracia ese comentario y a la propia Kate también.

—Se me acaba de ocurrir algo —Patrick se frotó las sienes como si estuviese tratando de sacarle brillo a esa idea que se le acababa de ocurrir—. ¿Y si las mueve después de dejarlas?

—¿A qué te refieres?

—Sí, a eso. ¿No podría ser que el Hombre del coche las dejara en esa posición y después las moviese? Lo que no sé es por qué a unas sí y a otras no...

Patrick volvió a frotarse las sienes, esta vez no para sacarle brillo a esa idea, sino para tratar de saber por qué le había parecido tan interesante hacía tan solo unos segundos.

—De acuerdo, Patrick, veo que el alcohol afina tus sentidos... —dijo

Kate con una inofensiva sorna mientras anotaba «mover» en otro pósito que pegó debajo del que ponía «postura».

—¿Crees que podría tratarse de un asesino itinerante?

—No, no lo creo. Más bien tengo la impresión de que tuvo que trasladarse por otros motivos. Su radio de operaciones era Buffalo, y si ahora ha cambiado de escenario no creo que haya sido porque quiere dejar ese mensaje a lo largo de todo el país, sino porque se ha tenido que mover por algún motivo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y cómo sabes que no lo ha hecho antes ya?

A Kate le estaba gustando el Patrick desinhibido.

—Verás, Patrick. En primer lugar, sí, tienes razón, no podemos estar seguros de que no lo ha haya hecho ya antes. De todas formas envié los principales rasgos de su *modus operandi* a todas las oficinas del país hace unos días para que revisasen si se habían producido más casos similares durante los últimos años. De momento no han encontrado nada. Y en segundo lugar, volviendo a si podría ser un itinerante, me reafirmo en que no creo que lo sea porque hay una gran diferencia entre un asesino en serie y un itinerante, y es esa diferencia la que hace que piense en el Hombre del coche como un serial. El asesino en serie escoge a sus víctimas con meticulosidad. Tiene sus propias normas y principios aunque a nosotros nos parezcan lo más retorcido del mundo. Mata por una razón y no le importa solo el cómo, sino también a quién. De hecho ambas variables forman parte indispensable de la ecuación. En cambio el itinerante no suele planificar los crímenes como el asesino en serie, lo hace más bien como una necesidad. Es más impulsivo y para él matar es una forma de expiación o de purgar los pecados de los que se siente culpable. Yo al itinerante lo compararía más bien con un depredador que en ocasiones necesita saciar su hambre y se va moviendo para evitar precisamente que su particular coto de caza se alarme demasiado. En cambio

al asesino en serie lo veo más como un coleccionista, su necesidad es más espiritual, necesita transmitir algo y lo hace a través de la muerte. Por otra parte, sí te puedo decir que los dos últimos crímenes de Amarillo han sido un poco más precipitados que los de Buffalo. Al menos ese es mi parecer. Ha habido ligeros cambios en su *modus operandis*.

Patrick arqueó las cejas. Se había dejado seducir tanto con la brillante exposición de Kate que cuando hizo esa pequeña pausa esperando a que él le preguntase por «esos cambios», se quedó observándola sin decir nada.

—Patrick, ¿te encuentras bien? Te voy a prohibir beber más eh...

—Sí, sí, estoy bien. Dime, cuáles son esos cambios.

—Para empezar, las víctimas de Amarillo presentan lesiones más grandes en sus zonas íntimas, ya sabes, ahí abajo. Es como si el Hombre del coche se estuviese volviendo más violento, más agresivo. No sé si por algún motivo en particular o porque sencillamente está evolucionando hacia la crueldad. Bien, en segundo lugar, el otro cambio que ha habido es que mientras en las víctimas de Buffalo había dejado pasar entre cada una de ellas entre tres y siete días, las dos de Amarillo se han producido con apenas veinticuatro horas de diferencia. No sé, me parece muy raro, por no hablar de que la última todavía no estaba muerta. Me parece o bien un fallo muy grande o bien...

—¿Que la ha dejado viva a propósito? —preguntó Patrick con verdadero interés.

—Tal vez, aunque yo particularmente me inclino más a que la dejó con vida accidentalmente, eso cuadra bastante con que se está volviendo más impetuoso, tiene más prisa, una mayor urgencia o necesidad por...

—¿Terminar? ¿Ibas a decir eso?

Kate lo miró pensando si acababa de leerle la mente. Ese pensamiento que acababa de formarse en su cabeza justo en ese preciso instante.

—Es posible que sí, Patrick, que esté llegando al final de la serie y por

eso está acelerando. Es posible que estemos a punto de ver algo desagradablemente gordo si no le damos caza antes.

Kate apuró su cerveza y ojeó de nuevo sus notas.

Parick aprovechó para pedir dos jarras más a la camarera de ojos violeta.

Kate

Otras dos cervezas. A este paso tendrían que salir de allí a gatas o quién sabe, quizá abrazados. El grado de mareo que Kate sentía era importante. Pero más lo era la sensación de bienestar que la estaba invadiendo milímetro a milímetro. Una sensación extraña. Casi irreconocible. Vergonzosamente placentera.

—Bien, seguimos —dijo Kate después de repasar sus anotaciones—. Como decía al principio, uno de los detalles que no hemos revelado a la prensa es el del anillo de O. No podemos olvidarnos de que ese símbolo es muy característico y particular de un estilo y forma de vida que solo tiene cabida aquí —Kate señaló un pósit con las letras BDSM.

—¿Crees que las víctimas podrían estar relacionadas con algún tipo de juego o de práctica sexual?

—Es posible, pero me inclino más por pensar que el anillo tiene un componente algo más simbólico. Verás, no hemos encontrado ninguna relación de las víctimas ni de sus maridos con el mundo de la dominación y sumisión, y, aunque todavía es pronto para aventurarse, creo que no hemos encontrado esas vinculaciones porque no existen. Aunque como digo, esto es tan solo una conjetura no probada.

—¿Y has pensado qué quiere decirnos con lo del anillo? Porque ese sí es un detalle que no se ha olvidado de recordarnos en cada una de las víctimas.

—Así es. Bajo mi punto de vista, el anillo representa efectivamente la sumisión, la esclavitud de la mujer con relación al hombre, pero no de forma directa o particular, sino más bien como una característica o condición social que nuestro asesino quiere denunciar por algún motivo. Todas las mujeres vivían en la opulencia a costa del dinero de sus maridos, a costa de su estatus

social y de su...

—Un momento, Kate. Si dices que no trabajaban y que vivían del dinero de sus maridos, ¿no serán ellos los esclavos y ellas las dominadoras? A mi modo de ver, la que lleva una vida plácida y no hace nada es la mujer, todo lo contrario que el marido, que en este caso sería el esclavo, ¿no crees?

A Kate se le escapó una sonrisa irónica. Incredulidad y sarcasmo. En otra situación, sin estar bajo los efectos del alcohol y con otra compañía, su reacción hubiese sido agresividad y cólera. Tal vez uno de esos arranques suyos de mal genio.

—¿De qué te ríes, Kate?

—No me lo puedo creer...

—¿El qué?

—Que seas tan... que seáis tan cortos de miras los hombres. La mujer florero, que es lo que representan todas esas chicas, vive en una cárcel, una cárcel de oro en la que es muy posible que haya entrado por su propio pie, pero una cárcel al fin y al cabo de la que ya no puede escapar. ¿No te das cuenta? Ese tipo de vida supone para muchas mujeres firmar un contrato con el diablo. Oh. Sí. Qué bien. Voy a vivir a costa del dinero de mi marido toda la vida aunque para ello tenga que renunciar a mi libertad o a la posibilidad de que trabaje en lo que a mí me dé la gana. Y, por qué no, también aguantaré de vez en cuando alguna humillación, unos cuernos, un bofetón, unas amistades no elegidas, una determinada ropa, unas fiestas que no soporto, una vida de engaño y falsedad...

—Kate...

—¿Qué?

Kate estaba visiblemente nerviosa.

—Vale, de acuerdo. Tienes razón. Las víctimas podrían ser esclavas de su propio estilo de vida, de esa vida ligada a un marido que tal vez no sea

precisamente el hombre de sus sueños...

—Dios, por supuesto que no, Patrick. ¿Acaso viste dolor en los ojos de Viktor Svenson?

—¿No lo había?

—Por supuesto que no, Patrick. ¿En qué mundo vives? Lo que había era rabia, era vergüenza, eran ganas de venganza porque el muy cabrón se sentía insultado. Él, no su mujer, él es quien se sentía insultado e humillado.

Gilda, la camarera de ojos violeta, aprovechó cuando Kate terminó la frase para dejar las dos nuevas jarras de cerveza en la mesa. Luego le sonrió tímidamente y hasta pareció guiñarle un ojo.

Kate le dio un buen trago a la cerveza y tiró el aire despacio. Vio cómo Patrick la miraba con una mezcla de temor y expectación, y le volvió de nuevo la risa.

—Vale, lo admito, es posible que me haya pasado un poco, ¿no?

Ahora fue Patrick el que casi se ahoga con la espuma de la cerveza.

—Para nada, mujer, de hecho me has convencido totalmente con tus argumentos. Un poco impetuosa pero sin perder la razón en ningún momento—Patrick hizo una pausa. Incomodidad. La miró a los ojos y vio en ellos su propio reflejo, el de un hombre de treinta y tantos, soltero y cansado—. Ahora necesito que me respondas a una pregunta. No lo hagas si no quieres, pero creo que ha llegado el momento de que hablemos en serio de un punto sobre el que los dos hemos estado evitando hablar en todo el día.

El color de las mejillas de Kate se volvió más intenso.

Por favor, Patrick, ahora no. No me propongas nada deshonesto por favor. Lo estoy pasando bien y no quiero estropearlo. Pensó Kate mientras Patrick se desababa dos botones del cuello de la camisa. Luego alzó la vista y la miró con seriedad.

—¿Crees que fue él? Responde, sí o no, por favor.

Kate lo miró y volvió a sonreírse. Se vio a sí misma como una estúpida por haber pensado que tal vez Patrick estaba pensando en ella como...

Cómo.

—Qué pregunta, Patrick... Sabía que tarde o temprano volverías al tema de Jack. Pero tienes razón, ha llegado el momento de que me moje. Bien, esto es lo que pienso; las pruebas y los indicios apuntan a él, todo parece indicar que él es el Hombre del coche y que él fue quien robó el dinero del Crédit Lyonnais, pero...

—No hace falta que lo digas. Yo opino exactamente lo mismo. Todo apunta hacia él, pero hay muchas cosas que no me cuadran. Para empezar, no presenta ninguno de los tres signos de la tríada psicopática; enuresis, piromanía y sadismo hacia los animales. Sí, sé que esto no tiene por qué significar nada, no todos los asesinos en serie que conocemos presentaban uno más signos de la triada psicopática, pero sí la mayoría de ellos. En segundo lugar, el componente sexual de los crímenes y el tema de las salvajes penetraciones... no sé, he hablado con muchos asesinos en esta vida y ninguno de ellos se parecía en nada a Jack. Esa parte animal que los convierte en depredadores sexuales y mortales no la vi en él, sé que es solo una intuición, una corazonada, pero para mí cuenta mucho más de lo que puedas imaginar. Y por último, sé que te vas a reír de mí otra vez, pero, ¿No crees que un tipo como Jack, experto en variables aleatorias y en adivinar el devenir del tiempo, tiene otras cosas más importantes que hacer que ir por ahí matando a mujeres y sacándoles sangre? Llámalo intuición o como te dé la gana, pero yo creo que no puede haber sido él.

Kate sonrió y lo miró con un extraño fuego en los ojos.

—Vaya, Patrick, veo mucha pasión en tus palabras, cualquiera diría que tú y Jack...

—Idiota...

—Vale, perdona. Sí, es verdad que mi intuición como tú dices, también me dice que no es él. De todas formas no podemos obviar el peso de las pruebas y también de algunos delitos que sí ha cometido y por los cuales tiene que ser juzgado. Primero lo del Crédit Lyonnais, todo ese dinero robado con sus claves, mientras no se demuestre lo contrario es él el único culpable y responsable. Luego se nos escapa delante de nuestras narices de la celda de la comisaría. Cosa que todavía no sabemos cómo demonios lo hizo. De todas formas te recuerdo que el juez había decretado la prisión preventiva y que eso supone un delito grave de quebrantamiento de condena y también contra los intereses del estado. No podemos olvidar que su vecina, Linda Galleymore, murió precisamente ese día en circunstancias extrañas, y también, que tanto el portero de su finca, Kevin, al igual que su hermana Wendy, se encuentran actualmente en paradero desconocido. Y para terminar, nos acaban de decir que efectivamente tiene acceso a la escopolamina por vía legal y además lo vemos justo en la escena de un crimen, precisamente uno de los del Hombre del coche. Como poco ha cometido el delito de omisión de auxilio y socorro porque te recuerdo que la víctima todavía estaba viva...

Kate perdió el hilo de sus palabras ante una nueva idea que lo asaltó.

—¿Qué? ¿En qué estás pensando, Kate?

Kate alzó una mirada pensativa hacia Patrick.

—¿Y si por alguna razón las matara en el momento de abandonarlas? Eso explicaría por qué Anika Svenson continua con vida, llegamos justo en el momento en el que iba a acabar con ella y por eso no tuvo tiempo de terminar...

—No lo sé, Kate, supongo que podría ser, aunque no sé por qué razón iba a arriesgarse tanto. Normalmente los asesinos en serie secuestran, luego las matan, puede que antes o después haya habido abuso sexual, y por último, preparan la escena del crimen. Esa suele ser su pauta. Aunque supongo que no

hay normas al respecto y que sí, podría ser, por qué no...

Había cierta desilusión en la voz de Patrick. Algo en su interior quería que Jack, esa mente excepcional y brillante, no fuese culpable, se resistía a que alguien tan inteligente hubiese optado por cometer esos terribles asesinatos y en el fondo pensaba que alguien estaba tratando de incriminarlo, de hacerlo parecer culpable. Pero con cada uno de los razonamientos que iban poniendo sobre la mesa, con cada una de las nuevas pruebas y evidencias, todo eso sobre lo que se cimentaba su intuición se estaba derrumbando poco a poco. De todas formas, ¿quién iba a querer hacerle algo así a alguien? Y sobre todo, ¿por qué?

Kate remató la tercera cerveza, despegó uno de los pósits y lo colocó justo en el centro de la figura geométrica que había formado en la mesa. Luego cogió el pósit con la palabra «postura» y lo colocó en el lugar que había dejado libre el que acababa de poner en el centro, el que llevaba escrito el nombre de «Jack».

—Creo que de lo que no tenemos ninguna duda en estos momentos es de que Jack está involucrado de algún modo tanto en el robo del Crédit Lyonnais como en los asesinatos del Hombre del coche. Así que dar con él es nuestra máxima prioridad en estos momentos, sin olvidar que en cuanto Anika Svenson despierte puede que nos resuelva algunas dudas, si no todas.

—Kate.

—¿Sí?

—¿Tienes una foto de Kevin ahí? Ya sabes, el portero.

—Sí, claro, ¿por?

—Déjamela un momento, solo quiero comprobar una cosa.

Kate abrió su carpeta y le pasó una foto de Kevin. Patrick la recogió con prisa y la observó con minuciosa atención. Devorando cada detalle con una famélica mirada. Se veía a Kevin con una gorra de los Giants bien hundida en

la cabeza. Estaba muy pálido y en sus ojos había tristeza. Una extraña mezcla entre rabia y pena. Incluso nostalgia. Abandono. Un alma desahuciada y traicionada por la propia vida.

—Es la única que tenemos, es de hace unos cuantos años, unos cinco o seis si no recuerdo mal. Se la tomó la propia policía en el juicio contra Edward Rivers y algunos de sus amigos. Juicio en el cual él los acusaba de haberlo intentado matar en una brutal agresión y en el que no terminó en prisión él mismo por injurias por pura casualidad. También se dice en el informe policial que efectivamente fue intervenido quirúrgicamente y que tiene una placa de titanio en la cabe...

Antes de que Kate terminara la frase se dio cuenta de que lo que acababa de decir sonaba a un buen motivo para atentar contra el estilo de vida que estaba atacando el Hombre del coche. ¿Cómo podían haber sido tan descuidados de no haberlo investigado antes a fondo? Alzó la vista de nuevo hacia Patrick buscando lo que intuía que él estaba pensando.

—No te gires, Kate. No sé si es la cerveza o estamos ante una de esas casualidades que solo ocurren unas cuantas veces en la vida.

—¿Kevin? —preguntó con la intención de girarse. Patrick lo evitó cogiéndola de las manos como dos enamorados que se sinceran y se dicen te quiero con la mirada y los sueños llenos de bellas promesas. La primera reacción de Kate fue apartarlas. Pero no lo hizo. Hacía tiempo que nadie tocaba sus manos, no de esa forma. Respiró hondo y trató de controlar esa impulsividad que tantas y tantas veces gobernaba sobre ella. Sus arranques de mal genio. Algo tendría que hacer con ellos. Tarde o temprano.

Recupera el control, Kate, eres tú quien decide y tu decisión es firme. Se dijo centrándose de nuevo en los ojos de Patrick.

—No te gires ahora, Kate. Está mirando hacia aquí. Está apurando una cerveza en la barra, a unos cinco metros de aquí. Creo que es él. No sé qué

demonios hace aquí pero no me cabe ninguna duda de que es la misma persona de la foto. Lleva hasta la maldita gorra de los Giants, joder.

Kate trató de ver el reflejo en los ojos de Patrick. Visualizar en qué posición exacta estaría Kevin, si iría armado, si estaría solo y si estaría preparándose para atacar. ¿Qué demonios hacía allí? Se preguntó mientras se avivaba aún más el rojo de sus mejillas. El efecto del alcohol se desvaneció ante la inyección de adrenalina. Todavía sentía el calor de las manos de Patrick sobre las suyas, pero ya se había acostumbrado a ellas. Ya no le molestaban.

—¿Y por qué no vamos a hablar con él? Que yo sepa no es sospechoso de nada.

—No sé por qué pero tengo la impresión de que en cuanto nos levantemos va a salir corriendo, acaba de pedir la cuenta y no deja de mirar hacia aquí, hacia nosotros. Está nervioso. Algo le ha puesto nervioso. Quizá nosotros. Disimula muy mal. ¿No es mucha casualidad que Kevin está también aquí? ¿En Amarillo junto a Jack? —A Patrick se le dibujó una sonrisa maléfica—. ¿A la de tres?

—A la de tres —respondió Kate con una media sonrisa de complicidad. Una sonrisa con un único significado; *estoy contigo a muerte*.

Uno.

Dos.

Tres.

CAPÍTULO 15

ESOS SONIDOS QUE ESCUCHAS SON REALES, IGUAL QUE YO

Kevin

Kevin salió disparado de la cervecería irlandesa en la que había ido a parar tras su última discusión con Mía. Ya no le cabía ninguna duda de que sabían algo. Los mismos policías que vio días atrás en su urbanización. Habían descubierto lo que había hecho y lo que iba a hacer, al menos en parte, y ahora estaban a punto de darle caza.

Podía escuchar cómo le pisaban los talones, cómo el sonido de sus zapatos se perdía en el vacío de la noche cuando torcía por una nueva calle y cómo se volvían a escuchar apenas siete u ocho segundos después. Esa era la escasa ventaja que les sacaba.

Era la misma pareja que había estado haciendo preguntas a James Barnes unos días atrás referentes a la muerte de su mujer, Fiona Barnes. A él se le daban especialmente bien las caras. Era bueno con eso. Ese par de estúpidos entrometidos que estaba metiendo sus narices en un asunto que en absoluto les concernía. Un asunto que ni tan siquiera a ellos les atañía porque no era con ellos contra quien estaba en guerra, sino contra esa sociedad injusta y manipuladora que moldeaba el mundo a su antojo. Pero claro, qué iban a saber ese par de memos cuando ni tan siquiera eran capaces de preguntarse ni una sola vez si las órdenes que cumplían a rajatabla tenían algún sentido de la ética o simplemente algún sentido, en el más amplio sentido de la palabra. Aunque tal vez hubiese olvidado algo, alguna prueba, cuando hizo lo que hizo la última noche, cuando se despachó a gusto en ese particular homenaje, en ese particular castigo. Vengativo.

La distancia hasta Golden Fields era de unos cinco minutos, al ritmo que iba tal vez de cuatro. Se había ido precisamente hasta esa cervecería irlandesa porque estaba lejos de su «refugio», de su centro de operaciones. Esperaba

que «su lugar» no hubiera sido descubierto también por esos dos perros sabuesos. El «refugio» lo era todo para él y ahora tenía claro que jamás debió abandonarlo. Sacó el móvil y llamó a Mía. Ella era quien lo había empujado a salir y solo esperaba que no lo hubiese traicionado de alguna manera.

—¡Kevin! ¡Solo queremos hablar!

Kevin escuchó cómo ese policía gritaba su nombre. Un escalofrío recorrió toda su espalda. Aceleró el ritmo. Efectivamente conocían su nombre. Sabían quién era. Mierda. Empezó a sentir un palpitante y molesto latido tras la placa metálica que daba forma a la parte trasera de su cabeza. Ese pedazo de cráneo sintético que le recordaba cada uno de los minutos de su vida lo que le habían hecho, pero sobre todo lo que él iba a hacer. Se pasó una mano por la placa y acarició su suave y elegante textura. Deslizante y fría. Era una manía que rebrotaba cuando se ponía nervioso. Cuando sentía cómo todo a su alrededor volvía a alinearse para conspirar contra él.

El móvil de Mía daba tono pero no contestaba.

Giró por St. Marvin Street y siguió recto hasta Grand Street. Tropezó con algunos de los empleados de los grandes almacenes Wall Mart que se amontonaban en la acera tras el cierre de puertas. Puntas de cigarro chisporroteando y gritos de desconcierto y de «ahí va el ladrón».

Volvió a llamar a Mía. Mismo resultado, daba tono pero no lo cogía. ¿Dónde demonios se había metido su hermana? ¿Lo había traicionado realmente? ¿Era eso? ¿Lo había vendido a los policías y por eso iban tras él? Su cabeza no dejaba de hacerse preguntas. Su cerebro palpitaba cada vez más tras la placa. Si no conseguía hacerse con Mía antes de llegar a las proximidades de Golden Fields tendría que cambiar de rumbo porque no podía arriesgarse a que supiesen dónde se escondía. Dónde guardaba la información de todos sus planes. De esos que harían que los cimientos de todo el país y de toda la sociedad se tambaleasen de verdad.

La carrera estaba siendo infernal. No solo era el repiqueteo de la sangre contra la placa lo que escuchaba, también el aire entrar y salir de sus pulmones cada vez con más furia. Presión y ruido parecido al que hace un carburador embozado.

Su cerebro no dejaba de hacer cálculos. De sopesar sus opciones. Qué sería de él si lo atrapaban. En Texas estaba instaurada la pena de muerte. La pena de muerte. El simple hecho de pensar en ello hizo que sus piernas dieran un poco más de sí. No podía dejar que lo atraparan, no sobreviviría en prisión, no soportaría el fracaso de no haber podido terminar su obra.

Volvió a llamar a Mía. El ruido de zapatos tras él se escuchaba cada vez más lejano, pero ahí seguían. Un tono, dos tonos. Vamos Mía, cógelo, cógelo por lo que más quieras. Se dijo Kevin justo antes de que se escuchase cómo descolgaban el teléfono.

—Dime, Kevin...

—Escúchame, Mía, ¿estás en casa? ¿Ha estado ahí la policía? —La voz de Kevin era nerviosa. Un torbellino de viento. Enérgico y violento.

—¿Cómo? ¿Qué ocurre, Kevin?

—Contéstame, sí o no, ¿ha estado o está ahí la policía? ¿Me has vendido, Mía? ¿Has hablado con la policía? ¿Qué has hecho, Mía? ¿Eh? ¿Qué has hecho? ¿Por dios, Mía! ¿Qué has hecho?

—¿Pero de qué estás hablando, Kevin? ¿Se te ha ido la cabeza o qué? No. No he hablado con la policía ni tampoco he hecho nada, y sí, estoy en casa, recién salida de la ducha. ¿Me puedes explicar por qué estás tan nervioso y por qué te escucho como si estuvieses a bordo de un cohete espacial?

—Lo saben, Mía, saben que estamos aquí, en Amarillo. Lo saben todo. Todo. Ahora mismo están pisándome los talones. Los tengo encima, Mía, encima.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué saben?

—Tengo que dejarte, Mía, voy a tratar de despistarlos. Si no pasa nada en una hora aproximadamente estaré en casa y te cuento mejor en persona. Si no sabes nada de mí en ese tiempo márchate, ya sabes dónde guardamos parte del dinero, márchate y no mires atrás, Mía, no mires atrás.

Antes de que Mía dijese «de acuerdo», su hermano ya había colgado.

Kevin giró por Apache Street y aligeró aún más la marcha hasta llegar a Longhorn Trail. Siguió recto unos treinta metros y se desvaneció entre las pequeñas y estrechas calles de Mars Street, Seinfeld Street y Woodland Street. Se ocultó en el interior de unos contenedores después de haberse asegurado de que la distancia hasta los policías era ya de al menos quince segundos. De vuelta al contenedor. Una nueva ironía de esa vida que tanto disfrutaba riéndose de él, humillándolo y derrotándolo.

Mientras recuperaba la respiración se frotó de nuevo la placa. Con la carrera parecía haberse calentado y estar a punto de fundirse con el resto de su cerebro. Habían estado cerca, muy cerca de atraparlo. Trató de pensar, de tranquilizarse, de recordar la imagen de los dos policías en la cervecería Grand Canyon. La mesa en la que estaban contaba con al menos cuatro jarras de cerveza vacías. Desde luego no parecía que lo hubiesen estado siguiendo sino más bien que hubiese sido obra de la casualidad que sus caminos se encontrasen en ese concreto lugar. De todas formas conocían su nombre. Eso en parte era normal ya que había desaparecido sin dejar ni rastro del edificio donde se habían cometido algunos delitos. Entraba dentro de lo lógico que la policía supiese cómo se llamaba e incluso que estuviese buscándolo, pero más como víctima que como delincuente.

Pensar en eso lo tranquilizó. Ya casi había llegado al final. «Control» estaba casi listo. Prácticamente ya había infectado todo lo necesario para darle el poder que necesitaba, el control de las máquinas que le hacían falta para obtener su «poder de negociación». En un par de días podría ejecutar su

verdadero plan. El que llevaba planificando durante años y había conseguido que se mantuviera vivo desde el día en el que la ira y la rabia se apoderaron para siempre de él. Ese era su objetivo. Dar rienda suelta a su venganza particular contra una sociedad que oprimía cada vez más y contra la que nadie parecía estar dispuesta a luchar. Esa era su lucha.

Tendría que estar más atento y reforzar el control de su seguridad porque estaban cerca, muy cerca, casi tanto como él de llegar al final.

Jack

Habían pasado dos días desde la huida de Jack del área de servicio de Yellowstone, lugar donde se había reencontrado con Mía, la chica del semáforo, su chica.

Podría haber escapado, haberse marchado lejos, muy lejos de allí. Pero eso no hubiese resuelto nada. Eso no hubiese hecho otra cosa que alejarlo aún más del resultado final de esa interminable ecuación que llevaba toda su vida tratando de descifrar. Esa que estaba a punto de llegar a ese desastroso final. El universo lo necesitaba. La humanidad necesitaba que terminara lo que había empezado para que todo pudiese continuar como tenía que continuar.

Se había escondido en uno de los bloques abandonados de Pantex Plant, en la pequeña localidad de Panhadale, en el condado de Carson, situada a unos sesenta kilómetros del centro de Amarillo. Había escogido la única planta de desmantelamiento de armas nucleares de todo el país precisamente porque contaba con una superficie de más de sesenta y cinco kilómetros cuadrados. Eso era sinónimo de muchos lugares vacíos donde los que ocultarse para poder continuar con su trabajo sin interrupciones. Desde la declaración nacional e internacional de la política de desmantelamiento y reducción del arsenal de armamento nuclear, Pantex se había convertido en uno de los centros con mayor control y vigilancia de todo Estados Unidos. Y no solo eso, al haber cesado toda actividad destinada a la fabricación de nuevo armamento, gran parte de las instalaciones habían sido cerradas, aquellas en las que se enriquecía uranio y se ensamblaban las ojivas en el interior de las bombas. Por todo ello, Jack lo encontró un lugar idóneo para centrarse de nuevo, recuperar el control de la pauta, del camino de la aleatoriedad profunda. No cometer más errores. Necesitaba de una vez por

todas terminar el proyecto vida, hacer que su artefacto funcionase y tratar de saber con mayor precisión qué era eso tan terrible que estaba a punto de suceder, pero sobre todo, cuándo.

Después de más de treinta y siete horas sin apenas dormir, había llegado a una conclusión, una sola, una que reafirmaba sus propias acciones y decisiones. La chica del semáforo formaba parte, esencial e importante, de esa gran ecuación que estaba a punto de resolver. Una ecuación cuyo resultado final podría ser uno de los descubrimientos más grandes que jamás había visto la humanidad. Quizá uno de tal calibre que podría cambiar el rumbo entero de la vida tal y como se conocía hasta ahora.

Jack, ¿todavía sigues pensando en encontrar eso que da vida a las cosas?

Eso a ti no te importa.

Jack, claro que me importa, no puedes ignorarme eternamente, Jacky, porque sabes que tú y yo siempre estaremos juntos y porque sabes que sin mí jamás lo lograrás. Lo que debes preguntarte no es qué da vida a las cosas, Jacky, sino qué es lo que se la quita.

Jack trató de concentrarse de nuevo en la gran ecuación, la gran pauta. Había rehecho algunas partes, algunas de las cadenas de Markov que lo habían llevado a la conclusión de que Mía era vital y necesaria. Que le habían hecho estar completamente seguro de que encontrar a Mía era total y absolutamente necesario en el proceso. Llevaba sin parar de realizar cálculos aproximadamente día y medio, no solo había rehecho parte de muchas de las cadenas de Markov que lo habían llevado a las diferentes «estaciones», sino que las había ampliado con nuevas y múltiples variables de transición entre estados. Las «estaciones», como Jack las llamaba, no eran otra cosa que vectores de probabilidad invariantes, o lo que era lo mismo, pilares de probabilidad estables fabricados a base de interminables ecuaciones de

Chapman- Kolmogorov que permitían a su vez determinar las propiedades de las expresiones de transición. En resumidas cuentas, lo que Jack había estado desarrollando era, en base al comportamiento pasado de miles de variables, cómo sería el comportamiento de dichas variables en un futuro no solo próximo, sino también a largo plazo. Y todas esas «estaciones», ampliadas y perfeccionadas, le decían que sus pasos, los mismos que lo habían unido al «proyecto vida» y a la gran pauta que él llamaba «aleatoriedad profunda», tenían que pasar en algún momento por Mía. Lo que todavía no sabía, lo que todavía no había podido resolver, era hacia dónde se dirigía esa aleatoriedad profunda. Solo que iba a cambiar de rumbo en breve. Podía ver el camino cada vez con mayor claridad, de dónde venía y hacia dónde iba, trazado y trayectoria, pero no podía ver su final, dónde terminaba. Quizá nadie estaba capacitado para tal cosa. Tal vez nadie debería estar capacitado nunca para conocer ese final.

Jacky, déjalo ya, de verdad. Ni Mía es tan importante como crees ni tampoco eso que tu llamas aleatoriedad profunda. Lo que de verdad importa es que salgas de ahí ahora mismo, que te alejes de esa planta nuclear abandonada y que te olvides de Mía para siempre. No es bueno para nosotros, Jacky. ¿Hace falta que hablemos de lo que le pasó a tu madre? ¿Por qué nunca quieres que hablemos de ello ni tampoco de todas esas mujeres que están muriendo en vano? No olvides que yo te advertí entonces, pero tú no quisiste escucharme.

Jack trató de no escucharla, la voz era cada vez más insistente con que abandonase todo lo relacionado con Mía y con la aleatoriedad profunda. Esa voz que nunca había conseguido acallar y que cada día quería hacer valer más su voluntad.

Estaba tremendamente fatigado. Más de lo que nunca antes lo había estado. La nave industrial en la que él y el S90 se ocultaban era un auténtico

pozo ciego. El sistema de ventilación hacía años que estaba parado y allí no había más que el esqueleto, lleno de polvo y muy grasiento, de cientos de maquinarias destinadas a la construcción de las armas más letales y destructoras que había conocido el ser humano. Jack había contado que solo en el lugar en el que se encontraba, el sector C, había al menos cuatro mil centrifugadoras Zippe para enriquecer uranio y extraer el uranio 235. Auténticas obras de ingeniería de milimétrica precisión cuyo tambor interno giraba a miles de revoluciones por minuto gracias a un campo magnético pulsátil y así lograr la separación de los dos principales isótopos del hexafluoruro de uranio, el 238 y 235. Construidas en fibra de carbono, aluminio y acero maraging. Rotores tipo fuelle para mejorar el control de la velocidad de giro y evitar la resonancia. También había cientos de reactores y montañas y montañas de ojivas vacías preparadas para ser ensambladas. Cabezas nucleares que nunca llegaron a armarse por completo y que aguardaban en la oscuridad como sombras malignas y siniestras. Almas inertes. Destructoras del mañana.

Los pórticos mecanizados para la soldadura de aluminio, magnesio, titanio, materiales con base de níquel y aceros muy aleados, eran auténticos túneles de inabarcable longitud donde cientos de brazos robotizados realizaban la milimétrica soldadura por arco eléctrico con presencia de un gas inerte, en este caso el argón. Uso de electrodo consumible. Hilos sólidos y tubulares. Depósito del metal a gran velocidad y cualquier posición inimaginable.

Todo ese arsenal de maquinaria para fabricar armas de destrucción masiva era la única compañía con la que contaba Jack. Una compañía que durante las últimas horas parecía incluso haber estado tratando de cobrar vida propia, de ponerse en contacto con él. Primero escuchó ruidos, un rumor, lejano y difuminado en el vacío industrial. Después había percibido una

extraña vibración, como si los ventiladores y los rotores de todas esas máquinas hubiesen tratado de ponerse en marcha, de impulsarse a sí mismos para iniciar ese movimiento de giro infernal. Por último había sentido cómo en las últimas horas, desprendían más calor, como si estuviesen despertando después de años de hibernación.

Los estados de soledad y aislamiento acabarían por volverlo loco si no salía de allí pronto.

No había vuelto a ver a Mía desde su encuentro en el área de servicio de Vega, pero sí había hablado con ella. Ella le había vuelto a insistir en su preocupación por lo que Kevin podría haber estado haciendo pero sobre todo por lo que pensaba que estaba a punto de hacer.

Había vuelto a disculparse por lo que le habían hecho, se había vuelto a reafirmar en lo de que el casi homicidio a Wendy había sido cosa enteramente de Kevin, algo de lo cual ella solo tuvo constancia cuando escaparon.

Recordar a Mía, el escaso tiempo que habían compartido, pensar en sus labios, su mirada, su aliento, le hacían sentir algo que podía atravesarlo todo y que estaba más allá de cualquier número, cualquier aleatoriedad. Lo desconcentraba por momentos y le imprimía una poderosa y apenas incontenible fuerza en otros. Era un sentimiento contradictorio porque por un lado sentía que Mía era a la vez fin y principio. No tenía claro si ella era el principio de un nuevo comienzo o el fin último de su eterna búsqueda. Lo único que tenía claro era que quería estar a su lado. De algún modo, al estar con ella sentía una especie de vuelta al hogar, quizá a un hogar tan bello como el que nunca tuvo.

Cuando Mía le pidió ayuda para detener aquello que Kevin estuviese haciendo, lo único que pudo ofrecerle fue lo que mejor controlaba, lo que mejor sabía hacer. Un nuevo vuelo de Levi, una nueva caminata aleatoria. Hacer bailar a los números. Darle un pequeño empujón a Kevin en el momento

y en el lugar adecuado para favorecer esa cadena de acontecimientos que lo hicieran caer justo en los brazos de los policías, los mismos que iban tras él y que a poco que hubieran investigado estarían buscando a Kevin casi tanto como a él.

La forma en que Jack veía la realidad era muy distinta a cómo la veía el resto de personas. Para él todo estaba formado por millonésimas y casi imperceptibles partes que solo habían sido parcialmente agrupadas dentro de la gran malla. Cuando trataba de hacer bailar a los números, tal y como decía su ya antiguo jefe del Crédit Lyonnais, Donald Jones, lo que realmente hacía era tocar una pieza aquí y la otra allá para desencadenar ese efecto dominó que hacía que el eterno río de hechos y acontecimientos arrastrase con él esas pequeñas acciones o decisiones que favorecían a sus intereses. En este caso, fue a Kevin a quien habían empujado hacia ese río de sucesión de hechos que lo arrastraría hasta el mismo punto en el que se encontraban los dos policías. Jack tan solo le había dicho a Mía que tuviese una discusión con él a una determinada hora y que Kevin acabase saliendo de casa, nada más, ese era el detonante de la cadena. Obviamente, por mucho que Jack hiciese o dejase de hacer, el camino de la gran pauta, ese lugar hacia el que se dirigía, era algo tan poderoso y gigantesco que por mucho que tratara de influir en él, jamás podría detener su curso.

Se dejó caer en el suelo y cerró los ojos un instante. De nuevo los oídos. Sangre espesa. De nuevo los zumbidos. Temblores y sequedad en ojos y boca. De nuevo ese latir en su interior. Corazón y cabeza.

Sacó el prototipo del proyecto vida y lo observó con detenimiento. Esa figura, asombrosa y vital, casi humana, dibujada a manos del propio transcurso de la vida misma, de la naturaleza. ¿Por qué no funcionaba? ¿Cuál era la pieza que le faltaba?

Pensó en la última de las chicas, en la última foto de su álbum. Igual que

con cada una de las anteriores, había sentido que sería clave para el funcionamiento de su proyecto, que sería la pieza definitiva, la última, pero había fracasado nuevamente. Había algo poderoso y contradictorio en todas esas muertes. Algo que se le resistía y le aterraba al mismo tiempo. Si realmente la última de ellas todavía seguía con vida, tal vez fuera porque no era ella la elegida, sino esa otra que estaba por llegar, que los números le habían dicho que tan solo se encontraba a dos días de él.

Antes de levantarse del sucio y arenoso suelo, lleno de polvo de metales pesados y el filtrado de partículas erosionadas, sintió de nuevo el rumor de las máquinas. Una vibración, serpenteante y ondulante, recorriendo el suelo hasta llegar a sus pies. Trató de apartar de él esos ruidos y molestas interferencias que parecían querer apartarlo de su camino, que parecían estar luchando para evitar que hiciera lo que estaba tan cerca de hacer.

Jack, Jacky. Escúchame. Esos sonidos que escuchas son reales, igual que yo, no forman parte de tu imaginación. Tienes que salir de ahí, Jacky, márchate lejos y olvídate de todo eso de una maldita vez.

Jack se dirigió hacia el único punto del bloque en el que tenía cobertura y esperó a ver si llegaba alguna notificación. Como un salvavidas necesitaba alguna prueba, alguna confirmación, se sentía solo, al límite.

El móvil vibró.

Mía. Ahí estaba su prueba. Su confirmación.

«Hola, Jack, ahora mismo no puedo hablar, era solo para decirte que no ha funcionado. Kevin acaba de llegar a casa. Dice que han estado a punto de cogerlo pero que ha logrado despistarlos en el último momento. Se ha encerrado en su estudio. Está muy nervioso y muy paranoico. Más de lo normal. Nunca lo había visto así. Creo que incluso ha estado llorando. No sé qué es lo que tiene planeado, pero creo que es algo muy malo, Jack, creo que

va a hacerle daño a más gente, a mucha más gente. He podido ver algunas cosas que guardaba en su estudio durante el tiempo que ha estado fuera y estoy casi segura de que lo que planea es fabricar una bomba. Una bomba, Jack. Hay que pararlo cuanto antes porque me ha dicho que en dos días como máximo tendremos que volver a marcharnos. Amarillo ya no es seguro. Dime algo cuando puedas, Jack. Te echo de menos. Mía.»

Jack se quedó pensando unos momentos en el desesperado mensaje de Mía. En qué había querido decir con lo de que Kevin iba a hacerle daño a mucha más gente. En lo de que tal vez estuviese planeando fabricar una bomba.

Se dirigió de nuevo a su gran e improvisada pizarra de acero oxidado y metales pesados anaranjados, y se dispuso a introducir la variable Kevin en sus ecuaciones. ¿Era posible que constituyera un punto mucho más importante de lo que había pensado en un principio?

Lo único de lo que estaba seguro era de que justo en el momento en el que la aleatoriedad profunda iba a llegar a uno de esos puntos clave en la historia, todo parecía complicarse más y más.

Del modo en que Jack observaba el transcurso de la vida, a lo largo de la historia se habían producido una serie de hechos y acontecimientos extraordinarios que habían supuesto un antes y un después en el devenir de la humanidad. Puntos de inflexión que suponían un fuerte empujón hacia una dirección o un gran giro hacia otra. Grandes guerras, catástrofes naturales, atentados, golpes de estado o incluso deslumbrantes hallazgos y descubrimientos. Todos ellos formaban parte de esos acontecimientos extraordinarios que en las cadenas de Markov con las que Jack estudiaba la probabilidad de hechos aleatorios aparecían como el principio o el final de una gran cadena. Ahora se encontraba ante el borde final de una de esas grandes cadenas, una tan grande como la propia vida. Como la propia

humanidad. Los cientos de cadenas secundarias que formaban parte de esa gran cadena parecían estar a punto de confluir en un mismo lugar, en un mismo instante, y eso se traducían en que un gran acontecimiento estaba a punto de suceder.

Tal y como Jack y el resto de matemáticos estudiaban los procesos estocásticos, primero codificaban los hechos y variables tanto naturales como humanas para traducirlos al lenguaje matemático y poder operar con ellos. Después aplicaban las diferentes reglas, ecuaciones e iteraciones. Por último comprobaban si se podían establecer correlaciones y transiciones estables y reiterativas entre ellas. Cuando llegaban a ese nivel de desarrollo se podía trazar una línea entre dos puntos, correspondientes al cambio de estado de una variable en el tiempo. Muchas veces, el conjunto de líneas formaba una figura geométrica, extrañas formaciones con cientos de lados y rectas que daban lugar a curiosas e indescriptibles «curvas» o fractales y que todavía se desconocía su significado real en la naturaleza. Sencillamente se sabía de su existencia pero no de su por qué.

Jack había conseguido «ver» el gran fractal, la gran curva correspondiente al transcurso entero de la vida. Junto a esa gran curva había descrito otras secundarias que se arremolinaban alrededor de ella, que se separaban y volvían a confluir y que todas ellas estaban a punto de darle la forma final a esa gran figura, todas excepto una. La que él mismo había llamado «proyecto vida». Esa curva o figura era la que le había enseñado a construir su prototipo, la que le había mostrado las unidades infinitesimales a partir de las cuales estaba formado. Por esa razón ese proyecto era tan importante para él y para el funcionamiento de todo. Tal vez fuese el principio de una nueva curva secundaria o tal vez fuese el principio de una nueva gran curva, de una nueva etapa en la vida.

Jacky, déjalo ya. Por mucho que tú hagas o dejes de hacer jamás

podrás cambiar nada, lo que deba de ser así será, eso es lo único que te debe importar. Hay cosas que tú no sabes, Jacky. Cosas importantes. Que están por llegar. Y contra las que ni tú ni nadie puede luchar.

Jack contestó al mensaje de Mía y volvió a ponerse manos a la obra con sus cálculos, pero esta vez con la variable Kevin como parte principal de la ecuación. Recuperó toda la información que pudo reunir en internet e introdujo aquellos puntos o estados previos de los que tenía constancia de que Kevin hubiera estado en el pasado lejano e inmediato.

«Hola, Mía. Necesito realizar nuevos cálculos, en cuanto pueda te digo algo. Yo también te echo de menos. Jack.»

Necesitaba darse prisa porque a cada número nuevo, a cada cálculo que realizaba, podía sentir cómo ese fin de curva estaba más cerca, más próximo y más...

Más letal, Jack, eso es lo que trataba de decirte todo este tiempo, más letal, Jacky, huye de ahí, ya.

Wendy

Llevaba horas dándole vueltas a todo en la gran suite familiar del hotel en el que se alojaba. A todo lo malo que le había pasado en la vida. Cepillándose el pelo hasta arrancarse mechones enteros. Limándose las uñas hasta ver brotar la sangre en la yema de los dedos. Mordiéndose los labios hasta hacerse verdaderos desollones. Sangre y piel en los dientes. Lágrimas en los ojos y un ensordecedor grito de pura rabia contenido durante horas en la garganta.

Había llegado a una conclusión. Una terrible y desoladora conclusión.

Estaba sola en el mundo. Más sola de lo que nunca había creído. Un mundo hostil y que nunca la trató bien. Que nunca fue amable con ella y que la hizo madurar cuando tan solo debía ser una niña. Pero a los juegos que le hicieron jugar no eran para menores de edad. No eran aptos para niñas pero allí no había nadie que mirase, nadie a quien le importase. Esos juegos que hacían dolor y dejaban rastro. Inconfundible herida del paso y del abrazo, amargo y feo, de la vida.

Jack.

Él y nadie más que él era el causante de todo. Lo que más le dolía era no haberse dado cuenta antes. Él fue el causante de que su padre estuviese demasiado cansado y aburrido de la vida como para pensar que quizá, pasarse por el cuarto de su adorable hija pequeña a altas horas de la noche para buscar consuelo fuese una buena idea. Ese mismo consuelo que su madre no quiso ver porque solo tenía ojos para su hijito con síndrome de disincronía. Su padre se fue porque no soportaba la culpa y su madre no supo otra cosa que hacer que centrarse todavía más en Jack, en el niño con capacidades especiales y necesidades aún más especiales.

Pero lo peor vino después. Aquel fatídico día en el que por culpa, otra vez de Jack, perdieron a su madre.

Nunca lo había visto con tanta claridad como lo estaba viendo ahora. La última discusión con Jack había supuesto para ella como si un poderoso y siniestro rayo de insoportable lucidez la atravesara por completo. Ahora lo veía claro. Se había pasado toda la vida detrás de un hermano que no había hecho otra cosa que infectar cada uno de sus días con su indiferencia, su eterna incompreensión, su acaparación de atenciones y méritos. Un hermano que, ahora ya no le cabía ninguna duda, era tan inteligente como malvado.

El día que su madre murió iban los tres juntos. Como siempre que se dirigían a ver a uno de esos jactanciosos y eminentes doctores para que lo vieran a él y le diesen su «humilde» opinión. Una opinión regada y condicionada por las miradas lascivas de su madre. Sugerentes prendas. Pegajosos e insoportables perfumes con fragancias dulces y florales. Sutil maquillaje y sonrisas forzadas. Serviles. Falsas.

Pero aquella tarde ocurrió algo. No llegarían a la consulta del doctor Marcuse. Apenas faltaban tres manzanas para llegar a la calle Glasgow, Wendy jamás olvidaba ese tipo de detalles, fundamentales y determinantes, cuando Jack se quedó de repente totalmente paralizado. En mitad de un paso de cebra de una de las arterias principales de Portland. Parecía estar mirando a algo o a alguien, allí a lo lejos, un poco más allá de donde se encontraba Wendy y su madre. Su madre lo llamó y le dijo que no se quedase ahí, que se diese prisa por cruzar porque el semáforo estaba a punto de ponerse en rojo y los coches llegarían de un momento a otro y podrían...

Antes de que a su madre le diese tiempo a terminar la frase un coche salió de la nada y se dirigía directo hacia donde Jack estaba. La reacción de su madre fue instintiva, natural y coherente con el resto de su vida. Soltó la mano de Wendy y corrió hacia Jack con todas sus fuerzas. Llegó justo a tiempo para

darle un empujón y lanzarlo hacia el otro lado de la calzada, pero no pudo evitar que el Cadillac Escala que venía a más de cien por hora impactara contra su cuerpo, con fuerza, casualidad o consecuencia.

No había podido olvidar el cuerpo de su madre tendido boca arriba, asfixiándose. Sus pulmones fracturados. Colapso. Perdiendo la vida mientras Jack parecía estar observándolo todo desde la distancia. Terrible indiferencia.

Al no poder localizar a su padre y no tener más parientes conocidos, fueron puestos bajo la tutela del estado y en pocos días serían separados para terminar cada uno en un destino. Jack, como siempre, en familias de bien, en familias que cuidarían y atenderían a un niño con necesidades especiales y un potencial todavía más especial. Ella, por contra, en familias en cuyo seno, se repetirían algunos trágicos hechos que siempre la acompañarían. Familias humildes. Familias deshechas.

Jack era el culpable de todo. Incluso era posible que supiese de antemano que todo aquello ocurriría y aún así no hizo nada, aún así dejó que pasara porque tal vez, era justamente eso lo que él deseaba.

Pero había llegado el momento final. De ajustar cuentas con el pasado y devolverle a la vida y a Jack exactamente lo mismo que a ella le habían dado, dolor y lágrimas.

PARTE 3

PANTEX

CAPÍTULO 16

EL TIEMPO SE AGOTA

Kate

Se presentaron en el Northwest Texas Healthcare apenas quince minutos después de que el doctor Thomas Welles les llamase para decirles que Anika Svenson había despertado.

Dos días siguiendo la pista tanto de Jack como de Kevin y no habían encontrado apenas nada. Estaban realmente agotados. Improductivo trabajo. Cansancio no recompensado.

Cuando entraron en la sala de cuidados intensivos vieron haciendo guardia a los dos mismos hombres de rasgos duros y caucásicos con los que se había reunido Viktor Svenson unos días antes. Su expresión era fría, era de acero. Implacable. Impenetrable. Kate se preguntó con qué se encontraría si revisaba su hoja de antecedentes, si es que todavía conservaban su verdadero nombre. Ropa de piel negra. Miradas gélidas. Desafiantes. Casi insultantes.

Thomas Welles y Viktor Svenson salieron de la habitación más grande y suntuosa de toda la sala de cuidados intensivos y se estrecharon las manos. El doctor en medio de una enorme sonrisa, servil y artificiosa; Viktor apuntándolo con la mirilla incrustada en el centro de sus dos minúsculas y afiladas pupilas.

—Le avisaré si hay cualquier novedad, señor Svenson. Todo el equipo estamos muy contentos de que su mujer se haya recuperado y no presente daños graves. Créame si le digo que no siempre tenemos tanta suerte.

Viktor Svenson asintió con esa mirada inquisidora y justiciera y pasó por delante de Kate y Patrick como si su presencia allí fuese totalmente intrascendente. Inexistente.

Kate lo siguió con la mirada y vio cómo se reunía con los dos hombres de negro y rostro pálido. No le gustaban nada las personas como Viktor Svenson.

Pensaban que estaban tan arriba en la escala social que incluso merecían una justicia diferente. Una justicia comprada y orquestada por ellos mismos. Ni siquiera se tomaban la molestia de disimular u ocultar ese desafío a la ley común que representaba esa actitud de altanería con presencia de empleados con ADN sicario. Kate se decidió a ir tras él para pedirle explicaciones y de paso preguntar por la identificación, pasaporte y visado de esos dos con los que hablaba, pero Patrick la detuvo sujetándola del brazo en el último momento.

Ella lo miró con indignación y él con un «ahora no, por favor, Kate, no es el momento». Fue como echar un poco de arena en el fuego de sus ojos.

El doctor Thomas Welles se acercó hasta ellos después de deshacerse del traje de siervo de la clase alta de la sociedad y recuperar de nuevo el tono distante e impersonal que llevaba puesto la última vez que se vieron.

—¿Podemos hablar con ella ahora? —preguntó Patrick

—No sé si es buen momento, agentes. La señora Svenson ha sufrido mucho y está muy agotada. Como ven, su marido acaba de salir de la habitación y me ha pedido expresamente que no la molesten.

Patrick miró a Thomas con incredulidad. A Kate se le escapó una sonrisa ácida, corrosiva.

—Doctor Welles, me parece que hasta ahora hemos sido muy pacientes con la extraña forma que tienen de proceder aquí en Amarillo en cuanto a colaborar con la ley se refiere —dijo Kate acercándose tanto al doctor que podía ver su propio rostro reflejado en el pequeño y redondo cristal de sus diminutas gafas—. Por si no lo recuerda, somos agentes federales y estamos al mando de la investigación y búsqueda de uno de los asesinos en serie más despiadados y peligrosos de los últimos años. Tras esa puerta está la que podría ser la única testigo presencial real y por suerte única superviviente hasta el momento, la persona que podría revelarnos la identidad del asesino y

ayudarnos a encontrarlo. Así que me parece que a no ser que la señora Anika Svenson no se encuentre en situación de riesgo para su vida o exista algún otro tipo de contraindicación médica de peso, le ruego que se aparte de en medio porque vamos a pasar y nos está haciendo perder un tiempo muy valioso.

Los ojos de Thomas Welles disminuyeron de tamaño. Se sintió casi tan intimidado como acobardado. Se hizo a un lado y les dejó libre el paso para que pudiesen entrar.

—Tienen cinco minutos, agentes. La señora Svenson ha pasado por algo sumamente traumático y forzarla ahora podría jugarnos una mala pasada a nivel psicológico.

Kate y Patrick entraron en la habitación sin mediar más palabras con el doctor. Demasiado cansados para ser educados. Desde el otro extremo del pasillo, Viktor Svenson levantó un rostro lleno de ira al ver a los dos policías entrar en la habitación de su mujer.

El aspecto de Anika Svenson era tan parecido al de un cadáver que al principio Kate pensó si no habría muerto de pena durante los últimos minutos mientras ellos discutían fuera. Estaba tumbada boca arriba. Una fina y blanca sábana cubría su cuerpo. Dos sistemas de gotero salían de su muñeca izquierda y un monitor de constantes marcaba un pulso y una saturación de oxígeno estables. Tenía el cuello girado hacia la ventana, aunque a la altura a la que estaba la cama apenas podía ver nada, tan solo la luz natural que entraba, tal vez con eso se conformara, de momento.

Kate se situó en una zona próxima a su campo visual, Patrick se situó tras ella a una distancia prudencial, respetando el espacio íntimo vital.

—Buenos días, Anika, yo soy la agente especial Kate Myers y mi compañero el agente especial Patrick Hunt. Estamos aquí para decirle que lamentamos mucho lo que le ha ocurrido pero también para decirle que no le quepa la menor duda de que vamos a atrapar a la persona que le ha hecho esto,

puede estar bien segura de eso.

En las palabras de Kate había fuerza. Resentimiento y rencor. Anika apenas parpadeó sin mover sus ojos de esa vista lateral y sesgada de una ventana con vistas a la nada.

—Anika —Kate se acercó un poco más a ella—. No me puedo ni imaginar por lo que debe de haber pasado, y créame, lo siento con toda mi alma, pero necesitamos hacerle unas preguntas que nos acerque a la persona que le ha hecho esto, y necesitamos que sea cuanto antes.

Una lágrima humedeció los bellos y faraónicos rasgos de Anika. Parpadeó de nuevo pero no quiso mirar a Kate a los ojos. Patrick miró la hora y después a Kate. Si no se daban prisa, en unos minutos el doctor Thomas Welles o el propio Viktor Svenson les invitarían a salir de la habitación. Cada minuto que pasaba podría estar alejándolos más del Hombre del coche.

—Por favor, Anika, necesitamos que nos responda a unas preguntas. ¿Cree que podría reconocer a la persona que le hizo esto si la viera de nuevo? —Kate esperó a que Anika asimilara la pregunta. Le dio algo de tiempo, necesitaba crear un marco de confianza, pero también le urgía su colaboración inmediata. Sacó una foto de Jack y otra de Kevin. Eran de unos diez centímetros de alto por unos cinco de ancho. La de Kevin era la misma con la que lo habían identificado en la cervecería irlandesa dos días antes, la de Jack era la que le habían hecho en comisaría el día que lo tuvieron preso, el día que se les escapó como por arte de magia—. Mira la foto de estos dos hombres, por favor, Anika, ¿reconoces a alguno de ellos? ¿Los habías visto alguna vez? ¿Fue uno de estos hombres el que te hizo esto, Anika?

Kate aproximó las dos fotos hasta un punto en el que Anika no tuviese más remedio que verlas. A Patrick le sorprendió el dulce y agradable tono con que Kate se estaba dirigiendo a su única y vital testigo. Anika pareció mirar las dos fotos y después levantar los ojos ligeramente hacia arriba y a la

izquierda. Patrick observó el detalle y después miró a Kate. No dijo nada pero la empujó con la mirada a que continuara. Patrick era bien conocedor de las técnicas de programación neurolingüística para la identificación de reacciones corporales naturales y su significado más común. Levantar los ojos hacia arriba y a la izquierda denotaba que estaba recordando, una de esas dos imágenes que tenía ante ella le habían hecho recordar algo.

—Por favor, Anika. Mira de nuevo estas dos fotos y dime si reconoces a una de estas dos personas como tu agresor. Haz un esfuerzo por recordar, por favor, necesitamos encontrar a la persona que te ha hecho esto cuanto antes.

Anika pareció mirar las dos fotos con más atención. En su rostro se dibujó el vivo recuerdo del dolor. Dos lágrimas surcaron sus pronunciados pómulos hasta encontrarse con sus suntuosos y carnosos labios. Sus caramelosos labios. Después llevó sus ojos de nuevo hacia arriba y a la izquierda.

Patrick dio un paso hacia delante.

—Por favor, Anika, sé que está recordando lo que le ocurrió y no queremos hacer esto más largo y doloroso de lo que ya es. También sabemos que su marido le ha dicho que no nos revele la identidad de su agresor, que no nos diga nada porque piensa que él se encuentra en mejor disposición para encontrarlo que nosotros, ¿verdad? Escúcheme bien, Anika. Somos el FBI, hemos apostado y entregado toda nuestra vida a atrapar a gente como el Hombre del coche, y créame, somos bastante buenos en lo que hacemos. Se lo pido de nuevo por favor, colabore con nosotros y ayúdenos a atrapar al indeseable que le ha hecho esto. Yo le prometo que no volverá a hacerle nada parecido a ninguna mujer más.

Anika miró de nuevo ambas fotos. Más lágrimas se habían acumulado sobre sus párpados. Sus ojos parecían estar flotando en un mar de sufrimiento. Languideciendo. Dolorosos y espeluznantes recuerdos. Levantó la vista y miró

a Patrick. Suplicaba, parecía estar rogándole que se adentrara en su mente para no tener que decir nada, para que fuese él quien lo viese con sus propios ojos. Patrick la miró y la animó a hablar con un leve movimiento de su cuello hacia delante. Anika suspiró profundamente, llevó de nuevo sus ojos hacia arriba y a la izquierda y después levantó el dedo índice de su mano derecha. Movimiento débil y lento. Miró de nuevo las fotos, apretó los dientes y apuntó hacia una de las dos. Patrick miró bien de qué foto se trataba y después buscó confirmación y opinión en la expresión de Kate. Mismo asombro.

—¿Está segura, Anika? ¿Es este el hombre que la atacó? —dijo Patrick sujetando únicamente la foto que Anika había señalado, la foto en la que se veía a Kevin con la gorra de los Giants.

Anika asintió con un movimiento de cuello rápido y dentado. Su cuerpo pareció estremecerse. Un suave sollozo precedió al sonoro llanto en el que estalló casi de inmediato.

El doctor Thomas Welles y Viktor Svenson entraron abriendo la puerta con brusquedad y violencia.

Viktor se dirigió hacia Patrick y Kate y se puso a su altura. Los miró con rabia, ira en el temblor de sus ojos. Aroma a madera de roble y algodón egipcio.

—Márchense de aquí, ahora. Ya han hecho suficiente —dijo Viktor sin prestarle la menor atención a Anika, que seguía llorando mientras era consolada, tímida y torpemente por el doctor Thomas Welles.

—Claro, Viktor, les dejaremos descansar. Pero le recuerdo que su mujer va a tener que prestar declaración legal más pronto que tarde. Se ha cometido un crimen y somos nosotros los encargados de encontrar al responsable y de ponerlo en manos de la justicia para que pague por ello, no usted, ¿me entiende, Viktor? —dijo Kate con firmeza y sin dejarse intimidar por ese hombre que medía más de metro noventa y que parecía tener una excelente

relación con ciudadanos de muy dudosa moralidad.

—Márchense, ahora —dijo Viktor de nuevo. Parecía estar desafiándolos. Kate asintió y sonrió. Aceptación del reto.

Salieron de allí reforzados y a la vez contrariados. Ahora ya no les cabía ninguna duda de quién era el Hombre del coche. Anika no dudó ni un solo instante en señalar a Kevin. Pero entonces, ¿qué demonios pintaba Jack en todo aquello? ¿Y por qué lo encontraron junto al cuerpo de la propia Anika en aquel callejón de Eagle Street? ¿Qué iba a hacer allí sino? Demasiadas preguntas flotando todavía en el aire. Todo parecía complicarse cada vez más. Lo único positivo, lo único que si encontraron lógico en todo aquello es que al contrario que Jack, Kevin sí parecía tener un móvil para estar haciendo lo que estaba haciendo. La sociedad no lo había tratado bien, al menos no la clase adinerada. Él había acusado al hijo mayor de los Rivers de haber sido el principal partícipe de la brutal agresión que recibió y que le había costado una enorme placa de titanio en la cabeza. A pesar de que en el juicio no pudo demostrar nada y que incluso fue condenado a realizar trabajos sociales para la propia familia Rivers y el resto de las que habían sido acusadas por él, ni a Kate ni a Patrick les cabía ninguna duda de que probablemente la justicia no hubiese sido del todo «justa» con Kevin. No obstante, les resultó chocante que se estuviese vengando por lo que le habían hecho contra personas que no tenían nada que ver con lo que le había pasado. Lo lógico en los asesinos movidos por la venganza y el rencor era atacar en primer lugar a las personas causantes de su dolor, y posteriormente, cuando se daban cuenta de que ese dolor no había cesado, de que nunca cesaría, era cuando empezaban a atacar a terceras personas. Pero en este caso, ni la familia Rivers ni el resto de presuntos culpables contra lo que le hicieron parecían haber sufrido ni daño ni ningún otro tipo de amenaza. Al menos que ellos supiesen.

Kate se sentó como siempre al volante y antes de que le diese tiempo a

arrancar Patrick recibió una llamada.

—¿Sí?

—¿Agente Hunt? ¿Patrick Hunt?

—Sí, soy yo. ¿Con quién hablo?

—Verá, agente, soy el doctor James Barnes, no sé si me recuerda, el marido de Fiona Barnes, estuvimos hablando hace unos días, ya sabe, la última víctima del... —A James Barnes se le entrecortó la voz y no pudo terminar la frase. Emitió un suspiro mudo y ahogado.

—Sí, claro, James, le recuerdo perfectamente. ¿Qué ocurre?

—Usted dijo que si recordaba algo, algo importante relacionado con Fiona o con alguna otra cosa que hubiese visto o pasado los días previos le avisara, ¿recuerda?

—Sí, por supuesto, James, así es. ¿De qué se trata? ¿Ha recordado algo?

—Verá, el caso es que... al principio no le di demasiada importancia, pero... ¿podríamos hablarlo mejor en persona? Es algo un tanto embarazoso para mí...

—Sí, por supuesto, James, ¿le vendría bien ahora? ¿Se encuentra usted en su casa?

—Sí, me viene bien ahora, y sí, estoy en casa.

—De acuerdo, James. Muchas gracias por llamar, tardaremos unos quince minutos en llegar. Hasta ahora.

—Hasta ahora, agente.

Patrick y Kate se estudiaron de nuevo con la mirada y pusieron rumbo a la urbanización Golden Fields.

Todo se aceleraba.

Kevin

Kevin apenas había querido hablar con Mía desde la última discusión que habían tenido. No solo lo había desconcentrado y apartado de sus propósitos temporalmente, sino que esa discusión había estado a punto de costarle que lo atraparan y lo encerraran para siempre, eso en el mejor de los casos.

Prácticamente no se había movido de su estudio. Lo justo para ir al baño, comer y poco más. Latas vacías de coca-cola y demás estimulantes. Control de cámaras de vigilancia, webcams, micrófonos y correos electrónicos. Escuchas telefónicas y correlación de datos afines. Eso había sido lo que había acaparado toda su atención durante los dos últimos días. Eso y la puesta en marcha final de su plan maestro, de la verdadera razón por la que hacía todo aquello.

A pesar de los imprevistos que había tenido, todo transcurría según sus planes y si no pasaba nada, en dos días daría su golpe maestro. El golpe que había estado planeando durante tantos años y con el que le demostraría al mundo en general, y a los que se habían reído de él en particular, de lo que era capaz. Les mostraría las consecuencias que habían traído consigo esa forma de vida que aplastaba constantemente el rostro y las ilusiones de la clase obrera y trabajadora.

Todos y cada uno de sus movimientos habían salido tal y como él lo había planeado. La gente a su alrededor se vendía tan fácilmente, era tan manipulable y su respuesta ante un estímulo concreto tan predecible, que incluso se había sorprendido de lo fácil y dóciles que se habían mostrado todos sus peones. La gente de la clase alta, la élite de la sociedad, era capaz de todo con tal de seguir manteniendo su posición, su estatus, su imagen social. Todos a excepción de uno, alguien que se le había resistido y había hecho que

tuviera que modificar sus planes ligeramente. Pero no sin antes haberle dejado un «regalito».

Viktor Svenson.

Le había costado lo suyo llegar hasta él para conseguir lo que le hacía falta, el ingrediente esencial para poner en funcionamiento todo su plan. El uranio. Pero por alguna razón no había dado su brazo a torcer. Había tenido que «jugar» con unas cuantas personas de su comunidad para realizar los movimientos necesarios que lo habían llevado hasta Viktor Svenson y su uranio, pero por alguna razón se había negado e incluso se había reído de él y de la fuerza y el poder de sus amenazas e intenciones. El resultado solo Anika podía contarlo.

Tras dejarle su particular tarjeta de despedida velada a Viktor, contactó con el grupo ruso «Kran» y ellos le habían prometido conseguirle, a cambio de una más que interesante cifra económica, lo único que le faltaba. Las quinientas toneladas de uranio que en las próximas horas tendrían que entregar en el punto acordado, el sector C de Pantex Plant.

Su pulsó se aceleró de nuevo cuando vio a los dos policías junto a la puerta de entrada de la urbanización. Su mano derecha se fue directa a la pieza metálica de la parte trasera de su cabeza. Frío. Suavidad sintética.

Tras los últimos acontecimientos había mejorado el sistema de audio de su equipo y podía escuchar perfectamente lo que Nick Bullit, el vigilante de seguridad de la urbanización, decía o dejaba de decir con todo aquel que entrara o saliera de su particular reino virtual. La comunidad Golden Fields había adquirido recientemente un nuevo sistema de comunicación con conexión wifi. Dicha adquisición era una donación por cortesía de George Sappiro, el áter ego del propio Kevin en la comunidad. Dicha identidad era la de un excéntrico artista postmodernista que apenas salía de casa. Obviamente, el sistema de comunicación vía wifi era algo que Kevin tenía hackeado desde

el primer día. Podía ver y oír todo lo que pasaba en los lugares comunes de Golden Fields. También había incorporado nuevos procesadores a su equipo para que la frecuencia de reloj superase la astronómica cifra de diez gigahertzios. Kevin odiaba y temía a partes iguales la posibilidad de perder información, bits muertos o píxeles que no llegaban a tiempo. Necesitaba inmediatez, que todo aquello que viera y oyera por esa ventana al mundo que había creado estuviese lo más limpia y transparente posible.

Cuando escuchó que la pareja del FBI iba a hablar de nuevo con James Barnes como consecuencia de la muerte de su mujer, respiró. Aunque le llamó la atención esa nueva visita y decidió prestar atención a lo que a partir de ese momento pudiese ver y oír a través de los medios de comunicación con los que contaba James en su propia casa. Teléfono personal, teléfono del trabajo y portátil. Tenía tiempo de sobra, los rusos todavía tardarían unas dos horas en llegar a Pantex Plant con el uranio y le vendría bien evadir la mente y de paso controlar de qué hablaba exactamente el doctor Barnes con la policía. Porque, tal vez, al doctor podría habersele olvidado cuál era su trato y qué pasaría si se iba de la lengua de aquello que ellos dos habían hablado.

Patrick

El eminente doctor en medicina del aparato digestivo presentaba un aspecto muy diferente al que tenía la última vez que estuvieron hablando con él. Su pelo estaba alborotado. Gris apagado. Barba descuidada y preocupantes ojeras azuladas. Falta de oxígeno en sangre. Probable aumento del consumo de alcohol y disminución en las horas diarias de sueño.

—Tomen asiento, por favor.

El ambiente en el espacioso y elegante salón de James Barnes estaba muy viciado. Evidente falta de ventilación y hacinamiento de olores rancios y de dióxido de carbono exhalado.

—Díganos, señor Barnes, ¿qué es lo que ha recordado?

James Barnes se ajustó un poco el cuello de la arrugada camisa blanca que llevaba y dio un trago al vaso de agua que tenía sobre la mesa.

—Verán, agentes. Esto es un poco embarazoso para mí... y no he dejado de pensar en Fiona y en lo que ese malnacido le hizo saben, y esto es duro, muy duro de llevar saben, yo la quería, por dios, creo que no he querido a nadie tanto en mi vida.

James era la viva imagen del sufrimiento. La cornea de ambos ojos había adquirido un tono ligeramente amarillo y pequeñas y finas venas habían montado un pequeño entramado rojo alrededor de sus oscuros ojos.

—Entiendo por lo que debe de estar pasando, doctor —dijo Kate con esa empatía de la que ya había hecho gala en el hospital con Anika Svenson—. Pero créame, estamos tras el hombre que le hizo daño a Fiona y le puedo asegurar que vamos a dar con él.

James miró a la lejanía, cerró los ojos y emitió un pequeño sollozo que contuvo con una inspiración profunda y otro trago de agua.

—No sé cómo empezó todo ni por qué, pero verán... dios, me da una vergüenza terrible contarles todo esto.

—Adelante, doctor, no se preocupe, puede contar con nuestra absoluta discreción —dijo Patrick tratando de ser comprensivo con la mirada aun sin haber escuchado lo que James iba a contarles.

—Todo empezó hace unos seis meses aproximadamente. Yo y Fiona no estábamos atravesando una buena racha, ya saben, muchas discusiones, poco sexo, falta de comunicación. No sé si lo saben, pero yo también imparto clases de medicina en la universidad de Amarillo y el caso es que una de mis alumnas, bueno, en realidad, mi alumna más brillante, Katherine Reeves... dios, no saben lo embarazoso que es esto para mí...

James se pasó las manos por la cara y se terminó el vaso de agua. A Patrick se le antojó que James todavía no se había atrevido a pronunciar en voz alta lo que estaba a punto de contarles.

—Verán, agentes, esto es algo que me avergüenza profundamente y de lo que sin duda me arrepiento, pero una noche de celebración patrocinada por uno de nuestros principales proveedores... yo no estaba bien, ¿entienden? Había bebido, Fiona apenas me dirigía la palabra y Katherine era tan, tan... dios, tan brillante y tan atractiva y estaba siempre tan pendiente de mí... No recuerdo bien ni cómo ocurrió, pero el caso es que acabamos pasando la noche juntos...

James hizo una nueva pausa, se tapó la cara con vergüenza y ni siquiera se atrevió a mirar ni a Patrick ni a Kate a los ojos.

—Bien, James, ¿Era eso lo que quería contarnos? —dijo Kate con un tono de voz empujado por la rabia—. ¿Nos ha hecho venir hasta aquí solo para decirnos que le ponía los cuernos a su mujer con una chica veinte años menor que usted? Por dios, debería darle a usted vergüenza. Joder...

—Lo sé, agente, créame, no ha pasado ni un solo día en el que no me

arrepiente de lo que hice, pero no es ese el motivo por el que les he llamado. Fue algo que ocurrió hace poco y que está relacionado con lo que acabo de contarles, hace unas dos semanas aproximadamente. Desde aquella primera vez, Kat había intentado que continuásemos viéndonos, que empezásemos una relación ella y yo juntos. Se había ilusionado mucho, ¿entienden? Yo le dije que eso no era posible, que lo de aquella noche había sido un error, que amaba a mi mujer y quería continuar con ella pasase lo que pasase. Kat no se lo tomó nada bien, de hecho estuvo bastante tiempo amenazándome con contárselo todo a mi mujer y a todo el mundo si no iba a verla o no escuchaba lo que tenía que decirme. Yo quedé unas cuantas veces más con ella, no hubo sexo ni nada, se lo prometo, aunque es posible que sí nos besáramos en alguna ocasión, bueno, mejor dicho, ella fue la que me besó... El caso es que hará unas dos semanas, como digo, recibí un correo electrónico cuya dirección no había visto en mi vida. No era alguien de mis contactos. Cuando lo abrí lo primero que vi fue una foto mía con Katherine y una captura de pantalla de mi teléfono móvil en la que se podían leer algunos de los mensajes entre Kat y yo. Como podrán imaginar, en esos mensajes hacíamos claras referencias a la noche en la que mantuvimos sexo... dios, menudo lío. Tras las fotos, me pedían «amablemente» que por favor les remitiera cuanto antes la historia clínica de John Sally, un paciente mío que curiosamente también es vecino de esta comunidad. Si no le daba lo que me pedía en menos de veinticuatro horas, no solo enviarían esos archivos a mi mujer, sino a todo el colegio de médicos y a toda la maldita universidad... dios, ¿saben qué sucede cuando un médico se acuesta con una alumna? Que su carrera se acaba, fin de la historia. Como médico pasa a ser un cadáver. Un cadáver.

A James le temblaban las manos. Patrick y Kate se miraron y esperaron a que James terminase de contar su historia.

—Pueden hacer conmigo lo que les dé la gana, les juro que desde que

Fiona se fue ya no me importa nada...

—James —intervino Patrick con solemnidad—. Ahora mismo no se preocupe por las consecuencias que puedan traer sus actos, pero necesitamos que nos diga qué hizo con la historia clínica de ese tal John Sally y por qué piensa usted que podría ser importante.

—Lo siento mucho, agentes, pero lamento decir, y les repito que es algo que me avergüenza hasta lo más profundo de mi ser, que acabé cediendo al chantaje de esa misteriosa persona y entregándole lo que me había pedido... dios, no sé cómo pude ser tan estúpido...

—¿Supo algo más de esa persona después de haberle hecho entrega de la historia clínica?

—No, al parecer cumplió con lo pactado y no supe nada más de él. De hecho, incluso desaparecieron de mi correo electrónico los dos correos que nos enviamos como por arte de magia.

—¿Y por qué nos cuenta esto ahora, James? —preguntó Kate de nuevo un poco más tranquila.

—No sé, al principio no le di importancia y tampoco sé si la tiene, pero me pareció extraño que unos días después encontraran muerta a mi mujer. No me imagino qué tipo de relación podría existir entre una cosa y otra, pero me pareció demasiada casualidad que primero me chantajearan de esa forma tan profesional y días más tardes mi mujer apareciera muerta. No sé, quizá la persona que me chantajeó no obtuvo lo que quería y le hizo eso a Fiona como represalia, aunque más tarde vi que se trataba del maldito Hombre del coche ese del que no para de hablar la prensa y me resultó difícil que ambas cosas estuviesen relacionadas. Pero ya ven, aquí estoy, preguntándome si habré hecho lo correcto, si ese detalle podría ayudar a atrapar a ese malnacido y que la memoria de Fiona descansase en paz de una vez. Lo siento, agentes, de verdad, siento no haberles contado todo esto antes... ah, y otra cosa, John

Sally. No sé para qué querrían su historia clínica, pero desde que le hice entrega de la misma a ese delincuente, las veces que me lo he cruzado por la comunidad lo he visto distinto, muy apagado ¿entienden? Como si una especie de poderosa culpa y remordimiento se hubiesen adueñado también de él...

Patrick y Kate salieron del piso de lujo de James Barnes y respiraron de nuevo aire limpio.

—¿Qué opinas, Kate? ¿Crees que merece la pena investigarlo? Lo del chantaje y también a ese tal John Sally.

—Creo que mientras no tengamos nada más merece la pena investigarlo todo.

Cuando los dos policías salieron de la urbanización, Kevin dejó de masajearse la placa de titanio y vio el mensaje que acababa de recibir de los rusos. Estaban a punto de llegar a Pantex Plant con las quinientas toneladas de uranio. Había llegado el momento de ponerlo todo en funcionamiento. Después ya vería qué hacía con el bocazas de James Barnes. Porque el nuevo Kevin cumplía con sus amenazas. Y si no que se lo preguntaran a Viktor y Anika Svenson.

Jack

La sangre llevaba rato brotando de su oído derecho con un fino e interminable hilo. Eritrocitos, leucocitos y plaquetas desprendiéndose de su cuerpo como consecuencia de la enorme presión intracraneal que su gran actividad cerebral traía consigo. Los mareos eran constantes y apenas podía mantenerse en pie. Nauseas y alteración del equilibrio. Su vista cada vez más nublada; un velo blanco y parcialmente transparente se había convertido en el filtro con el que miraba la oscuridad que lo envolvía todo a su alrededor. En aquel lugar inerte. Testigo en las sombras de los albores de un nuevo amanecer.

Durante las últimas horas apenas había tenido tiempo de pensar realmente en nada. Tan solo se había dejado llevar por los números, por todos esos símbolos y funciones que se amontonaban y superponían en la improvisada pizarra de óxido ferroso y que sus manos parecían estar transcribiendo directamente desde algún lugar ubicado más allá del conocimiento, de la propia sabiduría. Ante él se levantaban imposibles integraciones de Stieljes-Lebesgue y de Ito. Reglas de Kolmogorov. Interminables y modificadas ecuaciones de Fokker-Plank. Matrices de transición. Procesos de Weiner. Múltiples cadenas de Markov. Movimientos brownianos. Aumentos y enriquecimientos de la densidad de probabilidad del cálculo a través de la bifurcación de Pitchfork y de la teoría de Stratonovich, pero sobre todo, vuelos de Levi. Cientos de vuelos de Levi que trataban de arañarle tiempo al futuro inmediato. Que trataban de cambiar el curso de las cosas, de la propia vida.

Todo parecía superponerse y al mismo tiempo todo parecía tener un sentido. Cada número, cada símbolo matemático parecía estar donde tenía que

estar. Ese era su lugar y justo en el instante en el que Jack lo escribía era cuando más sentido parecía tener. Más del que nunca había tenido.

Introducir la variable «Kevin» en sus cálculos le había supuesto mucho más trabajo del que había imaginado. Por alguna razón no era capaz de ver hasta qué punto esa variable era importante pero al mismo tiempo era como si con ella, todos los números, integraciones y ecuaciones, funcionasen mejor, era como si hubiese colocado una pieza indispensable en el gran rompecabezas que tenía frente a él. A pesar de ello, a Jack se le antojó que era tan grande lo que tenía frente a él, un acontecimiento de tal intensidad que, hiciese lo que hiciese, sería imposible de detener o de cambiar su curso. Si algo había aprendido a lo largo de los años, es que en la historia de la vida y del universo a veces se producían hechos inevitables. Imparables e implacables. Ni la variable «Kevin» ni ninguna otra eran lo suficientemente grandes como para que ese gran acontecimiento que estaba a punto de tener lugar se pudiese parar. Al menos no de momento.

Vamos, Jacky, a estas alturas ya debes de saber lo que está a punto de suceder. Márchate ya y olvídate de todos y de todo. Llama a tu hermana que es a la única persona a quien de verdad le importas. Marchaos los dos juntos. Hazme caso, Jacky, por lo que más quieras. ¿No te has parado a pensar que si el transcurso de las cosas sucede como sucede es porque tiene que ser así? ¿Tan importante te crees como para pensar que tú eres más fuerte y más poderoso que la fuerza de esa cadena que lleva tantísimos años cogiendo inercia a lo largo del tiempo y del espacio?

Jack se dejó caer en el suelo. Exhausto. Agotado. Los zumbidos en sus oídos eran tan intensos que no podía escuchar nada más. Tan solo eso. Ese ruido oscilante. Una vibración atmosférica constante. A veces era como un pitido grave, como el ruido que emite el motor de un barco, trasatlántico. Y otras veces, como ahora, era como si hubiesen encendido un secador del pelo

justo en el centro de su cerebro. Cada vez era más insoportable. Más difícil de sobrellevar. Pero estaba tan cerca del final. En el sector C de Plantex Plant no había agua caliente con la que poder darse una de sus reparadoras duchas. No había ningún lugar donde descansar.

Jacky, ¿no te das cuenta? Lo que estás intentando hacer, lo que tratas de hacer es mucho más grande que tú, mucho más intenso que tu vida, Jacky. ¿No lo ves? Tu cuerpo no va a soportar durante mucho más tiempo las cosas que piensas, no está preparado para soportar la tensión y el nivel de actividad al que lo estás sometiendo. Márchate, Jacky, y deja que las cosas que tengan que pasar, pasen.

Jack trató de controlar la respiración. Se tumbó boca arriba y estiró los brazos y las piernas todo lo que pudo. Hacía días que había dejado abandonadas todas sus pautas. No había tenido ni siquiera tiempo para contar, para hacer bailar esos números con los que controlar los pequeños sucesos que se producían a su alrededor.

Pensó en su prototipo, en el proyecto vida. En por qué demonios no funcionaba. Tenía que terminarlo antes de que ese gran acontecimiento pasara. Había estado tratando de hacer algo totalmente inmoral, algo totalmente impensable, lo había estado alimentando con sangre. Ese debía ser su combustible pero por alguna razón no funcionaba. Tal vez debiera volcarse en él y olvidar de una vez por todas la aleatoriedad profunda, esa gran cadena que estaba a punto de rugir y contra la que cada vez veía con más claridad, nada tenía que hacer. Pensó en Mía, la chica del semáforo, cuál era su importancia real en todo aquello, al igual que Kevin, y al igual que... el Hombre del coche...

¿Estás preparado ya para hablar sobre ese tema, Jacky? Porque el tiempo se agota.

Al pensar en el Hombre del coche no pudo evitar recordar a su madre,

concretamente el día que murió. No fue él quien lo provocó, fue esa mujer, esa chica que aguardaba de pie, en el otro extremo de la calle, junto al semáforo. Que le pidió que se parase, que se detuviera justo en ese instante, y eso ocurrió justo antes de que su madre tuviera que ponerse delante de aquel Cadillac para que la atropellara a ella y no a él. Aquel fue el momento en el que todo empezó, en el que por primera vez entró en verdadero contacto directo con esa aleatoriedad profunda. Lo que nunca supo fue ni quién era aquella mujer ni qué es lo que quería, ni tan siquiera si era real o tan solo fue un producto de su imaginación. Lo que sí sabía es que con ella empezó todo y de nuevo, con la chica del semáforo, en este caso, Mía, tal vez empezase todo otra vez pero de un modo distinto, como un renacer a la vida, como un brote verde después de un desastroso final.

Jacky. Veo que empiezas a recordar las cosas importantes, las que realmente merecen la pena. Aunque lamento decirte, y creo que en el fondo lo sabes, que aquella chica del semáforo no era real, Jacky, creíste ver a alguien allí, pero fuiste tú. Tú fuiste quien se inventó aquello para poder pararte en mitad de la calle y desencadenar todo lo que ocurrió después, todo lo que está ocurriendo ahora y terminará ocurriendo en muy poco tiempo. Tú eres quien desencadenó la tormenta que lleva más de veinte años formándose para estallar justo en este preciso instante. Tú golpeaste esa primera pieza del dominó.

¿En serio crees que me la inventé yo? ¿No había ninguna chica junto a aquel semáforo? ¿Por qué piensas que fui yo quien empezó todo esto?

Bien, Jacky, al menos veo que vuelves a querer hablar conmigo. No, no había quien tú crees que había, quien sí estaba era tu hermana Wendy, Jacky, y tu madre, esa que terminó yaciendo en el suelo, sin vida. ¿Recuerdas cómo iba vestida ese día, verdad Jacky? Lo recuerdas bien, ¿no es así? Y sabes que todas esas mujeres que el Hombre del coche mata no son

más que una representación de...

Un estruendoso rumor interrumpió aquello que le estaba diciendo «la voz». De nuevo ese latir de las máquinas. Como una grandiosa inspiración profunda. Parecían estar desperezándose tras un profundo y letárgico sueño. Cientos de diminutas luces verdes iluminaron gran parte del almacén donde se encontraba. Las más de cuatro mil centrifugadoras Zippe estaban definitivamente poniéndose en marcha, o eso es que Jack había enloquecido totalmente. La puerta de entrada superior se abrió con un movimiento lento e hidráulico. Las centrifugadoras parecían estar esperando a ser alimentadas. Los sistemas de refrigeración, ventiladores y disipadores, se pusieron en funcionamiento. Uno por cada una de las centrifugadoras.

Jack se levantó del suelo y comprobó que lo que estaba pasando delante de sus ojos no era ninguna visión, no era producto de su imaginación como la chica del semáforo que provocó que su madre muriese.

Caminó a lo largo de las centrifugadoras. Todas y cada una de ellas se habían puesto en marcha y esperaban a ser cargadas. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué se le estaba escapando? Esa nave estaba destinada al enriquecimiento de uranio y hacía años que Pantex Plant solo desmantelaba bombas nucleares, no generaba nada nuevo. ¿Cómo era posible y quién lo había puesto en funcionamiento?

¿Es real lo que está sucediendo? ¿Quién está detrás de todo esto? Dímelo.

Jacky, qué imperativo eres cuando quieres. Respondiendo a tu primera pregunta, sí, es real. Y en cuanto a la segunda... verás, Jacky, ¿qué te hace pensar que yo debería saber eso? ¿Por qué yo y no tú?

Tú eres quien sabe esas cosas, tú eres quien siempre dice saber lo que va a ocurrir, no yo.

En eso te equivocas, Jacky. ¿Nunca te has parado a pensar que yo solo

te digo lo que tú mismo no te atreves a decirte?

Las enormes puertas de acero blindado del muelle de carga principal del sector C se abrieron. Dos enormes camiones con remolque semirrígido y capacidad para más de veinticinco toneladas entraron con ese bramido sordo y estremecedor. Levantaron una pequeña nube de polvo a su paso. Cuatro ejes, dos de ellos direccionales. Sistema de suspensión neumática y ruedas gemelas. Motor Volvo D16K. Setecientos treinta caballos de potencia a mil novecientas vueltas. Dieciséis litros de cilindrada. Sistema de inyección XPI y par motor de 350. Esos camiones no solo estaban preparados para transportar lo que fuera, sino también para correr.

Jack se apresuró a esconderse tras un bloque de centrifugadoras. Se aproximó lentamente por detrás de las máquinas hasta un lugar próximo a donde habían parado los dos camiones. Las puertas traseras y delanteras de ambos camiones se abrieron y de cada uno de ellos salió un grupo de hombres con acento ruso. Corpulentos. Aspecto militar. Rasgos duros y angulares.

Empezaron a descargar bidones con exterior de metal reforzado con plomo y acero al carbón, fibra de vidrio y aluminio ultraligero. Cada carro llevaba ruedas y empezaron a empujarlos hasta la zona de las centrifugadoras. Mientras unos continuaban descargando otros se colocaron máscaras estancas de protección respiratoria y filtros específicos.

Lo que allí tenían no era otra cosa que uranio. Y lo que estaban a punto de hacer era cargar el interior de todas y cada una de las centrifugadoras Zippe para proceder al enriquecimiento.

Alguien estaba preparando una gran bomba nuclear y al parecer no parecía ningún farol ni ninguna broma.

Jack pensó que tal vez fuese ese el gran acontecimiento que estaba a punto de suceder. Y su sangre se heló por completo. Lo había tenido justo delante de

sus ojos y había sido incapaz de verlo. Y ahora tal vez fuese demasiado tarde.

CAPÍTULO 17

ÉL PUEDE VERLO TODO

Mía

Mía había estado tratando de ponerse en contacto con Jack durante las últimas horas pero le había sido imposible. Los mensajes que le había enviado avisándole de nuevo de lo que Kevin estaba a punto de hacer ni siquiera le habían llegado. O estaba incomunicado o había desconectado su teléfono móvil. No sabía a quién más recurrir. Le daba miedo enfrentarse a su hermano, un miedo horrible a que le entrase uno de sus ataques de pánico y de histeria que tan bien conocían los dos y que tan mal se le daban controlar.

Kevin llevaba días encerrado en su estudio y había eludido cualquier intento por parte de su hermana por mantener una conversación. Apenas salía lo justo para comer algo o ir al baño. Su aspecto era lamentable. Llevaba días sin ducharse y hasta había dejado olvidada su inseparable gorra de los Giants sobre la mesa del estudio. Tal era el estado de psicosis y desconfianza de Kevin que incluso parecía haber dejado de confiar en las dos únicas cosas que siempre habían estado ahí, su hermana y esa destrozada y ajada gorra beisbolera que no solo tapaba esa parte de él, reforzada en metal antialérgico, sino que ya era casi como una parte más de él.

Mía había tratado de averiguar qué era lo que Kevin iba a hacer, pero no era sencillo con todas las precauciones que tomaba para evitar precisamente eso, una intromisión que lo desviara de su camino, igual que la última vez que habían discutido. Kevin tan solo se había limitado a decirle que estuviera preparada porque en uno o dos días tendrían que salir.

Pero claro, ella había visto esos planos. Los planos de la bomba. No era idiota. Eso solo podía significar una cosa. Tampoco podía olvidarse de todos los recortes que su hermano guardaba sobre el Hombre del coche. No tenía claro si era él ese perturbado criminal o solo su fan número uno. Cualquiera

de las dos cosas le parecía abominable.

El poco sonido que pasaba a través de la puerta del estudio de Kevin había sido suficiente para que Mía pudiese escuchar a la perfección cómo su hermano había estado haciendo tratos con alguien que, al parecer, tenía que hacerle entrega de algo cuya factura de compra ascendía a varios millones de dólares. Kevin era muy cuidadoso con los detalles, con los cabos sueltos, como él solía decir. Mía había escuchado cómo daba instrucciones precisas de cuándo y dónde tenían que hacer entrega de dicho cargamento y cuál sería el momento y la forma de cobrar.

El problema es que Kevin, siempre tan cuidadoso, no solo utilizaba líneas seguras como él decía, sino también «palabras seguras», con lo que era prácticamente imposible descifrar cuál era ese lugar y ese momento de la entrega.

También había estado haciendo otro tipo de negociaciones que a ella se le antojaban igualmente peligrosas y sobre todo inminentes.

En los últimos días, Mía había tenido tiempo de reflexionar, de pensar en las cosas importantes de su vida como hacía tiempo que no lo hacía. Quizá el saber que el tiempo apremiaba, quizá el saber que había llegado el momento de poner de una vez un poco de orden en su vida. Quién sabe.

El comportamiento de su hermano no era normal, hacía años que no lo era. En su interior guardaba una ira y unas ansias de venganza tan grandes que habían hecho de él alguien capaz de lo peor. Ella había sido testigo de cómo poco a poco había ido moviendo cada vez más la línea que trazaba el límite de su moralidad. Y ella siempre estuvo ahí para tolerarlo, para tratar de entenderlo. Porque claro, nadie había sufrido tanto como él. Nadie había pasado porque lo que había pasado él. Nadie podía entender su inabarcable dolor y sufrimiento. Ella siempre lo consoló, siempre lo defendió, siempre toleró. Esa era su culpa. La culpa que la corroía y devoraba por dentro día tras

día. Haber permitido que su hermano hubiese ido descendiendo poco a poco ante su presencia y su comprensión en el más oscuro y profundo de los agujeros del ser humano. Allá donde se oculta la verdadera maldad.

Primero fue la falta de sensibilidad hacia la vida animal, que ella supiese nunca le hizo daño a ninguno. Que ella supiese. Pero su visión con respecto a la importancia de la vida de los mismos y su capacidad para sentir dolor y sufrimiento cambió. Digamos que los situó en un escalón mucho más abajo del que presuntamente se encontraban los seres humanos. Después llegó la falta de apego y respeto por las mujeres. Es cierto que fue una mujer la que empezó la agresión que sufrió y que es posible que si no hubiese sido por su culpa nada de eso hubiese sucedido. Solo posible. Pero que ella supiese, su hermano no había tenido ningún otro problema con las mujeres como para que en su interior se hubiese ido cultivando esa aversión y manía que parecía tenerles. Su forma de dirigirse a ellas, como seres intelectualmente inferiores y entes de naturaleza parasitaria. La creciente cosificación de su cuerpo en su forma de verlas también era algo poco menos que preocupante. Para él, la mujer se estaba convirtiendo cada vez más en un puro objeto, a excepción de ella, de su hermana, al menos por el momento. Después llegaron las escuchas telefónicas, el hackeo de redes de internet privadas, la intromisión en correos electrónicos ajenos, el espionaje de personas tanto por cámara como por micrófonos o incluso la intromisión en redes de alta seguridad que contuvieran tanto datos médicos como de otra índole personal y que estaban catalogados como de máxima seguridad. Al principio, cuando Mía descubrió lo que hacía, él alegó que no había maldad en aquello. Tan solo lo hacía porque podía. Para él aquello era como un reto, una forma de superarse y de seguir progresando en el campo de la informática. A Mía no le pareció demasiado normal cuando descubrió que aquello no solo era un reto, sino que también se estaba convirtiendo en una afición, frecuente y peligrosa. Ver qué se escondía tras la

apariciencia y la capa de estatus social de cada persona se había convertido en una prioridad para él, en una poderosa adicción.

Más tarde, Kevin descubriría que se le podía sacar mucho partido a todas esas cosas que averiguaba de las personas. Que podía manipular sus acciones y hacer que hiciesen lo que él quisiese amenazando con sacar a la luz todos esos secretos que ahora estaban en su poder. Porque esa era una sospecha que con el tiempo había pasado a ser una completa realidad; todas las personas guardaban oscuros secretos en algún lugar, pero a medida que se ascendía en la escala social, esos secretos eran todavía más oscuros y siniestros y el precio por mantenerlos en ese lugar aún más alto.

Por último, como broche final a esa particular evolución personal, Kevin le había prometido que si le ayudaba con su plan, el mismo que incluía a Jack y el robo al Crédit Lyonnais, lo dejaría todo y empezarían de nuevo en otro lugar, lejos de allí. Empezarían una vida ausente de todas esas malas costumbres, de todos esos malos pensamientos de ira y de venganza. De toda esa sociedad clasista y manipuladora. Tendrían el dinero suficiente para empezar de cero. Y Mía no hizo otra cosa que confiar en él, en su hermano. Era lo único que tenía y en cierta manera sentía que si no era ella quien le prestaba ese apoyo y ese amor incondicional nadie más en este mundo lo haría, porque él ya se estaba encargando de ponerse a todo el mundo en contra.

Pero después de descubrir todo lo que había hecho su hermano tanto en Buffalo como en Amarillo y lo que estaba a punto de hacer, supo que definitivamente lo había perdido. Su hermano se había convertido justo en todo aquello que él mismo odiaba, pero peor. Mucho peor. No tenía otra opción que denunciarlo, entregarlo de alguna forma a la justicia para que ellos hiciesen lo que ella no se atrevía a hacer, pararle los pies. Había intentado involucrar para ello a Jack porque ella no había tenido el valor de hacerlo por sí misma. Pero de momento tampoco eso había dado resultado. En el fondo, en

algún lugar de su interior, tenía el convencimiento de que no iba a poder parar a su hermano. Percibía que algo realmente malo iba a suceder.

Estaba aterrada y lo único que la consolaba, que le hacía sentir bien, era pensar en Jack.

Si alguien le hubiese preguntado acerca de él, quizá no hubiese sabido qué responder, qué decir, ni siquiera cómo definir lo que sentía por él. Lo que llevaba sintiendo desde hacía un tiempo. Porque la cruda realidad es que ni tan solo se había atrevido a decírselo a ella misma. Pero por alguna razón, lo que sentía por él, algo tan poderoso como irracional, se había ido adueñando de una parte de ella hasta el punto de llegar al convencimiento de que aquello era realmente el amor. El amor más puro y verdadero que jamás había conocido. Un tipo de amor que era tan sumamente fuerte que ni tan siquiera sabía su razón de ser o procedencia. Había tratado de analizarlo y no tenía ni idea de por qué lo amaba. No era por sus labios, ni por las líneas con las que se dibujaba su silueta, ni por su sonrisa, ni sus besos. Era más bien algo que provenía del pleno conocimiento de saber que su vida ya nunca más volverá a ser la misma sin él. En su interior había algo que la empujaba hacia él. Estar a su lado era ahora su máxima prioridad, su única prioridad. Era eso lo que quería y necesitaba, a pesar de no tener ni la menor idea de qué era lo que le atraía de él ni por qué. Solo era amor. Solo eso. Puro y eterno.

Cuando Mía escuchó abrirse la puerta del cuarto de Kevin, aprovechó para salir a su paso y hablar seriamente con él. Tenía que parar lo que estuviera haciendo, y tenía que ser ella.

Ella.

Nadie más.

—Kevin, necesito hablar contigo un momento.

Mía salió a su paso y Kevin pareció ignorarla. Siguió caminando hacia la cocina. Estaba muy nervioso y apenas parecía haberla escuchado.

—Por favor, Kevin. Te pido por favor que hablemos.

—¿Qué? ¿Qué quieres ahora? ¿No ves que ahora no puedo? Estoy ocupado, muy ocupado. Precisamente estoy tratando de hacer justo eso que tú no haces, asegurar nuestro futuro. ¿Acaso crees que todo esto que ves a tu alrededor ha salido del aire? No, Mía. Todo esto es gracias a mí, a mí. Y te diré algo, este mundo puede que se esté yendo a la mierda y que esté lleno de personas horribles, pero te aseguro que se equivocó de lleno tratándome como si yo no valiese absolutamente para nada. Si pensaba que podía aplastarme y reírse en mi cara estaba muy equivocado, muy equivocado.

Kevin estaba muy nervioso. Las manos le temblaban. Su piel era pálida y el sudor le mojaba el nacimiento del pelo. Olía mal. Millones de bacterias en descomposición. Amoniaco. Aceites y proteínas. Ropa infiltrada de urea, sales y azúcar. Su higiene personal era deficiente. Ropa de hacía ya días para lavar. Mía observó cómo durante las últimas semanas había perdido pelo. Tal vez el estrés, la ausencia de sueño o la horrible alimentación que llevaba. El caso es que la placa metálica que cubría gran parte del hueso occipital de su cabeza era más visible que nunca. Apreció con claridad los remaches con los que había sido fusionada con el resto de su cráneo. También esa parte central más brillante y pulida debido a lo mucho que su hermano pasaba por allí su mano con esa interminable y singular caricia. Esa manía suya que lo llevaba a tocar esa parte de él artificial que era lo único que impedía que su cerebro se desparramara por el suelo. Verlo así, hizo que recordara de nuevo todo lo que le había pasado, todo lo que le habían hecho, y sintió verdadera pena por él. Otra vez. Pero apenas un instante después le vino de nuevo a la mente las imágenes de los recortes de periódico con las noticias que hablaban del Hombre del coche y también de lo otro, lo que más le aterraba; todos esos planos sobre cómo se construía un artefacto nuclear, una bomba nuclear. No. No podía volver a dejar que por pena su hermano hiciese lo que le diese la

gana.

—Tranquilízate, Kevin. Solo quiero que hablemos, nada más. Sé que estás planeando hacer algo malo y quiero que sepas que no estoy dispuesta a dejar que le hagas daño a nadie más, ¿me entiendes?

Kevin tragó saliva y la miró abriendo mucho los ojos. No podía creer lo que acababa de oír. ¿Qué demonios sabía Mía de lo que iba o no iba a hacer?

—Tú no sabes nada. Tú no entiendes nada. Te lo advierto, Mía, no te metas en esto, no te cruces en mi camino porque esto es algo entre el mundo y yo, entre ellos y yo, ¿entiendes?

—Kevin, escúchame, vayámonos ahora, olvida eso que estás pensando hacer y empecemos de cero otra vez, tú y yo, Kevin, por favor, te lo ruego. Ya tenemos el dinero, eso fue lo que me dijiste en Buffalo ¿no? Que cuando tuviésemos el dinero suficiente para poder olvidarnos del mundo sería cuando podríamos realmente hacer nuestra vida, ¿no era ese el plan?

Kevin negó con la cabeza mientras hacía todo lo posible por no escuchar ninguna de las palabras de Mía. Se pasó una mano por la cabeza, automática, sacándole más brillo a la placa metálica.

—No sé si recuerdas que no fui yo quien empezó todo esto, Mía, no sé si hace falta que te recuerde la gran humillación que sufrí aquel día. ¡Te recuerdo que se mearon encima de mí después de haberme pateado todo lo que quisieron! ¡De haberme insultado y golpeado hasta que se quedaron sin fuerzas! ¡Y que me dejaron tirado en un contenedor como si fuera una maldita bolsa de basura cuando pensaron que me había muerto! ¿Te has parado a pensar alguna vez que quizá no haya forma de olvidar eso nunca? ¿Que tal vez solo devolviendo una parte de ese dolor y sufrimiento sea posible desprenderme un poco de él? ¿Te has parado a pensar en mí por un momento? ¿Y qué me dices del juicio? Toda esa basura de sistema riéndose de mí y obligándome a hacer trabajos comunitarios para ellos como si fuese algo

todavía más bajo que un esclavo. ¡Eh! ¡Qué dices a eso!

Kevin estaba fuera de sí. A Mía le caían las lágrimas viendo a su hermano siendo devorado por la rabia, el rencor, las ansias de venganza. El mayor daño que le hicieron aquel día en el jardín de los Rivers no fue la enorme fractura en su cráneo ni las múltiples laceraciones y contusiones a lo largo y ancho de su cuerpo, fue la inmensa herida emocional que arrastraba desde entonces, que había cicatrizado tan mal que la huella que había dejado era ahora mucho más grande que la propia herida original.

—Solo te pido que me des otra oportunidad, Kevin, y te prometo que empezaremos de nuevo en otro lugar. Todo será diferente, todo será otra vez como antes. Olvidar, Kevin. Olvidar y pasar página. Te lo ruego.

Kevin negó de nuevo con la cabeza. En su interior hacía tiempo que solo habitaba el ruido. Un insoportable ruido de fondo. Constante. Incesante. El rugido de la venganza más cruel que había podido imaginar.

—Apártate de mi camino, Mía, solo te pido eso. Apártate y estate preparada porque mañana nos marchamos. Sí, a otro lugar, pero no a uno que tú elijas, sino al que yo tengo planeado. Ah, y otra cosa —dijo Kevin dándose la vuelta antes de encerrarse de nuevo en su estudio—. Ni se te ocurra intentar traicionarme, Mía, porque te aseguro que no te lo perdonaría en la vida. Y por si te ha empezado a fallar la memoria, te recuerdo que yo lo veo todo.

Kevin

Kevin se aseguró de que la puerta de su estudio estaba bien cerrada y se caló la gorra de los Giants hasta topar con el borde de las orejas. Bien fuerte. Hasta sentir el roce, abrasivo y desgarrador. Sentir la tela sintética sobre su magullada y pálida piel le hacía sentir especialmente bien.

Empezó a caminar por el interior de su estudio arriba y abajo. Recogía y tiraba todo el aire que podía haciendo respiraciones rápidas y superficiales. Discutir con su hermana siempre lo alteraba. Lo desviaba. Lo sacaba de su camino. Sin ir más lejos lo había tenido apartado de sus pantallas de vigilancia al menos los cinco minutos que había durado esa absurda discusión. ¿Y si durante esos cinco minutos se había colado alguien en su perímetro de seguridad y en estos momentos estaba a punto de irrumpir en su casa y mandar al traste todos sus planes? ¿Y si su hermana había orquestado toda ese estúpida y fingida preocupación para permitir que entrase a su guarida y por sus espaldas la persona con la que había planeado su traición? ¿Y si estaban todos compenetrados e involucrados y estaban preparados para traicionarlo a lo grande justo en el momento en el que más le doliera? ¿Y si...?

Y si.

Apoyó sus dos brazos sobre el respaldo de su silla de trabajo y cerró los ojos durante un instante. Trató de parar todos esos pensamientos que estaban inundándolo todo de inseguridad y de miedo. En su interior habitaba el más grande de los tornados. Cuando se ponía en funcionamiento era tal la fuerza motriz de giro que lo arrastraba todo con él. Su cerebro se convertía en un gran generador de malos y frustrantes pensamientos. Pero ya casi había llegado al final y no podía descontrolarse ahora, no podía dejar que también le arrebataran eso, su gloria.

Antes de continuar con sus planes, decidió que James Barnes merecía un castigo. Le había dicho expresamente que mantuviera la boca cerrada acerca de la historia clínica de John Sally, o si no...

Cogió todas las fotos que tenía con su alumna Katherine Reeves y las capturas de pantalla con los mensajes que se enviaban y lo envió a todos los correos de la Universidad y del Hospital para el que trabajaba. Adiós, doctor Barnes.

Después de eso se sintió algo mejor, se sintió bien. Había vuelto a restaurar de nuevo el equilibrio, su equilibrio. Entre lo justo y lo injusto. Se sentía de nuevo preparado para reanudar los últimos movimientos de su venganza final.

Lo tenía todo controlado, todo había sido cuidadosamente diseñado para que nada fallara. Su gran venganza estaba lista, de hecho ya estaba en marcha, y nada ni nadie podría pararla. Rivers, su mujercita Jennifer y todo el maldito gobierno de su asqueroso país podían ir preparándose porque su fin estaba más cerca de lo que imaginaban. Pensar en su inminente victoria hizo que se relajara. Como si alguien hubiese inyectado un tranquilizante en mitad de la gran vena que atravesaba de parte a parte toda su cabeza. Esa forma de dolor, esa forma de sufrir y de odiar que habían ido adueñándose de él a lo largo de los años, solo conseguía calmarla, pararla, cuando imaginaba todos esos males devueltos a su remitente original, pero a gran escala. Y no fue hasta que empezó realmente a ponerse en movimiento para que sus planes de venganza dejaran de habitar en el mundo de sus sueños para pasar a formar parte del mundo real, cuando empezó verdaderamente a volver de nuevo a ser él mismo, a encontrar la paz.

Sabía de sobra que Mía lo había intentado traicionar. Aunque no hasta qué punto. Pero estaba al tanto de que se había puesto en contacto con Jack y que habían quedado al menos una vez. Los siguientes intentos por parte de su

hermana para ponerse en contacto de nuevo con él, o bien los había controlado, o bien los había directamente bloqueado, como los últimos. Tenía su móvil clonado y no solo podía ver y escuchar todo lo que entrase o saliese de él, sino que podía interrumpir las comunicaciones, total o parcialmente, que era el estado en el que lo había dejado en estos momentos. Al principio le costó asumir que tampoco podía fiarse de su hermana. La visión que ella tenía de él. Le dolió tener que controlar también todas sus comunicaciones, pero no le había dejado otra opción. Y tendría que andarse con mucho ojo porque al menor intento de traición ella también...

Sí, ella también.

Andrei, el líder del grupo paramilitar Kran, le había informado de que todo iba según lo correcto y que en unas tres horas como mucho, todas las centrifugadoras estarían cargadas y listas para funcionar. De todas formas, él tenía todo el control tanto de las centrifugadoras Zippe como del resto de máquinas del sector C de Pantex Plant.

Le había llevado años de duro y exhaustivo trabajo elaborar «Control», el gusano informático con el que podía controlar todas y cada una de las máquinas del sector C de Pantex Plant, así como también los sistemas de vigilancia y seguridad de la planta nuclear. Gracias a las «ayudas» de sus «colaboradores» había logrado introducir el gusano en la red privada de la planta de Panhadale. En pocas horas tendría el uranio enriquecido y en menos de un día, si todo iba según lo previsto, tendría ensamblada y lista para ser detonada su cabeza nuclear de veinte megatones de potencia. Su detonación supondría la muerte de miles de personas. Las radiaciones se extenderían cientos de kilómetros. El ozono de gran parte de la atmósfera de esa zona desaparecería. La lluvia ácida convertiría grandes zonas de la Tierra en terreno yermo, infértil, y el pulso térmico lo quemaría todo a lo largo y ancho de cientos de kilómetros.

Pero su verdadero plan no solo era provocar esa terrible catástrofe natural, sino ver el sufrimiento y el dolor en los ojos de aquellos que lo habían convertido en lo que ahora era. Ellos eran los auténticos y genuinos causantes de todo y era a ellos, a quien el mundo tendría que pedir cuentas y responsabilidades.

En cuanto Andrei le diera la confirmación de que había cargado las centrifugadoras Zippe y él hiciese sus comprobaciones, procedería a la fase de enriquecimiento.

Ya faltaba poco.

El final estaba cerca y su corazón parecía estar llenándose de una paz y una tranquilidad como nunca antes había sentido. Como si estuviese a punto de darle un poco de equilibrio a ese horrible mundo.

Wendy

Nada de lo que hiciese o dejase de hacer cambiaría las cosas. Ahora lo tenía claro. El mundo era un lugar horrible que no solo permitía que las cosas malas pasaran, sino que parecía disfrutar con ello. Y no fue hasta que descubrió esa particular y perversa singularidad del mundo que la rodeaba cuando por fin comprendió que su lucha no debía ser por cambiar las cosas, sino por hacer que las cosas sucediesen como al mundo parecía que le gustase que sucediesen, infligiendo sufrimiento y dolor.

Ella no eligió tener un padre que a veces dormía con ella para que su madre pudiese dormir con su hermano Jack cuando tenía pesadillas nocturnas o sus temblores eran tan grandes que apenas podía tenerse en pie. Tampoco eligió que la diferencia de edad entre su padre y ella hiciesen parecer que el miembro de su padre fuese tan monstruosa y desproporcionadamente grande comparado con el pequeño tamaño de su vagina de niña. Lo que provocó que el cabeza de familia la desgarrara por dentro por completo. En repetidas ocasiones. Menos aún pidió que su madre nunca quisiese ver, ni que mirase para otra parte cuando de sobra sabía lo que hacía su padre. Tenía oídos para escuchar los gritos, tenía ojos para ver sus lágrimas y heridas, y tenía manos para tocar su pequeño cuerpo, tan ajado y maltratado.

En cambio su madre sí eligió. Eligió no hacer nada. Eligió seguir con su vida, consentir esa aberración para que no le faltase el sustento que su padre le daba y así poderle dar todo lo que su hermano mayor necesitaba.

A pesar de ello, Wendy siempre trató ver el lado bueno de las cosas. Siempre buscó ese amor, ese lugar en el mundo donde no había sombras, sino luz, donde no había indiferencia, sino comprensión. Pero las familias de acogida por las que pasó no ayudaron demasiado. No contribuyeron a que

podiese encontrar esa luz que parecía estar cada vez más apagada en medio del más grande y oscuro de los vacíos. Otra vez volvieron los abusos, la indiferencia y el mirar hacia otro lado. Lo único que siempre la mantuvo firme, que hizo de norte en la brújula de su existencia, fue pensar en su hermano, en Jack. Su única familia. Su ancla a la vida. Pero tras años detrás de él reclamando esa atención y ese afecto que la vida le debía, descubrió que lo único en lo que se estaba convirtiendo era en aquello que más odiaba, en una de esas mujeres que iban tras un hombre hasta el final aunque a ese hombre ellas no les importasen absolutamente nada.

Pero todo eso ya se había terminado.

Había tratado de mostrárselo. De ofrecerle su corazón con cada una de sus ofrendas. Pero él, como siempre, solo vio en aquellas muertes algo distinto. Algo diferente. Algo que la vida le había puesto ahí por alguna mística razón. Pues ella era esa razón. Y había llegado el momento de hacer la ofrenda final. La que lo liberaría para siempre y le haría pagar.

Fin de la historia.

Wendy llevaba horas esperando a su presa. Como la más mortal de las depredadoras. Entre las sombras. Letal y peligrosa. La vida le había enseñado a ser paciente, de hecho no había aprendido otra cosa, aprender a esperar a que por fin algo bueno pasase. Y en esos momentos ese algo tenía nombre de mujer y un cuerpo esculpido y bronceado al sol.

Su hermano por fin la escucharía. Su hermano por fin entendería qué era eso que llevaba tanto tiempo diciéndole en un lenguaje que solo él debía comprender.

Jack

—¿Qué demonios se supone que es todo eso? —preguntó uno de los mercenarios rusos que estaba cargando las centrifugadoras de hexafluoruro de uranio al ver la gran placa de acero oxidado donde Jack había estado plasmando todo su interior. Ante él se levantaban cientos de extraños símbolos, números de diferentes tamaños, líneas trazadoras y figuras geométricas irregulares y aparentemente caóticas.

Metro noventa y cuatro. Entre treinta siete y cuarenta años. Operado del hombro derecho. Botas de alta seguridad frente al contacto térmico y eléctrico. Jack observaba, escondido y agazapado, a los dos hombres que habían irrumpido en su particular laboratorio matemático.

—No tengo ni la menor idea —respondió el otro de los mercenarios que se había parado a contemplar ese fresco de arte incomprensible. Abstracto. Esa gran improvisada pizarra de al menos siete metros de largo por dos de alto—. ¿Le decimos algo a Andrei?

—No. Vamos justos de tiempo. Todavía hay muchas centrifugadoras sin cargar. Si todo va según lo previsto en unas horas habremos terminado y mañana estaremos a miles de kilómetros de aquí. Vamos antes de que Andrei nos empiece a echar de menos.

—Eh, Mijaíl. Espera un momento. ¿Habías visto algo así alguna vez?

Mijaíl, el hombre de los ciento noventa y cuatro centímetros de puro músculo, se giró de nuevo al ver cómo su hermano Dmitri se había quedado totalmente fascinado ante esa particular constelación de extraños números. Esa galaxia misteriosa y simbólica. Siempre le gustaron las matemáticas, siempre se le dieron especialmente bien los números, pero la familia y los conflictos decidieron su futuro por él.

—No, Dmitri, no había visto nunca nada semejante. Hay muchas cosas que no comprendemos y no por ello el mundo ha dejado en algún momento de girar. Vámonos anda, ya tendrás tiempo de entretenerte con todos los números que quieras cuando estemos lejos de aquí.

—Espera, Mijaíl, por favor. ¿Puedes ver algo allí al fondo, tras todos esos números y símbolos, o soy solo yo?

Mijaíl se detuvo un instante junto a su hermano pequeño. Concediéndole el beneficio de la duda.

—No veo nada, Dmitri. Solo que estamos perdiendo un tiempo valiosísimo. Vamos, en serio, todavía hay mucho que hacer.

Dmitri, el más joven de los dos, todavía se quedó unos segundos contemplando esa gran pizarra sobre la que Jack había tratado de plasmar durante los dos últimos días la más grande de sus obras. No sabría decir qué era aquello que veía muy en el fondo de todos esos números, pero podía sentir que era algo poderoso, algo que estaba más allá del bien y del mal. Algo tan poderoso como su conciencia, casi tan fuerte como su alma.

Cuando los dos hombres se fueron de nuevo hacia la zona de las centrifugadoras, Jack sintió cierta nostalgia. Ver a ese joven ruso contemplar esa parte final de la gran pauta hizo que le recordase a sí mismo bastantes años atrás, cuando descubrió por primera vez la existencia de la aleatoriedad profunda. Después sintió algo que hacía mucho, mucho tiempo que no sentía.

Miedo.

Miedo a no saber qué iba a suceder a continuación. Al abismo que se extendía ante él y contra el que nada podía hacer.

Tenía que salir de allí como fuera. Encontrar a Kevin para poder parar todo aquello. Mía había estado tratando de decírselo pero él no le había prestado suficiente atención. Es posible que no fuese una consecuencia que él

y Kevin hubiesen coincidido en el mismo estado, la misma ciudad, el mismo edificio. Por supuesto que no lo era. No existía la casualidad, todo era consecuencia. La gran pauta, cada uno de sus movimientos y decisiones lo habían estado empujando desde siempre hasta ese lugar, hasta ese preciso instante. Quizá para tener una última oportunidad de parar esa catástrofe, quizá para tan solo ser un espectador de lujo con un asiento reservado en primera fila desde donde poder ver el desastroso espectáculo que estaba a punto de suceder.

Después de todo el trabajo que había estado haciendo con las variables que conformaban la gran pauta y del inminente cambio que se acercaba, al ver entrar aquellos camiones y observar lo que se proponían, no le cupo ninguna duda de que ese era el gran acontecimiento que iba a darle una buena patada al mundo. Ese era el final de esa gran cadena, un final en forma de desastre natural, y sin embargo, todavía tenía que resolver el enigma del proyecto vida. Si no se había equivocado en lo de que algo muy grande y catastrófico estaba a punto de suceder, tampoco debía de haberlo hecho al pensar que el proyecto vida tal vez supusiese un nuevo comienzo. La esperanza. La salvación. Y tal vez, después de todo, su vida, la aleatoriedad, la muerte de su madre, el Hombre del coche y la chica del semáforo, encajaran dentro de un mismo puzle. Tal vez todo formase parte de un último movimiento final.

Al menos ya veo que te has dado cuenta de que es absurdo luchar contra lo inevitable, Jacky.

Tenía que salir de allí lo antes posible. Esos hombres no se moverían del sector C en bastantes horas y para cuando lo hiciesen tal vez fuese demasiado tarde. Tal vez ya todo hubiese terminado.

El proyecto vida era ahora su máxima prioridad. Parar esa gran pauta se le antojaba casi imposible pero lo intentaría hasta el final. Tendría que darse mucha prisa y salir de allí cuanto antes. Escondarse tras todas esas máquinas

hasta que todo terminase no tenía ningún sentido. Unas máquinas que habían empezado su ciclo respiratorio y parecían estar cogiendo inercia para enfrentarse a su última carrera.

El Volvo S90 lo había dejado aparcado en una zona próxima al muelle de carga donde el grupo de mercenarios rusos había aparcado sus dos camiones. Llegar hasta allí no sería nada sencillo, salir de aquel almacén se le antojaba algo tan peligroso como complicado. Pensó en que si todo aquello era obra de Kevin, si toda esa gente estaba ahí dispuesta a hacer lo que iba a hacer bajo sus órdenes, entonces lo había subestimado de tal manera que ya no podía estar seguro de hasta qué punto Kevin tenía controlada la situación, de hasta qué punto estaban ya todos los caminos delimitados. Escritos y cerrados. ¿Cómo había hecho Kevin para lograr que ese grupo de mercenarios rusos atravesase los estrictos y rígidos sistemas de vigilancia y seguridad de Pantex Plant? ¿Cómo pensaba Kevin ensamblar las bombas y detonarlas?

Jacky, parece mentira qué tú precisamente pienses eso. No hay nada escrito todavía. Las cosas suceden, sucederán, pero no hay nada más incierto que lo que aún no ha pasado. Así que tú decides si seguir adelante o rendirte definitivamente. Deja de pensar ya en Kevin. Lo hecho, hecho está. Te ha ganado la partida, te ha engañado a ti y probablemente a muchos más. Solo te queda escapar. Y olvidar. Sobrevive, Jacky. Eso es lo único que importa.

¿Puedes sacarme de aquí ahora?

Si tú quieres, sí, puedo. Pero tienes que prometerme que te marcharás inmediatamente de esta ciudad y de este país. Buscarás a tu hermana y os marcharéis tan lejos como podáis. Te olvidarás de Mía, de la aleatoriedad profunda y del proyecto vida. Solo te dedicarás a ti, a nuestra supervivencia, nada más. Prométeme eso y yo te prometo que te sacaré de aquí.

Sí, te lo prometo.

Esta vez es de verdad, Jacky. No me vale ni que te eches atrás ni que me vuelvas a engañar. Me lo has prometido y me has dado tu palabra, si me mientes y no cumples con lo prometido, puedes estar bien seguro de que a partir de ese momento no volverás a saber nada más de mí, estarás solo, para siempre. ¿Lo entiendes? ¿Estás preparado?

Sí, lo entiendo. Y sí, estoy preparado.

Está bien, Jacky. Allá vamos.

Patrick

—¿Agente Hunt?

—¿Sí? ¿Con quién hablo?

—Soy yo, Martin Donovan, el médico forense de Amarillo asignado para realizarle la autopsia a las víctimas del Hombre del coche, ¿me recuerda?

Patrick observó que Kate estaba al tanto de lo que él estaba hablando por teléfono y se aseguró de que estuviese lo más al corriente que fuese posible de la conversación que estaba a punto de mantener. No le apetecía tenerla de nuevo enfadada porque lo informaban primero a él y no a ella.

—Sí, claro que le recuerdo, Martin, el médico que le realizó la autopsia a Fiona Barnes. Dígame, ¿qué sucede? ¿Ha encontrado algo nuevo?

—Verá, agente... esto es un poco... extraño, ¿entiende lo que le quiero decir, agente?

—No, no lo entiendo, Martin, ¿extraño por qué?

—Bien, agente Hunt. Ha sido después de los resultados de los análisis que se le han practicado a Anika Svenson y del informe que me ha pasado su médico en el Healthcare, mi colega Thomas Welles, cuando me he dado cuenta de la diferencia...

—Por favor, Martin, vaya al grano, estamos a punto de hacer una intervención y la situación actual es de máxima urgencia. ¿Qué diferencia es esa?

Patrick observó de nuevo la expresión de Kate, que estaba al volante y echaba humo por las orejas.

—Sí, claro, perdone agente Hunt. Escuche bien, seré breve. En primer lugar, mientras que a Fiona Barnes se la drogó con escopolamina probablemente ingerida o inhalada y una vez muerta fue cuando se le practicó

el pinchazo en la nuca del que le hablé, con Anika Svenson no se procedió de la misma manera. A Anika le pincharon en la nuca cuando todavía estaba viva, eso no es ningún misterio como usted mismo puede corroborar, pero el caso es que a Anika sí le inyectaron una droga por esas vías de entrada. Digo vías porque no tenía un solo pinchazo, sino dos. Lo que le inyectaron fue un alcaloide de la familia de la escopolamina, algo menos potente y con un rastro en sangre algo mayor. La persona que lo hizo, según mi teoría, trató de ser muy cuidadosa para que pareciese que no habían inyectado nada. Según creo, primero pinchó la aguja en la piel, y después la cargó por la parte posterior de la jeringa con un vial, parecido a como se realizan las extracciones de sangre. De esta forma, la persona que lo hizo evitó que en la piel más superficial se apreciaran rastros de sustancias químicas, ya sabe, por el arrastre de la aguja al introducirla en la piel intacta. Pero el caso es que no sé si por casualidad, suerte o la misma fatalidad del destino, Anika ha resultado ser hipersensible a los alcaloides y eso ha provocado que le saliera un eccema local en dicha zona, el cual, ciertamente, ha tardado más de la cuenta en salir, cosa que no termino de explicarme porque...

—Martin, pare un momento. ¿Lo que trata de decirme es que no se utilizaron ni la misma droga ni el mismo *modus operandi* en ambas víctimas?

—Exactamente, agente Hunt. Eso es lo que trataba de decirle. Y hay más, es con relación a la cuestión esa del... ya sabe... a la cuestión esa del...

—¿Del qué, Martin?

—Ya sabe, del gran miembro que parece tener el Hombre del coche.

Martin Donovan no parecía sentirse demasiado cómodo hablando de órganos sexuales.

—¿Qué ocurre con lo del miembro?

—Pues que en esta ocasión la víctima no parece que fuese penetrada por el mismo órgano fálico, ¿entiende? Fiona Barnes presentaba laceraciones y

abrasiones tanto a lo largo como a lo ancho de su vagina, así como una dilatación anormal de todo el saco vaginal, sin lugar a dudas debido a un miembro de gran tamaño. En cambio, las exploraciones que se le hicieron a Anika cuando estaba en coma, según la valoración de Thomas Welles, no necesariamente se produjeron por un órgano excepcionalmente grande, sino más bien como consecuencia de alguien que empleó una fuerza extrema y brutal. Ah, y otra cosa. Thomas Welles cree estar seguro de que a Anika la violaron estando despierta, ¿entiende? En cambio a Fiona y por lo que también he podido leer en los informes de las autopsias realizados por mis colegas de Buffalo, en el resto de las víctimas, la penetración se produjo o bien *post mortem* o bien estando dormidas. Hay signos de dilatación y de abrasión como ya le he dicho, pero no hay signos de lucha, como sí los hay en Anika Svenson, la cual, además de presentar las lesiones internas también presenta ligeras heridas externas, sobre todo a nivel de los labios mayores.

—Vaya. Imagino que está usted seguro de todo lo que me ha dicho, ¿no, Martin?

—Absolutamente, agente Hunt, no le habría llamado si no tuviese razones de peso para ello.

—Muchas gracias por todo, Martin. Tengo que dejarle, llámeme si encuentra algo más.

—De nada, agente Hunt. Ah, y otra cosa, ¿le contará todo esto también a la agente Myers verdad?

Patrick hizo una pausa y sonrió mirando a Kate, que continuaba seria con los ojos puestos en la carretera y los oídos en todo lo que decía Patrick.

—Descuide, Martin, está aquí conmigo, ahora mismo se lo cuento todo. Ella también te envía recuerdos.

Patrick colgó el teléfono y no pudo evitar romper a reír al ver la expresión de sorpresa y asombro con la que Kate se giró a mirarlo.

—¿Se puede saber de qué te ríes? ¿Qué tiene tanta gracia?

—Perdón, Kate, es solo que no puedo evitar que me haga reír imaginarme a Martin Donovan pensando en ti. Ya sabes, pensando en...

Patrick rompió a reír todavía con más fuerza al ver la cara de hastío con la que Kate lo miraba.

—Perdón otra vez, Kate, es que... ¿te imaginas, Martin y tú juntos?

El cansancio, la tensión y la falta de sueño parecían haber desinhibido totalmente a Patrick y no podía parar de reír. A Kate le costó soltar algo de esa tensión que llevaba tantas y tantas horas acumulándose en el centro de su pecho y de su garganta, pero finalmente se dejó contagiar por la naturalidad e inocencia con la que Patrick reía a tan solo medio metro de ella.

Aparcaron frente al nuevo domicilio de John Sally, el hombre del cual James Barnes entregó la historia clínica para evitar que esa persona misteriosa que estaba al tanto de su lío amoroso con la joven Katherine Reeves, difundiese a todo el mundo ese pequeño secreto suyo que nadie podía saber. Al parecer, John Sally se había ido hacía ya bastantes días de la urbanización Golden Fields después de tener «una de las gordas» con su mujer, tal y como les había hecho saber ella misma cuando fueron a su domicilio.

Tocaron al timbre del apartamento que John había alquilado de forma temporal hasta que su mujer y él arreglaran las cosas y esperaron a que abriera junto a la puerta color azul turquesa.

—¿Qué piensas de lo que nos ha dicho Martin, Kate?

—Que cada vez parece que en lugar de acercarnos nos alejamos más. No pienso nada. Las pruebas son las pruebas. Todo indica a que la persona que trató de matar a Anika no es el Hombre del coche, no es la persona que estamos buscando, aunque sin duda eso no hace sino aumentar más el problema. Porque ahora son dos las personas que buscamos.

—Lo que no entiendo es por qué razón, Kevin, si es el agresor de Anika tal y como ella nos afirmó, imitaría al Hombre del coche.

—A lo mejor no deberíamos preguntarnos el por qué, sino a quién, y cómo.

—¿Qué has querido decir con eso, Kate?

—Que tal vez Kevin puede haber tenido otros motivos que lo hayan empujado a agredir a Anika y la imitación del Hombre del coche solo haya sido una maniobra de despiste, una forma de desviar la atención. Tal vez lo admire también. No sería la primera vez que alguien con un perfil psicopático como el que parece tener Kevin se siente fascinado por otras personas que siente que son como él, que tratan de relacionarse con el mundo de la misma forma que él. Sabemos que Kevin fue agredido de forma brutal hace unos diez años y que las personas a las que acusó terminaron por acusarlo a él por injurias y delitos contra el honor y la propia imagen. Al final ya sabemos que incluso fue él quien tuvo que pagar por que lo dejaran casi seis meses ingresado en el hospital y una placa de diez centímetros de metal en su cabeza.

—Es posible que tengas razón. Llamaré a la central para que investiguen cualquier tipo de relación entre Viktor y Anika Svenson con los Rivers y el resto de personas involucradas en el juicio con Kevin. ¿Has pensado cómo es posible que Kevin supiese lo del pinchazo en la nuca y el anillo de O en el dedo anular? Esa información está protegida con el más alto nivel de seguridad, y no me gustaría pensar que hay alguien que le haya pasado esa información a Kevin. Aunque si Kevin ha dado muestras de poder manipular y hackear ciertos tipos de redes como en el caso de James Barnes, también es posible que haya podido acceder hasta la base de datos de la policía y leer por él mismo los informes.

Antes de que Kate respondiese, John Sally les abrió la puerta de su provisional y aséptico piso. Patrick aprovechó mientras se acomodaban para

llamar a Dupont y pedirle que se investigase con urgencia una posible relación entre Viktor Svenson y las personas involucradas en el juicio de Kevin.

Patrick se fijó en la expresión a náusea que se dibujó en la cara de Kate mientras se sentaban en el desgomado sillón que ocupa el centro del impersonal salón del piso de John.

Según la información que les había dado su mujer, Dorothy Sally, su marido se había ido allí hacía un par de semanas aproximadamente, pero por el desastroso aspecto que presentaba la vivienda parecía que llevase allí mucho más.

El aspecto de John era preocupante. Parecía no haber dormido en bastantes días y le olía el aliento a acetona. Probable mala alimentación y abuso del alcohol. Presentaba un claro corte paranoico, incluso tuvieron que enseñarle sus identificaciones hasta en un par de ocasiones antes de que les dejase entrar. Se acercó mucho a ellas como si tratase de ver bien posibles detalles que denotasen falsificación de documentos. Tenía las persianas y las ventanas de la casa cerradas y desde el salón se podía observar cómo las bolsas de basura se amontaban en la puerta de la cocina.

Kate y Patrick tuvieron que tragarse un par de arcadas. Profesionalidad. Arrestos y hacia delante.

—¿Podríamos abrir las persianas y dejar que corra un poco el aire, John?
—preguntó Kate autoritaria. Seguridad y determinación. Patrick se estaba acostumbrando a ese carácter entre duro y frío de su compañera y ya casi lo echaba de menos cuando tardaba en aparecer. Sin saber por qué, pensó que cuando el caso del Hombre del coche y el robo al Crédit Lyonnais se cerrase, la echaría de menos si dejaban de ser compañeros.

—No, en absoluto, no podemos.

—¿Cómo dice, John?

—No quiero que nadie sepa si estoy o no estoy aquí, porque estoy seguro

de que me vigila y de que va a volver, ¿entienden? No quiero ponérselo fácil. Me dijo que volvería en cuanto me durmiese y, ¿saben qué? No me cabe la menor duda de que dice la verdad. Ese hijo de puta está al acecho, él lo ve todo, él siempre mira, siempre está mirando y en cuanto me descuide vendrá a por mí otra vez, eso fue lo que me dijo.

Kate inspiró con profundidad y trató de llevar algo de cordura y paciencia al fondo de sus pulmones. Patrick vio que se estaba poniendo nerviosa y pensó que tal vez lo que John necesitase en ese momento fuesen palabras de comprensión. Tranquilidad y pausa.

—¿Podría empezar por el principio, John? ¿De quién está hablando?

John los miró huidizo. Levantó la vista por encima del hombro de Patrick para controlar que la puerta de casa seguía cerrada.

—Todo empezó hace unas dos o tres semanas, un poco más tal vez. Un día recibí un correo electrónico de alguien que afirmaba saberlo todo de mí y que quería que yo hiciese algo por él si no quería que difundiese ciertas cosas sobre mi persona. Cosas que por cierto son una pura mentira, ¿saben? Pura mentira.

—¿A qué cosas se refiere, John? —El tono de voz que Patrick empleaba era pausado. Condescendiente y tranquilizador.

—Ese malnacido empezó a decir que tenía pruebas de que yo veía videos de pornografía infantil y que podía demostrarlo y decírselo a mi mujer y a la policía, ¿pueden creerlo? Ese malnacido acusándome y amenazándome a mí, a mí.

John Sally se había levantado. Enérgico e impetuoso. Patrick y Kate se miraron y los dos pensaron que tal vez habría que comprobar la veracidad de esas acusaciones más tarde.

—Por favor, John, siéntese y cuéntenos si es tan amable qué era eso que esa persona quería que usted hiciese por ella —dijo Kate con su habitual tono

imperativo. Le molestaba profundamente que alguien le hablase desde una posición más alta a la que ella se encontraba. Encontraba ese gesto una burda manera de crear superioridad.

John los miró a los dos con desconfianza, guiñó un poco los ojos y se sentó mientras carraspeaba. La barba descuidada y las pupilas híper dilatadas. Es posible que John llevase varios días viviendo en la casi total oscuridad.

—Verán, ese malnacido quería que le hiciese entrega de los planos de Pantex Plant. Ese hijo de puta quería todos los planos de la central. Todos.

—¿A qué planos se refiere, John?

—Los planos de la central nuclear, maldita sea, ¿acaso no saben que aquí en Amarillo tenemos una de las mayores centrales de todo el maldito planeta?

—Tranquilícese, John —dijo Kate apretando el ceño—. Díganos, ¿por qué tenía usted esos planos y para qué los quería esa persona?

—Llevo trabajando como ingeniero en Pantex Plant desde hace más de treinta años, yo he sido el responsable de levantar y organizar tres cuartas partes de la central, sé dónde está cada maldita puerta y dónde y cuándo se pone en marcha qué y cómo. ¿Entienden de qué les hablo? Nadie conoce Pantex mejor que yo. ¿Para qué quería ese malnacido los planos? ¿Cómo demonios quieren que yo lo sepa? No me lo dijo, maldita sea. Qué se yo. Para planear un robo, un asalto, nada bueno sin lugar a dudas. Allí se desmantelan armas nucleares. Eso es lo que se hace ahora en mi planta. Ustedes son los agentes especiales. Piensen para qué iba a querer alguien los planos de una central nuclear.

Por su forma de hablar, parecía que el trabajo en Pantex había dado sentido a la vida de John, aunque al mismo tiempo también parecía sentirse molesto por todos esos años dedicados. Confrontación de sentimientos.

—¿Le dio los planos, John?

John apretó los dientes y entrecerró de nuevo los ojos. Ese comentario

hizo que se sintiese insultado. Sus pupilas se estrecharon un poco. Solo un poco.

—Por supuesto que no se los di. ¿Me han tomado por una rata? Mi padre combatió en la segunda gran guerra, maldita sea. Cielos, murió en la segunda gran guerra. Y no. Ese hijo de puta no me sacó ni media palabra, ni medio plano, pero al final el malnacido cumplió con su palabra y hizo lo que prometió.

—¿El qué? ¿Qué hizo? —Patrick controlaba bien el carácter de las personas. Aunque estuviesen al borde de la pura alucinación y la paranoia, como estaba ahora John Sally.

—Le enseñó a mi mujer todos esos asquerosos videos de menores que supuestamente estaban almacenados en mi ordenador. El muy canalla lo infectó todo y mírame ahora, mi mujer y mis hijas no me hablan, no pueden ni mirarme a la cara. Ese hijo de puta me ha hundido en la miseria. En la vergüenza. ¿Cómo quieren que les explique a mi mujer y a las crías que a mí no me van las menores? No me van, maldita sea.

John se había vuelto a levantar. Estaba muy nervioso.

—John, haga el favor de sentarse. No se lo volveré a repetir —Kate también se estaba poniendo nerviosa. Patrick observó lo fácil que se contagiaba por lo que sentía la persona que tenía al lado. Tal vez Kate fuese una de esas personas extraordinariamente empáticas, de ahí su gran poder de deducción, pensó Patrick antes de que John volviese a sentarse entre carraspeos y respiraciones ruidosas.

—Pero no acabó con eso. No. No tuvo suficiente porque ese malnacido tenía un objetivo y no se rendiría hasta conseguirlo.

—¿Se refiere a los planos? —preguntó Patrick.

—Eso mismo, los planos de Pantex. Y lo hizo de la forma más sutil y elegante que os podáis imaginar. Una mañana se presentó aquí uno de esos

mensajeros que llevan flores a domicilio y todas esas cosas que tanto les gustan a las mujeres. Recuerdo que era un ramo de flores blancas muy bonito, margaritas creo. Llevaba una nota presuntamente de mi mujer diciéndome que quería que hiciésemos las paces, que oliera bien la fragancia de esas flores porque allí estaba la verdadera esencia de nuestra relación, ese aroma me llevaría a recordar cuando empezamos. No os podéis imaginar lo que ese malnacido puede llegar a imaginar, es muy listo e ingenioso ¿saben? Las malditas margaritas habían sido rociadas con un concentrado de veneno de abeja. Cielos, al meter allí mis narices ese hijo de puta debió de activar algún tipo de mecanismo que hizo que esa sustancia del demonio penetrara en mis pulmones con todas sus fuerzas. Lo más gracioso de todo es que soy alérgico a esa mierda. Demonios, soy alérgico a ese veneno y eso hizo que cayera fulminado prácticamente en el acto. ¿Cómo sabía que yo tenía alergia a las abejas? ¿Eh? Yo se lo diré. Ese cabrón tiene el poder de verlo y oírlo todo, no sé cómo lo hace pero estoy seguro que es así, incluso es posible que ahora mismo nos esté viendo y oyendo. El muy cabrón se ha metido aquí, en nuestras jodidas cabezas —John aplastó su dedo índice contra una de sus sienas mientras se le perdía la mirada en la más severa de las paranoias alucinógenas. Sus pupilas parecían estar enfocando al infinito.

Patrick hizo un par de anotaciones en su libreta mientras sentía cómo sus pulsaciones, poco a poco, ascendían. Ahora ya sabía el por qué esa persona que también había extorsionado a James Barnes necesitaba la historia clínica de John Sally. Tuvo la impresión de estar tirando de un hilo en cuyo extremo final se encontrase algo tan grande y horrible como jamás hubiesen imaginado. Como si se hubiesen topado con una piedrecita y estuviesen a punto de ver que bajo ella se escondía todo un continente perdido.

—No sé cómo sabía todo eso, John, ni tampoco qué puede o no puede ver u oír ese hombre del que me está hablando, pero dígame, ¿Terminó llevándose

los planos? —continuó Patrick.

—Por supuesto que sí. Ya les he dicho que ese cabrón consigue todo lo que se propone. Yo suelo guardar todos mis archivos y documentos importantes en un maletín que siempre llevo conmigo, y cuando desperté, como ya se pueden imaginar, me había desplumado por completo. Y no se lo van a creer, el muy malnacido tuvo la delicadeza de administrarme un antídoto antes de marcharse. Hubiese muerto si no lo hubiese hecho, pueden estar seguros de ello. Es como si ese cabrón disfrutase viéndome sufrir, como si mi sufrimiento fuese para él un deleite casi tan grande como el haberme arrebatado lo que era mío. Por eso me resucitó, para que viera que me había vencido y para verme sufrir aquí, desde mi exilio.

Las pulsaciones de Patrick seguían subiendo. Lo estaba invadiendo esa sensación de urgencia, de miedo ante lo desconocido y lo incierto. Tuvo la impresión de estar rodeado de un decorado que no era real, de unas personas que actuaban, que estaban perfectamente sincronizadas y preparadas para la función final, a sus espaldas. Y que tanto él como Kate acabarían cansándose de dar vueltas por ese laberinto en el que, sin ser bien conscientes, se encontraban.

Kate lo miró y pareció estar pensando algo parecido a lo que estaba pensando él.

—John, ¿cree que el mensajero que le trajo las flores es la persona que le está haciendo esto? ¿La misma persona que le robó los planos y le enseñó los videos a su mujer? ¿Podría reconocerlo si lo viese otra vez? —preguntó Patrick mientras observaba cómo Kate masajeaba con disimulo sus sienes.

—No sé si era él o un compinche suyo. Y en cuanto a lo de reconocerlo... no sé, yo soy bueno para las caras, desde siempre, pero ese cabrón me fulminó tan rápido y además... apenas pude verle bien la cara, el malnacido llevaba una gorra tan sumamente calada que apenas pude verle ni los ojos. Ya saben,

esas estúpidas gorras de béisbol que llevan todos esos idiotas hoy en día...

Kate alzó la vista cuando escuchó lo de la gorra. Abrió su carpeta y sacó una foto de Kevin. La puso a escasos centímetros de los ojos de John y esperó su reacción sin mediar más palabras.

John carraspeó y se acercó para ver bien la foto. Entornó un poco los ojos. Apretó los párpados. Miró a los dos policías que tenía frente a él y después miró de nuevo hacia la puerta, que permanecía bien cerrada.

—No al cien por cien. Pero me lo apostaría todo al setenta y cinco a que es él, a que es ese hijo de puta. Los labios, esos finos e insignificantes labios, son inconfundibles. Siempre me quedo con algún detalle importante que tomo como referencia para recordar bien a alguien. Y ese monstruo tenía los labios tan finos como una anciana desdentada.

Kate se guardó la foto mientras hacía ademán de levantarse. De repente todo parecía estar cobrando una urgencia mucho mayor de la esperada.

—Muchas gracias, John, ¿dio usted aviso a la central del robo de los planos? —preguntó Patrick viendo cómo Kate se había puesto en pie y se ajustaba el cinturón y la cartuchera. Su lenguaje corporal le estaba diciendo que se tenían que marchar ya.

—Por supuesto que avisé, ¿por quién me han tomado? Pero esos estúpidos del sistema de seguridad de Pantex se creen que lo saben todo y me respondieron que no me preocupara por nada porque su seguridad era tan sumamente avanzada que nadie podía entrar ni salir de allí ni con un maldito ejército, ¿entienden de qué les hablo? Ellos me respondieron que no era la primera vez que pasaba algo así y no por ello había conseguido nadie entrar o salir de allí sin que ellos lo supiesen. No sé si lo he dicho, agentes, pero si hay algo que no soporto son las personas que se creen que lo saben todo.

—Muchas gracias, John, ya casi hemos terminado, una última cosa, ¿podría decirme quién está al mando de la seguridad de Pantex? ¿Con quién

habló usted?

—Sí, claro. Elliot Warren. Él es quien está al mando de toda la seguridad de Pantex y de muchas otras empresas del país. Por cierto, el idiota de su hijo, Duncan, vive en la misma urbanización que yo. Que vivía, quiero decir...

Patrick y Kate salieron del mini apartamento de John y escucharon cómo tras ellos le daban tres vueltas a la cerradura.

Se dejaron caer en el coche. Abatidos. Desubicados y mareados. Como si alguien hubiese estado jugando con ellos todo este tiempo y acabasen de descubrir que no han estado más que siguiendo un rastro que los estaba conduciendo directamente a un precipicio. Insondable y vacío.

Kate introdujo la llave en el contacto pero no arrancó, se quedó ahí parada. Congelada en esa postura.

—¿Ocurre algo, Kate?

La expresión de Kate era de concentración máxima. En el interior de su cerebro se estaba librando una verdadera batalla. La gran guerra por encontrar la verdad. Antes de hablar miró a Patrick tratando de captar toda su atención. De ver en él su propio reflejo. De proyectar como en un espejo esa pequeña verdad a la que creía haberse acercado.

—James Barnes, extorsionado por medio de un correo electrónico, remite la historia clínica de alguien que curiosamente vive en su misma comunidad y el cual es extorsionado de la misma forma, mediante algún tipo de hackeo de su red. Ese alguien posee los planos de una central nuclear, Pantex Plant, y termina perdiéndolos en pos de nuestro hombre misterioso. Y ahora resulta que el hijo del dueño de la empresa que controla la seguridad de Pantex Plant también vive en esa comunidad. Tres personas relacionadas de alguna forma con Pantex y que curiosamente viven en la misma urbanización.

—¿Crees que Duncan también ha sido...?

—No lo creo, estoy segura de que también ha tenido noticias de alguna forma por parte de Kevin. Las casualidades no existen, Patrick. La cuestión es...

Kate se quedó de nuevo paralizada. Cerró los ojos y trató de concentrarse de nuevo al máximo.

—¿Cuál es la cuestión? ¿A qué cuestión te refieres?

—Nada, ha sido solo un pensamiento fugaz. Pero creo que deberíamos darnos prisa y hablar cuanto antes con ese tal Duncan Warren. Ah, y tal vez deberíamos revisar todo lo concerniente a Viktor Svenson y a una posible implicación suya con Pantex Plant, porque todo parece empujarnos hacia esa dirección. Si la mujer de Viktor fue agredida por Kevin, y ahora Kevin está tratando por todos los medios de conseguir cierta información relacionada con Pantex, tal vez ese fuera el motivo de la agresión a Anika Svenson, una represalia hacia su marido por no haber cumplido con alguna de sus exigencias, ya sabemos del gran sentido que tiene de la venganza.

Pusieron rumbo a Golden Fields. Kate al volante metida de lleno en sus pensamientos. Patrick revisando sus anotaciones, pensando en los brillantes razonamientos que Kate le había dado y tratando de buscar un patrón que lo enlazase todo. Estaba seguro de que tenía que haber algo que se les estaba escapando. Jack Miller y su hermana Wendy habían desaparecido de Buffalo, y casi al mismo tiempo también lo habían hecho Kevin Galton y también su hermana Mía. Kevin vivía en el mismo edificio que Jack. Jack había sido acusado de robar más de cincuenta millones de dólares del Crédit Lyonnais, cosa que siempre le pareció bastante inverosímil. Después también se le acusó de ser sospechoso de ser el autor de los crímenes del Hombre del coche, unos crímenes que curiosamente se habían trasladado de Buffalo a Amarillo, casualmente igual que las personas a las que buscaban. Ahora Kevin imitaba

al Hombre del coche por alguna razón y si no se equivocaban, también era un experto en hackear redes informáticas y en hacer que aparecieran y desaparecieran correos electrónicos, en sacar de las personas aquello que necesitaba para sus propósitos. La cuestión era, ¿cuáles eran esos propósitos y por qué? Tampoco podía olvidarse de Jack, de su enorme y casi anónimo potencial intelectual, dónde demonios se encontraría en estos momentos y por qué estaba junto al cuerpo de Anika Svenson cuando la encontraron si fue Kevin quien la agredió. ¿Tal vez Jack y Kevin trabajaban juntos de algún modo? ¿Era posible que Jack fuese el Hombre del coche y Kevin tan solo su admirador? Era como tener frente a él las piezas de un grandioso puzzle y no ser capaz de montarlo, de no ser capaz de saber qué encajaba dónde. Pero en su interior tenía la certeza, que tal como decía siempre Kate, que las casualidades no existían y que de alguna forma todo debía estar relacionado de un modo u otro.

Cuando llegaron a Golden Fields, de nuevo Nick Bullit les abrió la verja exterior con esa enorme y bonachona sonrisa. Con su mono azul eléctrico y la cremallera subida hasta la mitad del pecho. La sonrisa de Nick era una de esas que están siempre presentes, perennes, casi tan absurda como sincera. Y de nuevo, frente a ellos, los dos se fijaron en cómo la cámara de vigilancia rotaba sobre sí misma hasta posarse justo sobre sus cabezas. Sobre sus caras.

—¿Esa cámara? ¿Se mueve sola o tienen a alguien controlando los sistemas de seguridad? —preguntó Kate.

Nick Bullit se giró en medio de esa gran sonrisa suya. Tenía el cuello corto y la piel de sus mejillas ligeramente enrojecida.

—¿Esa de ahí? No, qué va.

—No, qué, ¿a qué se refiere? —preguntó Kate tratando de alentar a Nick, que parecía estar medio adormecido.

—A que no se mueve. O sí. No sé. Pero ni hay nadie controlando las

cámaras ni tienen un sistema de movimiento automatizado. Es posible que se muevan a veces, puede. Cuando les apetece —dijo Nick sonriendo mientras se le hundían todavía más sus pequeños ojos en sus grandes y rojas mejillas. A Nick parecían resbalarle totalmente esas pequeñas cosas que sucedían a su alrededor aunque no tuviesen la menor explicación. Por lo visto él no era una de esas personas que se preguntaban si algo tenía sentido o no, simplemente dejaba que las cosas ocurriesen a su alrededor, punto.

—Está bien, Nick, solo era eso, gracias —dijo Kate sin apenas sonreír. Demasiado cansada por fingir. Para ser cortés.

Kate y Patrick entraron en Golden Fields y fueron directamente al piso de Duncan Warren. Si sus sospechas eran ciertas y también había sido extorsionado por medio de su correo electrónico o cualquier otra forma de conexión a internet, tal vez la persona a la que estaban buscando estuviese más cerca de lo que habían pensado.

CAPÍTULO 18

A PARTIR DE AHORA ESTÁS SOLO

Kevin

Kevin estaba al borde de sufrir un ataque de pánico. Todo parecía estar complicándose justo al final. Como si a todos les hubiese dado por meter las narices en sus cosas justo cuando menos tiempo de reacción tenía. Durante los últimos treinta minutos no había dejado de pasar su mano derecha por la placa de titanio de su cabeza. Se ponía y se quitaba la gorra de los Giants constantemente, pasaba de unas cámaras a otras de forma compulsiva, tratando de ver algo sospechoso o que le llamase la atención. Incluso le había subido el volumen a varias de las pantallas para poder escuchar alguna palabra que le resultase importante. Su estudio parecía ahora el centro de operaciones de una central telefónica. Todo ruido. Decibelios. Un constante flujo de conversaciones, ruidos ambientales, cláxones, puertas, sistemas de climatización, llamadas telefónicas, timbres y hasta ladridos de perro.

Andrei le había llamado diciéndole que alguien había visto lo que estaban haciendo. Había alguien escondido en el almacén cuando ellos entraron. Solo alcanzaron a verlo cuando «salió disparado como un cohete propulsado». Esas fueron las palabras con acento ruso con las que Andrei le describió a Kevin lo sucedido. Alguien con un coche blanco aguardaba en su particular laboratorio nuclear y no tenían ni idea de quién se podía tratar.

No podía entender cómo eso había sido posible. Tenía el sector C controlado, nadie podía entrar ni salir de allí sin que él lo supiese. Sin que él lo viese. A no ser que ese alguien conociese tanto o mejor que él los puntos débiles del sistema de seguridad de Pantex Plant, dónde se encontraba cada ángulo muerto y flanco por cubrir.

Kevin tenía controladas las cámaras de vigilancia de Pantex, aunque claro, ni había estado el cien por cien de su tiempo vigilándolas ni tampoco

teniéndolas en pantalla.

Después, Mía le había insistido de nuevo en que querían hablar. Él le había dicho de nuevo que no y ella se había marchado de casa sin decir nada. Solo esperaba que no estuviera traicionándolo y no tener que arrepentirse de no haber puesto mayor seguridad en su propia casa. Cada vez estaba más convencido de que su lucha era suya y de nadie más. Estaba solo, como siempre lo había estado. Su hermana había tratado de acompañarlo, de entenderlo, pero al parecer hacía ya tiempo que se había cansado y había decidido hacer su camino por otra parte. Pues que así sea, Mía, atente tú también a las consecuencias, se dijo Kevin clavando bien fuerte sus uñas en la placa metálica. A veces era tal la intensidad con la que pasaba su mano sobre esa placa, que parecía estar tratando de algún modo de liberar a través de ella todo esa ira y esa rabia infinita que era en lo que se había convertido su dolor y sufrimiento. Pero eso nunca sucedió, su ira y su rabia no podrían salir nunca por ahí, formaban parte de él. De su abismo interior.

Por último, esa pareja de policías del FBI. Se encontraban de nuevo metiendo las narices en su urbanización. Esta vez se dirigían a la casa de Duncan Warren. Al parecer habían empezado a tirar del hilo, pero jamás llegarían hasta él, porque él lo veía todo, él podía ver cómo se aproximaban y dónde y cuándo estaría quién y por qué. Él siempre estaría un paso por delante, jamás llegarían hasta él y para cuando lo hicieran ya sería demasiado tarde. Que tirasen del hilo, que siguiesen tirando del hilo, y tal vez se encontrasen con una desagradable sorpresita justo antes de llegar a la última parada.

Kate

Había algo en todo aquello que a Kate no le cuadraba demasiado. Demasiado fácil parecía todo. Primero hablan con James Barnes, él los conduce a John Sally y este a Duncan Warren. Las tres personas vinculadas con la urbanización Golden Fields y de algún modo también con Pantex, directa o indirectamente. Durante una fracción de segundo se vio a ella y a Patrick como dos peces que acaban de morder un anzuelo y no están haciendo otra cosa que acercarse más y más al lugar dónde la persona que está detrás de todo espera paciente a que lleguen.

Duncan les abrió la puerta con desenfado. No tendría más de veinticinco años. Ni un solo pelo en la barba ni probablemente en todo el cuerpo. Llevaba el pelo alborotado con cierto estilo, glamour incluso. Espuma y cera aromática. Efecto mojado y ondas untuosas e imposibles. Una camiseta de algodón de pico y muy holgada bajo la que dejaba ver el principio de sus pectorales, trabajados y al descubierto.

Duncan tenía el piso decorado con buen gusto. Estética minimalista, futurista. Muebles pequeños, tonos blancos lacados, objetos de decoración con acabados en acero inoxidable. Reflectantes. En las paredes había enormes fotografías en blanco y negro enmarcadas en finos marcos. Casi inexistentes. En la mayoría de esas fotografías aparecía él mismo tratando de parecer natural, desenfadado. Sonriendo, sin camiseta, tocando la guitarra, bebiendo una taza de café o abrazado a una bella mujer que parecía ser su esposa, Noelle Blair.

—¿No está tu mujer, Duncan?

—¿Mi mujer? Oh, no. Noelle se ha ido a pasar el fin de semana fuera con unas amigas. Le encanta esquiar.

Kate y Patrick observaron alguna que otra prenda de ropa interior masculina tirada por el suelo del salón. Un espejo de tamaño pequeño sobre la mesa de centro con sospechosos restos de polvo blanco. Unos cuantos vasos medio vacíos en la mesa de comedor y una buena mancha color rojiza en la bonita alfombra blanca que había cerca de la chimenea. Al parecer, la mancha se había intentado limpiar sin demasiado éxito.

Patrick se acercó a la mancha y olfateó como un perro de presa.

Cuando se giró, los ojos de Kate esperaban atentos su veredicto. Duncan se había ausentado un momento para ir al baño.

—Vino. Tan solo una copa de vino derramada sobre la alfombra —dijo Patrick con seguridad.

Kate asintió y esperó en silencio a que Duncan regresara. Tenía los brazos cruzados por detrás de la espalda y parecía algo más tranquila que cuando habían estado con John Sally. Tal vez Duncan le transmitiese eso. Tranquilidad. Una tranquilidad casi irrespetuosa.

—¿Y bien? ¿Qué desean, agentes? ¿De qué querían hablar? —preguntó Duncan cuando regresó del baño. Se había arreglado un poco el pelo y desprendía un aroma afrutado, sutil, a hierba fresca y matutina. Azahar primaveral. Tenía un anillo en el dedo pulgar de su mano derecha y otro más en el anular. Kate pensó que Duncan debía tener bastante éxito con las mujeres. Era exactamente el prototipo con el que se hubieran vuelto locas muchas de sus compañeras de instituto y universidad. Tal vez incluso ella misma.

—Verá, Duncan, no tenemos demasiado tiempo y necesitamos que conteste a unas preguntas de la forma más rápida y sincera que le sea posible.

—Usted dirá, agente. Estoy a su entera disposición —respondió Duncan inclinando su tronco hacia delante haciendo una bonita reverencia con su mano derecha y en medio de una encantadora sonrisa. Tenía cierta gracia al

moverse. Armonía. Despreocupada felicidad. Una inocencia insultante.

—Es muy sencillo, Duncan. Sabemos que su padre, Elliot Warren, es el jefe de Stronghold Security, la empresa de seguridad que entre otras, lleva la seguridad de Pantex Plant. Y la pregunta es muy sencilla, ¿le ha pedido alguien que haga usted algo relacionado con la empresa de su padre o con Pantex Plant en los últimos días? Ya sabe, que haga usted algo a cambio de otra cosa, algo así como un intercambio, ¿sabe por dónde voy, Duncan? —preguntó Kate con contundencia y determinación. A Duncan se le quedó congelada la sonrisa. Patrick estaba observando a unos tres o cuatro metros de distancia. No querían crear un entorno demasiado seguro para Duncan, todo lo contrario, querían que de algún modo se sintiera amenazado. Que sintiera que por una vez en su vida no tenía controlada la situación.

—No sé qué ha querido decir con eso, agente. No entiendo de qué va todo esto —Duncan hablaba con esa bonita sonrisa en la boca. Sus ojos tenían un brillo especial, tal vez se echase algún tipo de colirio para favorecer ese efecto. Pero en su voz había aparecido, casi al final, un ligero y sospechoso temblor.

—Duncan, no sé si es consciente de la gravedad de la situación —dijo Kate acercándose más a él—. Somos agentes del FBI y estamos al mando de un asunto que puede tener implicaciones a nivel nacional e internacional. Esto es muy serio, Duncan, no es ninguna fiesta ni estamos en un pase de modelos. Así que le volveré a repetir la pregunta. ¿Se ha puesto alguien en contacto con usted para que haga algo relacionado con la empresa de su padre o con Pantex Plant?

Duncan se humedeció los labios. Adolescentes y carnosos. Superficiales. Cogió aire a fondo y se sentó en el lujoso sofá de piel. Blanco marfil. Superficie resbaladiza. Cómoda y extraordinariamente acogedora. Tapó su cara con ambas manos y negó con la cabeza. Estaba a punto de venirse abajo.

Trataba de esconderse de la realidad que lo rodeaba. Una realidad de la que siempre se le había sobreprotegido.

—Sabía que esto traería problemas, lo sabía, maldita sea. Pero ese malnacido me amenazó con... dios... qué estúpido he sido. He sido un estúpido —Duncan volvió a taparse la cara con ambas manos. Daba la impresión de estar a punto de echarse a llorar. De retroceder unos cuantos años hasta la edad de maduración propia de los doce o trece.

—En ese caso entiendo que sí se pusieron en contacto con usted, ¿cierto?

Duncan negaba con la cabeza. Apoyaba su rostro sobre sus manos y a pesar de estar intentándolo, las lágrimas no brotaban de sus ojos. Parecía haber sido abandonado por su recurso favorito justo cuando más lo necesitaba.

—Fue aproximadamente hace una semana más o menos, quizá más, no sabría decirlo con exactitud... el malnacido borró los correos de mi ordenador después de que... dios, qué estúpido —Duncan miraba al infinito.

—Ya tendrás tiempo de lamentarte más tarde, Duncan, ahora nos urge que nos digas qué fue exactamente lo que esa persona te pidió y a cambio de qué.

—Todo empezó una mañana como otra cualquiera. Recibí un correo en el cual se adjuntaba un video... uno en el que salíamos Gregor y yo en una situación... comprometida.

—¿Gregor? ¿Quién es Gregor? —preguntó Kate inquisitiva. Había abierto una brecha en la coraza con la que Duncan se enfrentaba al mundo y tenía que aprovechar antes de que se volviese a cerrar.

—Gregor Turing. Trabaja para la empresa de mi padre. Es jefe de equipo en Pantex Plant y está al mando de la seguridad de una de las zonas más importantes. Verán, espero que sean discretos con todo esto... —Duncan agachó la cabeza y se miró las manos, los anillos de las manos—. Gregor y yo salíamos en ese video sin mucha ropa, ¿entienden? Por dios, soy un hombre casado, ya han visto a mi mujer, y Gregor... él tiene familia, dos niñas

preciosas, ¿no serían ustedes capaces de airear todo esto, verdad? Eso sería horrible, sería mi fin y también el de Gregor, ¿me entienden, verdad?

La mirada de Duncan era ahora desesperada. La de un hombre dispuesto a todo por defender su posición.

A todo.

—Dígame, Duncan, ¿qué le pidió exactamente que hiciera?

Duncan se levantó nervioso. Miró por la ventana y puso una de sus manos sobre su boca. Estaba delgado pero a la vez su cuerpo dibujaba una musculatura perfectamente delineada. En su cuerpo parecían entrelazarse rasgos femeninos y masculinos.

—Me pidió que le hiciera entrega a Gregor de una memoria USB junto con uno de esos teléfonos móviles de prepago. Todo ello había sido depositado en mi buzón. El malnacido lo había dejado ahí antes incluso de enviarme el correo con las instrucciones. Sabía que accedería, de algún modo sabía que acabaría accediendo a pesar de mi negativa inicial...

—¿Sabe usted qué contenía esa memoria USB, Duncan?

—No. No tengo ni la menor idea. Me dijo que no tratara de ver lo que había dentro porque si lo hacía él se enteraría y entonces sería mi fin. El mío y el de Gregor. ¿Saben? No sé cómo lo hace, pero el video en el que se nos veía a Gregor y a mí... solo lo vi una vez, ¿entienden? Pero juraría a que era uno de esos videos grabados desde una webcam, nos había grabado desde la webcam de mi propio ordenador portátil. Alguien capaz de hacer algo así, ¿cómo no iba a ser capaz de saber si esa memoria USB había sido utilizada o no?

—Ya, entiendo, Duncan. ¿Habló usted con Gregor sobre todo esto? ¿Sabe qué hizo Gregor con la memoria USB?

—No, yo simplemente le di a Gregor la memoria USB y el teléfono móvil y le dije que esperase órdenes. Él es una persona muy difícil de doblegar saben, pero cuando le dije lo del video en el que salíamos él y yo y que ese

tipo me había dicho que tenía muchas más cosas... cogió el USB y el móvil a regañadientes y desde entonces no he vuelto a saber de él... No sé, supongo que habrá terminado haciendo lo que ese tipo le ha pedido, Gregor es una persona respetable. Alguien con un nombre dentro de la empresa de mi padre, no dejaría que se fuese todo por la borda así como así, y menos por... una simple memoria USB.

Kate se aproximó furiosa a Duncan. Patrick permanecía al margen, observando el duro desgaste psicológico al que su compañera estaba sometiendo a Duncan Warren. Sabía que chicos como Duncan, a los que nunca les había faltado nada, no llevaban nada bien que alguien los presionara.

—¿Solo una memoria USB? Escúchame bien, Duncan. Te aconsejo que no salgas del país durante los próximos días porque puede que recibas una orden judicial para testificar como colaborador y cómplice en un acto terrorista a escala internacional, así deja ya de llorar y de comportarte como un puñetero hijo de papá y asume las consecuencias de tus actos por una maldita vez en la vida, ¿te ha quedado claro?

Kate y Patrick salieron de casa de Duncan y se dejaron caer en el Dodge Charger con una ligera ansiedad en el pecho.

Sentían que había algo realmente grande justo delante de ellos, algo que podían oler, que podían percibir, sentir, pero que todavía no alcanzaban a ver.

—¿Qué ocurre, Kate? ¿Te parece si arrancamos ya y le hacemos una visita al tal Gregor Turing?

Kate tenía apoyados los brazos en el volante. En silencio. Tratando de pensar algo más, de ir más allá de lo que ese hilo del que estaban tirando les indicaba. Necesitaban ir más rápido. No paso a paso.

—Patrick, ¿a ti no te parece que todo esto es demasiado sencillo y a la vez demasiado...?

—¿Complejo? Tal vez. Yo a veces tengo la impresión de estar haciendo justo lo que se espera que hagamos, como si todas nuestras acciones hubiesen sido previstas de antemano y no tuviésemos capacidad de sorprender. Como si en realidad aquello que hacemos no fuese siquiera nuestra propia elección. No sé, tal vez me esté empezando a afectar de verdad todo esto.

Kate escuchó atenta lo que Patrick le estaba expresando y asintió en silencio.

—No, no creo que te esté afectando todo esto hasta ese punto. Puede que tengas razón, que no seamos más que dos marionetas más de Kevin y que estamos haciendo justo lo que él quiere que hagamos. De todas formas creo que en estos momentos no tenemos más remedio que seguir la pista de Gregor y ver hasta dónde nos conduce. Tal vez tengamos algo más de suerte en esta ocasión.

—Sí. Tal vez.

Salieron en dirección al domicilio de Gregor Turing y los dos pudieron sentir la extraña sensación de estar alejándose de su objetivo en lugar de acercándose.

Extraña sensación cuando te estás moviendo hacia delante.

Jack

Muy bien, Jack. A partir de ahora estás solo. Completamente. Me has decepcionado no sabes cuánto. Te aseguro que acabarás por arrepentirte de esto. Adiós, Jacky.

Esas fueron las palabras de «la voz» cuando Jack decidió de nuevo incumplir su compromiso de abandonar Amarillo y a Mía. Durante unos segundos llegó a plantearse seriamente escuchar lo que esa voz de su interior le decía y escapar de allí para siempre, incluso solo, incluso sin su hermana Wendy. Pero había algo más fuerte que le decía que se quedara, que el verdadero lugar en el que debía estar era allí, en Amarillo, justo en ese instante, en ese preciso momento.

Escapar del sector C fue un verdadero ejemplo de lo que era la sincronización perfecta. Cálculo de movimiento milimetrado, sin fisuras, sin fallos. Aceleración. Embrague. Frenos. Cambios de dirección. Caja de transmisión. Admisión. Compresión. Expansión y...

Escape.

Recordaba haber visto, casi a cámara lenta, las expresiones de asombro en los rostros de los integrantes de ese grupo paramilitar de origen ruso. La sorpresa de lo inesperado en sus ojos. Sus cuellos seguir el rastro del S90 desapareciendo ante ellos como el brillante resplandor que deja en el aire el paso de una estrella fugaz.

Jack había visto con sus propios ojos qué era eso que iba a sacudir los cimientos de la humanidad. Y sin embargo había huido de allí sin ni siquiera plantearse si podría haber hecho algo por detenerlo. Tan solo se dejó llevar por esa reacción primitiva, irracional, preservación personal. Supervivencia. Aunque en el fondo quería creer que había sido algo más lo que lo había

empujado a moverse. Quería creer que Mía, que la chica del semáforo, significaba algo, algo demasiado importante, quizá la pieza que le faltaba a su artefacto, al proyecto vida... Tenía que encontrarla como fuera, y ese era ahora su único objetivo. Encontrarla cuanto antes porque tal vez restasen apenas veinticuatro o cuarenta y ocho horas para la función final de Kevin.

Había tratado de imaginar cómo terminaba todo. Prever el alcance y la magnitud de la sacudida. Calcular de cuánto uranio disponía Kevin y cuánto necesitaba enriquecer para fabricar su bomba. En el sector C habían aproximadamente cuatro mil centrifugadoras Zippe de última generación conectadas en línea, de dos en dos. Todas ellas eran de gran capacidad en cuyo interior había un rotor construido bajo el más estricto nivel de seguridad girando en el vacío para evitar cualquier tipo de fricción que disminuyese su eficiencia energética. Cojinetes magnéticos y cojinetes del tipo de aguja eran los únicos apoyos que tenía ese rotor que estaría girando a miles de revoluciones por segundo para conseguir separar el isótopo U-238 del U-235, que era el que necesitaría Kevin para poder construir la ojiva. Colectores, deflectores, bobinados, tapas y distribuidores trabajando al máximo de sus posibilidades para un único y destructor fin.

En veinticuatro horas aproximadamente, las centrifugadoras del sector C podían enriquecer siendo muy optimistas alrededor de un kilo de uranio 235. Siendo muy optimistas y teniendo en cuenta que no se produjeran fallos y que la persona encargada de controlar tanto las centrifugadoras como el resto de maquinaria necesaria para ensamblar la cabeza nuclear tuviese los suficientes conocimientos para sacarles el máximo rendimiento a todos esos equipos. Un kilo de uranio 235 no era una cantidad potencialmente alarmante si se la comparaba con las cantidades que se manejaban a lo largo y ancho del planeta, pero desconocía el tipo de bomba que iba a preparar Kevin y sobre todo dónde la iba a denotar. Con un kilo de uranio enriquecido se podía construir

una bomba lo suficientemente letal como para acabar con la vida de miles de personas, pero su efecto siempre se podía aumentar hasta límites insospechados si se utilizaba para crear una reacción en cadena. Que era justo lo que Jack había pensado que Kevin iba a realizar. Aunque también cabía una tercera opción. Que Kevin quisiese esa bomba para tener el llamado «poder de negociación». Siguiendo con su forma de actuar y la facilidad con la que coaccionaba personas para conseguir algo de ellas, no sería de extrañar que tal vez quisiese la bomba para lograr un fin mayor, uno que quedaba totalmente fuera de su campo de previsión.

Jack llevaba un par de horas encerrado en el interior de su S90 en medio de un claro en el interior de un bosque de abedules caducifolios a las afueras de Amarillo. Tratando de saber qué iba a pasar. Sintiendo cómo desde su interior, la sangre brotaba. Hacia fuera. Su oído derecho goteaba y sus pies y manos cada vez los sentía más entumecidos, más acorchados. Había llamado varias veces a Mía pero no había logrado ponerse en contacto con ella, no le entraban las llamadas y no tenía ni idea de dónde podría encontrarse. Lo único que sabía era que se alojaba en la urbanización de lujo Golden Fields, junto con su hermano Kevin, y que si había algún sitio por el que empezar su búsqueda era ese.

Había tratado de controlar de nuevo su entorno inmediato, los acontecimientos próximos y cercanos. Recuperar de nuevo el control de la situación. La aleatoriedad. Pero no le estaba resultando sencillo. Estaba al borde del agotamiento después de más de dos días sin dormir. Eran demasiados los números complejos que poner a bailar, como le habría dicho su antiguo jefe en el Crédit Lyonnais. Eso le hizo pensar de nuevo en los cincuenta millones que habían sido sustraídos del banco francés con sus credenciales por cortesía de Kevin y con la inestimable ayuda de Mía, y entendió a la perfección para qué quería Kevin todo ese dinero. El uranio y el

equipo paramilitar ruso no eran algo barato, además del resto de personas que Kevin también podría tener en nómina para que lo ayudase, aún sin saberlo, a construir el resto de la bomba. A todo ello había que sumarle los gastos que tanto Kevin como Mía podrían haber ya realizado y la suma que debía haber destinado a su más que probable plan de escape. A no ser que tuviese planeada una misión suicida, cosa que conociendo la forma de proceder de Kevin, le parecía algo improbable. Si lo que Mía le contó sobre la experiencia sufrida por su hermano en el pasado era cierto y todo lo relacionado con cómo le había ido cambiando el carácter, tal vez no fuese demasiado con su personalidad contentarse con morir matando. No. Él querría disfrutar de la victoria. Su victoria. Morir no era una opción.

Jack pudo sentir algo que no terminaba de reconocer, un sentimiento de impotencia y rabia que nunca había formado parte de él. Kevin se le había adelantado en todo y lo que más le dolía es que eso había hecho que perdiese cierta confianza en sus números. Lo único en lo que siempre había creído. Tenía la impresión de que hiciese lo que hiciese, Kevin estaría allí esperándolo. Como una fatalidad del destino.

Pero no le quedaba más remedio que intentarlo. Antes de ver terminar el proyecto vida y hacer que su artefacto funcionase, pondría rumbo a Golden Fields y trataría de dar con Mía y con el propio Kevin en ese pequeño poblado de viviendas protegidas por su propio entorno de lujo. Levantado por y para proteger al rico. Aquello debía ser como el cuartel general de Kevin, su fortaleza, centro de operaciones y de mando. Y como consecuencia el lugar más protegido por él mismo. Nunca dejaría que nadie se acercase a su particular castillo. Recordó que el edificio de Buffalo donde vivía debió ser el lugar donde Kevin realizó sus prácticas de vuelo. Un lugar donde pasar desapercibido. Una especie de internado para él donde realizar una carrera de fondo hacia esa persona en la que se había convertido ahora.

Antes de arrancar el S90 sacó su Getac XC500 y trató de averiguar algo más sobre Kevin y el posible lugar exacto en el que podría encontrarse dentro de esa gran urbanización. Pensó que si daba con Kevin tal vez diera también con Mía. Eso le hizo sentir cierta ilusión de poder matar dos pájaros de un tiro, pero al mismo tiempo sintió la extraña sensación de cómo esa ilusión lo hacía vulnerable. Él nunca se ilusionaba, él trabajaba siempre con probabilidades, con la causalidad, cadenas de consecuencias. Ilusionarse era como confiar en lo desconocido, en que aquello que no controlaba lo favoreciera como por arte de magia. Eso le hizo sentirse frágil, débil. No podía abandonar su única creencia, los números. Siempre lo habían sido por la simple razón de que eran la única certeza y verdad que conocía.

Decidió seguir la pista del dinero. Eso siempre se le dio bien. El dinero que Kevin y Mía habían robado y que era lo que lo había llevado hasta Amarillo.

Comprobó los pisos que se habían comprado o alquilado en Golden Fields durante los últimos seis meses y a nombre de quién estaban. Obviamente Jack contaba con que en esa lista no apareciesen ni los nombres de Mía ni de Kevin. Elaboró una primera lista de diez posibles viviendas. Diez personas cuyas cuentas bancarias fue el siguiente punto a investigar. Cuatro de ellas pertenecían a diferentes empresarios con una liquidez y una trayectoria profesional fácilmente probable. Dos más estaban endeudadas hasta casi la bancarrota y otras dos pertenecían a uno de los bufetes de abogados más ricos del país y, al parecer, las habían destinado a servir como piso de préstamo para clientes preferentes que se tenían que trasladar desde otro estado.

Dos nombres eran los que quedaban en su lista. Uno era George Sappiro. Presuntamente un excéntrico artista postmodernista y polifacético. Comprobó su trayectoria y le llamó la atención que para tener una reputación como la que

parecía tener, tan solo había podido encontrar dos fotografías de él en las que además, no se le veía la cara con nitidez. El otro nombre era Julia Nin, una escritora de origen australiano en proceso de publicar su primera obra. Promocionada por una de las grandes mecenas de escritoras prometedoras de las últimas décadas. No había encontrado ninguna foto de Julia y curiosamente, los dos pisos compartían pared medianera, aunque cada uno pertenecía a un bloque de viviendas. Estudió todo lo que pudo el dinero con el que se habían pagado esos pisos y ahí fue cuando encontró las certezas que andaba buscando.

El dinero de ambos pisos no habían salido de ningún banco, sino de un fondo de inversión con nombre de banco y cuya sede central se encontraba en las islas caimán. Los propietarios de dichos fondos no eran personas físicas, sino jurídicas, que a su vez, tenían una de sus cuentas vinculada con la misma de la que Jack había ido tirando hasta llegar a Amarillo. Lo tenía. Kevin no tenía un piso, sino dos, uno a nombre de George Sappiro y otro a nombre de Julia Nin, tal vez él viviese en uno y Mía en el otro, tal vez ambos pisos estuviesen comunicados de algún modo y compartiesen vivienda. Pero solo tenía un modo de averiguarlo, y era ir hasta allí y entrar esquivando los sistemas de seguridad que seguro que Kevin tendría instalados.

Antes de poner rumbo a Golden Fields y, a pesar de tener la certeza de haber visto cómo esa aleatoriedad profunda que durante tantos y tantos años había ido trazando el camino del ser humano y de la naturaleza estaba a punto de escribir un nuevo hito en la historia, no pudo evitar pensar que no costaba nada por hacer un último esfuerzo, tratar de hacer lo imposible para evitar lo ineludible. Si había alguien a quien llamar, alguien a quien recurrir para pedir ayuda, era la pareja de policías que lo habían detenido en Buffalo y que se encontraban también en Amarillo, tras sus pasos y... los del Hombre del coche. Escribió un mensaje de texto en el que se identificaba y explicaba brevemente

su versión de los hechos, todo lo que había ocurrido en Buffalo y después en Amarillo. Pero sobre todo rogó, suplicó, por que se dieran prisa en ir hasta el sector C de Pantex Plant y detuvieran aquello que estaban haciendo antes de que terminaran. Porque apenas tenían tiempo y porque estaba a punto de suceder una catástrofe a nivel internacional. Envió el mensaje a la central de policía de Amarillo y de Buffalo y matizó que era muy urgente que dicho mensaje fuese transmitido inmediatamente a los agentes Patrick Hunt y Kate Myers. Ellos sabrían qué hacer con esa información, ellos lo entenderían. Eso fue lo que envió y lo que en el fondo quiso creer Jack, porque si no, ¿qué demonios pintaban esa pareja de policías en todo aquello?

¿Casualidad o consecuencia?

Consecuencia. Siempre consecuencia.

Puso rumbo hacia Golden Fields y en cuanto arrancó pudo sentir cómo los inyectores empezaban a enviar la mezcla de combustible perfecta a los ocho cilindros en uve. Treinta y dos válvulas abriéndose y cerrándose como el pulmón de acero del mañana. El cigüeñal ha empezado a girar y los ejes pueden sentir cómo les llega la fuerza, la energía, la transmisión hacia las cuatro ruedas.

Veintisiete kilómetros y medio de carretera interestatal. Siete más de calles por el interior de Amarillo. Al menos ocho cruces importantes, treinta y nueve semáforos, catorce stops, una calle cortada, dos desvíos alternativos como consecuencia de uno o dos accidentes menores pero suficientes para taponar la circulación. De cuatro a cinco coches de policía, un camión de la basura, dieciséis taxis y seis camiones de grandes mercancías. Esos eran los obstáculos probables que encontraría Jack en su trayectoria. Que tendría que recorrer él solo, sin la ayuda de esa voz, sintética y que milimetraba los cálculos a dónde él no llegaba, cuando él estaba ofuscado o demasiado cansado para pensar. Pero ahora estaba solo y era ahora cuándo tenía que

darlo todo, todo lo que le quedaba. Se preguntó a sí mismo, ¿vas a poder llegar hasta el final, Jack? ¿Puedes con todo esto tú solo?

Sí. Puedo.

Antes de llegar a su destino, un palpito, casi una visión, se cruzó ante él, ante sus ojos. Todavía no había resuelto el enigma del proyecto vida ni tampoco... el enigma del Hombre del coche. Y no le cabía ninguna duda de que ambas cosas se habían aunado en ese mismo lugar y en ese momento en el tiempo por una simple razón, una que todavía no había alcanzado a ver. O quién sabe, tal vez siempre la vio y nunca la quiso aceptar. El problema era que a pesar de todos sus cálculos, a pesar de haber tratado siempre de controlarlo todo y de anticiparse al tiempo, a lo que estaba por llegar, siempre hubo una variable con la que nunca quiso contar, a la que nunca quiso entrometer en todo aquello. Y esa variable tal vez fuese la clave.

La terrible verdad.

Mía

Había salido de casa tratando de no hacer ruido. Cosa que fue inútil porque Kevin le había dado las dos vueltas de rigor a cada una de las dos cerraduras que había hecho instalar en la puerta acorazada. Antes de salir de casa vio cómo Kevin asomaba la cabeza al final del pasillo. Al menos había tenido la delicadeza de fingir o mostrar algo de preocupación por una hermana que se marchaba.

Los dos se quedaron mirándose unos segundos. Los más largos e incómodos de los que habían pasado juntos. Y eso que en esa vida habían pasado por muchas cosas. En el fondo, a los dos se les antojó que tal vez aquello fuese una despedida. No por lo que se dijeron, que no fue nada, sino por las formas, las miradas, los silencios.

Mía se marchó y Kevin volvió a sus cosas.

Al pasar junto a la cabina de control de Nick Bullit pudo ver cómo el vigilante le sonreía a través del cristal que lo refugiaba del frío y del calor y también cómo la cámara de vigilancia giraba sobre sí misma, acompañándola hasta la entrada.

Marcó el número de Jack pero no dio tono. Fue algo extraño porque el indicador de cobertura mostraba una buena señal y el teléfono de Jack no emitía la señal de apagado. Hacía un par de días que no sabía nada de él y se estaba temiendo que se hubiese cansado de esperar, que se hubiese dado cuenta de que ella no era más que una impostora. Una carga. Alguien que se había pasado la vida mintiendo y engañando para proteger y justificar a su hermano. Tal vez no solo mereciera una condena el hacedor del mal, sino también aquel que aun sabiendo de su existencia, no hiciese nada por impedir que ocurriera.

De nuevo esa culpa, esa que siempre estaba ahí, tras ella. La golpeó con fuerza. Irracional. Esa culpa que provenía de un mundo, una vida, hostil y llena de espinas. Ella nunca supo cómo enfrentarse ni a lo bueno ni a lo malo, nunca supo enfrentarse a un mundo que se había cansado ya de darle segundas oportunidades que ella desaprovechaba. Jack había sido ese último tren, esa última luz a la que seguir, pero de nuevo se había encargado de perderla de vista. Probablemente se habría marchado después de recordar todas las mentiras que ella le contó cuando se conocieron, su engaño. Unas mentiras que en muchas ocasiones las decía por miedo a hablar de sí misma. Un miedo a que los demás viesen su verdadero yo, uno tan débil y asustado que apenas era capaz de soportar el peso de sí mismo.

Ella y nadie más que ella era la culpable de todo lo que le había ocurrido en esta vida y también, por supuesto, de lo que estaba a punta de hacer su hermano Kevin. Llevaba años permitiéndoselo, alimentando con su inacción ese infierno que se había desatado en su corazón.

Rodeó la urbanización Golden Fields y fue hacia su Buick Verano. Lo tenía aparcado justo en el otro extremo para evitar precisamente tener que bajar al parking ante una posible huida desesperada y un consecuente cierre de puertas y choque contra pilares.

Su intención era marcharse de allí sola. Para siempre. Abandonar a Kevin y a su dinero, manchado de culpa, sangre y odio. Llamaría a la policía y se lo contaría todo. Hacía ya días que había decidido a traicionarlo y no había marcha atrás. Porque ya no era por lo que pudiese pasarle a él, a su hermano, sino porque no podía permitir que le hiciese daño a nadie más. Si no evitaba el desastre no podría vivir con ello. Si sus sospechas eran ciertas y su plan estaba relacionado con la fabricación de una bomba nuclear y con que en uno o dos días tenía pensado huir de allí, tal vez apenas quedase tiempo para evitarlo. La denotación podría ser inminente.

Cuando llegó hasta su coche, junto al Buick Verano, tirada en el suelo, vio a una anciana que se había caído hacia atrás y parecía tener dificultades para levantarse. Iba ataviada con un vestido negro. Una toga tapaba casi todo su rostro y su cabeza. Lucía el atuendo típico de alguien que guarda luto. Gimoteaba y parecía estar pidiendo ayuda entre débiles susurros.

—Ayúdeme por favor... ayúdeme a levantarme jovencita... se lo ruego.

Su voz era débil y apagada. Sufrimiento y dolor.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Se encuentra bien, señora?

—Ayúdeme, señorita...

Mía se acercó hasta ella. Había algo extraño en aquella mujer. En su posición. Tenía prácticamente tapado todo su rostro, sus manos, sus piernas. Parecía que en realidad se estuviese ocultando.

—Ayúdeme, señorita... ayúdeme... se lo ruego...

Cuando Mía estuvo lo suficientemente cerca de la mujer pudo sentir de nuevo ese cosquilleo en el pecho. Esas pequeñas arañitas que danzaban en su interior. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué era eso tan extraño que se ocultaba tras todas esas prendas negras?

—Señorita... ayúdeme... ayúdeme...

Y de pronto lo vio. Estaba a solo medio metro de ella. Eran sus ojos. La miraba de reojo. Desde el suelo. Controlaba su posición, y esos ojos... no eran los de una persona mayor, además le resultaban tan familiares...

De repente la señora se giró de golpe y puso su cara frente a la de Mía. La toga se deslizó hacia atrás y pudo ver bien su rostro.

Wendy. La hermana de Jack.

De nuevo las cosquillas en el pecho. Como un enjambre de abejas revoloteando alrededor de su reina.

—Hola otra vez, Mía —En la cara de Wendy se dibujó una sonrisa maléfica y antes de que a Mía le diese tiempo a abrir bien los ojos, se subió

una máscara de protección respiratoria que colgaba de su cuello y vaporizó un spray que hizo que Mía se desvaneciese casi instantáneamente.

Wendy se puso en pie y observó que no hubiese nadie cerca.

—Ahora tú y yo jugaremos un rato, Mía. Ahora te daré eso que tú andabas buscando, y, a mi hermano, eso que durante tantos y tantos años él me ha dado. Frustración. Dolor. Sufrimiento. Y ante todo, soledad.

CAPÍTULO 19

LOS DÍAS PASADOS

Patrick

Cuando recibieron la llamada tanto desde la central de Buffalo como de la comisaría principal de Amarillo con el mensaje que les había dejado Jack, se detuvieron en seco en el arcén de la interestatal cuarenta. Estaban de camino a Claude, el pueblo donde vivía Gregor Turing, el jefe de planta de Pantex Plant al que Duncan Warren le había hecho entrega del USB y el teléfono móvil que Kevin le había dado. Concretamente, Gregor estaba al mando de la zona de Pantex donde se almacenaban todos los servidores y ordenadores centrales para el control y supervisión de todos los rincones de la central nuclear. La planta H, que era en la que Gregor trabajaba, era algo así como el centro neurálgico desde donde salían todas las ramificaciones a los más de sesenta kilómetros de terreno. Máquinas, centrifugadoras, cámaras de vigilancia, sistemas de apertura, sistemas de identificación y sensores de movimiento y de actividad. Todo estaba controlado por los servidores y los ordenadores de la planta H.

A Patrick se le dibujó una sonrisa en la cara cuando vio el mensaje de Jack. Kate frunció el ceño y se mostró desconfiada.

—No sabes si eso nos va a conducir a una trampa, Patrick. No sabemos nada de Jack. No conocemos nada de él. ¿No te das cuenta? Lo único que sabemos es que tiene una inteligencia que es varias veces superior a la nuestra y que conduce endiabladamente bien. Nada más. ¿Quién te dice que no nos está enviando a ese sector C para que no vayamos tras la pista de Gregor Turing? ¿Quién te dice que no va varios pasos por delante de nosotros y solo está tratando de entorpecer nuestro camino? No sabemos si él y Kevin trabajan juntos. Te recuerdo que vivían en el mismo edificio de St. James Street en Buffalo. No sabemos una puta mierda, Patrick. ¿No te das cuenta?

—Hace nada dijiste que no te fiabas de ese hilo del cual estábamos tirando y que parecía haber sido puesto ahí delante de nosotros para alejarnos y para desviarnos de nuestro objetivo final. Pues bien, ahora nos dan una alternativa, otro camino que seguir. ¿No querías tirar más fuerte de ese hilo y correr a una velocidad mayor a la que Kevin y sus pistas nos permitían? Pues este es el camino, Kate, este es el camino. Es la oportunidad que estábamos esperando y que Jack nos ha dado. Sí, ya sé que no sabemos mucho de Jack. No sabemos si trabaja con Kevin. Pero es lo único que tenemos. Y yo confío en él, si eso te vale.

Kate escuchó. Escrutó a Patrick con la mirada y trató de saber por una vez cuál era el camino correcto a seguir. Se preguntó si por una vez no debería dejarse llevar por la pasión como Patrick hacía con sus corazonadas y esa creencia ciega en Jack. Escogiera el camino que escogiera parecía estar jugándose a cara o cruz y que fuera el azar el único argumento de peso en su decisión final. A su derecha estaban Claude y Gregor Turing, a su izquierda Panhadale y el sector C de Pantex Plant. ¿Hacia dónde ir?

—¿Y se puede saber por qué si Jack quiere ayudarnos no da la cara? ¿Eh? ¿Se puede saber si no ha hecho nada por qué no ha intentado defenderse en ningún momento y no ha hecho otra cosa que huir y estar justo en el lugar en el que se han cometido delitos de diferente índole? Además, ya te he dicho en más de una ocasión que una cosa muy distinta es la inteligencia que pueda tener una persona y otra su sentido de la moralidad. Te recuerdo que algunos de los grandes psicópatas de la historia tenían un coeficiente intelectual muy superior a la media.

Patrick no supo qué contestar a eso. En realidad era una corazonada lo que lo empujaba a seguir a Jack, a creer en Jack. En cambio los argumentos de Kate caían por su propio peso. Eran auténticos.

—No puedo responder a eso, Kate. Ya lo sabes.

—Sí, ya lo sé. Por eso estoy intentando poner algo de cordura en todo esto y que seamos nosotros los que decidamos y no el resto, ¿no te parece? Nosotros, tú y yo, Patrick. Los que marquemos nuestro camino, no Kevin ni Jack.

Patrick agachó la cabeza y pensó en lo que Kate le estaba diciendo. Le molestaba que no compartiera su instinto, esa fuerza interior suya que lo empujaba a seguir a Jack y la pista que les había dejado. Pero no podía dejar de darle la razón a Kate en todos sus razonamientos.

—Eh, Patrick —dijo Kate suavizando un poco la voz. Patrick alzó los ojos. El cansancio y la enorme deuda de horas de sueño eran evidentes—. Está bien, perdona el tono de mis palabras. Lo cierto es que yo también estoy hecha un lío. Si tú crees que debemos ir a Pantex y poner patas arriba el sector C allá vamos. No creo que tenga demasiado sentido quedarnos aquí discutiendo más tiempo y yo la verdad es que veo igual de malas ambas opciones. Así que puestos a cagarla prefiero poder decir al final que fue Patrick quien insistió. Además, tu amigo Jack es tan tan listo que sabía que en el fondo no podríamos negarnos ante una amenaza de origen nuclear. No, no podemos negarnos ante algo así.

Kate terminó la frase con una sonrisa que disfracaba una disculpa. Patrick asintió y pensó que tal vez también pudiese acostumbrarse también algún día a eso, incluso llegar a quererlo. Ese énfasis y esa efusividad al hablar que Kate transmitía a veces. Esa explosiva cólera.

Dieron media vuelta y cambiaron el rumbo hacia la central nuclear. Kate hacía movimientos circulares con el cuello para aliviar la tensión acumulada sobre los hombros y favorecer el riego sanguíneo. Patrick continuaba con sus anotaciones en su libreta. Pasando páginas adelante y atrás y tratando de concentrarse al máximo, de hilar todas las pistas y ver todo el conjunto, encontrarle un sentido y un orden a todo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Patrick?

—Sí, claro.

—¿Se puede saber qué demonios anotas a todas horas en esa libreta?

Patrick apretó el entrecejo y se quedó mirando un instante su libreta. Quizá tratando de responderle no solo a Kate, sino también a sí mismo.

—Los datos que voy observando. Detalles que me parece que puedan ser importantes. Cómo reaccionan las personas ante un determinado estímulo o pregunta. La sucesión de los hechos que puedan estar encadenados. Diferentes formas de encajar todas las piezas del puzle que hemos ido recopilando. Ese tipo de cosas. A veces incluyo posibles móviles que pudiesen tener cada uno de nuestros principales sospechosos. Otras veces incluso me atrevo a imaginar qué camino seguirá cada uno de ellos, cuál será su siguiente paso, su próximo movimiento.

—¿Igual que hace Jack con el estudio de los procesos...?

—¿Estocásticos?

—Eso, estocásticos. Era eso de lo que trataban, ¿no? De ver un poco más allá y saber si se pueden predecir ciertas cosas. Algo así como ver el futuro, ¿verdad?

—Sí, algo así. Aunque yo no emplearía el término «futuro» tan a la ligera. Más bien es una forma de comprender el mundo que nos rodea y de saber por qué ocurren las cosas que ocurren. Llamamos «azar» o «aleatorio» a aquello que no comprendemos o cuya causa nos parece demasiado remota como para que merezca la pena estudiarla. Pero en el fondo todo tiene un porqué, la relación causa y efecto es sobre lo que se ha cimentado la vida que conocemos. Conocer cuál es la causa de cada cosa que sucede te da ese poder al que te referías. El poder de predecir qué ocurrirá. Si sabes qué está pasando y qué provoca cada cosa, puedes saber, efectivamente, qué pasará después. Aunque imagino que hay tantas y tantas variables en juego

entrelazándose unas con otras y modificando su trayectoria constantemente que es de locos tan solo el plantearse que todo lo que ocurre y que ocurrirá es cuestión de números y que se puede llegar a controlar, ¿verdad?

Kate se quedó pensando en las palabras de Patrick y en lo bien que se sentía hablando de números y de probabilidades. Después lo vio como ese hombre distinto y diferente al resto que siempre había buscado y se preguntó, tímidamente, si tal vez Patrick...

Tal vez.

—Es fascinante, Patrick. Sí, tal vez.

Patrick alzó la mirada y vio cómo Kate lo observaba de un modo distinto, parecía estar estudiándolo, analizándolo en silencio.

—¿Te digo cuál es mi teoría? —preguntó Patrick dando unos golpecitos con la cabeza de su bolígrafo sobre su libreta.

—Claro.

—Creo que la memoria USB que Kevin le dio a Duncan para que le entregase a Gregor era algo así como un archivo corrupto. Un virus informático. Un gusano. Un troyano o como demonios lo llamen.

—¿Cómo dices? Explícate.

—Sí. No es la primera vez que ocurre. En el año dos mil diez un gusano informático apodado «Stuxnet» se coló en la red de ordenadores de una central nuclear en Natanz, Irán. Se fue deslizándose a través de los sistemas informáticos y de seguridad y terminó adueñándose del software utilizado para el manejo de las centrifugadoras de uranio. Después las hizo girar a miles de revoluciones por minuto hasta su propia destrucción.

—Sí, algo había oído, aunque no conocía tan bien los detalles... ¿se supo quién lo hizo?

—No, nunca se supo. Pero imagínate si alguien en el año dos mil diez pudo hacer eso, ¿qué no serían capaces de hacer hoy en día con los

conocimientos en informática que se tienen?

—¿Podrías ir al grano, Patrick? No me importa escucharte... de hecho... no me importa escucharte... pero estamos a punto de llegar a la central. ¿A dónde quieres ir a parar?

Los ojos de Kate tenían ese brillo especial que precede a la verdadera tormenta de fuego.

—Claro, Kate, perdona, ya sabes que me dejo llevar por el entusiasmo cuando un tema me interesa. Bien, mi teoría es la siguiente. Tenemos pruebas suficientes para saber que Kevin es un experto en informática, qué digo experto, un auténtico hacker de alto nivel. Alguien que ha sido capaz de entrar en el correo personal de diferentes personas, de borrar archivos de sus ordenadores y de utilizar las cámaras de sus ordenadores para grabar aquello que estuviesen haciendo y solo dios sabe qué más. Por no hablar de que es muy probable que también haya accedido a la base de datos de la policía para sustraer los informes del Hombre del coche. Bien, después nos enteramos que el propio Kevin «solicita permiso» para entregar una memoria USB a un empleado de seguridad de alto nivel de la planta de la central nuclear que curiosamente controla los sistemas informáticos de todas las máquinas y equipos de Pantex Plant. ¿Puedes imaginar para qué iba a querer que precisamente Gregor tuviese ese USB si no era para colarlo dentro del centro neurálgico de Pantex?

—¿Piensas que Kevin ha introducido un virus en Pantex para destruir las centrifugadoras igual que hicieron en Natanz?

—No, pienso que Kevin no está tratando de destruir las centrifugadoras, pienso que lo que está tratando es de utilizarlas para crear una bomba nuclear, tal y como nos ha dicho... Jack...

Kate levantó los ojos de la carretera y miró a Kevin horrorizada. El cuero cabelludo tras su nuca se tensó. Un frío, gélido y molesto, se apoderó de la

piel de sus brazos.

—¿Desde cuándo piensas eso, Patrick? —Kate pareció apretar más el acelerador. En su voz había reproche. Enfado.

—Más o menos desde ahora, Kate. Y todavía hay más. Si estoy en lo cierto y Kevin ha sido o está siendo capaz de hacer todo eso, tal vez Jack tuviese razón en lo de que él no fue quien robó el dinero del Crédit Lyonnais, sino Kevin. Kevin fue quién lo hizo. Vivía en su mismo edificio, se coló en su casa de algún modo, era el portero, qué se yo, podría tener una copia de sus llaves perfectamente, lo dejó inconsciente y utilizó sus claves personales para robar todo ese dinero y desviarlo a cuentas fantasmas. Piénsalo, Kate, recuerda la mañana que fuimos a detenerlo, parecía no tener la menor idea de nada, de no saber ni dónde estaba. Todo cuadra, ¿no lo ves?

Llegaron a la puerta principal de Pantex Plant y Kate miró a Patrick con seriedad. Casi con enfado.

—Es posible que tengas razón.

Bajaron del coche y ambos sacaron la placa para no perder más tiempo. Si la teoría de Patrick y lo que Jack les había dicho era cierto, estaban ante una posible amenaza que podría poner en riesgo la seguridad de miles de personas. Tal vez cientos de miles.

Junto a las puertas principales había una cabina de control de al menos cincuenta metros cuadrados. Salió un vigilante en bastante buena forma física y se aseguró que los dos agentes del FBI veían bien cómo se ajustaba su arma reglamentaria en el costado derecho.

—¿Qué desean? ¿Tienen una autorización? ¿Una visita programada?

Kate y Patrick se miraron y pensaron lo mismo. ¿Hace falta una autorización para salvar la vida de miles de personas o tal vez incluso de millones?

—No, no tenemos ni autorización ni una visita programada, ¿su nombre es...? —intervino Kate con su acostumbrada determinación.

—Sullivan, mi nombre es Henry Sullivan. Y ya pueden guardar sus identificaciones, hasta donde yo sé la vista no me falla, ya he visto que son del FBI —dijo el vigilante con arrogancia.

—Escúcheme un momento, Sullivan. Acabamos de recibir un aviso de amenaza terrorista con implicaciones directas en esta central. Necesitamos urgentemente realizar unas comprobaciones. Así que si es tan amable díganos a quién dirigirnos porque le aseguro que necesitamos pasar inmediatamente para realizar las acciones pertinentes que demuestren o desmientan la existencia de tal amenaza —Kate era especialista en caer mal a primera vista. A veces, no siempre.

A Sullivan se le escapó una sonrisa. Natural y sarcástica.

—Vale. Claro. Vamos a hacer una cosa, ustedes dos me enseñan la autorización y yo les dejo pasar o les pongo al habla con quien haga falta —dijo Sullivan cruzándose de brazos y mostrando un inusual orgullo por la autoridad que le otorgaba su puesto de trabajo.

—Mire, Sullivan, si quiere tener alguna posibilidad de seguir conservando su trabajo o de poder trabajar en cualquier otro sector de la seguridad privada ya puede ir llamando inmediatamente a su superior. Se lo advierto, no nos haga perder más tiempo porque están en juego la vida de miles de personas. Es una cuestión de seguridad internacional, le recuerdo que somos agentes federales y puedo hacer que hoy mismo duerma en la cárcel.

—¿Ah sí?

—Puede estar bien seguro de ello.

Sullivan evaluó de nuevo la situación. Sonrisa torcida. Mirada a los dos agentes y después al suelo. Al principio pareció estar a punto de volver otra vez a la carga oponiéndose de nuevo a ellos. Titubeó. Después debió de

embargarle algo de sensatez y albergó alguna posibilidad de que aquello que le estaban diciendo fuese verdad y que tal vez, en ese caso, su puesto de trabajo, hipoteca y futura esposa, sí estuviesen en juego.

—Bien. Supongo que no se pierde nada haciendo una llamada de comprobación.

—Supones bien.

Sullivan sacó su teléfono corporativo con conexión al satélite y llamó directamente a su jefe, Elliot Warren.

Le explicó la situación y escuchó lo que Elliot le decía desde el otro lado de la línea. Sullivan asentía sin dejar de mirar a Patrick y a Kate. Chulería. Profesionalidad sobreactuada.

Se despidió de su superior acatando sus órdenes con un «de acuerdo, como usted diga, señor». Sullivan podía dar la impresión de ser alguien tan inflexible como una barra de acero galvanizado, pero cuando un superior daba una orden, entonces esa autoridad suya se convertía en servilismo infinito.

—Bien, al parecer hoy es su día de suerte, agentes. Me ha dicho Elliot que pueden pasar. Les espera en la planta H. ¿Saben cómo llegar?

Patrick sonrió viendo cómo Sullivan todavía trataba de dar la imagen de que todo o parte de lo que se escondía tras las puertas que él custodiaba fuese suyo.

—¿Está indicado? —preguntó Patrick mientras Kate lo sentenciaba con la mirada.

—Más o menos.

—Pues en ese caso no te preocupes, nos las apañaremos para llegar.

Ni a Patrick ni a Kate les apetecía recibir ninguna ayuda por parte de Sullivan.

—Entiéndanlo, agentes, sin una autorización, no puedo dejar pasar a nadie, son órdenes de arriba —añadió Sullivan tratando de acercar puntos de

vista con los dos agentes especiales.

Los dos asintieron con seriedad. Volvieron a subir al coche y esperaron a que Sullivan les abriera las puertas.

La extensión de Pantex Plant era increíblemente grande. Había tantas naves industriales, almacenes, edificios, depósitos y fábricas para el tratamiento del acero y la metalurgia que tardaron en encontrar la planta H unos cuantos minutos. Las indicaciones eran bastante imprecisas y las placas que habían colocado apenas conservaban visibilidad.

Elliot Warren, el padre de Duncan Warren, el hijo de papá con cuerpo de modelo al que habían tenido el placer de conocer hacía tan solo unas horas, los estaba esperando en la puerta. Su porte era solemne. Todo lo contrario que su hijo. El pelo blanco almidonado, parecía un algodón de azúcar recién glaseado. Traje negro y corbata plateada. Camisa blanca y zapatos brillantes. Relucientes y recién encerados. Su aspecto era el de un hombre que se toma las cosas en serio, muy en serio.

—Buenas tardes, agentes, me ha dicho Henry que habéis recibido una amenaza terrorista que podría tener implicaciones en esta central. ¿Qué ocurre? ¿Qué es exactamente lo que les han dicho? Antes de nada tienen que saber que la actividad en nuestra central es de trescientos sesenta y cinco días por veinticuatro horas. No podemos detenernos bajo ningún concepto. Dicho esto, díganme, ¿qué ocurre?

Elliot desprendía un aroma varonil. Perfume caro. Actitud distante.

—Verá, Elliot —dijo Patrick—, estamos inmersos en la investigación de un posible acto terrorista y según una información a la que hemos podido tener acceso, es posible que se estuviesen llevando o ya se hubiesen llevado a cabo actividades relacionadas con dicho acto en esta central nuclear. Concretamente en el sector C.

Las grandes y pobladas cejas blancas de Elliot cubrían la parte superior de sus ojos. La punta de su nariz tenía una forma un tanto extraña, irregular y cuadrada. Manchada de finas vetas azules. Arañas vasculares con forma de telaraña.

—No sé si saben que nuestra empresa de seguridad cuenta con los mejores avances tecnológicos y con una plantilla de profesionales que haría palidecer a los que tiene en nómina Bill Gates. Más de quinientas cámaras, doscientas treinta y nueve puertas controladas remotamente con identificador dactilar o por doble código de seguridad. Seiscientos ochenta y tres sensores de movimiento, cuatrocientos sensores termoeléctricos, medios de extinción de incendios para los tipos de fuego A, B y C. Nos auditan cuatro veces al año, estamos certificados por las normas internacionales más importantes y el año pasado recibimos la distinción a mejor empresa de seguridad de todo el país. ¿Sigo?

—Elliot —dijo Patrick de nuevo. Podía sentir cómo a su lado, la respiración de Kate se agitaba—. Solo queremos ver qué ocurre en el sector C. Comprobar que todo va bien. Solo eso.

—Y yo solo trato de decirles que si hubiese ocurrido algún tipo de incendio en ese sector o en cualquier otro lugar de la central yo lo sabría. Acabo de decirles que tenemos cada rincón que ven a su alrededor permanentemente vigilado, y por si no lo saben, tras el Tratado de No Proliferación Nuclear solo nos dedicamos al desmantelamiento de armamento nuclear, y eso significa que el sector C lleva años cerrado, ¿lo entienden ahora? La información que han recibido es falsa, alguien les ha tomado el pelo, aquí es imposible que haya ocurrido nada sin que yo lo sepa.

—Elliot —intervino Kate con su rostro más serio—, si tenemos que volver con una orden y si al final, resulta que sí había algo relacionado con esta central, le juro por todo lo que he querido en esta vida que usted, su hijo,

Gregor Turing y cuantas personas más hayan podido tener algo que ver en todo esto, se enfrentarán a un proceso lento, largo, y sobre todo muy muy doloroso. Porque le prometo que no pararé hasta verles entre rejas.

Elliot apretó aún más las cejas. Miró a Patrick como si él fuese el culpable de la forma en la que Kate le estaba hablando.

—¿Qué tienen que ver mi hijo y Gregor en todo esto?

—Su hijo le entregó un USB con un posible gusano informático a Gregor Turing para que él lo conectara a un ordenador de la planta H, infectando y corrompiendo con ello todo vuestro maldito sistema informático de seguridad. Y todo ello para que la persona que los ha estado extorsionando no hiciera público que los dos llevan acostándose juntos desde hace meses. Y ahora, dígame, Elliot, ¿nos va a enseñar ya el sector C o va a seguir jodiéndonos con su mierda de propaganda?

A Elliot le empezaron a temblar los labios. Una rabia incontenible trataba de desbordarlo por dentro. A él nadie le hablaba así, pero al parecer sabía o sospechaba lo de su hijo y no soportaría que algo así se hiciese público. Le prometió odio eterno a Kate con la mirada y se dirigió a Patrick.

—Acompáñenme.

El interior de la planta H era lujoso. Iluminación blanca cegadora. Superficies reflectantes y brillantes. Una administrativa de labios rojos y mirada felina los saludó al pasar y analizó a Kate de arriba abajo.

Elliot les hizo pasar a una sala de control donde tres operadores se encargaban de comprobar y controlar tras un montón de pantallas y de indicadores luminosos y sonoros que nada extraño ocurriese.

—Hola, Sam, ¿sabes si ha habido algún tipo de incidencia en el sector C en las últimas cuarenta y ocho horas? —preguntó Elliot a uno de los operadores.

—¿En el sector C? No, señor. Ninguna incidencia. Además, ese sector se

utilizaba para el enriquecimiento de uranio y el ensamblaje de ojivas y lleva años cerrado.

—Ya lo sé, Sam. ¿Tenemos alguna cámara activa en el interior de ese sector?

—No, en el interior no. Pero sí en las puertas principales y en gran parte de su perímetro.

—Muéstramelo.

—Claro.

Sam seleccionó el sector C en la consola de control que tenía frente a él y casi inmediatamente aparecieron las imágenes pertenecientes a varias cámaras frente a ellos. Sam se giró con timidez para ver la reacción de Elliot y este le respondió dándole una cariñosa palmadita en la espalda. Fue el primer gesto amable que Patrick y Kate veían de Elliot.

En las pantallas que tenían frente a ellos no se apreciaba ningún tipo de movimiento ni actividad. Imágenes estáticas de lugares estáticos. Como fotografías congeladas para siempre en el tiempo y en el espacio.

—Bien. ¿Ya lo han visto? En el sector C no hay nadie aparte del abandono y nuestras cámaras de vigilancia.

—Me parece bien, Elliot, ¿y ahora podría llevarnos hasta allí? — preguntó Kate.

Elliot la miró de nuevo con ese irrefrenable odio. De su frente brotaban minúsculas gotas de grasa corporal. De su nariz, las arañas vasculares parecían estar cobrando vida propia y pasar del azul al morado.

—Claro. Acompañenme.

Salieron de la planta H y llegaron al sector C en aproximadamente diez minutos más. El trayecto hasta allí estuvo acompañado de un incómodo silencio.

Sam el operario había ido con ellos y fue el encargado de ensuciarse las manos para abrir una de las puertas de ese sector C. A Elliot primero y a Sam después, se les dibujó una enorme sonrisa de insana satisfacción, provocadora y burlona, al comprobar cómo todo allí dentro permanecía en silencio. A oscuras. Lugar inerte y sin vida. Como un antiguo parque de atracciones abandonado al olvido. Un cementerio de máquinas sin vida.

—¿Sería tan amable de encender la luz, Elliot? —inquirió Kate de nuevo.

Sam miró a Elliot y este asintió. El operario encendió las luces y todo se iluminó a pequeños golpes de intensidad. Se adentraron unos cuantos metros y comprobaron que efectivamente, allí dentro no parecía haber nada ni nadie fuera de lo normal.

Kate y Patrick caminaron unos cuantos metros más y trataron de observar bien cada detalle que tenían en su campo visual. Patrick podía sentir cómo el enfado, la frustración y la rabia crecían por momentos en el interior de Kate.

—Está bien. Vámonos —dijo Kate sin ni siquiera mirar a Patrick.

Salieron de Pantex Plant teniendo que soportar cómo el propio Elliot y su sonrisa de satisfacción, y también Sam, los acompañaban hasta la puerta de salida reiterando de nuevo los maravillosos sistemas de seguridad con los que contaba su empresa.

—Ya les dije, agentes, que nada ni nadie entraba o salía de mi central sin que yo tuviese conocimiento de ello.

—Muchas gracias por todo, Elliot, lamentamos las molestias que hayamos podido ocasionar —dijo Patrick mientras salían de la propiedad de Panhadale.

—Ah, otra cosa, agentes —dijo Elliot antes de que saliesen—. Si por alguna de aquellas se les ocurre volver a venir por aquí, más les vale que lo hagan con una orden bajo el brazo. Porque les aseguro que si no es así no pasarán ni de la puerta.

El rostro de Elliot Warren, cortante, se endureció. Kate le sostuvo la mirada pero no dijo nada. Odiaba hacer el ridículo de forma tan espantosa a como lo había hecho. Odiaba que la engañaran, confiar en algo o en alguien para después ver cómo era traicionada, humillada. Así es como se sentía en esos momentos.

Se subieron al Dodge Charger y los dos se sintieron más cansados y perdidos que nunca.

En Pantex Plant no habían encontrado absolutamente nada. Jack los había enviado a un lugar vacío y muerto y seguir el rastro del USB que Duncan le había entregado a Gregor Turing ya no tenía ningún sentido. Se encontraban en callejón sin salida. El hilo del que habían estado tirando parecía haberse cortado.

Patrick no quiso ni mirar a Kate, sabía con qué se encontraría. Kate prefirió controlar la respiración antes de estallar y decir algo de lo que después podría arrepentirse. Sus arranques de mal genio debían permanecer en silencio.

En cuanto Kate encendió su vehículo, sonó el teléfono de Patrick. Los dos se quedaron observando el número oculto de la llamada entrante.

—¿Sí?

—Hola, agente —dijo una voz sintética y robotizada. Patrick pulsó el manos libres para que Kate pudiese escuchar—. Lamento decir que han llegado tarde. Es una pena, porque realmente le había empezado a coger el gusto a este juego, ¿saben? Pero lamento decir, de nuevo, que la partida está a punto de terminar.

—¿Quién es usted? ¿Kevin?

Kevin

—Oh. Claro, claro. Quién soy yo. Quieren saber quién soy yo. ¿Kevin? ¿Y quién es Kevin? Claro, claro. Ustedes solo se preocupan de los demás cuando ven amenazada su posición o la de esa clase social a la que protegen y para la que trabajan, ¿no es así? A nadie le importaba quién era yo hace un mes, un año, diez años, pero ahora que se ven amenazados sí quieren saberlo. Pues les diré algo, claro que van a saber quién soy, pero eso será cuando yo quiera, y no cuando ustedes digan. Además, veo que han estado haciendo sus deberes y puede que conozcan mi nombre, pero no tienen ni la menor idea de quién soy en realidad.

Kevin estaba exultante. Cuando vio a los dos agentes del FBI entrar en Pantex Plant pensó que todo había terminado. Sería cuestión de minutos que descubrieran a los rusos y lo que estaban haciendo en el sector C, y después de eso todos sus sueños y planes estarían acabados. De nuevo le invadió el miedo, la paranoia. Descontrol interior. Pero justo antes de que descubrieran lo que estaba pasando, se le ocurrió la idea de que el sector C llevaba tantos años cerrado que nadie notaría la diferencia si los conducía al sector D, el cual llevaba cerrado justo los mismos años que el C y tenía unas características similares. Tan solo era cuestión de probar.

El gusano que Gregor Turing había colado sin ser consciente en la red informática de Pantex le había permitido obtener el control absoluto sobre todo. Podía hacer lo que quisiera con los sistemas de vigilancia y seguridad de Elliot Warren y crear una realidad a su antojo. Las cámaras del sector C, que previamente habían estado emitiendo unas imágenes en bucle pregrabadas, las redireccionó al sector D. Ahora tan solo era cuestión de que alguien intercambiase en tiempo récord las señales identificativas que había junto a la

puerta de uno y otro sector. Y ahí fue donde entraron de nuevo los rusos. Kran.

Llamó a Andrei y le explicó la situación. Urgente. Desesperada. Estaba dispuesto a ofrecerle más dinero, una compensación por ese trabajo y ese riesgo no previsto que él y sus hombres estaban a punto de correr, pero no contaba con que Andrei hacía todo aquello no solo por dinero, sino porque creía en ello. Estadounidenses y rusos llevaban décadas zumbándose a lo largo y ancho del planeta tanto de forma sutil, como en forma de guerras satélite o torpedeando la imagen pública y la economía del país enemigo. La ocasión de atentar contra los Estados Unidos que Kevin les había planteado a cambio de una buena suma de millones, representaba para ellos una nueva oportunidad para asestarle un golpe al sistema económico y político estadounidense. Para ellos esa misión era casi tan importante como para Kevin. Quizá más.

Cuando Elliot Warren y los dos agentes del FBI llegaron al «nuevo» sector C, los carteles habían sido cambiados y ninguno de los allí presentes supo o pudo ver diferencia alguna entre ambos sectores.

La sensación de júbilo que Kevin experimentó cuando vio que, de nuevo, sus planes y sus decisiones iban por buen camino, no pudo evitar llamar a la pareja de policías para poder disfrutar de su inminente victoria viendo cómo los dos representantes de la ley se daban de bruces contra el fracaso. Un fracaso que él mismo se había encargado de abonar a base de trabajo duro y un extraordinario talento natural para la informática y cualquier otro campo que tuviese que ver con las nuevas tecnologías. A veces le daba por imaginar que fue durante la operación craneal a la que se sometió cuando los médicos debieron tocar algo en el interior de su cerebro que hizo que desarrollase esa habilidad para la tecnología. Como si se hubiese producido algún tipo de nueva conexión neuronal. Otras muchas veces tan solo pensaba que esa operación lo único que hizo fue dejarle una reluciente placa de titanio para

que nunca olvidase lo que le había pasado y pudiese sacar la fuerza necesaria para ser mejor. Para avanzar cada día más. Para hacer que las cosas cambiasen para siempre.

—Está bien, de acuerdo —dijo Patrick conteniendo la respiración y controlando sus pulsaciones—. Has ganado, te felicito. Ahora dinos qué es lo que quieres y acabemos con esto de una vez.

Las pupilas de Kate miraban fijamente el teléfono móvil de Patrick, haciendo un esfuerzo sobre humano por contener la rabia y la impotencia que se estaba apoderando de ella. Podía sentir el dolor y el resentimiento que se filtraba entre las palabras de esa voz sintética.

—Oh, lo que quiero. Claro, claro. Ahora sí os interesa saber lo que yo quiero. Pero lamento decir que tendréis que esperar hasta mañana. Preparaos porque mañana todo va a cambiar. Es el gran día, es cuando empieza la nueva era, una era de justicia. Verdadera y auténtica justicia. Estad atentos porque cuando me veáis quizá ya sea demasiado tarde, porque cuando escuchéis lo que tenga que decir, tal vez vuestras ganas de colaborar desaparezcan igual de rápido que han aparecido de la nada. Adiós agentes, hasta mañana.

Kevin colgó el teléfono y sintió una satisfacción tan grande que no pudo evitar romper a llorar de pura felicidad. Fue un estallido, una explosión incontrolada de tensión y rabia acumulada. Se dejó caer en el suelo y sintió cómo una gota, húmeda y espesa, se abría paso a través de su nuca hasta encontrarse con su cuello y sus escápulas. Durante la última hora su estado de nervios había sido tal que no había podido evitar clavar sus uñas repetidas veces alrededor de esa placa que cubría la parte posterior de su cabeza. Normalmente solo la frotaba superficialmente, pero cuando la ansiedad y los nervios lo superaban, entonces sus dedos parecían querer abrirse paso a través de la carne circundante de esa tapa de metal. Como si trataran de llegar al verdadero origen de su dolor y ese dolor se encontrase justo detrás de ese

trozo de titanio. Durante el primer año tuvo pesadillas todas las noches con que un día se despertaría y la placa se le habría desprendido mientras dormía, derramándose toda la masa encefálica por el suelo de su habitación. Incluso fue repetidas veces a ver al médico que le operó para que le asegurase que la placa no se estaba desprendiendo, que seguía ahí. Nunca se desprendió. Siempre estuvo ahí.

Las centrifugadoras estaban a punto de terminar el centrifugado de uranio para la obtención de la cantidad del isótopo U-235 que necesitaba. Después pasaría a la fase de ensamblaje y tan solo unas horas después tendría lista la bomba, «su» bomba. Una bomba que estaría acondicionada para ser detonada a distancia mediante un control remoto y ubicada en un lugar donde poder provocar una catástrofe de proporciones bíblicas.

Pero antes les daría una última oportunidad de hacer bien las cosas, una oportunidad de redención. Hacer lo correcto. Devolverle a la justicia su verdadero significado.

Tan solo le quedaba una cosa por resolver. Su hermana Mía se había marchado y estaba totalmente fuera de su radio de control. Había desconectado su teléfono móvil y no había forma de saber dónde demonios se encontraba. Tal vez se hubiese reunido con Jack. Otra vez. Jack. Sin duda alguna para traicionarlo. Debió acabar con él cuando tuvo ocasión y ahora pagaba las consecuencias por esa absurda condescendencia que su hermana le había metido en la cabeza. De todas formas pensó que incluso eso, ese cabo suelto, no haría sino darle más emoción a ese final, apoteósico y triunfal, que tenía preparado.

¿Dónde estás Mía?

¿Dónde estás Jack?

Ya falta poco.

Jack

Llegar hasta Golden Fields había sido rápido. Entrar, no tanto. Todo el perímetro de la urbanización de lujo estaba rodeado por cámaras de vigilancia que podían estar controladas por Kevin desde su guarida. No podía arriesgarse a que lo viese llegar. No podía volver a fallar porque sabía que el tiempo se estaba agotando. No había más margen para el error.

Había tratado de contar números, encontrar de nuevo el patrón de esa pauta que lo guiara por el camino correcto. Prever qué pasaría con según qué opción escogida. Calcular de forma milimétrica cada paso, cada acción. Pero eso tampoco le había resultado nada fácil. Los oídos le dolían tanto que estaba convencido de que se le habían perforado los tímpanos. No conseguía concentrarse lo suficiente como para estar seguro de sus cálculos y decisiones. Estaba más que cansado. Lo veía todo más oscuro que nunca y ni tan siquiera las cosas a su alrededor parecían estar moviéndose como acostumbraban, como él solía verlas. Parecía que todo sucedía a más velocidad, a una velocidad tal que le era imposible de controlar. Una velocidad normal.

Pensó en la chica del semáforo, esa que fue la que le pidió que se parase en aquel semáforo, la que lo empezó todo. Después pensó en Mía y en todo por lo que había tenido que pasar y lugares que visitar hasta reunirse con ella. Los crímenes del Hombre del coche, el proyecto vida, la aleatoriedad profunda, Kevin, esa pareja de policías que había estado siguiendo su pista... nada de eso podía ser casual, nunca lo era. Él lo sabía perfectamente. Todo tenía un sentido, un porqué, siempre. Tenía que sacar fuerzas de donde fuera y acabar con todo aquello antes de que fuese demasiado tarde.

Le había costado mucho entrar en Golden Fields. Controlar el flujo y el tráfico de personas. Encontrar ángulos muertos y el momento exacto en el que

irrumper en el piso de Kevin y Mía. Había tratado de recuperar todas las pautas. Esperar los segundos exactos antes de dar un paso dando golpecitos o contando. Cuando logró entrar en uno de los dos pisos de Kevin y Mía al principio dudó de si no se habría equivocado. El piso estaba totalmente vacío. No parecía haber nadie. Superficies relucientes, pulidas y vitrificadas. Estancias sin amueblar, desangeladas. Paredes con pinturas plásticas acrílicas. Esmaltes sintéticos a base de resinas alcídicas con alta emisión de compuestos orgánicos volátiles. Recorrió todo el piso hasta encontrar una zona que presentaba una enorme diferencia con relación al resto. No le solía ocurrir, pero a Jack se le dibujó una sonrisa cuando vio una vitrina fabricada en nogal y cristal envejecido apoyada junto a una de las paredes del salón. Movi6 la vitrina con sumo cuidado para no hacer ruido. All6 estaba. Casi inapreciable. Pero perfectamente distinguibles las líneas que daban forma al contorno de una puerta.

Kevin había ordenado construir una puerta con la que unir ambos pisos. Esa debía de ser su vía de escape. Su salida de emergencias. Imaginó lo mucho que tuvo que pagar para que le hiciesen semejante obra. Había colocado esa puerta en la pared medianera que unía no solo ambos pisos, sino los dos bloques de viviendas a los que pertenecía cada uno de ellos. Una obra así no solo estaba totalmente prohibida, sino que también suponía un riesgo medio para la estabilidad de esos edificios.

Jack pegó la oreja a esa pared y esperó hasta estar seguro de que sí estaban allí dentro. Todavía no tenía ni idea de cómo actuaría cuando entrase, pero si había llegado hasta allí era porque tenía que estar allí. Al principio no escuchó nada, pero enseguida se empezó a oír algo. Primero distinguió algo parecido a un grito. Júbilo. Celebración. Explosión de tensión. Después escuchó una conversación, corta y monocorde. Por último volvió a escuchar de nuevo gritos de júbilo seguidos por un llanto alegre, contenido, deudor de

tiempos peores. Le costó reconocerla, pero esa voz era la de Kevin. Lo único que le faltaba era Mía, a quien había ido a buscar por encima de todo. Tendría que entrar allí dentro si quería saber qué había pasado con ella. Cabía la posibilidad de que Kevin hubiese descubierto que quería traicionarlo y la tuviese maniatada o que incluso... le hubiese hecho algún tipo de daño. Solo pensar en esa posibilidad hizo que sacara fuerzas para encontrar esa pauta que le ayudase a entrar justo en el momento correcto. Justo cuando debía entrar.

Empezó a contar. Los cuatro tiempos. Un dos tres, un dos tres, un dos tres, un dos tres. Ahí estaba. Justo delante de él. Justo en ese momento, la pauta. Contó de nuevo hasta tres, cogió aire a fondo y justo cuando iba a empujar esa puerta sintió cómo su teléfono móvil vibraba en el bolsillo de su pantalón. Se detuvo en seco. No pudo evitar pensar que esa llamada no podía ser ocasional o circunstancial.

Sacó el teléfono móvil de su pantalón. Con cuidado. Era un mensaje con una fotografía adjunta.

Wendy.

En la fotografía podía verse a Mía tumbada en una cama, inconsciente. Vestida exactamente igual que las demás víctimas del Hombre del coche, exactamente igual que su madre el día que murió. Falda de tubo negra y blusa de seda. Al cuello un pañuelo y en su mano derecha... de momento aún no le había colocado el anillo de O como al resto de las víctimas.

«Hola, Jacky. Ya ves que al menos alguien de la familia sí cumple con lo que promete. ¿Recuerdas cuando te dije que te arrepentirías de todo lo que me habías hecho? Pues ese momento ha llegado, Jacky. Aquí tengo a la perra. Ella ahora está durmiendo, pero en cuanto se despierte va a recibir lo que se merece, igual que el resto, igual que todas. ¿Quieres venir? Oh, claro que sí, seguro que quieres venir, ¿verdad? Ven, Jacky. Aquí te espero. Ven si te atreves. Ven a salvarla. Qué importa lo que sufriera tu hermana, lo que tuvo

que soportar durante toda su vida por tu maldita culpa. Porque tú solo tienes ojos para ti y para la perra, ¿no es así? Adiós, Jacky. Ven si puedes, ven si quieres, aunque no te puedo prometer que cuando llegues todavía continúe con vida.»

Jack se quedó totalmente paralizado al ver la fotografía de Mía y el mensaje que su hermana Wendy le había enviado. Su corazón empezó a palpar con fuerza, sus oídos de nuevo a sangrar. Tuvo que sentarse un momento en el suelo antes de poder tomar una decisión, antes de poder organizarlo todo en su mente. El final estaba cerca pero su estado físico y mental eran tan débiles que apenas se sentía con fuerza para continuar. Sentía cómo una enorme presión trataba de abrirse paso desde el centro de su cerebro. Expansión libre irreversible.

¿Cómo había podido estar tan ciego? ¿Por qué no había sabido verlo? Tal vez siempre lo vio, como siempre le decía la voz. Tal vez una parte de él siempre lo supo y nunca se atrevió a decirse nada por miedo a lo que significaba. Como una eterna sospecha que nunca quiso comprobar por miedo a descubrir que la realidad era tan horrible como había podido imaginar. Porque sabía que afirmarse eso a sí mismo implicaba tener que enfrentarse a su hermana, lo único que le quedaba en este mundo.

Al principio, cuando descubrió que un movimiento anómalo sucedía en la pauta que estaba siguiendo para tratar de descubrir qué era aquello que le faltaba para completar el proyecto vida y hacer que su prototipo funcionara, pensó que aquello tal vez fuese la solución. Esa anomalía, quizá fuese lo que le daba vida a las cosas. Llegó a ese primer lugar, a ese sitio en el cual esperó obtener respuestas, pero solo vio el cuerpo de una mujer que yacía muerta en el suelo. Su ropa y la posición en la que estaba tumbada le llamaron la atención, aunque no supo descifrar qué significa en realidad. Tan solo un vago recuerdo, borroso, que se fue aclarando con el tiempo. La mano izquierda

apoyada sobre el pecho, justo encima del corazón, y el brazo derecho extendido con la mano abierta, como si estuviesen ofreciéndole algo. A él. Como si fuese ese destino, esa aleatoriedad, haciéndole entrega de esa pieza que le faltaba. Esas mujeres, siempre con esa ropa, en esa posición, casi parecían formar parte de una representación teatral. Él interpretó que ese algo que le ofrecían simbólicamente era justo lo que le faltaba para completar su prototipo, el proyecto vida, ese algo debía ser aquello que daba vida a las cosas y eso no podía ser otra cosa que aquello que provenía del corazón de las personas. Su sangre. Unas gotas de su sangre debían ser suficientes para alimentar a su prototipo, para dar vida a su prototipo, mitad máquina, mitad humano. Pero tan solo consiguió que se pusiera en marcha durante un par de segundos, suficientes para saber que tal vez, probando con otra sangre...

Tal vez.

Durante las siguientes semanas siguió con el mismo procedimiento, obteniendo los mismos resultados. Él veía el lugar donde aparecería una nueva mujer y se presentaba allí con la esperanza no solo de encontrarla con vida, sino de que esa mujer fuese la definitiva, la que hiciese funcionar su proyecto vida, el proyecto que durante tantos y tantos años había supuesto gran parte de su trabajo. El proyecto que podría suponer una nueva era en la humanidad, un cambio, el principio de un nuevo ciclo en la civilización. Pero su frustración había ido creciendo a medida que aumentaba el número de víctimas. El tiempo apremiaba, el final de esa gran cadena de acontecimientos se acercaba y todo parecía estar destinado al fracaso, tanto su proyecto como la vida entera tal y como la conocían. Se le empezó a hacer insoportable ver cómo delante de sus propios ojos estaban muriendo mujeres y él no estaba haciendo todo lo que podía. Cuando conoció a Mía y la introdujo en la gran ecuación de su vida pensó que todo cambiaría. Que no solo lo llenaría por primera vez, sino que ella traería consigo las respuestas que necesitaba, que ansiaba buscar. Pero

nada de eso ocurrió. Al revés. Todo pareció complicarse más aún justo cuando se aproximaban al final de esa gran cadena de acontecimientos que dirigía el curso de la vida, de las cosas, de la naturaleza, el patrón del universo.

Nunca supo anticiparse al Hombre del coche porque siempre cometió el mismo error. Nunca introdujo la variable que le hubiese permitido llegar antes. A tiempo. Su hermana Wendy. Algo en su interior se resistió siempre a pensar que algo así pudiese ser posible, que su hermana pudiese ser capaz de hacer algo así. Por eso nunca la involucró. Y ahora pagaría por su error. Por las consecuencias de su error.

Ahora se enfrentaba al final. A la última víctima. Y tal vez fuese ese el destino de Mía, la chica del semáforo, ser la última víctima del Hombre del coche, hacer que el proyecto vida funcionase. Todo parecía encajar dentro del mecanismo de la vida, de la naturaleza, por muy doloroso y horrible que fuese el resultado final.

El cerebro le funcionaba cada vez con mayor lentitud. Como un motor que se está quedando sin combustible, sin batería. No pensaba con claridad, sus razonamientos no se encadenaban como acostumbraban. Pero una certeza se metió en su cabeza, no sabía si la pauta, su propio corazón, o eso que llamaban amor. No podía dejar que Mía muriese. Ella todavía conservaba algo, cierta pureza, tal vez cierta magia. Ella tenía que ser importante, pero no a través de su muerte, tenía que seguir viviendo. No podía ser la última víctima del Hombre del coche, de su propia hermana, tenía que salvarla como fuera, aunque fuese lo último que hiciese.

Mía. Ahora solo le importaba ella. Ni la gran pauta ni aquello que daba vida a las cosas.

Mía.

Se levantó como pudo y antes de salir del piso pensó de nuevo en Kevin. En lo que estaba a punto de hacer. Aún estaba a tiempo de detenerlo, de evitar

aquello que estaba a punto de cometer. Pero eso implicaba abandonar definitivamente a Mía. El tiempo se agotaba. Tenía que escoger entre evitar una más que posible catástrofe a manos de Kevin o salvar a Mía. Quizá se estuviese equivocando y todo era tan sencillo como dejar que Wendy acabase con Mía para él recoger su sangre y así él quedarse donde estaba para evitar que Kevin hiciese lo que iba a hacer. Esa duda, implacable y desoladora, lo asaltó de nuevo antes de salir de aquel piso vacío de Golden Fields.

Solo el pensarlo le horrorizó. De ningún modo dejaría morir a Mía.

Salió de casa de Kevin sin detenerse a contar ese tiempo que ahora tan solo era una carrera a muerte por ver quién llegaba antes, él o esa gran pauta.

Admisión. Compresión. Expansión y...

Escape.

No le importó que Kevin pudiese verlo por las cámaras de vigilancia de Golden Fields. No contó más números. La vida de Mía podía estar apagándose justo en ese mismo instante. Tampoco le suplicó a «la voz» que le ayudase, que le mostrase el camino más rápido. No. Ya no. Era él, Jack Miller. Solo él. Contra ese destino que parecía haber sido ya escrito y al que trataba de darle alcance, de adelantarse.

Entró en el S90 y apretó sus manos contra el volante. Cerró los ojos un instante y trató de concentrarse solo en ese lugar en el que Wendy debía tener secuestrada a Mía. Pensó en la fotografía. En cada una de las palabras que su hermana había empleado. Trató de ir hacia delante en el tiempo, de ver más movimientos, de ver todas las cadenas de movimientos. Todo el árbol de probabilidades, todas las causas y consecuencias.

Sacó el Getac XC500 y buscó en el mapa de Amarillo la relación de hoteles existentes en toda la ciudad.

Un nombre apareció ante él. Uno fue el que llamó su atención.

Last Days Inn.

¿Es ahí donde te encuentras, Wendy?

¿Es ahí donde quieres que nos veamos por última vez?

Todo parecía encajar. Desde luego que debía ser allí. Wendy nunca hacía nada sin pensarlo bien antes. Sin dotar a sus actos de un significado. Ahora lo veía claro. Le había estado ofreciendo su corazón a través de aquellas mujeres, lo único que tenía para dar, su propia vida. Su propio corazón. Un corazón que tal vez significase algo más aparte de eso.

Su hermana había tratado de llamar su atención representando la muerte de su madre, cuando todavía vivían juntos, de hacer que él fuese esa figura familiar que nunca tuvo. Y ahora estaba poniendo su broche de oro a esa gran representación alojándose e invitándolo a ir a «los Días Pasados». A ese pasado que ya no volvería y que ella reclamaba, a todos los que se lo habían robado, a esa sociedad, a él, por no darse cuenta, por no hacer nada para evitar que ella sufriera lo indecible.

Comprobó el lugar exacto en el que se encontraba el Last Days Inn y las habitaciones que quedaban disponibles según la plataforma de reservas de su página web. Vio que estaba casi todo disponible a excepción de la habitación más cara con la que contaban, la «suite familiar». A Jack se le dibujó una sonrisa que pronto se tornó en una lágrima amarga.

¿Allí es donde quieres que vaya, Wendy?

¿A una reunión familiar para revivir nuestros días pasados?

¿Es allí donde quieres que termine todo?

Cerró los ojos un instante y trató de dibujar la trayectoria más rápida. Sin importar semáforos, cruces, coches de policía ni camiones de basura. Solo llegar sano y salvo lo antes posible.

Diecisiete minutos y treinta y dos segundos. Ese era el tiempo. Ese el espacio que lo separaba de su destino.

Encendió el S90 y cuando sintió cómo rugían los ocho cilindros del

motor, cómo todos esos mecanismos y engranajes que él mismo se había encargado de alinear y de perfeccionar se ponían en movimiento, supo que ese era el momento, ese era el lugar en el que tenía que estar. Esa sensación de estar donde tenía que estar para que las cosas saliesen bien lo embargó como nunca antes lo había hecho.

Sonrió, metió primera y salió de allí como una bala sabiendo que tal vez, ese destino al que se dirigía, sería testigo del fin de su presencia en este mundo. En ese momento lo vio claro, por eso «la voz» insistía en que se marchase, por esa la voz quería que dejase a Mía, que dejase la aleatoriedad profunda y se marchase lejos, muy lejos. «La voz», esa parte de él, oscura y fría, ya había visto o al menos intuido lo que pasaría, lo que podía pasar.

¿Instinto de auto conservación? Así que tan solo era eso, ¿verdad? Le dijo Jack a la voz.

Pero la voz no contestó.

La preservación de uno mismo por encima y a pesar de todo, ¿no es eso? Incluso de cualquier catástrofe o persona.

La supervivencia del «yo» hasta el final de las consecuencias, ¿no?

¿No?

CAPÍTULO 20

HA LLEGADO EL MOMENTO DE SEGUIR NUESTRO PROPIO CAMINO

Wendy

—No pienses que va a venir nadie a rescatarte, perra, porque eso no va a ocurrir. ¿Crees que a mi hermano Jack le importas? ¿Eh? ¿Acaso crees que el gran Jack arriesgaría su vida por alguien como tú? Te queda muy grande, Mía. Tú nunca en la vida serás especial para mi hermano, nunca. Porque él es digamos que... ¿diferente? Claro que sí. Pero eso tú ya lo sabías, ¿verdad? Por eso has tratado de pegar tu asqueroso culo de clase baja a él. Piensas que así tendrás esa vida que crees merecer, que así conseguirás escalar en la pirámide social, ¿no es eso? Las perras como tú no habéis aprendido nada, no sabéis nada, no valéis nada. Vuestro único objetivo es seducir a un hombre para que después os mantenga y os permita ser esa mujer que creéis ser, que ansiáis ser, y esa no es otra que el estúpido objeto que lucir, que criar a sus hijos cuando se haya cansado de follarte y de utilizarte.

Wendy paseaba arriba y abajo a lo largo y ancho de la «suite familiar» del Last Days Inn sin parar de hablar. Estaba nerviosa. Sublime. Preparada. Mía permanecía tumbada, todavía muy aletargada, semi inconsciente. Sus obnubilados ojos apenas le permitían ver la figura de Wendy, difuminada. Cuero negro y labios color cereza. Moviéndose a su alrededor como ese siniestro péndulo que corta la cuerda que va unida a la vida con cada uno de sus balanceos.

Wendy sabía que ya no había marcha atrás, su hermano Jack ya debía saber todo lo que ella había hecho, todo lo que había hecho por él, todos los crímenes. Por estar con él. En el fondo todavía guardaba la vaga y casi inocente esperanza de que él la perdonase, la entendiese y comprendiese que aquello solo lo había hecho porque lo quería, porque reclamaba una atención que nunca tuvo. Solo quería eso, que alguien la quisiese, que su hermano la

quisiese. ¿Acaso pedía demasiado? ¿Acaso estaba pidiéndole a la vida un imposible? Pero por otra parte era plenamente consciente de que todo había terminado, de que las posibilidades de reconciliación con su hermano y con ese mundo se habían agotado. Y más cuando acabase con Mía, esa mujer en la que su hermano se había fijado a pesar de haberlo engañado, a pesar de haberlo utilizado para robar todo ese dinero y de haberla involucrado y casi asesinado a ella también para la misma causa. Sabía que su hermano no lo soportaría, no la soportaría después de acabar con su amada, después de todas las muertes que llevaba a sus espaldas. Pero era su forma de cortar con ese mundo para siempre, de decirle que ella también podía ser malvada, que también podía hacer daño. Y que el tiempo de reclamar su parte de amor y de comprensión a esa sociedad y a él ya se habían terminado.

Nadie la escuchó ni la salvó cuando fue ella la víctima, cuando tan solo era una inocente e indefensa niña. En cambio ahora sí querían encontrar todos al Hombre del coche, sí querían justicia. Justicia para todas esas mujeres que habían entregado sus vidas a esos hombres, a esa forma de vida. Que cerraban sus ojos y se tapaban los oídos ante tanto abuso y tanta maldad del hombre hacia la mujer. Pues ahora abrirían bien los ojos. Por supuesto que sí. Ella haría que los abrieran de una maldita vez.

—¿Y qué me dices del tarado de tu hermano? ¿Eh? ¿Sabes qué? No te lo vas a creer. Tanto a Jack, tu amado, como al tarado de Kevin, tu hermano, les he enviado un mensaje. Un mensaje diciéndoles lo que te va a pasar, lo que voy a hacer. A los dos les he dicho lo mismo, que si te quieren aquí te tienen, que vengan a buscarte. ¿Sabes por qué lo he hecho? Para demostrarte que no te quieren, estúpida, que solo eres un maldito objeto para ellos, uno que utilizar y cambiar por otro cuando ya no valga nada. Cuando se estropee o se haga viejo y feo. Lo he hecho para que ellos vean que a mí nadie me jode, porque yo no soy alguien a quien dañar y utilizar como si fuese una maldita cosa sin alma ni

corazón. Yo soy alguien con conciencia, ¿entiendes, perra? Alguien que siente y que se resiente. Pero, ¿sabes qué? Ninguno de los dos va a venir, ¿y sabes por qué? Están demasiado ocupados en sí mismos. Están demasiado pendientes de ellos mismos como para perder su valioso tiempo por alguien como tú, una perra a la que pueden sustituir con solo chasquear los dedos. Una perra que no vale nada, ¿me has oído? Nada. Y ya es hora de que te vayas despertando porque quiero que veas bien lo que te espera, quiero que sientas bien lo que tengo preparado para ti. No te creas, es algo que yo misma sentí, nunca te daría nada que yo misma no hubiese probado antes.

Wendy fue hasta el armario de la «suite familiar» y sacó un arnés fabricado con cinchas y correas de cuero negro que llevaba acoplado un gigantesco pene protésico en su extremo. Se lo acercó a Mía y lo balanceó ante sus apagados ojos.

—Esto es lo que te espera, perra. Vas a sentir lo mismo que yo sentí, ¿no querías un hombre en tu vida? Pues yo te lo daré con la fuerza de toda la vida. Así que vete despertando porque falta poco, ya falta muy poco para que todo esto acabe.

2

Kevin

Cuando Kevin recibió el mensaje de Wendy con la fotografía adjunta de Mía se quedó momentáneamente paralizado. No sabía qué demonios significaba aquello. Todo estaba pasando tan rápido que ya no era consciente de si aquello era real o producto de su imaginación fruto de tantos y tantos días encerrado. No sabía si se trataba de una especie de extorsión o si era una venganza personal por lo que le había hecho. Pero no le costó demasiado decidir que de ningún modo saldría al rescate de su hermana. Eso no solo lo

pondría en peligro a él sino que supondría abandonar ese plan maestro que estaba a punto de acabar, que estaba a punto de culminar por todo lo alto. Demasiados años sufriendo, demasiados años llenándose de ira, ahogándose en su propio odio. Necesitaba sacarlo todo de una vez. Y necesitaba que fuese ya.

Mía ya era historia. Había sido una buena hermana, cuidó de él cuando peor estaba, lo ayudó en lo que pudo con su particular venganza. Pero justo cuando más la necesitaba, justo cuando tenía que demostrarle que estaba junto a él pasara lo que pasara, había intentado traicionarlo. Y para Kevin no había mayor traición que aquella que provenía de quien más quería, de en quien más confiaba.

Kevin había estado rastreando todos los mensajes del teléfono móvil de su hermana durante las últimas horas y había visto perfectamente sus llamadas de socorro a Jack. Unas llamadas que venían acompañadas de «mi hermano está loco», «mi hermano ha perdido la cabeza», «no sé de lo que es capaz de hacer mi hermano, Jack. Ayúdame a detenerlo, ayúdame a entregarlo, porque yo no puedo».

Ya. Así que no puedes entregarme, eh perra. No puedes entregarme pero sí que lo hagan otros, ¿no es así? Se dijo Kevin reafirmando en su postura. Su hermana tenía lo que se merecía. Él le había dado la oportunidad de huir juntos de allí, de equilibrar la balanza de un mundo que no era justo, un mundo que lo había humillado y maltratado, que se había estado riendo y burlándose de él en su propia cara. Pero ella había escogido otro camino, el de la traición, el de la injusticia. Seguir a esa sociedad malvada, manipuladora e interesada.

Muy bien, Mía, pues estás sola. Y si Wendy te ha atrapado que sea tú Jack quien vaya a rescatarte porque para mí ya eres historia. Pensó mientras borraba el mensaje y la fotografía de Wendy de su móvil.

Andrei le había llamado para informarle de que el uranio ya estaba enriquecido. Ya disponían de la cantidad suficiente del isótopo U-235 para ensamblar la cabeza nuclear.

Kevin le dio instrucciones para que introdujesen en el tren de ensamblaje las pequeñas barras cilíndricas recubiertas en cerámica en las que se había solidificado el uranio 235. Un gigantesco pórtico lleno de brazos robóticos y cintas transportadoras que el propio Kevin controlaría remotamente a través del gusano informático que había introducido en el centro de control de Pantex. En primer lugar recubriría todas esas pequeñas barras con una aleación combustible de zirconio, y, en segundo lugar, las ensamblaría en el interior de la cabeza nuclear. Finalmente completaría la bomba nuclear con plutonio-239, tritio, deuterio y dos explosivos primarios para permitir su detonación.

En apenas unas horas tendría por fin ese objeto que restablecería la balanza de la justicia. Ese objeto sería su «poder de negociación», con el que sí o sí, alcanzaría lo que había ansiado durante tantos y tantos años.

Venganza.

Su venganza.

Jack

Jack aparcó cerca del hotel en el que Wendy tenía secuestrada a Mía. El Last Days Inn. Antes de salir del coche sacó de nuevo el cuaderno donde estaba concentrado el trabajo de toda su vida. Donde había anotado todas las «estaciones» en el estudio de la aleatoriedad profunda, incluido el final de curva o proceso en el que se encontraban ahora. En ese cuaderno estaban todos sus proyectos, todos sus diseños. Motores con los que la ingeniería ni siquiera soñaba, aleación de metales y adhesión de materiales todavía por descubrir, engranajes y mecanismos tan perfectos como los que creaban la propia vida, tal vez incluso más. Los fractales y figuras que provenían de la propia naturaleza, de las propias formas con las que el universo se expresaba y se perpetuaba. Y sobre todo ese proyecto que destacaba por encima de todos; el proyecto vida. Ese que haría que todo siguiese su curso, un curso que es posible no fuese el que muchos esperaban que fuese pero que era el que tenía que ser. La humanidad estaba a punto de realizar un giro y cambiar el rumbo de su camino.

¿Hacia dónde demonios se dirigían en realidad?

Él más que nadie sabía que todavía era pronto para poder responder a eso. Pero al menos sí estaba completamente seguro de que seguían un camino. Tal vez el sentido de una sola vida solo tuviese un significado cuando se observase como parte de ese conjunto, como engranaje de esa maquinaria perfecta. Tal vez hubiese que esperar al final para verlo todo en su globalidad y de esa forma ver la imagen completa y no una diminuta parte de ella.

Apartó esos pensamientos de su cabeza y se centró en repasar con rapidez su diseño por última vez. Comprobó que no tenía ningún fallo. Todo en orden. Cada número, cada pauta y patrón, lugar y sitio. Causalidad. Probabilidad y

consecuencia. Cada material, sintético, humano; perpetuo. Estaba convencido de que cuando su prototipo empezase a funcionar iban a cambiar muchas cosas, todavía no sabía el qué, pero sí que sería vital en el devenir del ser humano.

Ya no le quedaba ninguna duda de que Mía era la pieza que le faltaba para completar ese artefacto que era el resultado del proyecto vida. Un artefacto que una vez logrado que funcionase por sí mismo, ya nunca más se detendría. Estaba diseñado para no detenerse jamás. Solo le faltaba esa chispa, ese combustible, eso que le daba la vida a las cosas, que diferenciaba a los seres vivos del mundo inerte. Ese era el verdadero significado de la chica del semáforo. Dar vida a las cosas. De nuevo.

Sintió cierto vértigo cuando se detuvo a pensar en lo que había sido su vida. Toda ella parecía haber estado condicionada por la propia naturaleza, por esa aleatoriedad profunda que parecía imponerse a pesar de todo. Le pareció que el sentido de su vida y su propio destino, algo que hasta ese momento no había sido capaz de ver, tan solo formaban parte, una más, de esa gran ecuación que parecía gobernarlo todo y ser el verdadero núcleo y motor de la existencia.

El vértigo se acompañó de una náusea ligera, pasajera, molesta. Se miró las manos, las cuencas de sus ojos en el espejo retrovisor. Cansados y apenas sin luz, sin brillo de vida. ¿Todas sus acciones habían estado ahí siempre? ¿Escritas toda la vida?

No.

Eso no podía ser. Porque él escogía. Él tenía el poder de hacer aquello que él decidiese.

Sintió un mareo todavía más grande. Parecía querer arrastrarlo a un profundo sueño. Empujarlo al oscuro vacío de la nada.

Algo en su interior sabía perfectamente que sus horas estaban contadas.

Que había llegado la hora de pasar el testigo. Su función y su papel en esa gigantesca obra estaban a punto de terminar. Sabía que en cuanto entrara por la puerta del Last Days Inn para enfrentarse de una vez a Wendy y rescatar a Mía, su tiempo se agotaría. Necesitaba cerrarlo todo antes de entrar. El proyecto vida necesitaba a Mía para darle un sentido. ¿Pero, quién se encargaría de unir ambas partes si a él le pasaba algo como se había estado temiendo? ¿Quién debía ser la persona indicada para depositar en ella la confianza de su cuaderno y su prototipo?

Esas eran unas cuestiones de vital importancia que todavía no había tenido tiempo de resolver.

Pensó en las personas de su alrededor, en cada una de ellas, sobre todo en las que se habían cruzado en su vida de un modo más acentuado siguiendo ese río de causalidades, consecuencias y efectos. Repasó su cuaderno de anotaciones y se detuvo en una persona. Una que para llegar hasta donde se encontraba justo en este instante había tenido que librar un sinfín de obstáculos, de recorrer un largo y arduo camino, igual que él.

Kate.

Sabía que no sería sencillo convencerla, no le resultaría fácil ganarse su confianza, menos si no habían logrado sacar nada en claro de Pantex o si ni tan siquiera habían logrado entrar. Guardó el cuaderno en un compartimento seguro que tenía bajo su asiento y preparó un mensaje en el que le explicaba a Kate las instrucciones a seguir. Después envió un nuevo mensaje a la comisaría central de Buffalo para que se lo reenviaran a ella. Les hizo saber también que tenían que enviar cuanto antes una patrulla al domicilio en el que se encontraba Kevin, también les informaba que él iba a estar en el hotel Last Days Inn, probablemente durante las próximas horas. Se entregaba. Podían ir a por él cuando quisieran.

Lo había dejado todo preparado. Lo más preparado que había podido con

el poco tiempo del que había dispuesto. Estaba listo. Ese era su destino. El final de ese paseo aleatorio que había dibujado su propia vida. Esperaba haber hecho lo correcto y que todo siguiese su curso, que aquello que Kevin estaba a punto de hacer no fuese demasiado grave, que la vida siguiese siendo vida. Más vida que nunca.

Cerró los ojos, contó hasta tres, en sus labios se dibujó una sonrisa, y justo cuando iba a salir del coche su cuerpo se detuvo por completo. Parada en seco. Como si algo o alguien lo hubiese paralizado.

Jacky, Jacky, Jacky. ¿Acaso crees que te iba a dejar hacer lo que vas a hacer? ¿Acaso crees que iba a permitir que acabaras con nosotros? Ya sabes que eso nunca lo permitiría, Jacky. Sabías que si te pasabas de la raya acabarías por tomar el control, en el fondo lo sabíais, ¿no es cierto? No es la primera vez que lo hago, ya lo sabes. Ahora soy yo quien decide y te puedo decir que no vas a entrar a ese hotel, mi querido amigo, de ninguna manera.

Esa voz. Infatigable. Inseparable. Había vuelto y no estaba dispuesta a que Jack se pusiera en peligro. Sabía lo que le esperaba ahí dentro.

La preservación y conservación del «yo», ante todo, por encima de todo.

Kate

—Te diré lo que vamos a hacer, Patrick. No vamos a ir a la presunta dirección donde Jack nos ha dicho que se encuentra Kevin, ni tampoco vamos a ir al hotel Last Days Inn, donde él mismo se encontrará durante las próximas horas y donde es posible que se haya producido un homicidio. No. Lo que vamos a hacer es dejar de obedecer órdenes y de seguir las indicaciones de tu amigo Jack porque me parece que eso solo nos ha conducido a un solo lugar hasta ahora. ¿Sabes a cuál?

—¿A Cuál?

Patrick alzó la vista y vio a una Kate más nerviosa y enfadada que nunca. Aun así la vio bella. Hermosa. Acababan de recibir de la comisaría central de Buffalo el mensaje que Jack les había dejado. El mismo en el que les daba indicaciones sobre qué tenían que hacer para detener tanto a Kevin como a él mismo. También que en su coche, el cual se encontraría en el Last Days Inn en las siguientes horas, había un mensaje para la propia Kate que, ella y solo ella, debía leer.

Kate vio el cansancio y la fatiga en los ojos y el rostro de Patrick. Cierta inocencia en esa pasión y confianza ciega en sus corazonadas. Su barba de cuatro días y su paciencia con ella.

—Dios, Patrick... ¿no te das cuenta? —Kate suavizó el tono—. Han estado jugando con nosotros todo este tiempo, unos y otros. ¿No crees que ha llegado el momento de seguir nuestro propio camino de una vez? —La mirada de Kate no era reprobatoria. Ni condenatoria. Solo buscaba su apoyo, rogaba su apoyo.

—Está bien, Kate. Tienes toda la razón. Seamos nosotros los que decidamos dónde buscar. Pase lo que pase será nuestra decisión, nuestra

responsabilidad. Estamos juntos, estoy contigo.

Los dos se quedaron mirándose unos instantes. Sus párpados, caídos, pesados. Sus cuerpos, tan fatigados, tan cercanos.

Estaban deseando que todo aquello acabase. Que ese extenuante caso terminase para poder reordenar sus vidas. Necesitaban con urgencia un paréntesis donde poderle hacer un sitio a sus sentimientos. Tan olvidados, tan despreciados por el día a día.

Kate había ido sido trasladada a Buffalo para tranquilizarse, alejarse de su complicada y desestructurada vida personal, y en solo unos días había terminado detrás de uno de los criminales más buscados de todo el continente. Así de caprichoso era el destino. Pero no solo era eso, cuando se trasladó a Buffalo se dijo a sí misma que se mantendría alejada del ruido de las discusiones de pareja, de las ilusiones y esperanzas depositadas en alguien distinto a ella. Y ahora se encontraba con que ese mismo destino la había puesto junto a un hombre que durante los últimos días y las últimas horas había conseguido que se replanteara que tal vez...

Aún fuese posible...

Habían parado en una cafetería en el extrarradio de Amarillo. Patrick repasaba las anotaciones de su libreta y Kate tenía sobre la mesa los diferentes informes y personas implicadas en el caso. También sus pósits. Eso de que tenían que ser ellos quienes escogieran su próximo movimiento y no Jack o el rastro de una nueva víctima lo había dicho totalmente en serio.

En concreto tenía tres aspectos que pensaba que quizá valiese la pena investigar, o utilizar.

—Esto es lo que pienso, Patrick. A ver qué te parece. Después me dices si estás de acuerdo con alguna de las opciones. En primer lugar tenemos al Hombre del coche. Esa fue la razón por la que llegamos aquí, a Amarillo ¿recuerdas?

—Sí, claro.

—Bien. Creo que todo esto está conectado de alguna forma. Ya sabes; Kevin, Jack, el robo al Crédit Lyonnais, y por supuesto el Hombre del coche, que evidentemente es una parte clave en todo este rompecabezas. Tenemos a una de las víctimas, en concreto a Anika Svenson, que identifica claramente a Kevin como autor de su violación e intento de homicidio, sin embargo, según los informes médicos, quien le hizo eso a Anika no fue la misma persona a la que llamamos el Hombre del coche y cuyo número de víctimas asciende a siete. Por lo tanto podemos descartar a Kevin como a la persona a la que llamamos el Hombre del coche.

—Bien. Hasta ahí de acuerdo, pero faltaría saber por qué demonios Kevin le haría eso a Anika y sobre todo por qué imitaría al Hombre del coche.

—Vale. Pero dejemos eso para más tarde. Déjame que termine primero con el Hombre del coche.

—Claro, adelante.

—En segundo lugar, tras descartar a Kevin, tenemos a Jack Miller. Alguien quien no solo está en busca y captura como presunto autor del robo al Crédit Lyonnais, sino también como sospechoso de ser el Hombre del coche. Bien. Lo que sabemos de él es que es un auténtico genio, uno de los de verdad —Kate alzó la mirada para asegurarse de que Patrick observaba bien que por primera vez, ella parecía coincidir en esa cuestión con él—. Por lo que hemos podido averiguar durante todo este tiempo, Jack es experto en calcular números, en el estudio avanzado de la probabilidad, concretamente de la rama...

—Estocástica. Aleatoriedad —intervino Patrick.

—Exacto. Probabilidad que estudia los fenómenos aleatorios. Al parecer, el estudio de dicha rama de las matemáticas afirma que es posible, en el hipotético caso de que alguien pudiese realizar los gigantescos cálculos

necesarios, saber qué ocurrirá en un momento determinado, al menos qué ocurrirá de forma aproximada, ¿me equivoco?

—No no, por favor, Kate, continúa. Lo estás haciendo muy bien.

—Vale. Supongamos ahora que Jack, de alguna forma, fue capaz de ver que alguno o todos esos crímenes pasarían y por alguna razón él se hubiese desplazado todas o alguna de las veces hasta el lugar del crimen tal vez para tratar de atrapar al asesino, para evitarlo. Eso explicaría por qué diablos lo vimos junto al cuerpo de Anika Svenson, ¿cierto?

—Correcto. Pero, ¿entonces no crees que fue él?

—Espera un momento que termine, Patrick. No podemos olvidar que vimos a Jack en dicha escena del crimen, algo que ciertamente lo incrimina totalmente, pero precisamente lo vimos allí porque alguien hizo una llamada, alguien nos dijo que se estaba produciendo dicho crimen. Y ese alguien, si no recuerdo mal, fue una mujer. Vale. Imagina por un momento que esa mujer que realizó la llamada está de algún modo relacionada con el verdadero Hombre del coche, qué demonios, imagina que esa mujer es el Hombre del coche y que sabía de algún modo que Jack estaba tras su pista y por eso realizó esa llamada de socorro, para incriminarlo y que fuésemos nosotros quienes le quitásemos ese peso de encima. ¿No es del todo descabellado, verdad? De todas formas, independientemente de que esa llamada la hubiese realizado o no una mujer implicada en todo esto, ese hecho me ha llevado a pensar que nos hemos centrado todo este tiempo en buscar a un hombre como la persona que hay detrás del Hombre del coche, cuando en realidad no tenemos ni una sola prueba de que así sea. Podría ser perfectamente una mujer y es ahí a donde quiero ir a parar.

—Un momento, Kate, ¿una mujer? ¿El Hombre del coche? Pero si ya has visto cómo deja a las víctimas y...

—¿Y? ¿Acaso han encontrado semen o algún otro tipo de resto biológico

en las víctimas que nos haga pensar que es un hombre? ¿Crees que solo un hombre puede penetrar a una mujer? Existen consoladores y muchos otros tipos de juguetes sexuales hoy en día, Patrick, ¿no lo sabías?

Patrick se sonrojó al oír a Kate hablar con tanta naturalidad de consoladores y juguetes sexuales.

—Cielos, Patrick, ¿qué ocurre ahora? ¿Por qué demonios te sonrojas?

—Por nada, es solo que... vaya, no lo había visto de esa forma pero supongo que sí, que tal vez tengas razón. Desde luego, la hipótesis que planteas entra dentro de lo posible. Eso podría explicar además el descomunal tamaño del miembro con el que según los informes forenses se penetró a las víctimas.

—Eso es, Patrick. Ahí es donde quería ir a parar. No era un pene humano, por eso no tenía un tamaño humano. Era uno de esos penes protésicos con tamaños monstruosos que se utilizan en sesiones sado o BDSM o incluso como objeto decorativo. De ahí que no encontrasen nunca ningún resto de semen en las víctimas, tan solo lubricante. Y como recalcó Martin Donovan...

—No necesariamente el mismo lubricante que se utiliza en los preservativos, aunque sí parecido.

—Eso es. Ahora imagínate que estamos en lo cierto. Supongamos que el Hombre del coche es una mujer y que esa mujer es alguien que como Kevin y Jack también se trasladó de Buffalo a Amarillo. Una mujer que, además, tal vez, de algún modo que todavía no sabemos, tiene relación tanto con Jack como con Kevin, o al menos con alguno de ellos. ¿Qué perfil crees que tendría que tener para hacer algo así? ¿Qué motivos podrían empujar a una mujer a hacerle algo así a otra?

Kate miró a Patrick esperando no solo su complicidad en la elaboración de sus argumentos, sino también su colaboración activa. Sabía de sobra que a Patrick se le daba maravillosamente bien elaborar perfiles psicológicos,

aunque a ella le costaba reconocer cosas así. Esa era su especialidad. Él estudiaba a las personas, sus gestos, sus expresiones, sus motivaciones. Cómo reaccionaban ante los golpes de la vida. Y todo eso no solo se le daba estupendamente bien, sino que disfrutaba con ello.

—Bien —dijo Patrick aceptando la invitación implícita de Kate. Apretó las cejas e hizo un último esfuerzo por concentrarse, por acercarse a esa realidad que se les escapaba—. Está bien. Entonces imaginemos por un momento que es una mujer. Alguien que ha asesinado a siete mujeres ya y cuya principal relación entre ellas es su estatus social. Todas ellas pertenecían a una clase social alta, pero no por sus logros o éxitos profesionales, sino por haberse casado con un marido con dinero, con mucho dinero. Bien. Esas víctimas, además, son violadas estando dormidas o semidormidas o muertas utilizando un gigantesco pene protésico o un consolador de grandes dimensiones. Teniendo en cuenta que quien lleva a cabo la violación es una mujer, podemos presuponer que no obtiene un placer físico real durante dicho acto, dado que no hay estimulación directa de sus órganos genitales ni tampoco disfruta del placer o el sufrimiento de la otra persona, dado que a todo esto hay que sumarle que la víctima, como decía, está dormida o semi dormida, o muerta. Eso nos puede llevar a pensar que el acto de la violación en sí, es algo simbólico, una forma de expresión, tal vez incluso podría formar parte de una representación mayor. El uso de un pene gigantesco contra una mujer dormida o semi dormida podría significar la representación de una violación o abuso infantil. ¿Cómo crees que una de esas pobres niñas que son violadas por su padre o por algún otro debe de ver el pene de ese adulto con relación a su diminuta cavidad vaginal?

—Gigantesco...

—Exacto. Imaginemos pues que el Hombre del coche es una mujer que de niña fue violada una o varias veces por un adulto. Por alguien que dada la

diferencia de edad y la presunta indefensión de la niña, tendría una superioridad física total y absoluta sobre ella, parecida a la que tiene nuestra asesina cuando droga a sus víctimas. Bien. Todo esto, indudablemente debió causarle graves daños a esa niña, tanto a nivel físico, eso explicaría en qué estado deja la vagina de las víctimas, como a nivel psicológico. Ahora supongamos que ese violador fue su padre o tal vez padrastro, y que su madre, alguien cuyo estatus social era medio-alto como consecuencia directa de su matrimonio, hizo oídos sordos y se puso una venda en los ojos mientras su hija era violada en su propia casa, todo ello para preservar su estatus y la unidad familiar por encima de todo. ¿No crees que nuestra asesina podría haber desarrollado una rabia y un odio extremo hacia esas mujeres en las que ve representada la imagen de su propia madre? Podría ser que nuestra asesina estuviese tratando de hacer justicia, incluso de denunciar o destruir públicamente un estilo de vida. Un modelo familiar basado en el patriarcado y en la dominación del hombre sobre la mujer, solo que en lugar de castigar al hombre castiga a la mujer. Tal vez como forma de recriminar hacia su propio género la pasividad y permisividad que adoptan ante una sociedad que continúa tratando de imponer una superioridad sexual. Tú misma fuiste quien me explicó que el anillo de O podría ser un símbolo referente a la sumisión de la mujer con relación al hombre, ¿recuerdas?

Kate se quedó observando a Patrick unos segundos. La había dejado totalmente impresionada. Desde luego que todo lo que él había argumentado acerca del posible perfil de la presunta asesina era perfectamente razonable. Muy razonable.

—Bien, Patrick. No está mal. Eso explicaría muchas cosas. ¿Y has pensado en la posición de las víctimas? Ya sabes, una mano en el pecho y la otra extendida, como ofreciendo algo...

Patrick sonrió y Kate se sonrojó. Los dos recordaron cuando él afirmó

que dicha posición podría ser determinante y a ella no le quedó demasiado claro por no haber encontrado a todas las víctimas en esa postura.

—Sí. La postura de las víctimas, desde luego, debe formar parte de la escenificación que está poniendo en práctica nuestra asesina. Ahí, tal vez, es donde entra en juego el terreno personal. Ya que, no estamos hablando solo de una postura, sino de una indumentaria, una ropa.

—¿A qué te refieres con terreno personal?

—Me refiero a que ese mensaje puede que no solo esté dirigido a un sector de la población o estilo de vida, que de eso no cabe duda, sino que puede que esté dirigido a una persona en concreto de entre todos. A alguien a quien nuestra asesina trata de hacer daño o simplemente de llamar su atención de algún modo. Me explico. Este tipo de representaciones con un modus operandi tan metódico y concreto están generalmente destinadas a un público muy particular. Un público capaz de reconocer el significado de dicha representación, en este caso, de reconocer esa indumentaria y...

—¿Y la postura?

—La postura podría significar varias cosas, pero por ejemplo podría ser un gesto de ofrenda, o una forma de saludar a su público.

—¿Y qué me dices del pinchazo en la base de la nuca?

—Vaya... veo que te has propuesto exprimir hasta la última de mis neuronas...

Kate se sonrojó de nuevo con timidez y bajó un poco la mirada, algo poco habitual en ella.

—Para el pinchazo en la nuca, de momento no tengo ninguna explicación, aunque bien podría ser lo que dijo Thomas Welles. Una especie de trofeo o algo así que nuestra asesina se lleva de cada víctima. Es muy común en los asesinos en serie. Sienten la necesidad de recordar, de tener en su poder una prueba de que lo que han hecho es real.

Kate estaba más que impresionada con el análisis que acababa de hacer Patrick. Desde luego que no era el tipo de hombre con el que estaba acostumbrada a tratar. Alzó de nuevo una mirada cargada de... ¿y si...? Pero de repente vio algo en Patrick que la asustó.

—Patrick, qué es eso que tienes en...

—¿Qué?

—Tu oreja derecha, gira tu cabeza un momento hacia la izquierda... —Los ojos de Kate eran expresivos. Muy expresivos.

—¿Qué ocurre, Kate? Me estás asustando...

—Mierda, Patrick, te está sangrando tu oído derecho, ¿te encuentras bien? Patrick se llevó una mano a ese oído y observó cómo sus dedos se llenaban de sangre. Espesa. Oscura.

—Joder... sí, creo que sí. Me encuentro bien. Cansado tal vez. Pero nada más.

—Mira, Patrick, vamos a que te vea un médico. Todo esto ya es demasiado.

—¿Un médico, ahora? ¿Hablas en serio, Kate? Vamos, si ya casi hemos terminado, es solo una pequeña hemorragia —dijo Patrick tratando de sonreír, de mostrar tranquilidad mientras empababa con unas servilletas de papel la sangre que se había acumulado en su oreja derecha.

—Está bien, Patrick. Pero prométeme que si te notas cualquier cosa me avisarás, ¿de acuerdo?

—Que no te quepa la menor duda.

—Bien. Y para terminar ya de exprimerte —dijo Kate sonriendo—. ¿Has pensado ya en alguna candidata? ¿Qué me dices de la hermana de Jack, o incluso de la hermana de Kevin? Las dos están en paradero desconocido y que sepamos, al menos la hermana de Jack, no tuvo una infancia fácil dado que su madre murió...

Kate se quedó un momento pensando en eso mismo que acababa de decir. Eso era. Ahí tenían la conexión.

—Sí, Kate. Es perfectamente posible que según nuestras hipótesis, Wendy pudiera ser una perfecta candidata. Su padre los abandonó cuando tanto ella como Jack eran dos niños, el motivo lo desconocemos, y su madre... su madre ya sabemos que murió atropellada... joder...

—¿Qué?

—Que tal vez tengas razón y sea eso lo que ocurrió...

—¿El qué?

—Imagina por un momento que el padre de Jack y de Wendy abusase de la pequeña cuando tan solo era una niña, y que su madre, sabiendo o sospechando lo que ocurría no hizo nada. No dijo nada. Una madre muy preocupada por cuidar a un hijo con necesidades especiales, un hijo con una enfermedad rara y un potencial tan grande como una maldita mina de oro. Al final, el propio padre, al no poder soportar la culpa los abandona para empezar una nueva vida en otro sitio. Tiempo después, la madre de Jack y de Wendy, cuya única preocupación es y ha sido siempre su hijo Jack, muere atropellada en extrañas circunstancias, dejando una imagen para el recuerdo, para el recuerdo de sus propios hijos, claro.

—Eso es, Patrick... no sé cómo lo haces pero tiene toda la lógica del mundo.

—De todas formas, es solo una teoría, Kate.

—Una teoría bastante lógica y perfectamente razonable, Patrick. Es posible que eso explicase además que Jack anduviera tras ella, tal vez siguiendo ese mensaje que ella trataba de dejarle y tratando de atraparla, ¿no crees?

—Tal vez. Y a lo mejor también explicaría lo de la droga, ya sabes, la escopolamina. Sabíamos que a Jack se la habían recetado debido a su

enfermedad y a sus problemas de oído y del equilibrio, pero lo que no sabemos es si era él quien iba a recoger la medicación a la farmacia u otra persona, por ejemplo su propia hermana.

—Bien. Antes de ponernos a buscar a nuestra querida Wendy, hay que llamar inmediatamente al centro nacional de farmacovigilancia para preguntar de nuevo si tienen algún registro de que fuera un familiar de Jack Miller quien recogía su medicación y no él mismo. Ah, y otra cosa, hay dos temas más de los que me gustaría hablarte.

—Sí, claro.

—Uno de ellos es Viktor Svenson. Sabemos lo que Kevin le hizo a su mujer y también que es muy probable que haya planeado algún tipo de ataque terrorista que tenga que ver con armas nucleares. Además, Viktor parece estar muy interesado en encontrar por sí mismo a la persona que le hizo eso a su mujer. Ya hemos visto las personas con las que se rodea y el poco interés que ha mostrado en nuestro trabajo ¿Te has planteado que es posible que Viktor sepa que esa persona es Kevin y también que esté al tanto de lo que tiene planeado hacer con relación a la central nuclear? Creo que hablar con Viktor seriamente nos aclararía algunas dudas. Bajo mi punto de vista ese debería ser uno de nuestros próximos movimientos.

—Sí, desde luego que es posible todo lo que has dicho acerca de Viktor. Por mí estupendo a lo de hablar con él cuanto antes.

—Y por último. Volviendo de nuevo a Kevin. ¿No crees que si le hizo a Anika Svenson lo que le hizo por una especie de venganza personal contra Viktor, no estará planeando algún tipo de venganza personal contra las personas que le hicieron aquello?

—¿Te refieres a Edward Rivers, Jennifer Combs y compañía? ¿A los que casi lo matan y después lo humillaron haciendo que la propia justicia le hiciese pagar a él por haberles acusado?

—Exactamente —dijo Kate.

—Sí. Supongo que sí. Una persona movida por la venganza siempre trata de restablecer el origen de su dolor, de su ira, haciendo pagar a aquellos que le hicieron daño, independientemente de que después esa ira y ese odio se extiendan a más personas.

Los dos se quedaron de nuevo mirándose. Pensando en que después de todo no formaban tan mal equipo.

—Bien —dijo Kate desviando la mirada y haciendo como que organizaba algunos de los papeles que tenía sobre la mesa—. Entonces, si te parece, urge buscar a Wendy, urge hablar con Viktor Svenson y urge que nos pongamos en contacto con Rivers y el resto de personas contra las que Kevin podría estar planeando esa especie de venganza suya. Independientemente de estar pendientes de cualquier otra pista que nos conduzca al propio Kevin o a Jack. ¿Te parece bien?

—Claro. Por supuesto. Para hablar con Rivers podríamos llamar a Dupont y explicarle la situación para que envíe a alguien, imagino debe vivir en Nueva York, y en cuanto a Viktor Svenson, podríamos ir ahora a intentar hablar con él.

—Me parece perfecto. ¿Y Wendy?

—A Wendy vamos a tener que pensar por dónde empezar a buscarla... tal vez encontrando a Jack...

Patrick hizo una pausa y Kate supo de inmediato qué estaba pensando. El hotel Last Days Inn. El mensaje que Jack les había dejado indicándoles su posición.

—Hacemos una cosa. Primero damos aviso a la central para que vayan a avisar a Edward Rivers y a Jennifer Combs de que pueden estar en peligro, después vamos a hablar con Viktor y luego... supongo que no perdemos nada por hacer una pequeña visita al Last Days Inn, ¿te parece?

—Claro, Kate. Me parece.

Recogieron todos los documentos que tenían sobre la mesa de la cafetería y sintieron que por primera vez estaban realmente cerca. Que estaban a punto de hacer que todas las piezas encajasen.

O casi todas.

PARTE 4

ARLINGTON

CAPÍTULO 21

LAS SERIES FINALES

Kevin

A Kevin le cayeron las lágrimas cuando Andrei le dijo que el proceso había terminado. Uranio 235 ensamblado. Lágrimas de alegría y felicidad. Las tres partes en las que estaba dividida la bomba estaban listas para su entrega y posterior ensamblaje. La cabeza, el cuerpo y la cola.

Andrei y el resto del grupo ruso Kran salieron de Pantex Plant mostrando su «debida» autorización al vigilante de seguridad Henry Sullivan. Autorización elaborada a la perfección por el propio Kevin sin levantarse del sillón de su estudio. Henry constató que la autorización certificaba y concedía permisos para deshabilitar diferentes tipos de máquinas para su posterior reciclaje y reutilización. En dicha autorización también se daba permiso a los rusos para el uso de equipos y materiales existentes en el interior de las instalaciones de Pantex. Actividad no muy común, pero que sí se realizaba con relativa frecuencia para abaratar costes e impuestos indirectos y al mismo tiempo ir reduciendo el excedente de equipamiento y maquinaria que estaba totalmente fuera de servicio y se degradaba día a día por su propia inactividad. Al menos de esa forma se contribuía a poner en circulación materiales destinados a la obsolescencia por desuso y también se aprovechaban los beneficios fiscales que suponían participar en dicha política de reciclaje.

Kevin esperó impaciente hasta que el mismo Andrei en persona le hizo entrega de las tres partes en las que estaba dividida la bomba. El tamaño final no era demasiado grande, al menos no si se comparaba con el tamaño de los misiles de destrucción masiva nuclear que solían utilizarse en armamento militar. Las tres partes cabían en una maleta de un metro de altura por setenta de ancho. Exterior de aluminio y revestimiento interior en espuma de

poliuretano inyectada y refuerzos de metacrilato para los diferentes compartimentos en los que estaban la cabeza, el cuerpo y la cola. Kevin se había asegurado de construir una bomba que solo él sabía cómo ensamblar y que solo él sabía cómo detonar. No se hubiese arriesgado nunca a que los rusos trataran de venderle la bomba a un tercero o que intentaran sacarle más dinero. No se fiaba nada de los rusos. Nunca. Estadounidenses y rusos habían mantenido una rivalidad que duraba ya demasiados años como para que unos y otros pudieran evitar mirarse sin cierto recelo y desconfianza. Al menos esa era la realidad que Kevin vivía.

—¿Puedo preguntar una cosa? —dijo Andrei con su marcado acento ruso y mostrando una seria dificultad para pronunciar las consonantes, sobre todo las erres.

—¿Qué cosa? —respondió Kevin con ganas de perder al ruso de vista.

—¿Cuándo y dónde piensas detonar la bomba?

—Eso son asuntos propios, Andrei.

—Oh. ¿Y esos asuntos tienen algo que ver con esta ciudad? ¿Tengo que darme prisa en salir?

—Tienes que darte prisa en salir, sí. Y no tienen que ver con esta ciudad, sino con todo el maldito estado.

Andrei se fue con el dinero y Kevin se quedó con su «poder de negociación». Había llegado el momento que durante tanto tiempo había esperado. Por fin.

Terminó de ensamblar su bomba y la «pegó» mediante dos electroimanes al dron bautizado por él mismo como «Black Lamb». Comprobó que los *displays* de la consola de control que se iba a colocar en su brazo izquierdo a modo de brazalete funcionaban correctamente y que el dron no presentaba ningún fallo. Le introdujo el destino hasta el que tendría que volar y puso el

contador del detonador en marcha.

En dos horas, el yacimiento de gas natural recién encontrado en el condado de Reeves se convertiría en una de las bombas naturales más grandes de la historia cuando la ojiva nuclear de Kevin explotase justo sobre el epicentro de dicho yacimiento. La extensión subterránea del yacimiento era de más de cien kilómetros. La detonación no solo provocaría miles de muertes en toda la zona de Reeves, sino también la de gran parte de todo el estado de Texas debido a las fatídicas consecuencias de la explosión nuclear de ese gigantesco yacimiento subterráneo de gas y petróleo, la cual provocaría un terremoto de una magnitud tal que se estremecería los cimientos de medio estado. La tierra se resquebrajaría por completo y la sociedad estadounidense podría verle las podridas y nauseabundas tripas a su estilo de vida.

Se aseguró de que las hélices, los sensores y el chip GPS del dron funcionaban correctamente y que respondía a las órdenes que él le daba desde su consola personal. Le había instalado un sistema de control remoto que funcionaba vía satélite, eso le permitía poderlo controlar a una gran distancia, tal y como había previsto. Cuando vio que todo estaba en orden y que ya nada ni nadie podrían detenerlo, una emoción tan grande como jamás creyó ser capaz de sentir se apoderó de él de tal forma que rompió de nuevo a llorar. Lloraba y reía a la vez mientras no dejaba de tocarse la placa de titanio de su cabeza. Después de todo su sufrimiento y a pesar todas las dificultades por las que había tenido que pasar, había logrado llegar a su destino. Y eso hizo que se sintiera más orgulloso de lo que lo había estado en la vida.

Echó el dron a volar dándole un tierno beso justo en la cabeza del mismo. Se caló la gorra de los Giants, la escayola falsa sobre su brazo izquierdo para tapar la consola de control y antes de coger el jet privado que lo haría volar hasta su glorioso destino, emitió el mensaje que durante tanto tiempo había deseado emitir.

La exigencia de su venganza.

Patrick

El centro nacional de farmacovigilancia les confirmó que efectivamente, la escopolamina fue recetada durante muchos años a nombre de Jack Miller, pero que como también suele ser habitual en casos así, no era él quien la recogía, sino una mujer, su hermana, Wendy Miller. Eso les hizo pensar más aún que sus sospechas acerca de que Wendy era el Hombre del coche fuesen aún más ciertas. A pesar de ello decidieron priorizar los asuntos concernientes a la investigación que rodeaba el caso Kevin, ya que si estaban en lo cierto y planeaba un atentado terrorista con armas nucleares de por medio, el desastre al que podían estar expuestos era mayúsculo.

La conversación mantenida con Viktor Svenson no había ido demasiado bien. Desgaste. Tensión. Gran pérdida de valiosas y escasas energías. Viktor se había cerrado en banda e incluso los había amenazado con denunciarlos y poner toda su maquinaria legal contra ellos por un delito contra la intimidad y la privacidad. Aunque finalmente consiguieron acercar posturas y sí extrajeron algo de información útil. Algo que sí estaba en la línea de lo que estaban buscando.

Cuando le dijeron que la persona que creían que estaba detrás de la agresión y violación a su mujer era Kevin y cuál era su forma de proceder y de extorsionar a las personas para conseguir aquello que quería, Viktor pareció suavizar un poco su actitud. Pareció depositar un poco de confianza en el cuerpo de policía, algo de lo cual carecía por completo desde hacía años. Él sospechaba quién estaba detrás de la violación de su mujer, pero todavía no había logrado ni localizarlo ni ponerle cara.

Les confesó que antes de la violación y agresión a Anika, una persona le había estado tratando de extorsionar amenazándolo con sacar a la luz

diferentes cosas de su vida privada si no conseguía cierta cantidad de uranio enriquecido. Un uranio que según el extorsionador, el propio Viktor tenía la posibilidad de obtener gracias a sus múltiples relaciones con los rusos y con antiguos proveedores de Pantex Plant, empresa para la que trabajó como directivo durante muchos años. Finalmente, Viktor les había contado que él no accedía a ningún soborno ni chantaje porque esa había sido siempre su política. El resultado ya sabían todos cuál había sido, la pobre Anika al borde de la muerte y tratando de superar algo que nunca jamás olvidaría.

Cuando Kate le preguntó si hubiese podido conseguir el uranio, Viktor, con una mirada orgullosa y altiva, respondió que sí, por supuesto que sí. Habría podido si hubiese querido, pero que él podía ser muchas cosas, pero no participaba en actividades terroristas.

Le agradecieron su colaboración y le rogaron que si se enteraba de dónde estaba Kevin se lo dijeran, ya que le hicieron saber que eran conocedores de que estaba llevando una búsqueda por su cuenta. Viktor asintió con solemnidad y antes de marcharse le dijeron, de forma sutil y disimulada dónde podían empezar a buscar. La dirección que Jack Miller les había dado como posible ubicación actual de Kevin. El piso en Golden Fields. Con ello se aseguraban de no dejar el cabo suelto de la información que Jack les había pasado y al mismo tiempo no participarían activamente en seguir una pista que les había dado alguien que hasta la fecha era una de las personas más buscadas del país. Algo que no hubiese sido permitido por sus superiores sin haber acordonado bien la zona antes siquiera de entrar, con el retraso de tiempo que supondría todo eso.

La llamada a Edward Rivers y a su actual mujer, precisamente Jennifer Combs, la misma a la que Kevin acusó de haber sido la impulsora y haber promovido la grave agresión que sufrió, los tranquilizó levemente y al mismo tiempo los llenó de cierta intranquilidad. Estaban perfectamente en su casa con

sus dos hijas, todos sanos y salvos y a punto de disfrutar de una bonita cena en familia. Si ellos no eran el objetivo de Kevin, ¿quién demonios era? ¿Destrucción sin más?

Habían seguido la ruta que ambos se habían trazado y hasta el momento se sentían satisfechos, al menos habían sido fieles a sí mismos y habían seguido su propio camino, como Kate había insistido. La próxima parada era el hotel Last Days Inn. Donde presuntamente podrían encontrar tanto a Jack como a Wendy.

Presuntamente.

Realizar esa parada sí era una de las últimas pistas que les había dado Jack. Sí supuso de nuevo tener que confiar en alguien en quien Patrick ya creía ciegamente. Por ellos mismos no habían obtenido nada relacionado ni con Kevin, el propio Jack o el Hombre del coche que los condujese hacia dicho hotel. Aquello suponía de nuevo ponerse en manos de esa persona que apenas conocían pero que poco a poco y desde el más absoluto silencio, había conseguido despertar en ellos no solo que se sintieran fascinados por él, sino que creyeran en él.

De camino, Patrick trató de encontrar alguna prueba o pista de que Wendy se alojaba realmente en dicho hotel. Algo que les confirmase lo que Jack les había dicho. Desde la obligatoriedad de la identificación personal en los hoteles era imposible registrarse sin presentar un documento de identificación oficial. Patrick estaba comprobando los nombres del listado que le habían pasado desde el hotel de las personas que estaban alojadas en ese momento. Evidentemente no encontró ninguna Wendy Miller. También había preguntado si podían echar un vistazo a los coches aparcados en las afueras del hotel o en el parking propio. Concretamente si habían visto un Volvo S90 blanco. A Patrick le pareció que la persona con la que estaba hablando ni tan siquiera se tomó la molestia de mirar si realmente estaba o no estaba dicho coche.

Simplemente le respondió que «no he visto ningún coche con esas características».

—Patrick.

—¿Sí?

—¿Has probado con la madre de Jack y de Wendy?

—¿Cómo dices?

A Patrick se le daban especialmente bien realizar perfiles y elaborar razonamientos y hechos deductivos, pero Kate tenía esa chispa, esa energía que hacía el contacto necesario para poner en marcha los engranajes de sus pensamientos. Ella era quien le decía, con cada una de sus preguntas e inquietudes, hacia qué dirección dirigir su pensamiento lógico. Ella era la de las ideas geniales.

—No sé, he pensado que tal vez a Wendy se le podría haber ocurrido registrarse con el nombre de su madre, ¿no crees? A modo de homenaje hacia ella o algo así. Una forma secreta de comunicarse con Jack para que él supiese que era allí donde se encontraba. ¿No decías que los asesinos en serie solían dotar siempre de significado aquello que hacían?

Patrick asintió ante lo que acababa de decir Kate.

—Por supuesto, Kate, excelente razonamiento. Buscaré por su nombre de soltera. Rebecca Woods.

Patrick buscó en el listado de inquilinos del Last Days el nombre de Rebecca. Desde el hotel le habían adjuntado un archivo electrónico y a Patrick no le estaba resultando nada sencillo buscar entre tanto nombre desde la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Nada? —preguntó Kate impaciente levantando los ojos de la carretera.

—De momento... no sé cómo demonios no tienen esto ordenado alfabéticamente, debería ser obligatorio...

A Kate se le dibujó una sonrisa cariñosa contemplando en silencio a Patrick mientras agudizaba la vista a escasos centímetros de la pantalla de su teléfono.

—¡Lo tengo! ¡Está aquí, Kate! Mira, Rebecca Woods —Patrick no pudo evitar estallar de emoción al ver cómo después de todo, de vez en cuando también lograban adelantarse a sus oponentes en algo. Kate lo miró y simplemente sonrió—. Se aloja nada más y nada menos que en la suite familiar, imagino que debe ser como un mini apartamento o algo así.

—Sí, supongo que depende de qué entiendan por una familia normal en Texas.

Ya estaban llegando al Last Days Inn. Los días perdidos de Wendy. Patrick dejó por un momento su libreta de anotaciones y su teléfono móvil. No le había dicho nada a Kate para no asustarla ni que le dijera otra de vez que debería verlo un médico, pero la oreja derecha le había empezado a sangrar otra vez. No se sentía especialmente mal, quizá con un dolor de cabeza más fuerte de lo habitual, pero nada más. Cerró los ojos un instante y trató de relajarse durante el poco tiempo que restase para llegar al hotel.

Apenas unos minutos después estaban aparcados frente a *los días pasados*. Kate paró el motor y Patrick dejó su libreta de anotaciones para más tarde. Los dos comprobaron que tenían su arma reglamentaria cargada y en su sitio y se miraron un segundo antes de bajar del coche. No sabían con qué se encontrarían allí arriba pero tenían la certeza de que dicho encuentro no sería lo que suele entenderse por pacífico.

Pero en cuanto abrieron las puertas del coche, de nuevo, un imprevisto ajeno a ellos interrumpió su operación. El teléfono móvil de Patrick empezó a sonar. Kate lo miró a él primero y después miró al suelo, «venga, cógelo de una vez», pareció que le decía con la mirada.

—Es Clark, el jefe Dupont —dijo Patrick mirando a Kate y casi excusándose. Pidiendo permiso.

—Pues a qué esperas, venga, cógelo. Tal vez sea importante.

Patrick asintió tras contar con la aprobación de Kate y descolgó.

—Dime, Clark, qué ocurre.

—Joder, Patrick, por lo que veo no te has enterado, ¿verdad?

—¿Enterarme? ¿De qué?

—Vale, ya veo que no. Un colgado, acaba de emitir en directo y ante todo el maldito país un comunicado por medio de un canal vía satélite o algo así, o yo qué demonios sé. El caso es que ha pirateado la señal del satélite y por lo que me han dicho desde Langley, de momento no hay quien lo mueva de ahí. La tiene secuestrada, tiene la señal del satélite secuestrada y ese canal solo emite lo que quiere ese chalado. Bueno, más que un comunicado, la emisión era más bien una amenaza. Nos ha amenazado con hacer algo muy muy feo si no se cumple lo que pide. A nosotros, a los Estados Unidos de América.

—No sé de qué demonios me estás hablando, Clark, ¿qué es exactamente lo que pide y con qué ha amenazado si no se cumple? ¿Y quién es ese colgado?

Patrick ya se imaginaba quién era ese que estaba tras la amenaza y con qué amenazaba. Kevin y su bomba nuclear. Justo cuando estaban a punto de averiguar si estaban Jack y Wendy en el Last Days Inn, de atrapar de una vez al Hombre del coche.

—Espera un momento, te envío el video por correo. Mientras podéis sintonizar el Dayly News Tv si tenéis un televisor cerca o por medio de su web. Nos ha dejado una curiosa emisión en directo desde la que se pueden observar unas maravillosas vistas... llámame en cuanto lo veas y te cuento.

—Joder... Vale, envíamelo y ahora hablamos —dijo Patrick colgando el teléfono.

Kate y él se quedaron mirándose con el miedo y el pánico asomando por

el balcón de sus ojos. Los dos se imaginaban de quién era el mensaje y con qué amenazaba, lo que no sabían era qué era lo que quería. Lo que pedía.

El móvil de Patrick emitió la notificación de nuevo video recibido y los dos pegaron sus cabezas a la pantalla para ver bien lo que Kevin tenía que decirle al mundo.

Wendy

—Te he dicho que te despiertes de una maldita vez y que dejes de hacerte la dormida, estúpida. Te prometí que esto lo sentirías y así va a ser. Porque ya te dije que yo sí cumplo con lo que prometo, a diferencia del traidor y el egoísta de mi hermano.

Wendy abofeteó con fuerza a Mía, que estaba tumbada sobre la cama y parecía estar a punto de perder la conciencia. Apenas le salía un débil hilo de voz y parecía tratar de llevarse las manos al pecho, como si le faltase el aire o sintiera una gran opresión en el corazón. El color de su piel se había vuelto de un tono más azulado durante la última hora. En sus párpados y a lo largo de todo su cuello se habían empezado a dibujar pequeñas y finas venas entre el rojo y el morado.

—¿Qué demonios tratas de hacer? ¿Eh? ¿Me has tomado por idiota? ¿Crees que me voy a creer que te pasa algo? ¿Acaso crees que no sé de sobra cuánto duran los efectos de esta maldita droga? Es porque aún piensas que el tarado de tu hermano o tu querido Jack van a venir a rescatarte, ¿verdad? Al parecer todavía no te has dado cuenta de lo sola que estás, pero eso que haces es justamente lo que odio. Piensas, esperas y deseas que sea un hombre quien venga a salvarte, ¿no es así? Ni se te ha pasado por la cabeza pensar que a lo mejor tú misma podrías haber hecho algo por evitar la situación en la que ahora te encuentras, ¿no es así? Pues te diré algo, como en cinco minutos no abras tus malditos ojos para ver bien lo que voy a hacerte te juro que te voy a torturar de tal forma que me rogarás que te mate, ¿me has oído? ¿Me has oído bien maldita perra?

Wendy estaba totalmente fuera de sí. Había planeado que Mía fuera totalmente consciente de lo que iba hacerle, del dolor que iba a sentir, uno muy

parecido al que ella misma sintió de pequeña a manos de su propio padre. Pero Mía no parecía estar muy por la labor de ser testigo de esa experiencia y ese dolor tal y como Wendy quería. Le había golpeado con fuerza, le había gritado, se había desahogado con ella, amenazado con hacerle cosas terribles, todo ello con tal de que se despertase, pero en el fondo de ella misma sabía perfectamente que Mía no estaba fingiendo.

Algo le estaba ocurriendo que parecía estar matándola antes de tiempo. Tal vez un problema pulmonar, o cardíaco. Tal vez fuese alérgica a la escopolamina y estuviese sufriendo algún tipo de shock o de extraña reacción frente a esa potente droga. En cualquier caso estudiar las contraindicaciones en el uso de la escopolamina o preguntarle a Mía si era alérgica a algún medicamento o padecía alguna dolencia previa no entraba dentro de sus planes. Si Mía se estaba muriendo tal y como parecía, tendría que darse prisa para que sintiese todo el horror que pudiese antes de irse al mundo de los sueños eternos.

Se ajustó el arnés de cuero con el monstruoso pene protésico y se aseguró de que Mía tenía tanto las piernas como los brazos perfectamente esposados a las cuatro patas de la estructura de forja de la cama principal de la suite familiar.

—Ha llegado tu hora, Mía, ha llegado el momento de que veamos de qué estás hecha, de qué estamos hechos todos nosotros.

Jack

Jack abrió los ojos totalmente desorientado. Tardó unos instantes en ubicarse y en hacerse una idea del tiempo que llevaba inconsciente. Un fuerte y doloroso pitido hizo que se llevara las dos manos a los oídos.

Miró a su alrededor y lo primero que reconoció fue el salpicadero del S90. Estaba dentro del coche, todavía, y lo último que recordaba es que se dirigía a... sus pensamientos volaron rápidamente hacia Mía. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que Wendy le había mandado el mensaje avisándole de lo que iba a hacer. Y no le cabía la menor duda de que cuando su hermana decía que haría algo, lo hacía.

Trató de salir del coche sin perder un solo segundo más pero de pronto se acordó de la voz. Había vuelto. Esa voz en su interior era la que lo había paralizado, la que había impedido que subiera a la extraña reunión familiar a la que su hermana lo había «invitado». No era la primera vez que lo hacía. Se acordaba perfectamente. Ya había tomado el control de su cuerpo en al menos un par de ocasiones más. Esa voz, a veces, había hecho que se quedase totalmente parado justo antes de que a él le ocurriesen cosas malas. Eso era a lo que Jack llamaba «lo malo». Esa pérdida total del control de su cuerpo que ya había experimentado en más de una ocasión y que llegaba justo cuando más al límite se encontraba, cuando atravesaba grandes periodos de estrés o fuese a hacer algo que pudiese poner su vida en peligro.

Jacky, Jacky, Jacky. ¿Por qué no lo dejas de una vez? Te he dado, ¿cuántas? ¿Cien oportunidades? No lo sé, quizá más. Pero tú te empeñas en hacer siempre aquello que yo te digo que no hagas. ¿Sabes una cosa, Jacky? A partir de ahora van a cambiar mucho las cosas, porque a partir de ahora mando yo, ¿entiendes? Yo soy quien manda ahora. Todo lo que he hecho ha

sido por ti, pero eso tú nunca lo has querido ver.

Cállate y déjame en paz. Tú no eres real. Tú no eres quién decide. Y tú nunca has hecho nada por mí. Tú solo eres mi ego, mi estúpido y maldito ego que no quiere morir. Que solo quiere sobrevivir a toda costa, sin importarle nada ni nadie.

Oh, Jacky. Pero qué ingenuo y qué gracioso eres. Que no puedas verme no significa que no sea real, tú eso deberías saberlo mejor que nadie. La gente no es capaz de ver casi nada, de entender por qué pasan las cosas que pasan, y eso no significa que dejen de pasar, ¿verdad? Oh, Jacky. ¿Cómo me has llamado? ¿Ego? No sabes lo equivocado que estás...

Te he dicho que te calles. No existes. Tú solo eres una maldita voz dentro de mi cabeza, así que te ordeno que te calles de una maldita vez, ¿me has oído?

Jacky...

¡Te ordeno que te calles de una vez y que me dejes en paz! ¡No quiero volver a oírte nunca! ¡No te necesito! ¡Te quiero fuera de mi vida, ya!

Jack gritó con fuerza y a pesar del punzante dolor de cabeza que eso le provocó y los penetrantes y agudos pitidos en sus oídos, como cuchillos abriéndose paso a través de los surcos de su cerebro, consiguió acallar la voz y salir decidido del coche.

Esa siniestra parte de él solo le había traído problemas. Era como tener que convivir con una persona totalmente opuesta a él dentro de un mismo cuerpo, de una misma cabeza, sintiendo que cada día el espacio a compartir se estrechaba más y más. Pero se había propuesto enfrentarse de una vez por todas a esa insidiosa y perseverante doble conciencia, no escucharla más, no llamarla, no contestarle, hacer como si no existiese, y así se acallaría y se perdería para siempre, ¿no?

¿No?

Localizó la escalera de emergencias. Alzó la vista y vio las siete ventanas de la última planta que rodeaban parcialmente la fachada. Estaban iluminadas desde el interior, luz anaranjada, cálida. Jack casi podía sentir el rumor de la temperatura de color desde allí afuera. Esa debía ser la suite familiar.

Subió como pudo, poco a poco. Escalones de huella estrecha. Fabricados en acero galvanizado reticulado. Arranque ligero y estable y escapada total de al menos cuarenta metros hasta la última planta. Las piernas parecían pesarle, las manos; frías y espasmódicas, se aferraban al pasamos para no caer rodando.

Su mirada estaba envuelta en una bruma blanca y espesa. Demasiadas horas sin descansar, sin dejar de sangrar. Sin dejar ni un solo instante de pensar. Contando hasta el infinito. Hasta el final de esas interminables sucesiones de números que parecían gobernarlo todo.

La puerta de emergencias de la última planta estaba entreabierta. Alguien había dejado pegada una pelota de chicle en el cierre de liberación automática fabricado en aluminio de baja densidad. Alguien que probablemente utilizase esa puerta para poder entrar con total libertad sin la necesidad de tener que pasar por la puerta principal. Tal vez alguien del personal, tal vez un amante, tal vez alguien que aprovechaba esa salida para salir a fumar al aire libre y no quería que la puerta se le cerrase detrás. A veces las cosas eran así de sencillas.

Cuando accedió al pasillo de la séptima planta todos los sonidos y ruidos que lo acompañaban se callaron de golpe, como si toda esa molesta y alborotadora compañía para su cabeza se hubiese quedado allí afuera, en la calle. Tan solo escuchaba el débil repiqueteo de su corazón, que parecía estar esculpiendo sobre su piel, arterias y venas, la última partitura que tocaría, tal vez un réquiem de despedida.

En la última planta había tan solo cuatro puertas. Cuatro suites. Arrastró sus pies por la lujosa moqueta cien por cien lana virgen. Altura de la felpa de siete milímetros. Tensada sobre capa de fieltro y fijada al suelo mediante barras de anclaje estilo suizo.

Se detuvo frente a la puerta más lujosa de las cuatro. Fabricada en madera de teca de Birmania, marqueterías en madera de Palo Santo y detalles en aluminio envejecido. Sobre el dintel se podía leer, en un grabado de ornamentales letras doradas, la palabra «familiar».

Jack cerró los ojos de nuevo, como tantas veces había hecho. Inspiró con profundidad. Llenando sus pulmones de aire, de vida. Necesitaba concentrarse por última vez, encontrar la pauta adecuada. Seguir ese patrón que llevaba tirando de él durante toda su existencia.

Un.

Dos.

Tres.

La puerta estaba abierta. Solo tuvo que girar el pomo y empujar con suavidad. Parecía que Wendy la hubiese dejado así para que no tuviese ningún problema para entrar, o tal vez porque tenía plena confianza en que su hermano jamás se presentaría y por eso ni tan siquiera se había molestado en cerrar con llave.

Caminó hacia el interior de la suite tratando de no hacer ruido. Su corazón seguía tensando sus paredes como la cuerda de un arco a punto de soltar su última flecha. Todo parecía en calma. Todo parecía estar en silencio. En un perturbador y extraño silencio. Pero a medida que avanzaba más y más empezó a escuchar un gemido ahogado, profundo y quejumbroso, que se repetía a intervalos de un segundo. Se adentró hasta el dormitorio principal de la imponente suite y allí pudo ver una imagen que hizo que su sangre se helara

por completo. El golpeo de tambores en su corazón pareció detenerse en seco.

Mía estaba tumbada sobre la cama de matrimonio, esposada por sus cuatro extremidades a la estructura de la cama. Hierro forjado y dosel en color negro, acabados y puntas en latón. Su rostro tenía un color azulado, surcado de venas de un color entre el rojo y el morado. Parecía estar sufriendo algún tipo de colapso. Estaba ahogándose. Estaba sufriendo no solo la falta de oxígeno y de sangre, sino también lo que Wendy le estaba haciendo.

Su hermana estaba subida sobre Mía, vestida en cuero negro y con un espantoso arnés atado a su cintura. Hebillas y tachuelas plateadas. Cierres ajustados y justo en el centro, un gigantesco pene protésico con en el que trataba de penetrar a Mía a la fuerza. Con extrema violencia.

—¡Wendy! ¡Qué demonios estás haciendo! ¡Aléjate de ella ahora mismo!

Wendy reparó en la presencia de su hermano y en su rostro se dibujó una sonrisa siniestra, malvada, abyecta.

Eso no hizo otra cosa que alimentar la fuerza y el empeño en aquello que estaba tratando de hacer. Mía apenas emitía débiles quejidos, sus ojos parecían haberse dado la vuelta y estar mirando directamente al vacío. Apenas consciente, apenas con vida.

Jack trató de lanzarse con rapidez sobre el cuerpo de Wendy, pero antes de que llegase hasta ella, su hermana sacó una fina y larga daga que tenía apoyada sobre el colchón de la cama y lo apuntó directamente a la cara. Jack se detuvo a escasos milímetros de ese reluciente y afilado acero. Doble filo con una hoja de apenas dos milímetros de espesor.

—Baja ese cuchillo, Wendy. ¿Qué es lo que quieres? ¿A mí? ¿Me quieres a mí? Pues aquí me tienes. Pero deja a Mía al margen, suéltala. Ella no tiene nada que ver con esto. Esto es algo entre tú y yo. ¿No? ¿No era esto una reunión familiar, Wendy? Vamos, te lo pido por favor. Mía necesita que la vea un médico con urgencia, ¿no la has visto? Se está ahogando.

Wendy escuchó lo que su hermano le decía con una sonrisa triste y perdida en la cara. Se separó de Mía y se deshizo del arnés y el pene protésico sin dejar de apuntar a Jack con el cuchillo.

—Ni se te ocurra intentar nada —dijo Wendy apretando los dientes y apuntándolo con la mirada.

Jack reparó en las manchas de sangre que se habían acumulado bajo el cuerpo de Mía, justo bajo su cintura, a la altura de su entrepierna.

—¿Qué demonios le has hecho, Wendy? ¿Qué demonios te pasa?

Wendy inspiró con profundidad y cerró los ojos un instante. Sus párpados temblaron. Necesitaba contener esa ira, esa rabia un poco más. Necesitaba decir antes de nada todo lo que tenía que decir.

—¿Qué demonios me pasa? ¿De verdad lo estás preguntando en serio? ¿Lo dice el que se ha pasado media vida hablando solo? Nunca, Jack. Nunca en la vida se ha preocupado nadie por mí. Nunca nadie dijo ni hizo nada cuando papá empezó a abusar de mí, cuando la sangre que brotaba era la mía y las sábanas manchadas las de mi cama...

—Wendy, te juro que yo no tenía ni idea de que papá...

—Cállate. No digas nada. No quiero saber nada más de ti, Jack. Tú, el chico de la inteligencia prodigiosa, el chico que podía ver incluso el futuro, ¿no era eso lo que venía contando mamá cada vez que venía de haberte llevado a ver a uno de

esos eminentes y salidos doctores? Jack, el chico que cambiaría las leyes de las matemáticas y de la ciencia, que nos enseñaría a todos cómo funcionaba el mundo en realidad, ¿me quieres decir que no sabías lo que ocurría? ¿No sabías lo que le hacían a tu propia hermana en tu propia casa delante de tus narices? Te diré lo que pasaba, Jacky, lo que está pasando ahora, justo en este mismo instante. Tú nunca te has preocupado por nadie más que por ti. Jamás te

ha importado si las personas que tenías a tu alrededor estaban viviendo un verdadero infierno, si estaban vivas o si estaban muertas. Lo único que te ha importado siempre han sido los números; tú y tus malditos números... por dios... eres igual que mamá. Tan volcada y obsesionada con que su hijo sería algún día una de las mentes más brillantes de la historia que no fue capaz ni una sola vez de preguntarse que tal vez su hija también tuviese alguna que otra necesidad. Que tal vez su hija también necesitase sentirse querida de tanto en tanto, y que es posible que eso que escuchaba por las noches, efectivamente, eran los gritos de socorro y auxilio de una niña de siete años, su propia hija...

—Wendy. Por favor. Deja ese cuchillo y hablaremos de lo que quieras. Te lo prometo. Tienes razón en todo y te juro que nunca supe que...

—Por favor, Jack. Deja ya de decir que hablaremos y que no sabías nada. Mírate, por dios. Mírate ahora. Mírate bien. ¿Y tú ibas a ser esa mente brillante que sería recordada para siempre? ¿Que iluminaría el mundo? ¿Es a ti a quien todo el mundo respetaba y admiraba? Por favor... eres patético, Jacky, patético. Todos los sois, patéticos todos... ¿Y para esto tanto sufrimiento y tanto empeño en tu maldita educación y en tus maravillosas necesidades especiales?

Las lágrimas rodaban por la cara de Wendy. Sus párpados, al igual que la mano con la que sostenía el cuchillo, temblaban.

—Vale, Wendy, lo asumo. Asumo mi culpa. ¿Vale? Tienes razón, te lo juro que la tienes. No soy más que un egoísta que siempre se las arregló para absorber toda la atención de mamá y de todos los demás. Vale. Lo asumo. Sé que por mi culpa no tuviste una infancia normal, ahora lo sé, Wendy, y te pido perdón por no haberlo visto, te pido perdón por lo que te hizo papá y por no haberme dado cuenta ni haberte prestado más atención. Lo siento, Wendy, de verdad, te ruego que me perdones y que me permitas arreglar esto... Todavía podemos arreglarlo... tú y yo, te lo prometo, sabes que soy capaz, Wendy,

sabes que soy capaz de lo imposible...

Los ojos de Wendy habían empezado a verter lágrimas amargas, como el ácido que corroía su interior, su alma. Vio que los ojos de Jack también estaban enrojecidos. Era la primera vez que veía a su hermano transmitir realmente algo, que veía a su hermano sintiendo de verdad lo que le decía.

—¿Qué me dices, Wendy? ¿Te parece si arreglamos todo esto y nos marchamos de aquí?

Wendy tenía los ojos totalmente empañados. Sumergidos bajo una fina capa de dolor y de tormento. Asintió con la mirada viendo cómo Jack se acercaba hasta ella lentamente.

—Vamos, Wendy, deja ese cuchillo y suelta a Mía para que pueda verla un médico, después podremos marcharnos, ¿te parece bien?

El rostro de Wendy se endureció de nuevo al escuchar la palabra Mía. Sus ojos parecieron absorber todas esas lágrimas. Todo ese veneno que la invadía por dentro volvió de nuevo justo a su epicentro.

—Eres un hijo de puta mentiroso. Me has estado mintiendo y tratando de engañar otra vez —Wendy negó con la cabeza mientras apretaba de nuevo la daga con fuerza—. De ninguna manera. La perra se queda. La perra tiene que morir. ¿De verdad me quieres? Pues demuéstramelo. Es a mí a quien tienes que elegir, estúpido, no a ella. Elígeme a mí y puede que llegue a perdonarte algún día...

—Wendy, Mía no tiene la culpa de nada, deja que se vaya por favor...

—No. Claro que la tiene. La tiene. Igual que mamá e igual que todas las demás. Ellas son las que les han permitido a los hombres como tú y como papá llegar hasta donde habéis llegado. Ellas las que han consentido todos estos años. Las que se han tapado los ojos y cerrado la boca ante todo el horror y todo el miedo que habéis sembrado a lo largo de la historia. Esclavizándose ante hombres que ni tan siquiera les hacían sombra. Solo porque tenían dinero

y poder, el mismo que nos habéis estado robando a nosotras mismas toda la vida. Creéis que sois vosotros la jodida fuerza motriz del planeta Tierra, pero no sabéis lo equivocados que estáis, somos nosotras. Nosotras las que tenemos la capacidad de dar y de crear vida en nuestro interior. Vosotros solo sois la crueldad y el pánico, la variable que sobra en esta maldita ecuación de maldad y de terror. ¿Te preguntas por qué hago esto? A vosotros está visto que nada ni nadie os puede cambiar, que os va a hacer cambiar, pero a nosotras... Somos nosotras, las mujeres, las que tenemos que despertar, las que tenemos que ser nuestras propias salvadoras y redentoras. Por eso lo hago, para que todas despierten de una maldita vez y vean que no somos la esclava de nadie ni vosotros los dueños de nada. No necesitamos ni la compasión ni que ningún hombre decida que somos iguales o que ha llegado el momento de dejar de tratarnos como un jodido objeto, un juguete que romper o una muñeca que utilizar a su antojo.

—Está bien, Wendy. Estoy de acuerdo contigo...

Jack se creía capaz de reconducir a Wendy de nuevo, de calmarla y convencerla de que no era necesario que muriese más gente, pero Mía emitió un extraño gemido, una ruidosa inspiración. Su espalda se arqueó ligeramente y después sus brazos y piernas empezaron a dar pequeñas sacudidas. Estaba convulsionando.

Jack miró a Wendy con urgencia.

—No te lo volveré a repetir, Wendy, deja el cuchillo y libera a Mía, tiene que verla un médico inmediatamente.

—¿O qué? Ya te he dicho que la perra tiene que morir. Ella es igual que las demás. ¿Acaso crees que ella te quiere? Ella solo quiere tu dinero, estúpido, ¿no viste como te engañó una vez? ¿Crees que no volverá a hacerlo? Eres idiota, Jack. Tan solo te quiere porque sabe que eres brillante y podrá tener una vida cómoda a tu lado, es una perra esclava como todas las demás.

Por dios, Jacky, te ofrecí mi corazón, mi pureza, con cada una de ellas, ¿no lo viste? Sabía que al final lo acabarías entendiendo, te ofrecí mi corazón, Jacky, algo que nunca nadie hizo antes por ti...

Jack vio que Wendy se llevaba un momento su mano izquierda a la cara para limpiarse las lágrimas y aprovechó para abalanzarse sobre ella. Era el momento. Mía se estaba muriendo. La chica del semáforo. Cuando Wendy abrió los ojos y vio a su hermano a escasos milímetros de ella trató de alcanzarlo con la daga, pero Jack vio el movimiento de su brazo y se agachó justo a tiempo, aunque no pudo calcular bien los pasos y perdió el equilibrio, aterrizando justo sobre el regazo de su hermana, que no pudo evitar caer de espaldas hacia atrás. Wendy cogió la daga con las dos manos y alzó los dos brazos, miró una fracción de segundo a Jack, que había caído sobre ella y la miraba, la miraba con ternura, con verdadero amor, con nostalgia, con una intensa y trágica melancolía por esos días que se perdieron para no volver nunca más. Las lágrimas brotaron de los ojos de Wendy, soltó un ensordecedor grito de dolor y de rabia y bajó los brazos con todas sus fuerzas.

No intervino la voz, ni tampoco el propio Jack. Fue algo más bien animal, primitivo e instintivo. Justo cuando el cuchillo se iba a clavar sobre el cuello de Jack, rodó hacia un lado tan rápido que Wendy no tuvo tiempo de verlo, de detener su propio movimiento. Los quince centímetros de acero se clavaron en su pecho, justo en el centro. La hoja entró con tanta facilidad que apenas la sintió. Apenas fue consciente de lo que acababa de pasar.

En cuanto Jack recuperó su posición y vio a su hermana en el suelo con la daga clavada hasta la empuñadura, corrió hasta ella. Era su hermana, su única familia, y no podía dejarla morir.

—Dios mío, Wendy, aguanta por favor, aguanta.

Wendy lo miró y no dijo nada. Parpadeó un par de veces y negó con la cabeza. En sus ojos había dolor, había miedo, había descanso. Dejó de

moverse apenas un par de segundos después. Y Jack, por primera vez en su vida, rompió a llorar.

—Lo siento, Wendy, lo siento muchísimo, no te muevas por favor, despierta... —Jack se abrazó a su hermana y trató de incorporarla, tal vez si llamaba rápidamente a una ambulancia todavía se pudiese hacer algo. Pero tras él, Mía volvió a emitir un gemido quejumbroso.

Dejó a Wendy con cuidado sobre el suelo y se levantó para ver en qué estado se encontraba Mía. Ella todavía seguía con vida, ella, la chica del semáforo, tenía que vivir por todos los medios. Ella era la clave de todo, siempre lo había sido, la nueva esperanza. El nuevo brote.

—Mía, estoy aquí. Soy yo, Jack. Vamos, despierta. Ya está, todo ha terminado, todo se va a arreglar —dijo Jack tratando de despertar a Mía, que continuaba con los ojos medio cerrados y una respiración tan débil como esa última llama que todavía perdura aun habiéndose consumido la vela entera.

Las esposas. Tenía que liberarla y llevarla a un hospital cuanto antes. Se giró para registrar en los bolsillos de Wendy y no tuvo tiempo de ver ni de oír nada. Su hermana se había conseguido levantar y se había sacado los quince centímetros de daga del pecho, que ahora descansaban en el interior de Jack. Fue tan rápido como un fugaz pensamiento. Del pecho de Wendy salía una imponente y aterradora cascada de sangre, brotando como una fuente sin fin, incansable. Trató de decir algo, pero al coger aire su boca se llenó de sangre, burbujeante. Sus ojos se abrieron de par en par, los de Jack también. Wendy sacó el cuchillo del interior del cuerpo de Jack y lo dejó caer en el suelo. Se abrazó a su hermano con fuerza y los dos cayeron al suelo, en un charco de sangre. Sangre de su propia sangre.

Jack empezó a sentir cómo su corazón, de forma paulatina y pausada, desaceleraba, aminoraba la marcha. Esa era la primera y la última parada que haría en toda su vida. Parpadeó un par de veces mientras sentía cómo la

respiración y el cuerpo de Wendy, sobre él, se apagaban. Sobre su cabeza, emergiendo entre una espesa bruma, planeó una enorme y terrible pregunta.

Entonces, ¿Así es como termina todo?

Sí. Así es como termina todo.

Absolutamente Todo.

Kate

«¿Quién soy yo? Bueno, eso ya ha quedado claro que al mundo poco le importa, aunque si os apetece llamarme de alguna forma, podéis llamarme «ese que cambió la historia». Os preguntaréis qué quiero. Es muy sencillo y creo que tiene toda la lógica del mundo. Hace quince años, fui víctima de la agresión más brutal y humillante que os podáis imaginar. Fui escupido, pateado, golpeado, ultrajado y humillado hasta que mis torturadores me dieron por muerto y me echaron a un contenedor como si fuese una maldita bolsa de basura. Y todo esto, ¿sabéis por qué? Por diversión. Porque esa gente con dinero se sentía tan sumamente infeliz y vacía que no encontraron nada mejor que hacer para satisfacer sus ansias de poseer y de conquistar que destruyendo una vida humana. Destruyéndola no solo por fuera, sino también por dentro. Como podéis ver, por suerte o por desgracia, no morí aquel día. Aunque sí me pasé unos cuantos meses en el hospital, concretamente hasta que se fusionó correctamente la placa de titanio que tuvieron que ponerme en la cabeza para que mi cerebro no se me cayera al suelo cada vez que me pusiese de pie — Kevin se giró para que el gran público pudiese ver bien un primer plano de la placa de titanio que ocupaba una gran zona de la parte de atrás de su cráneo—. Los médicos me aconsejaron que era mejor tapar la placa, que no se viera, que podía infectarse, pero sobre todo, que no se viera. Eso sí, habría que realizar implantes múltiples de piel, una piel que arrancarían de mis brazos, piernas y caderas. Pero como podéis ver, yo insistí en que no lo hicieran, que no la taparan porque no quería olvidar ni un solo segundo de mi vida lo que me habían hecho, quería poder ver y tocar cuando quisiera mi humillación, mi desgracia, porque, ¿sabéis qué? De ella es de donde nace mi fuerza. Mi esencia.

Imagino que os estaréis preguntando por qué no los denuncié y qué pasó después y todo eso que la gente se pregunta en estos casos sin ni siquiera pensarlo. Sí. Lo denuncié. Los denuncié a todos, en total diez personas. De buena familia y una cantidad de dinero tan grande como para no tener que trabajar más en su vida ni en la de sus hijos. Diez chicos y chicas que no dudaron en negarlo todo y en denunciarme a mí por ensuciar su buen nombre, por injurias y por atentar contra su dignidad, honor e imagen pública. ¿Sabéis quién ganó el juicio, verdad? Tuve que estar medio año limpiando y arreglando su jardín como parte compensatoria por los «daños morales» ocasionados. ¿Podéis creerlo? Después de las graves lesiones que sufrí tuve que pasar por esa terrible y tormentosa humillación porque el juez estimó que no tenía pruebas concluyentes contra ellos...

En fin. No haré esto más largo. Quiero que sepáis que el mundo en el que vivimos es un verdadero asco, para los que todavía no se hayan enterado. Que la justicia no es igual para todos, qué va, y que este mundo está gobernado y dirigido por personas que se creen capaces de doblegar y de dominar al resto a su antojo. Pues os diré algo, ha llegado el momento de que todo cambie, ha llegado el momento de que seáis testigos de ver cómo hoy todo va a cambiar.

En estos momentos, como podréis ver en las imágenes que emitiré a continuación, sobrevolando todas nuestras cabezas hay una bomba nuclear que está de camino hacia un lugar del cual solo puedo decir que hará que retumben y se estremezcan los cimientos de esta podrida nación.

La cuenta atrás ya ha sido puesta en marcha, quedan menos de dos horas para que todo explote, y solo hay una forma de parar todo esto. Una, que como decía al principio, tiene toda la lógica del mundo. Yo solo pido justicia, yo solo pido que se haga lo que es justo y se devuelva al pueblo y sobre todo a mí un poco de la fe perdida. De lo que nos fue arrebatado por una nación gobernada por y para los ricos.

Esta es mi condición. Mi única exigencia. Quiero la cabeza de Edward y Jennifer Rivers. Las dos cabezas. Y para que veáis que yo sí se perdonar y que estoy dispuesto a hacer un gran esfuerzo por mi parte, le perdono la vida a los otros ocho. Antes de las diez de la noche, se deberá ejecutar públicamente a Edward y a Jennifer Rivers. El lugar escogido será el Washington Square Park de Nueva York, y se tendrá que llevar a cabo concretamente en el llamado árbol más antiguo de Manhattan, el gran olmo que está situado en la parte noreste del parque. Seguro que muchos de vosotros no lo sabéis o no lo queréis saber, pero ese olmo ya fue testigo apenas unos doscientos años atrás de multitud de ejecuciones públicas, de ahorcamientos, para ser exactos. Y así es como deberá hacerse esta vez. A la antigua usanza, quizá eso nos refresque un poco de dónde venimos y hacia dónde vamos.

Antes de acabar quiero dejar claro que esto no es ninguna negociación. No estoy dispuesto a comunicarme con nadie y no hay ninguna alternativa posible. Solo hay dos opciones donde elegir. Así de sencillo.

Esto es todo lo que tenía que decir, ahora todo depende ya de nuestro querido gobierno. Habéis oído bien. Antes de las diez quiero ver a Edward y Jennifer Rivers ahorcados y colgando del gran olmo del Washington Square Park y allí deberán permanecer toda la noche para que todo el mundo pueda ver bien qué pasa cuando alguien se dedica a destruir y a hacer el mal por el mal. De lo contrario todo explotará. Y que a nadie se le ocurra tratar de engañarme porque os advierto que yo lo «veo» todo. Incluso lo que ocurre en el gran olmo.»

El video de Kevin duraba apenas dos minutos. Era un primer plano fijo del que apenas se podía distinguir su cara y una pared blanca de fondo. Tras él se había empezado a emitir la vista panorámica de un dron bajo el cual se podía ver cómo pendía un misil de pequeñas dimensiones con el pictograma

de «peligro nuclear». Dicho dron iba a una velocidad asombrosamente grande para el tamaño que se le presuponía. Las imágenes que emitía eran las del relieve terrestre que iba dejando tras su paso. El problema es que la imagen estaba totalmente desenfocada y a excepción del misil no se podía distinguir nada.

A Kate y a Patrick se les heló la sangre cuando vieron el desafío de Kevin. Su exigencia. Ese era su plan maestro, su último movimiento. Después de todo el esfuerzo, de todas las horas invertidas y de haber puesto lo mejor de ellos mismos en ese caso, habían llegado tarde. Su sensación inicial fue de rabia, frustración, impotencia. Kevin se les había adelantado desde el principio y no habían sabido ver ni mucho menos interceptar la trayectoria que iba a llevar. Pero aún había algo de tiempo, tenían que reaccionar y agotar hasta el último segundo que les quedara por evitar la catástrofe.

Tras el video habían abandonado las inmediaciones del hotel Last Days Inn y se habían apresurado en llegar a la comisaría central de Amarillo. A pesar de todo, necesitaban un plan de ataque. Obviamente no habían tenido tiempo de subir a la suite familiar del hotel y ni tan siquiera se acordaron en ese momento qué sería de Jack o del Hombre del coche, presuntamente su hermana Wendy.

De camino a la comisaría recibieron diversas llamadas, todas ellas de máxima urgencia. Una de ellas era de su jefe, Clark Dupont. Les reenvió un video que el propio presidente de los Estados Unidos había emitido en directo a través de la BBC como reacción inmediata al de Kevin y en el cual le rogaba y le clamaba «sensatez» y que abriera un «espacio para la negociación» y para poder hablar «de forma civilizada». Lamentaba mucho lo que le había ocurrido y le aseguraba que se reabriría y revisaría su caso y si se demostraba que había habido irregularidades, las personas responsables de ese daño serían juzgadas y pagarían severamente por ello. A pesar de los años que ya

habían pasado. Matizó.

De momento no había habido respuesta por parte de Kevin. Él mismo había dejado claro que no habría más comunicación y no había dejado ningún canal abierto para ninguna negociación, había manifestado su deseo expreso de no querer negociar. Él exigía justicia. Una justicia que él ya había decidido y ahora daba a elegir al presidente de los Estados Unidos o a quien procediera entre una catástrofe de grandes dimensiones o ejecutar públicamente a dos personas presuntamente inocentes mientras no se demostrase lo contrario. A pesar de que nadie dudase ya de que muy probablemente sí habían hecho lo que Kevin afirmaba, no obstante, ¿merecían morir por ello? Esa era la pregunta que todo el mundo se hacía.

También habían recibido una llamada de Viktor Svenson. En su voz no solo había auténtico pánico, sino verdadera urgencia y rabia por encontrar al agresor de su mujer que ahora amenazaba con atentar contra todo el país. Viktor no sabía qué le había ocurrido a Kevin en el pasado, lo que sí sabía es que él también tenía un verdadero y «lógico» motivo para exigir su cabeza por lo que le había hecho a su mujer. Él y sus hombres habían estado en el piso de Kevin de Golden Fields, tal y como Patrick les había dicho, y efectivamente había muestras de que allí había estado viviendo un hacker informático. Estaba todo lleno de ordenadores, pantallas y un montón más de artilugios y equipos para el montaje y la fabricación de diversos artefactos electrónicos. El equipamiento informático «parecía fundido», ese fue el término que empleó Viktor. Y aparte de eso no habían encontrado más pruebas de dónde podría haber ido Kevin o en qué lugar pensaba detonar su bomba. Patrick le pidió que permaneciera en alerta porque tal vez podría necesitar su colaboración y ayuda. Viktor le respondió que de momento «solo» desplegaría todos sus contactos a lo largo y ancho de todo Amarillo para dar caza a ese malnacido. Su opinión era que debía estar cerca porque según dijo, «los ordenadores

todavía estaban calientes cuando hemos llegado».

En la comisaría central de Amarillo se habían reunido los altos cargos de la delegación del gobierno de Texas, miembros del ejército y los jefes de policía de la ciudad. Estaban en la sala destinada a las conferencias y en la pantalla central se podían ver imágenes en directo tanto del comité contra emergencias terroristas del propio presidente de los Estados Unidos como los comités de urgencia del FBI y de la CIA.

Las primeras premisas fueron muy claras. Activar el plan de contención. Se habían puesto estrictos controles en todas las carreteras, estaciones de tren, aeropuertos, y cualquier otro medio de transporte o vía de circulación por la que Kevin pudiera escapar. También se había hecho una difusión masiva de una foto de Kevin a todos los comercios y agentes de seguridad del estado indicándose la extrema peligrosidad del sujeto y la urgencia con la que debían encontrarlo. Como el propio Kevin se había encargado de que todo el mundo le viese la cara y de manifestar cuáles eran sus intenciones y cuáles sus exigencias, dicha tarea se había facilitado enormemente.

El gobernador de Texas había mostrado cierta cautela y reservas en cuanto a qué decisión tomar o qué postura adoptar, después de todo era su estado el que estaba siendo amenazado, pero el presidente de los Estados Unidos fue muy tajante desde el primer momento. Bajo ningún concepto cederían ante ningún chantaje ni complacerían las exigencias de un «lunático» del que apenas conocían nada, mucho menos cómo podía haber sido capaz de hacerse con un arma nuclear en el interior de su propio país. Ninguna persona en los Estados Unidos podía estar en posesión de armamento nuclear. Esa había sido además el principal miedo que había llevado a los gobiernos mundiales a reunirse y establecer el Tratado de No Proliferación Nuclear. De todas formas, el presidente había ordenado localizar y llevar inmediatamente hasta la oficina de la CIA de Nueva York a Edward y a Jennifer Rivers. Que

no fueran a ceder ante ningún chantaje no significaba que su presencia allí no pudiera ser útil para otros fines.

Kate y Patrick escucharon atentos el despliegue de medios que trataban de hacer desde Langley, sede central de la CIA, y desde Washington, sede central del FBI y del comité para las emergencias terroristas de los Estados Unidos. Pero el problema era que no tenían tiempo de desplegar absolutamente nada. A Kate le dio la impresión de que el presidente y sus asesores se preparaban más bien para «dar caza al terrorista» una vez se hubiese producido el desastre. Parecían estar pensando más en mitigar la onda expansiva de los daños que en evitar el primer impacto.

Los lugares a los que Kevin podría haber mandado el dron para hacerlo explotar eran innumerables, de todas formas ya se habían puesto a trabajar al doscientos por cien diferentes grupos de especialistas de todo tipo para tratar averiguar dicho lugar. Desde geólogos hasta el jefe de los artificieros. También habían echado a volar una pequeña flota de aviones y de helicópteros, tanto para intentar localizar el dron como en su caso para intentar detenerlo. No obstante, lo de «echar a volar a los pájaros» era algo más para la galería que para otra cosa. Propaganda política. Desconocían a qué altura volaba y qué tipo de bomba y de mecanismo de explosión contenía el dron y por tanto los pájaros estaban volando a ciegas. Que se supiera, Kevin tenía al menos una cámara instalada en el dron y era muy posible que pudiese hacerlo detonar a distancia si veía a los aviones y helicópteros en su campo de visión. Todo era demasiado precipitado, demasiado incierto y demasiado imprevisto.

Encontrar al propio Kevin había pasado a ser la mejor y casi única opción. El problema era que en apenas una hora y media era muy difícil localizar a una persona que podía estar en cualquier parte.

—¿Qué opinas, Kate? ¿Dónde demonios crees que podría estar

escondiéndose alguien así?

—No lo sé, Patrick. ¿Por qué me lo preguntas a mí? ¿No eras tú el de los perfiles? Pues analízalo, o mejor aún, ¿por qué no se lo preguntas a tu querido amigo Jack Miller? A lo mejor él sabe algo...

Kate estaba visiblemente afectada. Nerviosa. Al borde del histerismo completo. Ver a toda esa gente ante ella yendo arriba y abajo como las abejas de un panal recién agitado no hacían sino alterarla más. No había ni premisas claras ni un plan a seguir en el que confiar. Las órdenes del presidente y del director del FBI eran tan tajantes como vacías de utilidad: «encontradlos; al chico y a la bomba». ¿Y cómo se supone que debían hacer eso?

El presidente incluso se había atrevido a preguntar a la CIA ante todos los que estaban escuchando la conferencia, si era posible «preparar una escena». Preparar una escena era un recurso que ya habían utilizado en otras ocasiones consistente en simular una situación o una realidad con el uso de «especialistas o actores» y la «presencia de cámaras o no». Su finalidad no era otra que la de engañar al gran público, en este caso a Kevin, para que creyera algo que no era real o no estaba pasando en realidad. *Cinéma Vérité*. La escena a preparar por la que el presidente preguntaba era una simulación en la que presuntamente se colgaría a Edward y a Jennifer Rivers. La respuesta del director de la CIA fue tajante, «en poco más de una hora es algo complicado, pero sí, se podría preparar una escena». El problema era que no se podía asegurar hasta qué punto «el sujeto» podía tener cámaras en la «zona de trabajo», y, eso, ofrecía unas posibilidades de éxito real muy pequeñas. Habían podido averiguar pocas cosas de Kevin, pero una de ellas era que estaban ante un experto total en manipular las comunicaciones, ordenadores y aparatos electrónicos en general. Podía tener desde el control y acceso a cámaras de videovigilancia de la zona hasta detectores de inhibidores de señal, muy utilizados por la CIA en este tipo de casos. «Preparar una escena

quedaba aparcado de momento. Solo de momento».

Patrick trató de centrarse de nuevo, de intentar pensar cómo pensaría Kevin. Era su única opción, adelantarse por una vez a sus pasos. En eso consistía todo, ¿no? Prever lo que iba a pasar para poder interferir en los acontecimientos.

Invitó a Kate a alejarse un poco de todo el barullo en el que se había convertido la sala de conferencias de la comisaría central de Amarillo para hacerle saber algo que se le había ocurrido.

—Dime, Patrick —Kate se había dejado arrastrar por el pesimismo y el «no hay salida» que imperaba a su alrededor.

—Bien. Escúchame un momento y ayúdame con esto. Lo hemos hecho antes juntos, tú y yo. Adelantarnos a sus próximos movimientos. Pero necesito tu ayuda, Kate, necesito que me ayudes a pensar en ese perfil. ¿Se te ha ocurrido algo en los últimos minutos?

Kate levantó la vista dispuesta a gritarle a Patrick que hacía exactamente dos minutos que le había dicho que dejase de preguntarle a ella porque ella no sabía absolutamente nada. Pero al mirarlo a los ojos y ver esa esperanza, tan inocente y tan real, pensó que quizá... a lo mejor...

Quizá.

—Está bien, Patrick. Como quieras. Yo creo que lo primero que hay que preguntarse es si Kevin permanece aquí en Amarillo o ya se ha marchado, por ejemplo a Nueva York, que es donde exige que se lleven a cabo sus ejecuciones. Parece obvio, por lo que ha dicho Viktor Svenson, que debe estar en Amarillo o en algún lugar relativamente cercano, dado que «los ordenadores todavía estaban calientes». Aunque no lo tengo del todo claro. En segundo lugar, habría que preguntarse qué sentido tiene abandonar su guarida, teóricamente segura a sus ojos, justo al final, cuando supuestamente es cuando tendría que tenerlo todo más controlado. Y en tercer lugar, suponiendo que lo

que tu amigo Jack nos dijo acerca del enriquecimiento de uranio que Kevin estaba llevando a cabo fuese cierto y que por algún motivo que desconocemos no vimos nada en Pantex, si eso es así, es imposible que la bomba que haya fabricado en tan poco tiempo sea demasiado grande. Además, si sus propias cámaras no mienten, podemos ver que las dimensiones del artefacto explosivo son pequeñas. Por tanto, podemos pensar que Kevin debe haber planeado detonar su bomba sobre algo que haga aumentar la potencia de la misma, como una reacción en cadena. No sé, es lo primero que se me ha ocurrido —Kate terminó de exponer las principales ideas y dudas que tenía acerca de cómo abordar la misión «parar a Kevin» con cierto aire a vergüenza y miedo a haber dicho alguna estupidez. Bajó la mirada y se sintió pequeña.

Patrick asintió atentamente las observaciones de Kate. Esas observaciones que hacían de contacto en el arranque de sus propios razonamientos deductivos.

—Excelentes observaciones, Kate. Creo que has dado en el centro de la diana en todo lo que has dicho —Kate levantó de nuevo la mirada y se le dibujo una pequeña sonrisa en la cara, casi infantil. Nostálgica—. Vale. Primera cuestión. ¿Está Kevin en Amarillo? Como tanto tú como Viktor habéis dicho, la respuesta es sí. Al menos sí en algún lugar cerca de Amarillo. Si este ha sido su centro de control hasta ahora y ha estado ultimando detalles hasta hace bien poco, es prácticamente imposible que haya tenido tiempo de huir lejos de aquí. Además, ¿por qué Amarillo? ¿Por qué Amarillo y no otra ciudad? Quiero decir, si Kevin tenía todo esto planeado desde hace tiempo y escogió esta ciudad creo que fue por un buen motivo y no algo reservado al azar. Alguien que ha preparado su venganza perfecta durante tantos años no deja la elección de su centro de operaciones en manos del azar. Sabemos que dicha elección podría estar vinculada a la presencia de la central nuclear Pantex Plant en Amarillo, aunque no creo que sea ese el único motivo. Pienso

que también debe existir otra razón de peso que lo ha llevado hasta aquí, porque que yo sepa, Pantex no es la única central nuclear del país. Bien, supongamos pues que Kevin todavía está en algún lugar de Amarillo precisamente porque es así como él quería que fuese, como él necesitaba que fuese. Eso nos lleva a la siguiente cuestión que planteabas. ¿Por qué abandonar su guarida justo ahora? ¿Justo cuando más tranquilo y a salvo debería estar? Vale. Como hemos podido ver en el video que ha mandado, Kevin no solo necesita esta venganza por encima de todo, necesita publicidad. Que todo el mundo sepa y vea lo que sufrió, todo por lo que tuvo que pasar y sobre todo qué es lo que va a hacer ahora, lo que va a hacer al respecto. Quiere que todo el mundo sea testigo de que «los ricos no siempre ganan» y de que «el sistema» también tiene sus grietas. Todo ello nos lleva a pensar en que si Kevin quiere que todo el mundo lo vea y sea testigo de lo que está haciendo y además ha abandonado su guarida, es porque él también quiere ser testigo en primera persona de lo que ven y sienten las personas a su alrededor. Quiere ver en directo las reacciones de la gente, qué piensan y qué sienten con relación a lo que está ocurriendo, a lo que está a punto de ocurrir. Para él es como multiplicar su experiencia y su venganza por mil. Quiere disfrutar de su momento de gloria y estaría dispuesto a arriesgar su propia seguridad por cumplir su sueño. Eso nos lleva a pensar en que si ha decidido dejar su guarida por este motivo, debe haber elegido un lugar en el que concurren muchas personas. Eso le daría, por un lado, facilidad para no ser identificado, para perderse entre la masa y ser uno más, y en segundo lugar, tener mayor facilidad para el escape en caso de que lo localizasen y tuviese que huir. Todo esto le permitiría poder ver y escuchar y también experimentar lo que muchas personas sienten y no solo un pequeño puñado. Para él debe ser como pegar su oreja directamente a las paredes del corazón mismo de la sociedad... quiere escuchar cómo late, cómo se conmueve, cómo se resiente.

—Joder, Patrick... no soy de corazonadas pero creo que en estos momentos estoy teniendo una... como ha dicho el propio Kevin en su video, todo lo que has dicho tiene «toda la lógica del mundo». Debe de haber escogido un evento. Un evento público multitudinario.

—Sí, eso es. Algo así.

—¿Podemos saber qué eventos importantes hay hoy en Amarillo?

—Claro que podemos —dijo Patrick levantando la cabeza para hacer un llamamiento al resto de policías.

—Eh, Patrick —Kate lo cogió del brazo para impedir que dijese nada—. ¿No crees que sería mejor idea no decir nada por el momento? Ten en cuenta que si levantamos la liebre y montan un dispositivo y Kevin se ve acorralado puede que detone la bomba sin más. Sabemos perfectamente de lo que es capaz y de lo desquiciado que está. Ya viste lo que le hizo a Anika Svenson simplemente porque su marido no cedió ante su chantaje, y no sabemos si también podría ser el responsable de la muerte de aquella anciana de su comunidad, Linda Galleymore. Ha demostrado ser alguien muy impulsivo, ¿no crees, Patrick?

—¿Y qué propones, Kate? No sé si me veo con fuerzas para que seamos nosotros quienes debemos soportar el peso de la responsabilidad de tener que atrapar a alguien que puede causar tanto daño.

Kate estaba mirando su teléfono móvil y había iniciado una búsqueda de los eventos más importantes del día. Su cara pasó de iluminarse a ensombrecerse en un solo instante. Levantó su teléfono móvil para que Patrick viese bien lo que tenía en pantalla.

—El último partido de las series finales de la liga de Béisbol. Los Rangers de Texas contra los San Francisco Giants... —Patrick miró a Kate tratando de centrar qué era eso que tenía justo en la punta de la lengua.

—¿Qué lleva el maldito Kevin a todas horas en la cabeza?

—Joder, claro... la gorra de los Giants. Eso es. Es fan de los Giants desde hace muchísimos años y hoy tienen la posibilidad de ganar las series finales desde hace más de una década.

—Lo tenemos, Patrick. Es allí a donde debe haber ido. Rodeado de gente que lleva la misma gorra que él y que pueda ver bien a través de las grandes pantallas del estadio lo que el mismo desee retransmitir.

—Un momento, Kate, ¿no deberían haber anulado el partido?

—Lo dudo. ¿No has oído al presidente y a los de la CIA y el FBI? El gran público piensa que es Nueva York el blanco escogido para el atentado, que es donde Kevin quiere que cuelguen a los Rivers, y, como suele ocurrir en estos casos, el mundo no se detiene ante nada siempre y cuando el problema no sea en su propia casa.

—Vale, en el caso de que sea allí donde está. ¿A qué distancia nos encontramos?

Kate volvió a consultar su teléfono móvil y su rostro se ensombreció.

—¿Qué ocurre, Kate?

—Joder, supongo que ni tu ni yo somos muy aficionados al béisbol, ¿verdad? El maldito estadio de los Rangers de Texas está en Arlington, a casi cuatrocientas millas de aquí...

—¿No está en Amarillo?

—Desde luego que no, Patrick.

—¿Y cómo demonios ha podido llegar Kevin hasta allí en tan poco tiempo? ¿En avión?

Kate consultó las posibles formas de llegar a Arlington y el tiempo que se tardaría.

—Bien. Es difícil pero no imposible. El aeropuerto de Arlington se encuentra justo al lado del estadio los Rangers de Texas, el Globe Life Park. En avión se tarda alrededor de una hora en llegar, tal vez menos si se trata de

un jet privado. Es posible que con el dinero que aún debe tener Kevin, si es que fue él quien lo robó del Crédit Lyonnais, haya podido contratar perfectamente un vuelo privado para llegar hasta Arlington. De hecho podría estar ya allí perfectamente. La cuestión ahora es, ¿podemos llegar nosotros a tiempo? Y sobre todo, ¿vamos a confiar en que nuestros razonamientos han sido correctos y es allí donde está?

Patrick se quedó pensando un instante en las preguntas que acababa de hacerle Kate. El riesgo de fracasar era alto. Elaborar un perfil o análisis de conducta haciendo deducciones tenía un margen de error bastante amplio. Levantó la vista un momento y vio de nuevo el ajetreo y el caos a su alrededor. Desde Washington y desde Langley ya se estaban preparando para el impacto. El propio presidente pedía paciencia y no paraba de desplegar dispositivos para darle caza al terrorista, y allí mismo, en la comisaría central de Amarillo, todos parecían estar buceando en el mismo charco. ¿Acaso perdían algo por intentarlo en el Globe Park de Arlington?

—Está bien, Kate. Hablemos con Clark Dupont y que nos prepare un jet privado para ya, si salimos inmediatamente todavía tenemos opciones de pararlo.

Kate sonrió ante ese espíritu arriesgado de Patrick.

—¿Crees que deberíamos pedir ayuda extra? —preguntó Kate antes de llamar a Dupont.

—¿En qué estás pensando exactamente?

—En Viktor. Viktor Svenson. Sí, no soporto a ese hombre pero en situaciones así hay que aprovechar todos los recursos y he de reconocer que Viktor tiene muchos.

—Me parece perfecto, Kate. Llamaré a Viktor para ver si tiene contactos en Arlington y que empiecen el rastreo a Kevin mientras nosotros llegamos. También estaría bien decirle a Dupont que envía a algunos hombres de

incógnito que tenga cerca, ¿no crees?

—Claro, Patrick. Me parece perfecto.

Dupont les dijo que si era eso lo que habían pensado a él le parecía estupendo. Estaba desesperado con la situación y el inminente ataque terrorista y no puso ninguna objeción a ponerles un jet privado que los llevara hasta Arlington en tiempo récord.

Viktor, por su parte, también se mostró excepcionalmente colaborativo. Patrick le resumió lo que habían pensado y a Viktor le parecieron correctos los razonamientos que habían hecho. Dio la impresión incluso que en las últimas horas había empezado a confiar de nuevo en la policía, al menos en los policías como los que tenía ante él. Les dijo que por supuesto que tenía recursos en Arlington y que en unos minutos los tendría rastreando cada centímetro cuadrado del Globe Park. Si Kevin estaba allí, lo encontrarían. Antes de colgar, a Patrick le pareció que incluso estuvo a punto de darle las gracias.

Solo a punto.

Al jefe de la policía de Amarillo le explicaron la situación y sus sospechas y se mostró algo contrariado con que se marchasen a Arlington. Pero no le quedó más remedio que aceptar su decisión, ellos eran los federales, él no. Le explicaron que tal vez en el hotel Last Days Inn, concretamente en la suite familiar, podrían encontrarse algunos de los principales sospechosos relacionados con el caso del Hombre del coche. El jefe se mostró también contrariado con eso pero les dijo que enviaría a alguien a que «pegara un vistazo». Frank Abbot, el jefe de la policía de Amarillo, no llevaba nada bien que alguien, menos los federales, le dijeran dónde tenía mirar o qué investigar en su propia ciudad. Pero no le quedó más remedio que obedecer y acatar órdenes, como hizo toda su vida hasta lograr su ansiado

ascenso.

Tan solo unos minutos después, Patrick y Kate estaban subidos a un avión que los llevaría en tiempo récord hasta Arlington. Se jugaban mucho en aquel vuelo, en aquella decisión. Sabían que todo se resolvería en apenas un hora, que de lo que ocurriese durante la siguiente hora dependería el devenir y la vida de miles y miles de personas.

Kevin

Una vez hubo pasado los controles de seguridad y pudo estar a pie de campo para admirar esas maravillosas vistas con las que tantas y tantas veces había soñado, no pudo evitar romper a llorar de pura felicidad. Se ajustó bien la gorra y contempló el verde césped con forma de diamante sobre el que muy pronto saltarían los dos equipos que lo darían todo por el éxito, por la gloria, exactamente igual que él. Se fijó en el *home* y en las bolsas de la primera y la segunda base. Las líneas de *foul*, los postes de *fair* y hasta en el montículo de del bateador, la pequeña loma desde la que mandar la bola al infinito si hiciese falta, exactamente igual que él iba a hacer con su odio y su resentimiento, mandarlo fuera de sí mismo, mandarlo fuera del campo y hacer, por fin, una vuelta completa.

Kevin estaba viviendo un auténtico sueño. No solo iba a poder ver en directo por primera vez en su vida al equipo que llevaba siguiendo desde que tenía uso de razón, sino que tenía ante sí la posibilidad de ver cómo se coronaban campeones de las series finales, el mayor trofeo que se podía ganar en béisbol. Y todo eso tendría lugar mientras se llevaba a cabo su personal venganza. O bien colgaban a los Rivers para que todo el mundo viera la clase de gente que eran, o bien haría estallar su bomba, haciendo volar por los aires a miles de personas y haciendo que los cimientos enteros del estado y del país se tambalearan. De la sociedad que lo había visto crecer, que se había cansado de humillarlo y de reírse de él.

En cuanto hubo pasado los controles se deshizo de la escayola aislante de su brazo izquierdo bajo la que había ocultado la consola de control. Con ella podía tanto manejar el dron y el detonador como tener acceso a las cámaras que tenía hackeadas y al canal de televisión cuya señal había logrado piratear

vía satélite. Lo que no se quitó fue ni el gran bigote falso que se había pegado ni las enormes gafas de pasta que le tapaban media cara. Eso debería bastar para pasar desapercibido ante los ojos de una sociedad que no miraba, que no observaba, nunca, que solo veía aquello que quería ver.

Las gradas se estaban llenando de gente, cada uno ocupando su lugar. Kevin no podía parar de sonreír. Allí su gorra de los Giants era una más. Todo el mundo llevaba una y por primera vez en muchos años se sintió integrado, se sintió que formaba parte de algo, algo auténtico.

Faltaba poco menos de una hora para que su plazo se cumpliera. El dron debería estar a punto de llegar al yacimiento de gas natural del condado de Reeves, y todo en el Washington Square Park de Nueva York parecía transcurrir con relativa normalidad, no parecía ni que el gobierno hubiese tratado de «preparar una escena» ni tampoco que estuvieran preparando el gran olmo para colgar a alguien.

Todo era perfecto. Una mujer vendía gorras y pañuelos con los colores de los Texas de Rangers y de los Giants. Un hombre pasaba con un carro de bebidas y aperitivos ofreciendo sus servicios al público que recién se acababa de sentar. El ensordecedor bullicio era música para sus oídos. Se escuchaban pitidos, risas, bocinas y cánticos regionales. Todo era como se había imaginado, como siempre había soñado. Familias enteras, grupos de amigos, padres con sus hijos, escuelas infantiles, bandas musicales y cómo no, las animadoras, haciendo sus ejercicios de calentamiento antes de dar rienda suelta a su fabuloso y acrobático espectáculo. Pero como nada dura eternamente, el estúpido del presidente de los Estados Unidos tuvo que estropear su momento enviando de nuevo un video de emisión en directo, un video que todos pudieron ver a través de la pantalla gigante del estadio.

El presidente pedía «sensatez». Un espacio para negociar, para hablar, para «hacer bien las cosas». Recordaba que no hacía falta hacer «ninguna

estupidez» para clamar justicia. Los Estados Unidos era «el primer país» de las naciones libres del mundo y como tal tenía la obligación de velar y de proteger cualquier amenaza que osara mancillar el buen nombre de la justicia de un país «tan» civilizado. Invitaba a Kevin a sentarse personalmente con él para hablar «de todo». Incluso le pedía que le ayudase a encontrar a los que le hicieron aquello, pero desde la palabra y la razón, no desde los actos terroristas que no llevaban a ningún lado. El vídeo acababa con una foto de Kevin, esa en la que aparecía precisamente con la gorra de los Giants. Una foto del tamaño de tres malditos metros cuadrados que todos pudieron observar bien durante un par de segundos. El querido presidente del líder de las naciones libres pedía colaboración a toda la población porque el hombre que aparecía en pantalla podía ser el que estaba detrás de esa «amenaza» que «muy pronto estaría resuelta». Un hombre que actualmente se encontraba en paradero desconocido y había que estar muy atentos porque podría estar «en cualquier sitio».

El video duró alrededor de un minuto. Kevin pudo ser testigo de cómo toda aquella multitud permaneció en un contenido y casi molesto silencio durante todo el mensaje presidencial. Pero apenas un segundo después de cortarse la emisión volvió de nuevo el estruendo, y los gritos, y las bocinas, y los vítores. Kevin se afanó en escuchar lo que decían las personas que tenía a su alrededor después de asegurarse de que su gran bigote falso y sus gafas de pasta seguían en su sitio, quería saber qué pensaban de todo aquello, cómo se posicionaban ante «la amenaza» de atentado y ante «el terrorista».

El mundo entero se le cayó encima cuando empezó a escuchar cómo clamaban por su cabeza, cómo rogaban porque lo encontrasen cuanto antes y lo abatiesen a tiros como «había que hacer con todos los lunáticos». Lo tachaban de lunático, de loco, de alguien que no merecía ni ir a la cárcel. Pena de muerte, todos coincidían. Pena de muerte era lo que exigían para alguien que

había amenazado con hacerles daño a tantas y tantas familias. ¿Quién se había creído? ¿Con qué derecho se veía para hacer una cosa así? Incluso escuchó decir que los Rivers debieron asegurarse de que lo habían matado cuando lo echaron a aquel contenedor y nada de esto estaría pasando ahora.

Kevin empezó a sentir fuertes palpitaciones por detrás de su pecho. Se llevó una mano a la placa metálica, bien oculta tras la gorra y su pelo, y empezó a frotarla con compulsión, a clavar sus dedos en la carne de alrededor. Otra vez ese dolor interior. Necesitaba sacarlo fuera. Ahora era más intenso que nunca y sentía como si estuviese a punto de hacerlo estallar por dentro. Escuchaba los gritos, las risas, los cánticos, las palabras de «justicia», las palabras de «darle caza», las palabras de «acabar ya con él para poder disfrutar del partido en paz».

Salió corriendo hacia los baños. Agachó la cabeza y aceleró el paso. Le empezó a invadir un miedo horrible a que alguien lo reconociese y lo linchasen allí mismo, de nuevo a patadas y a escupitajos. Frente a él vio a dos policías que hacían la ronda y preguntaban a las personas que encontraban a su paso mientras les enseñaban una fotografía. Kevin bajó aún más la cabeza y pasó junto a ellos con los ojos cerrados y las lágrimas contenidas bajo los párpados. Se habían detenido a preguntarles a una pareja de jovencitas y aparentemente no repararon en él.

Todas las voces, todos los gritos y todas las personas con las que se cruzaba parecían estar acosándolo, observándolo en la distancia y cercándolo como a un animal herido. Llegó a los baños que había bajo la zona de la tribuna y tuvo la suerte de encontrar una cabina libre. Se encerró lo más rápido que pudo y trató de controlar la respiración. Su mano derecha empezó a frotar los bordes de la placa de titanio hasta que sintió cómo sus dedos se humedecían de sangre espesa y ligeramente terrosa.

¿Cómo era posible que el estúpido del presidente lo hubiese perturbado

de esa manera? ¿Por qué demonios no se podía limitar a cumplir con sus exigencias de una vez? ¿Era preciso apelar al patriotismo y a la colaboración de una población que no le importaba lo más mínimo? ¿Era necesario poner a toda la población en su contra? ¿No tenía bastante con lo que tenía?

Kevin no dejaba de hacerse preguntas mientras el miedo a ser descubierto y la rabia por ver cómo el presidente había intentado persuadirlo a él y manipular a la sociedad de esa manera tan burda lo devoraban por dentro. Un fuego interno se estaba apoderando de él. Apretó bien fuerte los bordes de la placa hasta que sintió cómo uno de sus dedos se clavaba más de lo normal en la carne. Eso pareció aliviar un poco su dolor interior, «su dolor», como él mismo se refería a lo que sentía desde hacía tantos años y que nadie más podía comprender ni sentir porque nadie había pasado por lo que había pasado él.

Comprobó las cámaras con su consola de control que tenía atada a su brazo izquierdo y vio que el dron volaba libre y estaba llegando a su destino. No lo habían encontrado y eso lo tranquilizó. Sonrió recordando la gran idea que tuvo al desenfocar la cámara y al emitir las imágenes con veinte minutos de desfase, tiempo suficiente para despistar a los aviones de su querido y patético presidente. Vio las cámaras del Washington Square Park y su cara se iluminó totalmente. Edward y Jennifer Rivers estaban siendo llevados por un brazo hasta el gran olmo del parque. Después de todo el presidente sí parecía estar dispuesto a poner algo de su parte.

Ver cómo dos policías llevaban del brazo, casi a rastras, a sus verdugos, hizo que se le pusiera la piel de gallina. Sintió un cosquilleo muy fuerte en la boca del estómago y cómo toda la zona del periné y de su cintura se le aflojaba. Tuvo que apoyar las dos manos en las paredes de la cabina del baño durante unos segundos para no desmayarse de la emoción tan grande que estaba sintiendo. Fue como un orgasmo multiplicado por mil. Le faltaba el aire, y eso que todavía no pendían colgados del cuello de uno de los grandes y

poderosos brazos del majestuoso y casi bíblico olmo.

En apenas unos minutos la policía había evacuado todo el parque y estaba acordonando todo el perímetro con cintas de seguridad. No querían que nadie viese demasiado cerca lo que estaban a punto de hacer, un ahorcamiento en el gran olmo del Washington Square Park al menos cien años después del último, el de un tal Klaus Minsk. Kevin no pudo evitar volver a estallar en un llanto de felicidad. Era una montaña rusa de emociones. No lo podía controlar. Un sube y baja que lo hacían pasar de la euforia absoluta al pánico total en apenas segundos. Lo que estaba logrando era algo increíble, algo inimaginable hacía tan solo unos años. Pasó una mano por la placa de titanio pero esta vez sin clavar los dedos, solo frotando y acariciando el frío y castigado metal. Tenía en jaque a toda la nación y el presidente de los Estados Unidos estaba preparado para dar la orden, «su orden», y ejecutar a sus dos verdugos. El engréido de Edward Rivers estaba en buena forma, se notaba que había ensanchado su espalda en el gimnasio y todavía no le había salido ni una sola cana. Una vida llena de tranquilidad, éxitos y escasos contratiempos. Jennifer también lucía bien, aunque se la veía algo más castigada por los años. Tal vez el cuidado de los hijos, tal vez el resultado de una vida de fiestas y excesos. Lejos quedaba ya aquella jovencita impulsiva y temperamental que lo acusó falsamente de haber estado mirándole las tetas, de haber incluso tratado de tocarla. Parecía haber adquirido esa pose, diplomática y glacial, que adquirían las personas de la clase alta de la sociedad al llegar a cierta edad. Tratando de aparentar sabiduría, seguridad, años de experiencias vitales y de aprendizaje. Pues que se fuese preparando porque en unos minutos emprendería el viaje de su vida, su último vuelo.

Kevin estaba recuperando sensaciones. La seguridad. Apenas faltaban veinte minutos para que todo terminase. Vio que el dron acababa de aterrizar en el centro del yacimiento de gas natural del condado de Reeves y que afuera,

el ruido y el tumulto seguían aumentando el volumen. Decidió que era el momento de enviar un nuevo video, uno en el que se viera al dron ya esperando para ser detonado, uno en el que recordase que si a las diez de la noche no veía a los Rivers colgando por su cuello, la bomba estallaría y entonces sí sería el caos.

Se arregló un poco el pelo, se quitó las gafas y el bigote falso y se ajustó de nuevo la gorra. Luego se aseguró que la cámara grababa un primerísimo primer plano en el que apenas se le viesen los ojos bajo esa alargada sombra de la gorra de los Giants. También ajustó el enfoque para que no pudiera identificarse bien la pared que había tras él.

«Estimado presidente, me dirijo a usted, sí, a usted personalmente para decirle que me he llevado una grandísima desilusión al ver su mensaje por televisión. Francamente no esperaba esto. Qué negligencia tan grande por su parte hacerme enfadar de esa manera cuando le dije expresamente que no estaba dispuesto a negociar ni a mantener ningún tipo de comunicación ni con usted ni con nadie. Ha sido usted un insensato pensando que tenía alguna posibilidad. Ha puesto en peligro la vida de miles de personas por su inoperancia y su falta de solidaridad y de buen juicio. Le dije cuál era la situación, cuáles eran sus dos únicas opciones, pero no, nuestro estúpido y retrasado presidente no podía quedarse al margen y ha tenido que hacerse el héroe y salir de nuevo en antena. Pues quiero que todo el mundo sepa que usted y solo usted será el único responsable de las vidas que puedan perderse esta noche. Métase por el culo «su justicia» y sus palabras. Métase por el culo toda su arrogancia de clase alta porque esta noche, sí, esta maldita noche, soy yo quien manda. Y yo solo quiero «mi justicia», la mía, la que yo me merezco y no la que usted me ofrece. ¿Acaso me ha tomado por un estúpido? ¿No sabe que lo único que hace al tratarme como a un idiota es enfadarme aún más? Le diré algo, cuelgue a los Rivers, hágame caso, cuélguelos. Mejor lamentar dos

muerter que miles, ¿no cree?

Ah, se me olvidaba, para que veáis que nada de esto es un farol o que os he estado mintiendo, aquí os dejo unas bonitas vistas de dónde se encuentra mi maravillosa bomba en estos momentos, lamento decir que ha llegado un poco antes de tiempo y que ya ha aterrizado, en hora y sin contratiempos.

Hasta luego, presidente, y por dios, no se le ocurra volver a mandar otro video porque le prometo que en ese mismo instante haré que todo explote. Todo»

Kevin terminó la emisión y respiró profundamente. Faltaba muy poco para que empezase el partido, casi el mismo para que colgasen o no a los Rivers. Decidió quedarse en esa cabina a ver cómo transcurría todo, cómo terminaba todo.

Patrick

En cuanto aterrizaron en las inmediaciones del Globe Park en Arlington y bajaron del jet privado, Patrick echó una vomitona en el primer cubo de basura que vio a su paso. El vuelo había sido una auténtica locura de turbulencias, cambios de presión y pitidos en los oídos. Sí. Su oído derecho, con el aumento de presión del avión, había empezado a sangrar de nuevo, pero con más brío, con más energía. Kate lo miró con preocupación pero ni se le ocurrió decirle que fuese a que lo viese un médico, sabía de antemano la respuesta.

De camino al Globe Park, subidos al Audi A8 que estaba esperándolos, sus móviles empezaron a sonar.

Primero el de Patrick. Recibió la llamada de Frank Abbot, el comisario jefe de Amarillo. Le informaba de que sorprendentemente, en la suite familiar del hotel Last Days Inn se habían producido una serie de crímenes, se había producido «un baño de sangre», para ser exactos. Dijo que a simple vista todo apuntaba a un crimen pasional y que en las inmediaciones del hotel habían encontrado el Volvo S90 blanco que estaban buscando, el relacionado con el caso del Hombre del coche. Frank Abbot no dejó en todo momento de recordar que habían sido «ellos» quienes habían descubierto la escena del crimen y quienes estaban procediendo a sacar huellas y a realizar los primeros interrogatorios al personal del hotel. Patrick no se vio con fuerzas ni con ganas de discutir con Frank sobre la autoría o el mérito de haber llegado hasta esa habitación. Antes de colgar, Frank le dijo que también serían ellos quienes custodiarían a los supervivientes en el hospital. Patrick se detuvo de golpe al escuchar la palabra «supervivientes».

—¿En el hospital dices? ¿Entonces hay supervivientes? —Por la forma en

la que Frank se había estado refiriendo en todo momento a lo ocurrido daba la impresión de que había sido una carnicería y que nadie allí había salido con vida. Patrick lo había dado por sentado porque en realidad apenas podía pensar con claridad. No podía quitarse de la cabeza que en unos quince minutos aproximadamente tendrían que dar caza a uno de los criminales más peligrosos e inteligentes contra los que se había enfrentado o ver cómo se le escurría entre los dedos la vida de más personas. Muchas más personas.

—Claro que hay supervivientes, agente Hunt, ¿no se lo he dicho? Hay una víctima y dos supervivientes, eso sí, en estado muy grave. Heridas de arma blanca, han perdido mucha sangre, ¿entiende? ¿Comprende lo que le digo?

—Sí, Frank, entiendo lo que dice, hablamos el mismo idioma, ¿recuerda? ¿Quiénes son los supervivientes?

—¿Y cómo demonios quiere que yo lo sepa? ¿Acaso cree que este tipo de gente lleva la identificación personal encima? De momento solo puedo decirle que ha sobrevivido un hombre y una mujer, y la víctima confirmada es también una mujer. En total tres personas. Aunque como le he dicho, no sería de extrañar que los dos supervivientes no pasen de esta noche, según el médico que los ha reanimado están muy graves. Sobre todo la chica. La chica tiene el corazón como muerto. Apagado. Al parecer tiene... qué sé yo, se la ha fundido el sistema eléctrico ese que hace que el corazón no deje nunca de latir.

—De acuerdo, Frank, tengo que dejarle, estamos llegando al Globe Park. Llámeme con cualquier novedad, ¿entendido?

—Bueno, haré lo que pueda, aquí también tenemos mucho trabajo, ¿entiende? ¿Comprende lo que le digo? Ah, por cierto. Otra cosa. ¿Qué quiere que hagamos con el paquete? ¿Lo abrimos?

—¿Qué paquete?

—El paquete. ¿No se lo he dicho? En el Volvo S90 había un paquete de esos envueltos en papel acartonado marrón. Solo tenía una palabra escrita en

la parte de fuera. Kate. ¿Así se llama su compañera, verdad?

Patrick se quedó un instante en silencio procesando la información. Habían pasado tantas cosas en los últimos días y especialmente en las últimas veinticuatro horas que no recordaba que en el último mensaje que les había dejado Jack ya les advertía de la existencia de dicho paquete y de que la destinataria era Kate. No obstante no dejó de sorprenderle que realmente existiera. La cuestión era, ¿por qué Jack quería que lo abriese ella y no él? Se dijo antes de archivar la conversación con el hombre del bigote. Del enorme y cuadrado bigote. Con Frank.

—Sí, así se llama mi compañera —dijo Patrick mirando a Kate—. No, no lo abra, que le pasen el detector de explosivos y aguarden hasta nuestro regreso, ¿de acuerdo?

—Claro, por supuesto. Hasta pronto, agente Hunt.

—Hasta pronto, Frank.

Antes de que Patrick pudiera decirle a Kate lo del paquete de Jack y lo del «baño de sangre» y los dos supervivientes, empezó a sonar su teléfono. En esta ocasión sí fue el de ella.

Era Dupont, su jefe, informándole de los dos últimos videos, el del presidente y el de Kevin, sobre todo el de Kevin. La bomba estaba en su lugar de destino y no tenían ni idea de qué lugar era aquel. Solo que en menos de veinte minutos el contador llegaría a cero y todo a su alrededor sería invadido por el pulso electromagnético y el efecto térmico. Pero lo más importante era que Kevin acababa de grabar un video nuevo y si estaba en el estadio de los Rangers de Texas como habían pensado, debía haberlo grabado desde algún lugar del estadio. Un lugar a cubierto, probablemente un almacén o un baño. En un estadio deportivo no existían muchos más lugares para permanecer en la intimidad. Un baño fue la primera opción de Dupont ya que Kevin respondió al video del presidente apenas unos tres o cuatro minutos después de su

emisión, eso le había llevado a pensar que había improvisado. Se había puesto nervioso y había reaccionado impulsivamente, colándose en el primer baño que encontró a su paso.

Les recordó de nuevo que tan solo quedaban quince minutos para que venciera el tiempo que Kevin les había dado como límite y que tenían que encontrarlo como fuera. Con mucho cuidado de no abatirlo porque lo necesitaban con vida para desactivar la bomba. Tenían que ir con extremo cuidado de que Kevin no viera a ningún policía ni se sintiera amenazado en ningún momento. La detención se realizaría solo cuando recibieran la señal. Que eso formaba parte «del plan». Les contó cuáles eran las nuevas instrucciones y qué se había decidido. El presidente estaba desesperado y había hecho llevar a los Rivers a rastras hasta la «zona cero», que era como habían llamado al lugar donde Kevin les había dicho que los colgara.

No tenían otra opción. El gobierno de los Estados Unidos no cedía ante los chantajes. Nunca. Aunque no ceder fuese sinónimo de perder a miles de personas. Familias enteras. Pueblos arrasados. Una contaminación radiactiva tan grande que podría convertir una gran extensión de terreno norteamericano en un lugar intransitable e inhabitable para el ser humano. Pero ejecutar a dos personas públicamente y a sangre fría cuya culpabilidad no había sido demostrada era algo tan atroz que ni tan siquiera se había llegado a plantear seriamente.

El plan que había decidido el presidente tras escuchar las propuestas de su comité de emergencias terroristas y las de la CIA y el FBI era arriesgado, pero era el mejor de los que tenía sobre la mesa. Casi el único en el que se podía resolver la situación con la esperanza de que ningún inocente resultase herido.

Prepararían «una escena». Una de verdad. Colgarían a los Rivers de la forma más realista que les fuese posible. Utilizarían las últimas técnicas que

se utilizaban en el mundo del cine cuando se rodaban escenas de ahorcamientos. Ahorcamientos prácticamente auténticos. En realidad poco diferían de uno real. La única diferencia es que además de la soga al cuello, las personas que iban a ser ahorcadas también llevaban una especie de arnés por debajo de la ropa que tiraría de ellos por sus axilas y costillas justo un poco antes de que la soga tirase de su cuello. Para ello hacía falta que la cuerda de la soga llevase un pequeño filamento de acero, prácticamente inapreciable, que estaría enganchado al arnés por la parte de su espalda. Dicha técnica se utilizaba en cine solo por especialistas muy entrenados y preparados. Entrañaba un riesgo alto de que algo saliera mal y el ahorcamiento se produjese de forma real. Ya que la única diferencia que habría sería ese pequeño filamento que tiraría de ellos por ese diminuto arnés. Además, el «tirón» del cuerpo en la caída podía partirles perfectamente una o más costillas o dislocarles un hombro. Pero ese no era el mayor de los riesgos. Dicha técnica solo permitía que ese ahorcamiento falso se mantuviese durante dos o tres minutos. Tras ese tiempo, la presión ejercida por el arnés y el descenso en la resistencia del pequeño filamento harían que tanto la soga auténtica como el estrangulamiento de las correas atadas a su caja torácica acabaran por matarlos de verdad. Todo ello sin contar que no se produjese ningún error de cálculo en la colocación de los diferentes elementos, o que cualquiera de los Rivers se pusiera muy nervioso y lo echase todo a perder o incluso que el propio Kevin, con una de sus cámaras, se diese cuenta de todo el engaño.

La idea era colgarlos apenas un minuto antes de las diez de la noche, la hora límite de Kevin. Teóricamente, Kevin desactivaría la bomba al ver sus exigencias cumplidas y justo en ese momento sería cuando tendrían que atraparlo para poder descolgar los cuerpos antes de que se ahorcasen de verdad.

Una auténtica misión imposible con un alto porcentaje de posible error.

Cuando Patrick y Kate entraron al Globe Park sintieron un ligero cosquilleo en la boca del estómago que tuvieron que contener apretando bien fuerte los puños. Ansiedad máxima. La vida de miles de personas en sus manos. Escasas horas de sueño. El cuerpo y la mente habían estado tan al límite que apenas sabían bien ni dónde estaban. Tan solo que su única opción pasaba por encontrar a Kevin en tiempo récord en un estadio plagado de miles de personas que llevarían su misma gorra y que serían como esos árboles que no dejan ver el resto del bosque. Un ir y venir constante. Tráfico humano incesante. Imparable cascada de personas bloqueando su campo de acción, su campo de visión.

—¿Qué opinas, Kate? ¿Almacén o baños? ¿Dónde crees que puede estar?

—preguntó Patrick después de ver el video que Kevin había emitido.

Kate iba a decirle que dejara de preguntarle a ella. Pero algo en su interior también parecía haber cambiado en los últimos días y horas. Patrick le preguntaba desde el auténtico respeto, desde la confianza y la fe ciega en ella y en su criterio. También él se merecía un poco más de respeto y confianza por parte de ella.

—Por mí en los baños. Al parecer, y coincidiendo con lo que opina Dupont, el último video que ha mandado Kevin ha sido grabado de muy cerca. Como si se hubiese pegado mucho la cámara a la cara. Tal vez con la intención no solo de que no viésemos el fondo de esa imagen, qué había tras su rostro, sino también para que el micro solo absorbiese su voz y no otro tipo de sonidos que revelaran su posición. No obstante no debe de haber podido evitar que se escuchara ese ruido de fondo que hemos oído. Un zumbido que podría estar relacionado con el ajetreo y el tumulto de unos baños. Además, si estuviese en un almacén o algo similar, ¿no crees que hubiese tenido otra

iluminación? Ya sé que no tiene por qué, pero la luz del video que ha mandado es blanca total, en cambio la luz que suele utilizarse en almacenes y sitios así suele ser algo más oscura. No sé, es tan solo una observación.

—Me parece una gran observación, Kate. A los baños entonces.

El oído derecho de Patrick había empezado a sangrar de nuevo. Pero ninguno de los dos hizo comentario alguno al respecto.

Irrumpieron en el despacho del jefe de los servicios de seguridad del estadio con la identificación en la mano. Le explicaron la situación de máxima urgencia en menos de medio minuto y le dijeron que tenían que revisar las grabaciones de las cámaras de vigilancia cercanas a todos los baños del estadio de la última media hora. Necesitaban encontrar a una persona.

—A esta persona. Esta de aquí. La de la foto —dijo Kate mientras observaba cómo Sidney Ink, el jefe de los servicios de seguridad del estadio permanecía con las manos cruzadas y apoyadas por encima de su incipiente abdomen—. Porque, las cámaras de vigilancia han estado grabando, ¿verdad Sidney?

—Efectivamente, agente. Mis cámaras no han dejado de grabar durante las dos últimas horas. Y para su información son las de mayor calidad y definición de todo el maldito país, mucho mejores que las que tienen los Giants, los Red Sox o los Yankees.

—Pues eso es una noticia maravillosa, Sidney, y ahora si eres tan amable, enséñanoslas. Por favor —dijo Kate con severidad y una sorprendente buena educación.

Sidney dio una vuelta casi completa con su silla ergonómica de trabajo y empezó a teclear en su ordenador. Rápidamente salieron en pantalla veinticuatro imágenes. Fotogramas en movimiento. Correspondientes a las cámaras de las zonas adyacentes a los veinticuatro baños masculinos del estadio.

—Bien. ¿Por cuál empiezo? —preguntó Sidney con una mano en la bola rastreadora de la consola de control y la otra en los controles de reproducción.

—No lo sé, Sidney. ¿Qué tal si las vemos todas? —respondió Kate con la ansiedad y el nerviosismo a punto de estallarle al jefe de seguridad en la cara.

—Lamento decir que por todas no va a poder ser, agente, ¿no ha dicho que tenemos...?

—Diez minutos, quizá menos —dijo Patrick mirando su reloj.

—Correcto, menos de diez minutos —añadió Sidney—. Con ese tiempo podemos ver bien el contenido de tres o cuatro cámaras, y eso teniendo en cuenta que no se nos escape nada. Mis cámaras son buenas, pero mi ordenador es una basura, no como los bichos que tienen en la NSA con su maravilloso software de reconocimiento facial, análisis visual, estimación directa, comparación entre sujetos... Ustedes ya me entienden, el caso Snowden y toda esa mierda —dijo Sidney guiñándoles un ojo y haciendo un extraño ruido con sus dientes, como si se acabase de partir una muela o algo así.

Tanto Kate como Patrick dudaron acerca de si Sidney era consciente de la gravedad del asunto.

—Vale, Sidney —dijo Kate después de respirar hondo de nuevo—. Imagínate que la persona a la que buscamos tiene dinero, mucho dinero, y que lleva toda la vida deseando ver este partido, ¿en qué zona del campo crees que habría reservado su asiento?

A Sidney se le dibujó una sonrisa torcida y picarona.

—Haber empezado por ahí, agente. Las mejores y más caras zonas del campo para ver este partido son tres. Los Field Boxes, que son los asientos que están más cerca del campo, los Main Boxes, que son los asientos que están justo arriba de los anteriores, y los Main Reserved, estos digamos serían la última sección de la «parte baja» y los considerados más elitistas. No estás tan cerca de los jugadores pero te dan una visión más periférica de todo el

campo, más completa.

Patrick y Kate se quedaron unos segundos observándose. Casi estudiándose. Los minutos volaban. Corrían tan deprisa que apenas tendrían tiempo de alcanzar a Kevin incluso encontrándolo en la primera de las cámaras. Pero había que intentarlo. Intentarlo todo.

—Decide tú esta vez, Patrick, si no te importa —dijo Kate con un ligero temblor en los labios.

Patrick la miró a los ojos y vio auténtico miedo. Pánico al fracaso y a no poder soportar la carga de haberse equivocado. Decidió que no quería hacerla pasar por eso.

—Está bien, Sidney. Si Kevin lleva tanto tiempo queriéndose resarcir habrá querido hacerlo por todo lo alto. Vamos a las Main Reserved. Los asientos más exclusivos.

Sidney asintió sin mediar palabra e hizo volar su bola rastreadora hasta la cámara número veintitrés. Retrocedió hasta la última media hora y empezó a pasar imágenes a golpes rápidos. Multitud de caras de todo tipo empezaron a desfilar por ese pasillo que llevaba directo hasta el baño que había cerca de la zona más reservada, la llamada zona de tribuna.

—Un poco más deprisa, Sidney, por favor —dijo Kate viendo que tan solo faltaban cinco minutos para la hora límite.

—Eso está hecho.

Los fotogramas empezaron a pasar más deprisa. Más caras. Más bufandas. Gorras. Camisetas. Banderas. Tambores. Parejas. Niños. Adultos. Cervezas. Bocinas. Risas. Brazos en alto. Empujones. Prisas. Y al final...

Kevin.

—Ahí está. Es él —dijo Patrick señalando la pantalla—. Es él, ¿verdad? —Apenas podía creer que lo hubiesen encontrado realmente. Le parecía algo casi mágico.

—Sí, Patrick, es él. Es nuestro —dijo Kate—. ¿Puedes ir avanzando hasta la hora actual, Sidney? Necesitamos saber si todavía está ahí dentro o en caso de que haya salido ver hacia qué dirección ha ido.

—Claro. Eso está hecho.

Sidney empezó rodar su bola rastreadora con rapidez. Los tres tenían puesta la vista en la puerta de ese baño rezando por que Kevin no hubiese salido, por que estuviese todavía en ese baño. Si había salido de allí sería prácticamente imposible encontrarlo antes de la hora límite, antes de las diez. Apenas faltaban tres o cuatro minutos.

—Más rápido, Sidney. Más rápido por favor —dijo Kate de nuevo.

—Eso hago agente, eso hago.

Sidney continuó haciendo rodar su bola de control. Más rápido. Con más energía. Las imágenes se sucedían ante sus ojos entremezclándose unas con otras. El pulso acelerado. Ausencia de pestañeo en los ojos. Sangre en el oído derecho de Patrick. Sudor en las axilas y nuca de Sidney. Un pequeño tic en el párpado izquierdo de Kate.

—Ya está. La imagen que ven ahora es ya en tiempo real. Si no se nos ha escapado con las prisas, nuestro hombre continúa ahí dentro —dijo Sidney dándose de nuevo la vuelta haciendo girar su silla.

—¿Cuál es la forma más rápida para llegar hasta allí? —preguntó Kate con urgencia mientras miraba su reloj. Tres minutos para el final.

—¿La más rápida? La más rápida es correr todo lo que puedan porque solo hay un camino. Salgan por el pasillo que han venido y corran lo más rápido que puedan porque ese baño se encuentra justo aquí —Sidney señaló un punto de un pequeño mapa del estadio que tenía sobre la mesa—. Y nosotros estamos aquí —añadió Sidney mientras señalaba su posición actual y trazaba una línea curva entre ambos puntos con un rotulador.

—Gracias por todo, Sidney —dijo Kate mientras se apresuraban a salir.

—Agentes —dijo Sidney—. Dense mucha prisa porque con el tráfico de personas y la distancia a recorrer... puede que les quede algo justo llegar allí en dos minutos, por no decir que es imposible.

Kate y Patrick desaparecieron del despacho de Sidney y emprendieron una carrera infernal contra el tiempo. Apenas tenían dos minutos. Patrick sacó el teléfono y llamó a Dupont. Le dijo que diera el aviso al presidente para que procediera al ahorcamiento falso, Tenían localizado la posición del sospechoso.

—Mierda, Patrick, no vamos a llegar, se nos va a escapar. Otra vez —dijo Kate a la carrera.

Patrick la miró a los ojos y después volvió a marcar un número en su teléfono móvil. Apenas unos segundos después descolgaron desde el otro lado.

—Viktor. Soy el agente Hunt, escúcheme, la situación es límite. Llame a sus hombres y díganles que se dirijan inmediatamente al baño número veintitrés, el de la zona Main Reserved. Lo tenemos. Está allí pero no por mucho tiempo. Se va a escapar en cosa dos o tres minutos como mucho. ¿Puede hacerlo? ¿Tiene alguien por allí?

—Puedo hacerlo, agente. Tengo a alguien por allí.

—De acuerdo, Viktor. Muchas gracias. Nosotros estamos de camino. Vamos lo más rápido que podemos. Llegaremos allí enseguida.

—Está bien, agente. Gracias por la información.

—Viktor, escuche...

—¿Sí?

—Si lo atrapa no haga ninguna tontería, ¿de acuerdo? Deje que sea la justicia quien se haga cargo de él. Por favor.

Viktor colgó el teléfono sin decir ni una palabra más.

Kevin

Su respiración se había vuelto entrecortada. En su interior, la sangre corría con tanta fuerza que parecía estar agrietando sus arterias. La puerta del baño en el que estaba encerrado había sido golpeada una infinidad de veces por la gente que se impacientaba y que hacía cola para descargar las cervezas del pre partido. Todo estaba a punto. Todo parecía estar en hora.

Kevin se llevó una mano a la placa de titanio cuando vio cómo un hombre fornido y bien entrado en años pasaba la soga por los cuellos de Edward y de Jennifer. No podía creérselo. Los Rivers iban a ser ejecutados públicamente tal y como él había pedido, tal y como él había exigido. Como se merecían.

Tenían las manos atadas por detrás de la espalda. Jennifer lloraba. Desconsolada. La pintura de ojos se deshacía como en un día de lluvia y desteñía esa máscara con la que cubría día a día su verdadero rostro, el de la niña egoísta y cruel que le truncó la vida. Edward estaba pálido. Lívido. Trataba de aguantar el tipo pero cuando le subieron al cajón las piernas empezaron a temblarle. Los dos se miraron a la cara durante un instante. Parecían estar preguntándose cómo era posible que fuesen a terminar así. Tal vez incluso buscando el uno en los ojos del otro si se arrepentían de lo que hicieron aquel día.

Kevin miró su reloj. Un minuto para las diez. Su bomba estaba en hora y si no los colgaban inmediatamente no tendría tiempo de pararla. Se aseguró bien de que no hubiesen orquestado ningún truco barato para engañarlo. A simple vista no observó nada fuera de lo normal. Tan solo el matrimonio Rivers con la soga al cuello, subidos al cajón y la aterradora quietud que reinaba en todo el Washington Square Park.

Todo estaba a punto y sin embargo no le daban la patada a ese cajón que

los mandara al otro barrio sufriendo una muerte rápida pero muy dolorosa.

Volvió a sentir cómo sus dedos se clavaban en la piel alrededor de la placa. Cómo se humedecían de sangre espesa, medio coagulada. Tenía la boca seca. Menos de un minuto para que la bomba estallase. Cuarenta segundos. Treinta. El tiempo se agotaba.

El hombre que les había pasado la soga al cuello se puso frente a ellos. Se despidió en silencio. Su rostro también estaba tenso. Los pantalones de Edward estaban mojados. Se había meado. Jennifer no paraba de llorar y de mirar hacia todas partes pidiendo auxilio, socorro. A Kevin eso casi le provocó una erección. Sintió un placer similar al orgasmo, a la excitación sexual. El hombre fornido se situó tras ellos y por fin, le dio una patada al cajón de Jennifer, las damas primero, y después al de Edward. Los dos cuerpos cayeron con fuerza mientras la rama del gran olmo de la que pendían cedía unos cuantos milímetros.

Quince segundos.

Los dos cuerpos se retorcían en el aire. Balanceándose de forma grotesca. Intentando alcanzar con los pies el suelo. Un suelo a más de un metro de distancia. Tratando de soltarse las manos, de coger aire. Instinto animal. Supervivencia. Siempre. La auto conservación del yo.

Diez segundos.

No entendía por qué demonios no se morían de una maldita vez. No entendía por qué diablos el maldito presidente había tardado tanto en colgarlos. Si no paraban de moverse no detendría la bomba y la culpa sería suya.

Cinco segundos.

El cuerpo de Edward pareció detenerse. Balancearse en silencio. Pura inercia. Como un peso muerto. El de Jennifer también pareció dejar de luchar contra lo inevitable y sus piernas y tronco dieron dos fuertes sacudidas. Las

sacudidas finales. ¿Estaban muertos? ¿De verdad?

Tenían que estarlo.

Los ojos de Kevin se quedaron congelados en la pantalla observando eso que de tan increíble, de tan fantástico, parecía incluso irreal, incluso falso. ¿Se lo estaba imaginando?

Miró los controles de la consola de su brazo y pulsó el botón de stop a tan solo un segundo de la explosión. Un segundo.

Se quedó mirando los cuerpos de los Rivers en silencio. Contenido silencio. El detonador de su bomba nuclear a tan solo un segundo de haber producido uno de los mayores desastres de la historia. Y por fin estalló en un grito y una risa como nunca antes había tenido. La explosión de júbilo infinito. La alegría máxima. No podía creer que lo hubiese conseguido. Sintió algo en sus pantalones. Algo cálido. Miró hacia abajo y vio que también se había meado, igual que Edward Rivers. Eso le provocó una risa aún más grande. Aún más fuerte y estruendosa. Qué curiosa y qué graciosa le pareció la vida. Y sobre todo, qué justa. Por fin. Qué justa.

Respiró profundamente y se secó las lágrimas. Lloraba de pura felicidad. Auténtico e incontenible llanto.

Ya estaba hecho. Su venganza. Los Rivers muertos. El mundo entero había sido testigo de lo que era capaz, de que el rico y el poderoso no siempre ganaba.

Se levantó dispuesto a terminar ese maravilloso y glorioso día. Vería el partido de su vida. Los Giants ganarían las series finales y después huiría en el jet privado ruso que lo estaba esperando muy cerca del estadio. Huiría tan lejos que nadie lo podría nunca encontrar. Empezaría una nueva vida. Una en la que por fin podría encontrar la paz. La felicidad.

No podía quitarse la sonrisa de la cara. Observando cómo se balanceaban los cuerpos de los Rivers colgados del gran olmo. Se puso en pie dispuesto a

salir de allí. Pero justo antes de abrir la puerta del baño se detuvo en seco. Vio algo. Algo que no estaba bien. Algo que no cuadraba en todo aquello. Como esa pequeña señal que denota que un cuadro es falso. ¿Qué era? ¿Qué demonios era eso? ¿Lo habían engañado? Una terrible y asfixiante ansiedad se apoderó de su garganta y de sus pulmones.

Los cuellos.

Maldita sea.

Eran los cuellos. Lo habían engañado. Los cuellos colgaban hacia abajo en lugar de hacia arriba. En todos los ahorcamientos los cuellos se veían estirados y casi mirando al cielo. En cambio los de los Rivers estaban como mirándose los pies.

Estaban suspendidos por sus axilas. Como dos marionetas de las que se mueven con hilos. Lo habían engañado. Había sido víctima de un terrible y humillante engaño.

Las lágrimas de Kevin se hacinaron en sus ojos. Miró su consola de control. Activó de nuevo los controles de detonación y justo cuando iba a reactivar la cuenta atrás, la puerta del baño se abrió ante él de un fuerte golpe. Una patada que hizo saltar por los aires el seguro y el marco de la puerta.

Kate

—Ni se te ocurra mover un solo dedo porque te juro que te mato.

Kate estaba a menos de un metro de Kevin apuntándolo directamente a la cabeza. Tras ella estaban Patrick y tres de los hombres de Viktor. Vestían exactamente igual que los que habían montado guardia en el hospital cuando su mujer Anika estuvo ingresada. Habían estado custodiando esa puerta y no, no infringieron la ley y se llevaron a Kevin para que Viktor pudiera cobrarse su propia venganza, que era lo que Kate y Patrick se temían.

Kevin miró el botón de su consola. Tan solo a unos centímetros de su mano derecha. Levantó de nuevo los ojos y miró a Kate. Ella negó con el cuello. Él trató de pedir ayuda. Auxilio. Escapar de aquel lugar. Volar muy lejos de allí. Regresar a otro punto atrás en el tiempo. Pero todo eso era imposible. Él lo sabía. Y Kate también lo sabía.

—Pon las manos por encima de la cabeza. Lentamente. Ahora.

Kevin tenía la boca seca. Trató de tragar saliva pero casi se atraganta con su propia lengua. Sintió cómo su corazón se retorció tras su pecho. Observó el cañón de la pistola que tenía frente a él. Ese túnel oscuro y vacío. ¿Cómo era posible? ¿Cómo demonios lo habían encontrado? ¿Cómo lo habían engañado de esa manera?

No. No podía perder. No podía irse así. No lo soportaría. No podría con ello.

Miró de nuevo el botón que iniciaba la cuenta atrás. Cogió aire a fondo. Cerró los ojos y...

Tres rápidos disparos lo abatieron justo cuando estaba a punto de apretar el botón. Kate no dudó ni un solo instante. Uno le destrozó la mano derecha. La que estaba a punto de provocar un desastre nuclear. Tres de sus dedos

desaparecieron automáticamente. El segundo disparo fue a parar a su pecho. Casi en el centro. Y el tercero de nuevo contra su brazo derecho. A la altura del centro neurálgico del hombro. Su cuerpo se desplomó en el suelo y en pocos segundos todo empezó a llenarse de sangre.

El ruido de los disparos rebotó contra las paredes de ese baño. Los fogonazos hicieron que todo se llenase de luz por un instante. Los oídos de Patrick sangraban. Los hombres de Viktor no guardaron las armas hasta que se aseguraron bien de que Kevin estaba abatido. De que no respiraba.

Tanto Kate como Patrick se miraron unos instantes. Cogieron aire. Oxígeno. Les pareció que llevaban años sin hacerlo. Sin dormir. Sangrando. Sufriendo. Y sin mediar más palabra se fundieron en un fuerte abrazo. Fatigados. Unidos por el dolor y por la victoria. Las lágrimas rodearon los ojos de ambos. Como la última ola de la marea alta.

Lo habían conseguido. Habían conseguido encontrar a Kevin justo a tiempo y evitar que explotara la bomba que habría acabado con la vida de miles de personas. Lo habían logrado. Juntos. Y estaban vivos.

Vivos.

EPÍLOGO

Siete días después

La muerte de Kevin se celebró por todo lo alto tanto en la Casa Blanca como en el FBI, la CIA y el cuerpo de policía de Amarillo. Kate y Patrick fueron condecorados no solo por haber evitado el primer atentado nuclear de la historia en terreno norteamericano, sino porque de haber explotado esa bomba, habría estallado con ella un conflicto bélico internacional cuyo alcance habría sido catastrófico.

Desde el momento en el que Kevin había emitido el primero de sus videos, la NSA, la CIA y el FBI se habían puesto a rastrear de forma exhaustiva cada rincón de Amarillo y de todo el estado de Texas. Buscando cómo demonios Kevin podía haberse hecho con un arma nuclear. Cómo era posible que no solo la hubiese fabricado, sino que la hubiese fabricado en una de sus centrales nucleares. Territorio de máxima seguridad nacional. El más alto nivel de protección. El presidente quería evitar a toda costa el desastre y las muertes de miles de inocentes, desde luego, pero también le urgía encontrar culpables. Responsables a quienes señalar y a quienes apuntar con sus misiles en caso de que esa bomba terminase por explotar. No podía tolerar que se repitiese otro caso como el de las torres gemelas. En el que reinó el pánico y el desconcierto. Cuando descubrieron que fue en Pantex Plant donde Kevin había fabricado su bomba y que fueron los rusos quienes le habían estado ayudando, su decisión fue tajante. Implacable unanimidad entre sus consejeros. Si los rusos estaban detrás de aquello, aunque solo fuese en parte, tendrían guerra. Tendrían su propio desastre nuclear en su propio territorio. Tal fue el estado de tensión y de psicosis en la Casa Blanca durante aquella última hora, que varios bombarderos habían partido en dirección a la estepa rusa para dar el pistoletazo de salida a una más que probable tercera guerra mundial. Aunque por suerte, nada de eso sucedió porque la bomba de Kevin no explotó.

Elliot Warren, padre de Duncan Warren y jefe de la gran empresa Stronghold Security, fue inmediatamente destituido de su cargo. Tanto él, como su hijo y su «amigo» Gregor Turing, fueron acusados y procesados por participación indirecta en un posible atentado de gran magnitud contra los Estados Unidos de América, «permitiendo» y «facilitando» que en las instalaciones de Pantex Plant se fabricase una bomba nuclear a sus espaldas. Todavía estaban a la espera de juicio. Ninguno de los tres tenía la más mínima duda de que acabarían entre rejas una temporada, al menos hasta que todo se calmara.

A James Barnes, marido de una de las víctimas de Fiona Barnes, le fue retirada la licencia médica temporalmente por haber accedido a la coacción de Kevin, entregándole la historia clínica de John Sally. El juez fue condescendiente con él debido a que su mujer había sido una de las víctimas del «Hombre del coche». Así que la suspensión en sus funciones sanitarias no duraría más de un año. De todas formas, su reputación estaba completamente arruinada después de que Kevin hubiese hecho públicas sus mensajes y fotos con su alumna Katherine.

Anika y Viktor Svenson se marcharon una temporada a Europa. París, Francia. Anika necesitaba espacio para recuperarse de las graves heridas físicas y emocionales que Kevin le había causado. También para pensar en algunas cosas relacionadas con su vida y con qué demonios era exactamente lo que esperaba de ella. Viktor necesitaba tiempo para reorganizar sus ideas, sus planes de futuro y sus objetivos. Replantearse qué era lo que de verdad quería. Lo que de verdad quería.

El caso del Hombre del coche había sido declarado públicamente cerrado. Aunque internamente todavía estaba siendo investigado en profundidad. Tras investigar a los principales implicados, nadie tuvo dudas de

que efectivamente era Wendy Miller quien estaba detrás de todos esos asesinatos. Aunque todavía quedaba mucho por resolver. Sobre todo por entender.

El paquete que Jack le había dejado a Kate contenía dos cosas. Una de ellas era un misterioso artefacto de aproximadamente doscientos cincuenta gramos de peso. Se asemejaba a un motor. Un motor con una forma terriblemente parecida a un corazón humano. Incluso muchas de sus partes estaban formadas por unos materiales con una textura muy parecida a la piel y a las vísceras humanas. Era una obra de ingeniería como nadie antes había visto, tan misteriosa como perfecta. Armonía pura. Como ese inalcanzable mundo de sueños. La otra cosa que había en la caja era una pequeña libreta llena de extraños símbolos y anotaciones. Había sido envuelta en una hoja de papel sucio y desgastado. Salpicada de gotas de sangre oxidada y marrón. Eran las instrucciones básicas sobre cómo hacer funcionar el artefacto y sobre qué significaban los números y anotaciones de la libreta.

Jack le explicaba a Kate que era ella la persona idónea para custodiar «su cuaderno», también para hacer que el artefacto funcionase, el cual tenía que pasar irremediablemente por Mía. Concretamente por su sangre. Ese era el combustible con el que debía funcionar. El resto llegaría por sí solo cuando fuese el momento.

Cuando fuese el momento. Había matizado Jack en su hoja de instrucciones.

Al principio a Kate le sonó aquello a las palabras de un loco. Pero después de recordar quién era Jack y de qué era capaz, empezó a pensar que tal vez, como tantas otras veces a lo largo de la historia, estaban llamando loco, ella la primera, al que había alcanzado un nivel de conocimiento y de inteligencia tan alto que nadie era capaz de comprender ni de entender. Pensó que quizá tampoco estaría mal dejarse llevar por una vez y hacer lo que sentía

que tenía que hacer.

Quizá.

Cuando Thomas Welles, el médico jefe del Healthcare Hospital, les dijo que a Mía le quedaban horas de vida porque el sistema eléctrico de su corazón estaba fundido y moriría si no encontraban un donante en las próximas horas, cosa totalmente improbable, supo cuál era el sentido del artefacto que Jack le había entregado. Un sentido que hizo que se le pusieran los pelos de punta. ¿Era ese pequeño corazón mecánico lo que Mía necesitaba? ¿Un trasplante? ¿Ese pequeño motor había sido construido y diseñado para alojarse en el cuerpo de Mía?

Por lo que le había dicho el doctor Welles, Mía tenía una enfermedad genética llamada Síndrome de Brugada. Básicamente consistía en un grave defecto en el sistema eléctrico del corazón. El sistema que hacía que el músculo cardíaco recibiera los impulsos que permitían el bombeo constante de sangre a todo el cuerpo. Ese sistema encargado del primer impulso, ese que hace que de la nada, se encienda una nueva vida. El encargado de tal milagro tenía su origen en el llamado nódulo sinoauricular, situado en la parte superior de la aurícula derecha del corazón. Como consecuencia del Síndrome de Brugada, Mía lo tenía mucho menos desarrollado de lo normal. La droga que le suministró Wendy había hecho que su ya debilitado sistema eléctrico terminara por deteriorarse con más rapidez y por reducir sus impulsos de forma drástica hasta ocasionar que gran parte del corazón se quedase parado y sin oxígeno, haciendo que la necrosis se extendiera por prácticamente todos sus tejidos. Thomas Welles matizó que de no haber sido secuestrada y drogada con la escopolamina por Wendy, es posible que Mía nunca hubiese necesitado ese trasplante, siendo necesario tan solo la instalación de un marcapasos para que pudiese sobrevivir y hacer una vida relativamente normal. ¿Cómo era posible que Jack hubiese estado todos esos años trabajando en un pequeño

corazón artificial que sería crucial para salvarle la vida a un persona que ni tan siquiera conocía y que ni tan siquiera lo hubiese necesitado de no haberse encontrado con su propia hermana? ¿Era posible algo así?

¿Lo era?

Kate pensó que tal vez...

Tal vez.

Decidió enseñarle a Thomas Welles ese extraño aparato con forma de corazón y pudo ver cómo a uno de los doctores más reconocidos de todo el estado de Texas le cambiaba el color de la piel al observar bien lo que tenía ante sus ojos. Le dijo que él no podía hacerse cargo de una operación así. No era cardiólogo, y aunque lo fuera, recalcó, tampoco accedería nunca a realizar una operación así. No tenían ni idea de lo que era ese aparato ni quién lo había fabricado ni en qué condiciones ni tampoco cómo funcionaba. Dejó claro que el solo pretender que ese artefacto acabase en el interior de un cuerpo humano era una auténtica locura en la que ningún médico con licencia participaría. Jamás se atreverían a sustituir el corazón de una persona por «ese abominable artefacto», por mucho que esa persona se estuviera muriendo y no se pudiese hacer nada por ella. La ciencia y la medicina tenían unos límites que no se podían rebasar. Dijo con severidad. De todas formas, ante la insistencia de Kate, Thomas le dijo que podían ir al Texas Heart Institute, uno de los centros sanitarios más avanzados y especializados del mundo en patología y trasplante cardíaco, y a tan solo una hora de allí. Otra extraña casualidad más que no pasó desapercibida a ojos de Kate.

El doctor Trevor Constanz, el especialista en cirugía de corazón con más experiencia del Texas Heart Institute, dijo que, efectivamente, el artefacto de Jack era un corazón artificial. El corazón artificial más perfecto que jamás había visto en su vida. Ni tan siquiera los prototipos que tenían en su centro,

según él, el más avanzado del mundo, se acercaban al que sostenía entre sus manos. No pudo analizarlo al completo porque para ello habría tenido que desmontarlo y estudiarlo muy a fondo por los mejores expertos, pero a simple vista dijo que tenía cuatro aurículas y cuatro ventrículos, el doble que un corazón normal. No tenía ni idea de por qué ni con qué finalidad. El sistema de bombeo de la sangre era muy parecido al de un motor de combustión térmica, sobre todo al funcionamiento de las válvulas, inyectores, pistones y cilindros.

Aun así, tras un examen preliminar, se veía totalmente compatible para ser implantado en un ser humano. Extrañamente compatible. Cuando introdujeron en él unas cuantas gotas de la sangre de Mía y se puso en marcha él solo, a todos les invadió una extraña sensación de miedo. Un miedo a lo desconocido, quizá el peor de todos los miedos. El corazón mecánico construido por Jack pareció cobrar vida propia. La pseudopiel con la que muchas de sus partes estaban revestidas, cambió de color, como si por ese tejido sintético se estuviesen formando y ramificando minúsculos capilares de sangre en cuestión de segundos. Era una especie de ser vivo cuya vida dependía directamente de la sangre de Mía. Una especie de ser vivo que acababa de recibir ese primer impulso, el origen de todo.

¿Era eso lo que Jack estaba buscando en su «proyecto vida»? ¿«Eso» que daba vida a las cosas? ¿Era ese corazón una fuente de vida? ¿Una vida nueva y diferente a todo y a todos que estaba a punto de empezar una nueva era en la humanidad? Las preguntas se acumulaban en el interior de Kate. Su interés en Jack y en todos sus proyectos e investigaciones crecía segundo a segundo, de forma paralela a la necesidad de que ese corazón acabase funcionando en interior de Mía.

Trevor le dijo que tratándose de un caso terminal, como era el de Mía, y firmando los debidos documentos para calificar dicha intervención como un «tratamiento experimental y de gran interés científico», podría hacerse.

Siempre y cuando se mantuviese «todo el asunto» en el más completo secreto. No quería que si algo saliese mal se viese ensuciado su buen nombre y el del centro para el que trabajaba, pero tampoco podía darle la espalda a algo que podría cambiar no solo el rumbo de la medicina, sino el de toda la humanidad. Eso fue lo que el doctor Trevor Cosntanz afirmó con total rotundidad. El destino de toda la humanidad. En tan solo unos días esas palabras cobrarían todo el sentido.

La operación fue todo un éxito. Según Trevor y su equipo, quedaron totalmente asombrados acerca de lo sencillo que fue su implantación. Las arterias y venas de Mía parecieron fusionarse casi inmediatamente con el corazón mecánico. Acogiéndolo entre sus brazos como si llevaran toda la vida esperándolo. Pero lo más asombroso fue lo que ocurrió después.

Para poder realizar una operación como la que realizaron tuvieron que llevar a cabo una técnica conocida como extracorpórea. Filtrar toda la sangre de la paciente con una máquina mientras se procedía al cambio de corazón con toda la caja torácica abierta. Esa operación requería no solo seccionar el esternón por la mitad, sino una infinidad de músculos y de tendones para poder tener acceso al lugar más protegido del cuerpo humano. Nadie podía creer cómo en tan solo un día después, la cicatriz que le había quedado a Mía parecía estar totalmente curada. Le retiraron los puntos y tan solo una fina línea de un tono violáceo quedaba como testigo de la cruenta operación a la que había sido sometida.

En apenas dos días ya no parecía sentir ninguna molestia. Le retiraron toda la medicación anti rechazo de órganos que se suministraba durante años a los trasplantados porque daba la impresión de que su propio cuerpo la rechazaba. Fue entonces cuando la policía procedió a hacerle las pertinentes preguntas acerca de su hermano Kevin y de lo que había pasado con Wendy y lo que ésta le había confesado durante el tiempo que la tuvo secuestrada. A

falta de realizar algunas comprobaciones, todo lo que Mía les contó pareció coherente y tanto la policía de Amarillo como la de Buffalo como Kate y Patrick, coincidieron en que no habían dudas acerca de señalar a Wendy como autora de los crímenes del Hombre del coche y del móvil de dichos asesinatos.

En tres días, Mía ya podía hacer cualquier tipo de actividad física. Incluso las diferentes pruebas de coordinación, equilibrio y de resistencia al esfuerzo que le hicieron arrojaron resultados tan satisfactorios que nadie allí daba crédito a lo que estaba viendo. Mía no solo se había recuperado en tiempo récord de una operación tan traumática, casi mortal, sino que parecía que su capacidad física fuese muy superior a la de una persona sana.

A los cuatro días de la operación, Mía trató de marcharse del hospital, pero el equipo médico, Trevor Constanza a la cabeza, se lo impidió. Todavía querían «ver» algunas cosas. Controlar la evolución. Observar de cerca todo el proceso. Le hicieron una nueva analítica completa y todos se quedaron asombrados nuevamente con los resultados. De hecho nunca habían visto antes un hemograma con unos valores similares. El nivel celular en sangre era mucho mayor de lo habitual, pero las células eran mucho más pequeñas. Era como si tuviese un sistema inmunitario, plaquetario y de transporte de oxígeno mucho más avanzado que el de una persona normal. El corazón mecánico fabricado por Jack no solo era mucho más eficiente, sino que estaba filtrando y transformando la sangre de Mía y haciendo que esa sangre aumentara el potencial y el rendimiento del cuerpo humano hasta límites insospechados. Tras observar esos cambios en la sangre, quisieron ver cómo afectaban los mismos en los diferentes órganos del cuerpo. La circulación era bastante mayor de lo habitual. No solo en volumen total, sino en velocidad. Se estaban creando nuevas redes de capilares y tras la realización de un TAC completo, una resonancia magnética y algunas ecografías, vieron que la circulación en

todos los órganos estaba aumentando asombrosamente. Recibían una mayor irrigación y como consecuencia un mayor aporte de oxígeno y de nutrientes. Todos sus tejidos daban la impresión de estar como rejuveneciendo, perfeccionándose. Y todos esos cambios estaban teniendo su efecto en todos sus órganos, en todo el cuerpo, incluido en el cerebro.

Tan solo un día después, el día cinco tras la operación, tras observar cómo había aumentado el flujo de sangre en los diferentes órganos de Mía pero sobre todo en el cerebro, decidieron hacerle pruebas psicológicas y de inteligencia. Los test de inteligencia que le hicieron dieron unos resultados con algunas diferencias remarcables entre ellos, pero la puntuación media osciló entre los ciento cincuenta y ciento sesenta puntos en la escala internacional. Esa puntuación denotaba un nivel de inteligencia muy por encima de la media. Denotaba de nuevo, como en el caso de Jack, lo que se conocía como «superdotación profunda». Eso a lo que los superdotados llamaban superdotado. No obstante, no sabían cuál era su nivel antes de que le hiciesen el trasplante de corazón, así que no podían asegurar que dicho aumento en el potencial mental se debiera al artefacto de Jack. Aunque la realidad es que nadie allí tenía dudas. Tampoco sabían si ese nivel se quedaría ahí o iría aumentando durante los próximos días y meses, en cuyo caso, ¿hasta dónde sería capaz de llegar? ¿Cuál sería su meta? Si había logrado llegar a ese inalcanzable nivel en tan solo unos días, nadie podía ni imaginar cuál podría ser su tope, y en cuyo caso, qué podría llegar a ser capaz de hacer. A esas alturas, todo el equipo médico del doctor Trevor Constanz hacía cábalas y apuestas de hasta dónde podría llegar Mía y su corazón mecánico. Todos compartían una gran ilusión por estar siendo espectadores, y también destacados colaboradores, de lo que sin ninguna duda, parecía ser la primera piedra de una nueva civilización, de una nueva e ilusionante era. Las pruebas psicológicas mostraron una gran propensión a la introversión y a la constante

observación de todo cuanto la rodeaba. De todo cuanto veía y oía. Una observación y un análisis que recordaban mucho a lo que se decía de Jack en los informes médicos que le hicieron durante su infancia. Parecía estar constantemente contando, calculando, descomponiendo cada objeto y cada fracción de tiempo hasta esa minúscula estructura básica de lo que todo estaba hecho.

Dos días después. El día siete tras la operación. El doctor Trevor Constanz llamó a Kate para que fuera a ver a Mía, que no paraba de pedir hablar con ella en privado. A esas alturas, Mía era la niña mimada de Trevor y el doctor accedía a cualquier cosa que ella le pidiese. Casi. Para él ella era como un sueño hecho realidad. Una maravilla de la ciencia a la cual podía ver y estudiar a todas horas. Un sueño del que no quería despertar.

Trevor hizo pasar a Kate a la habitación de Mía y las dejó a las dos solas, tal y como su paciente predilecta le había pedido.

Mía estaba sentada en la cama y miraba hacia la ventana, hacia el mundo exterior.

—Hola, Mía. ¿Qué tal te encuentras?

—Me encuentro bien, Kate, muchas gracias, pero necesito que hagas algo por mí.

Kate se quedó unos segundos observando a Mía. Su extraña quietud, la extraña paz en la que se encontraba. Se levantó de la cama y se dio la vuelta. Parecía más joven. Su piel se asemejaba a la de una niña. Fina y libre de impurezas. Su mirada era profunda, centrada. Se acercó un poco a Kate. Se movía con suavidad, armonía, parecía estar milimetrando cada movimiento, cada paso.

—¿Qué necesitas, Mía?

—Me gustaría poder salir de aquí cuanto antes. Hay algo que debo hacer.

—Ya me imagino, Mía, pero tienes que entender que has pasado por una

operación muy peligrosa cuyo riesgo de infección o de padecer alguna parada o fallo que desconozcamos es muy alto. Creo que el doctor Trevor ya te ha dicho que...

—Conozco los riesgos y los posibles fallos. Sí, Trevor ya me ha hecho saber que es aquí donde mejor voy a estar. Pero Jack necesita mi ayuda. Necesito salir de aquí cuanto antes. Por favor, Kate.

—¿Jack? Pero Jack está...

—Sé cómo está Jack y la gravedad de su estado. Por eso mismo necesito salir de aquí cuanto antes. Él me necesita. Está en peligro.

—No sé qué sabes exactamente, Mía, pero Jack lleva una semana con muerte cerebral, exactamente el mismo tiempo que tú llevas aquí. Cuando os trasladamos al hospital habíais perdido los dos mucha sangre, él en concreto estaba en parada cardiopulmonar más tiempo del que un ser humano puede soportar para poder recuperarse de algo así sin secuelas. Solo se ha mantenido con vida porque ha estado conectado a una máquina todo este tiempo. No se le ha desconectado todavía porque al no tener ningún familiar con vida conocido y estar involucrado en una investigación interestatal se han tenido que llevar a cabo ciertos trámites que llevan un tiempo, pero si no me equivoco, hoy mismo iban a hacerle una última prueba y si todo seguía igual a continuación procederían a la desconexión. Lo siento, Mía, pero no hay nada más que podamos hacer por él.

Mía observaba a Kate impasible. Torció un poco el cuello y después volvió a centrar esa mirada abismal. Infinita.

—Sé exactamente qué va a ocurrir si no me dejan salir de aquí, Kate, así como también lo que se puede o no se puede hacer por él. Y créeme, quiero empezar todo esto con buen pie, no quiero convertirme en una fugitiva. Necesito hacer las cosas bien desde el principio.

—No sé a qué te refieres con lo de empezar con buen pie ni con lo de

convertirte en una fugitiva, pero no soy yo quien te retiene aquí, Mía, son las circunstancias, es por tu estado de salud, por todo por lo que has pasado.

Mía volvió a darse la vuelta y miró de nuevo por la ventana. Kate se fijó en los suaves golpecitos que daba con su mano derecha sobre su muslo, parecía estar contando, estar reproduciendo una secuencia parecida al código Morse.

Volvió a girarse de nuevo y sonrió con cierto cariño.

—Está bien, Kate. No te preocupes. Perdona por haberte molestado. Ha sido un placer volver a verte y te estaré eternamente agradecida porque fuiste tú quien me salvaste, es por ti por lo que estoy ahora aquí. Por cierto, ¿Qué tal está Patrick?

Kate se quedó de nuevo observándola. ¿Por qué le preguntaba ahora por Patrick? Había algo en ella que la hacía diferente, algo que le recordaba misteriosamente a...

Jack estaba conectado a un respirador. Sus constantes vitales parecían normales, a excepción de su pulso cerebral, que era prácticamente inexistente. Los médicos del Healthcare habían sido unánimes en su diagnóstico y decisión final. No había nada que se pudiese hacer por él y sería desconectado en cuanto estuviesen listos los resultados del escáner cerebral que acababan de hacerle.

Thomas Welles observaba atónito los resultados de los dos últimos TACs cerebrales con contraste que acababan de hacerle a Jack. No podía creer lo que estaba viendo. Había ordenado repetir la prueba y los resultados habían sido de nuevo los mismos. ¿Qué demonios era aquello? Antes de consultarlo con otros colegas decidió llamar al agente Patrick Hunt, no sabía si aquello podía invalidar la orden de desconexión del paciente o si el propio FBI podía considerar que ese hallazgo se debía investigar estando Jack con vida o

realizarlo *post mortem*.

Patrick no había vuelto a sangrar por su oído derecho desde que consiguieron abatir a Kevin. Mark Dupont les había dado tanto a él como a Kate unas más que merecidas «vacaciones» (aunque todavía debían permanecer en Amarillo hasta que todo se cerrara). Desde entonces solo se había visto con su «compañera» en un par de ocasiones. Una de ellas habían quedado para cenar y la otra para tomar café. Entre ellos había algo, algo que los hacía estar uno o más peldaños por encima de lo que se espera de un compañero, de un amigo, pero los dos querían tomárselo con tiempo, tal y como hay que tomarse la mayoría de las cosas que realmente importan.

Cuando recibió la llamada del doctor Thomas Welles se dirigió inmediatamente al Healthcare Hospital. Ya había estado un par de veces en sus instalaciones para ver si había habido algún cambio en el estado de Jack y también para resolver los diferentes asuntos relacionados con su desconexión, ya que había pasado a estar a disposición del estado y Patrick había sido designado la persona responsable para mediar con el equipo médico.

Todavía seguía haciéndose preguntas sobre quién era Jack y todo lo relacionado con sus estudios y avances en el campo de la aleatoriedad, de los procesos estocásticos. Él más que nadie estaba completamente fascinado con la operación que le había practicado a Mía y con el corazón mecánico construido por Jack.

Cuando entró al hospital sintió un pequeño pinchazo en su oído derecho. Una enfermera le hizo pasar al despacho privado del doctor Thomas Welles. Cerró la puerta al entrar y observó la expresión del médico jefe. Algo en él parecía diferente.

—Hola, doctor. ¿Qué ocurre?

El doctor Welles estaba con la vista pegada a la pantalla del ordenador.

Su expresión era seria. Algo parecía haberlo asustado. Su rostro, pálido.

—Véalo usted mismo, agente Hunt. Mire, acérquese —Thomas invitó a Patrick a que se sentase a su lado y observase lo que tenía frente a él.

En la pantalla podían verse unas imágenes en blanco y negro con algunas zonas coloreadas de rojo y azul. Esas imágenes debían ser las correspondientes al cerebro de Jack. Patrick no vio nada extraño en ellas.

—¿Tendría que ver algo especial? ¿Qué tienen de raro esas imágenes? —preguntó Patrick.

—Eso que ve en la pantalla son las imágenes correspondientes al escáner cerebral con contraste que le hemos hecho a Jack. Ya se lo habíamos hecho dos veces, pero esta última decidí introducir un contraste para observar mejor posibles zonas con irrigación. Ya sabe, zonas con una circulación normal para valorar el grado de daño cerebral —Thomas hizo una pequeña pausa y negó con la cabeza. Se pasó dos dedos por el lagrimal de los ojos y cogió aire antes de continuar. Toda su soberbia parecía haberse diluido en los últimos días. Parecía cansado. Abatido—. Nunca en mi vida había visto algo así, agente. Observe. ¿Ve ese punto luminoso que hay justo en el centro del cerebro?

—¿Cuál? ¿Este? —dijo Patrick señalando un punto de la pantalla.

—Sí, ese mismo.

—¿Qué significa?

—No estoy seguro, agente, pero es una zona sin circulación sanguínea, una zona que yo juraría que está hecha de un material diferente al resto del cerebro. Un material no orgánico.

—¿Un material diferente? ¿No orgánico?

—Sí. Como puede ver, toda la masa cerebral está representada por zonas azules y rojas, eso es debido al mayor o menor aporte de sangre que recibe. El resto del cerebro aparece en tonos negros o grises. Pero ese punto central...

—¿Qué?

—Es una zona blanca, resplandeciente. Dicha tonalidad con semejante brillo suele aparecer cuando alguien tiene algún tipo de implante metálico en su interior, como una prótesis o algo similar.

—¿Y es eso lo que Jack tiene en el centro de su cabeza?

—Efectivamente. Es como un pequeño implante metálico, algo pequeño, muy pequeño, similar a uno de esos microchips que llevan los teléfonos móviles y los ordenadores.

—¿Un microchip?

Patrick estaba empezando a inquietarse.

—Algo así. No podemos estar seguros de qué es, pero sobre todo, y eso es lo que más me intriga, no tengo ni idea de cómo ha podido llegar eso ahí. ¿Entiende lo que quiero decirle? Jack tiene algo parecido a un implante en el centro de su cabeza que no sabemos qué demonios es ni cómo ha podido llegar hasta ahí, ni mucho menos por qué está ahí y qué finalidad tiene. Aunque sí puedo decirle que es algo que permanece activo. Algo que está como encendido. Vivo.

Patrick se quedó sin palabras observando lo que Thomas le estaba diciendo. Empezó a sentir de nuevo un fuerte pinchazo en su oído derecho. Una turbación que lo obligó a inclinarse ligeramente hacia delante.

—¿Ha entendido lo que le he dicho, agente? Le he hecho dos veces el escáner cerebral y se han repetido los mismos resultados. Al principio pensé que podía ser debido a algún tipo de error al aplicar el contraste o en la propia máquina con la que se le hizo la prueba, pero repetí de nuevo el proceso en otra máquina diferente y con un nuevo contraste y volví a observar lo mismo. En las diferentes imágenes se puede ver perfectamente cómo varía la tonalidad en ese punto, pasando del blanco al blanco resplandeciente, similar a un pequeño pulso electromagnético, como los que emiten algunos aparatos electrónicos cuando están activos.

—¿Está seguro de esto, doctor?

—Bajo mi criterio, no tengo la menor duda. Y créame, no soy una persona que se distinga por creer en aquello que no puede ver ni demostrar. Yo creo en la ciencia, agente Hunt, única y exclusivamente. Pero esto... no sabría cómo explicarlo...

Patrick sintió de nuevo ese pinchazo. Frío y penetrante. Como un taladro abriéndose paso por el interior de su cabeza.

—¿Se encuentra bien, agente?

Patrick. Escúchame bien. No puedes verme ni tocarme, pero formo parte de ti desde siempre. Puedes llamarme la voz de tu conciencia, si quieres. No puedes dejar que el doctor difunda esa información acerca de Jack. No puedes dejar que nadie encuentre qué es eso que hay en su interior, Patrick. Tienes que impedirlo. Ahora.

Patrick cerró los ojos y cogió aire de nuevo. Casi como un reflejo, casi como un instinto, demoledor y primitivo, se llevó una mano a su costado, bajo la chaqueta, el lugar donde llevaba su arma reglamentaria.

—¿Ha hablado con alguien de esto, doctor? ¿Sabe alguien más lo que acaba de contarme?

Thomas Welles se ajustó sus pequeñas y redondas gafas y estudió brevemente el cambio en la actitud postural de Patrick.

—No. Nadie aparte de nosotros dos. No he querido entrar en juicios, debates ni opiniones hasta estar bien seguro de lo que era. Yo, a diferencia de otros me mantengo fiel a mis principios, a mi procedimiento. Así he sido siempre y así seguiré siendo. ¿Por qué lo pregunta?

Patrick sintió cómo algo en su interior se tensaba. Cómo algo trataba de empujarlo a que hiciera algo. Algo malo.

—Agente, ¿se encuentra bien? Sé que lo que he encontrado es algo increíblemente extraño, pero si hay algo que esta profesión me ha enseñado a lo largo de los años es que todo, absolutamente todo, tiene un porqué, una explicación.

Esa pugna que se estaba librando en el interior de Patrick pareció cesar momentáneamente. El agente especial del FBI se llevó de nuevo la mano al costado. Acarició la funda de su pistola. Miró de reojo. La puerta del despacho estaba cerrada. Estaban ellos dos solos.

Solos.

Kate abandonó el Texas Heart Institute con una sensación extraña. Todo había terminado pero en el fondo, muy en el fondo, tenía la impresión de que aquello que había empezado con Jack, el Hombre del coche, Mía, Kevin y todo lo demás, no había hecho más que comenzar.

Se sentó en el interior del Dodge Charger y antes de arrancar pensó unos instantes en la conversación que acababa de tener con Mía. En su interés por Jack. En su interés por Patrick.

Algo no estaba bien. Algo que no comprendía. Que estaba muy lejos de comprender.

Sacó su teléfono móvil y decidió llamar a Patrick. Puede que fuese una corazonada, una intuición, o tal vez Mía le había metido la sombra de una duda en el cerebro.

Mientras el tono del teléfono de su compañero sonaba pensó qué le diría cuando descolgara...

—¿No lo coge, agente? —preguntó el doctor Thomas Welles viendo cómo Patrick parecía haberse quedado totalmente absorto en sus pensamientos. Tanto que incluso parecía no escuchar el sonido de su teléfono móvil, que no

dejaba de sonar—. Agente, ¿ha escuchado lo que le he dicho? Su teléfono móvil está sonando.

Patrick levantó los ojos y miró de nuevo al doctor.

—Oh, sí. Disculpe, doctor. Es solo que me he mareado un poco —dijo sacando su teléfono móvil y aceptando la llamada.

—Patrick, por fin. ¿Qué tal estás? Me preguntaba si... ¿te apetecería que tomásemos un café? —Kate se mordió el labio y apretó los ojos con fuerza en cuanto soltó esa pregunta. Estúpida pregunta.

Patrick tardó un par de segundos en contestar, el tiempo que necesitó para volver a centrarse.

—Hola, Kate. Perdón, me has cogido justo en medio de... no importa. Claro que me apetece, ¿te viene bien si nos vemos en un rato en la cervecería irlandesa del centro? Ya sabes, aquella en la que...

—Sí. Ya sé, aquella en la que... Claro. ¿Te viene bien en una media hora?

—Claro, Kate. Nos vemos allí en media hora

—Pues hasta luego, Patrick. Ahora nos vemos.

—Hasta luego, Kate.

Kate dejó el móvil sobre el asiento de copiloto del Dodge Charger y cerró los ojos un instante. Necesitaba respirar esa sensación, ese extraño sentimiento que llevaba experimentando desde hace días y que le decía que algo nuevo, algo mejor, acababa de entrar en su vida. En su cara se dibujó una sonrisa, introdujo la llave en el contacto y arrancó convencida de que a partir de ese día, de ese instante, todo cambiaría.

Todo.

—Un momento, agente. Espere. Todavía no me ha dicho qué hacer con Jack y con eso que hay en su interior —dijo el doctor Thomas Welles cuando

el agente especial se disponía a salir de su despacho.

Patrick se dio la vuelta despacio, tranquilo, el dolor en su oído derecho parecía haber desaparecido.

—Me parece que no soy la persona más indicada para decidir eso, doctor. ¿Qué le dice su buen juicio de todo esto? ¿Qué cree usted que debe hacer?

Patrick abrió la puerta y antes de salir, el doctor lo interceptó de nuevo.

—Pero agente, no es así como funcionan las cosas, se supone que es usted quien debe decidir...

—Hasta pronto, Thomas.

Patrick salió del despacho del doctor. Sonreía. Por primera vez en mucho tiempo sintió de nuevo esa sensación, ese extraño hormigueo recorriendo su cuerpo, esa electricidad impregnando cada una de sus células de vida.

De auténtica vida.

En media hora tenía una cita. Vería a Kate. Ella era quien llenaba de electricidad cada parte de su cuerpo, cada átomo de su existencia, ella era a quien necesitaba para mantenerse vivo.

Vivo y humano.

Jack

Jacky, escúchame estúpido. ¿Puedes oírme? Vamos, sé que puedes, despierta de una maldita vez, sé que estás ahí, en alguna parte. Vamos, Jacky. Perdona todo lo que te he dicho hasta ahora, pero por lo que más quieras, despierta de una maldita vez porque tarde o temprano te van a apagar. ¿Me entiendes? ¿Puedes entender eso? Van a apagarte y dejaremos los dos de existir. Tú sobre todo. Vamos, Jacky, sé que puedes oírme, sé que puedes hacerlo, puedes despertar, ¿verdad? ¿Puedes, Jacky? ¿Puedes hacer eso?

Sí, puedo.

FIN